
VAS A ARDER
El fuego nunca quemó tanto como su piel
Kayla Mun

VAS A ARDER

Título: Vas a arder

© Kayla Mun

© Todos los derechos reservados

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en ninguna manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de su titular. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del Código Penal)».

1º edición: agosto de 2025 - Independently published

ÍNDICE

Capítulo 1 Dylan
Capítulo 2 Sarah
Capítulo 3 Dylan
Capítulo 4 Sarah
Capítulo 5 Dylan
Capítulo 6 Sarah
Capítulo 7 Dylan
Capítulo 8 Sarah
Capítulo 9 Dylan
Capítulo 10 Sarah
Capítulo 11 Dylan
Capítulo 12 Sarah
Capítulo 13 Dylan
Capítulo 14 Sarah
Capítulo 15 Dylan
Capítulo 16 Sarah
Capítulo 17 Dylan
Capítulo 18 Sarah
Capítulo 19 Dylan
Capítulo 20 Sarah
Capítulo 21 Dylan
Capítulo 22 Sarah
Capítulo 23 Dylan
Capítulo 24 Sarah

Capítulo 25 Dylan
Capítulo 26 Sarah
Capítulo 27 Dylan
Capítulo 28 Sarah
Capítulo 29 Dylan
Capítulo 30 Sarah
Capítulo 31
Capítulo 32
Epílogo

Para ti, que te acercaste al fuego sabiendo que ibas a arder…
Y aun así, diste un paso más.

Capítulo 1

Dylan

Elisabeth me acaricia el pecho distraídamente. Es un acto demasiado íntimo, al menos para mí. Mucho más íntimo que la sesión de sexo que acabamos de terminar y que la ha dejado bastante satisfecha. Eso me ha parecido a tenor del volumen de sus gritos y gemidos.

Pero uno nunca puede estar seguro del todo.

—Oye —me dice pasando las yemas de sus dedos por mis abdominales—, ¿qué te parece si quedamos algún día a cenar?

Inmediatamente me tenso. No es ese nuestro acuerdo ni lo que hablamos desde un principio. No es ningún tipo de norma que haya impuesto ni me considero una persona insensible. Pero el día que nos conocimos le dejé las cosas muy claras. No quiero una relación, le dije. Si buscas amor conmigo, te equivocas de persona. Le insistí e incluso le pregunté varias veces si lo entendía. Después de nuestro primer encuentro volví a preguntarle si estaba de acuerdo con esto. Ella sonrió ampliamente y exclamó un «joder, sí, estoy más que de acuerdo» justo antes de subirse encima de mí y lanzarse a mi cuello para una segunda ronda.

Desde entonces nos hemos visto un puñado de veces. Tampoco es que las cuente. Habrán sido más de diez, pero menos de veinte. Siempre en su casa, en su cama o donde nos pille o a ella le apetezca. Hemos follado mucho delante del espejo de su baño, en el sofá, y frente a la ventana de su dormitorio. Creo que le pone muy cachonda que la puedan pillar.

Nunca me quedo a dormir, tampoco es que sea una regla autoimpuesta. Espero unos minutos, descansando, intentando

relajarme y apartar recuerdos que todavía me desgarran el alma, la dejo que me cuente cualquier cosa que a ella se le pase por la mente en ese momento. No la escucho pero disimulo. Más que nada por educación y respeto. En esos momentos mi mente se desconecta y me siento culpable.

Nunca me quedo porque me gusta dormir solo. Al menos ahora, porque antes me encantaba dormir abrazado a…

Mi cabeza no deja de dar vueltas mientras sé que ella espera una respuesta a su pregunta. Esta vez no es un monólogo como los de antes. Quiere quedar conmigo a cenar y eso no va a suceder. No puedo simplemente callarme, ignorarlo y que se canse de esperar una respuesta. Tengo que contestarle.

—Elisabeth, sabes que te dije que no quería tener una relación —le digo con cuidado—. No es eso lo que busco y te advertí que no ibas a encontrar eso conmigo. Desde el principio.

—Claro, claro —me dice fingiendo seguridad. Sé que no la tiene en absoluto—. Era solo una idea, no te preocupes, es que me ha entrado hambre y… olvídalo, ¿vale?

Pero no voy a ser capaz de olvidarlo. Por mucho que ella lo intente. Y tengo que reconocer que se está empleando a fondo.

Baja su mano a mi entrepierna mientras me la acaricia con delicadeza. No habrán pasado ni diez minutos y todavía no me he recuperado del todo. Pero ella sabe muy bien cómo ponerla en acción rápidamente. Va dejando un reguero de besos desde mi cuello hasta mi pecho mientras se frota contra mi muslo.

Sabe que mis pezones son mi punto débil y los chupa a conciencia. Yo me vuelvo a poner duro al instante. Noto su sonrisa contra mis abdominales mientras va pasando su lengua por todo mi cuerpo hasta llegar a mi polla, que ya rebota en la anticipación de lo que va a suceder.

Las mamadas de Elisabeth son épicas. Le encanta empezar controlando la situación para luego cederme ese control sutilmente.

Me pasa la lengua de arriba a abajo dejando un reguero de lametones hasta centrarse en la punta que succiona con ansia. Y luego se la mete entera en la boca y marca el ritmo que ella quiere.

Empieza lento y profundo y después de unas cuantas lamidas, me coge las manos para ponerlas sobre su cabeza y cederme a mí el mando.

Le gusta fuerte y duro y yo la complazco. Subo mis caderas embistiendo su boca una y otra vez mientras ella gime y se acaricia los pechos. No me gusta ser tan brusco pero ella me lo pide y no se lo niego.

Estoy a punto de correrme pero me detengo. No quiero que nuestra última vez sea corriéndome en su boca, porque aunque sé que le gusta, hay algo más que la pone muy cardíaca.

Le tiro del pelo para apartarla y me mira con la boca todavía abierta y el deseo goteando de sus labios.

En un movimiento firme y decidido, le doy la vuelta poniéndola sobre sus rodillas y codos y ella suelta un pequeño grito.

—Sí, joder, fóllame así.

—¡Cállate! —le ordeno—. Ni se te ocurra moverte.

A Elisabeth le pone que la trate con dureza y quiero complacerla. A mí no me gusta especialmente hacerlo así, aunque tampoco voy a quejarme. Al fin y al cabo es sexo y lo hago por saciar una necesidad.

Desde nuestra primera vez, me pidió que le hablara sucio, que le dijera guarradas y la follara duro. Nunca lo había hecho y al principio me costó, aunque ella es una experta y me enseñó exactamente lo que quería, como lo quería y hasta dónde.

Estoy detrás de ella, mi polla descansando en su culo, y busco un condón de la mesita de noche. Otro más. Ella empieza a moverse buscando ese roce, esa fricción que le alivie y noto lo mojada que

está sin tocarla. Se balancea hacia delante y hacia atrás y la detengo con firmeza poniendo mi mano en la zona baja de su espalda.

—Te he dicho que no te muevas, zorra.

Ella gime, le encanta cuando le mando y he aprendido a hacerlo tal y como le gusta.

Me pongo el condón y me acerco a su entrada. Lentamente. Apenas se la meto un centímetro, como sé que le gusta. Poco a poco, estirándola. Dos centímetros y sigo entrando. Entonces me paro un instante y la penetro de golpe. Duro, fuerte.

—Me encanta cómo me la aprietas dentro de ti. ¿Te gusta que te folle así?

—Sí… joder… más fuerte.

—¿Quieres correrte con mi polla en tu coño?

—Sí, sí, sí.

La voz le sale entrecortada y en susurros. Mientras, yo hago justo lo que quiere. Una embestida tras otra, lenta, fuerte y profunda.

Ella se apoya sobre uno de sus codos y con la otra mano coge una de las mías que la sujetan de la cadera. Sé lo que quiere y vuelvo a complacerla.

Cojo un puñado de su pelo y tiro de él. Su espalda se arquea, su cuello se tensa y ella suelta un nuevo gemido de placer. Esta vez mucho más fuerte. Nunca la he escuchado gemir tanto. Los vecinos deben estar oyéndolo todo y no sé por qué, pero a mí eso me pone nervioso.

—Méteme un dedo —me pide—. Fóllame el culo también.

Es otra de las cosas que he aprendido con Elisabeth. Le encanta sentirse llena completamente.

Hago lo que me pide, aunque si soy sincero no es lo que más me gusta. Me paro con mi pene todavía dentro de ella, una de las manos tirando de su cabeza y le meto mi otro pulgar hasta el primer nudillo, estirándola. Ella se estremece al principio hasta que empieza a relajarse poco a poco.

—¿Estás bien? —Siempre le pregunto, a pesar de que ella me pide que no lo haga—. ¿Quieres que siga?

—Sí, joder, muévete ahora.

Es lo que hago. Vuelvo a coger el ritmo mientras la lleno por ambos sitios, con mi polla y con el dedo.

Sé que está cerca, y será el segundo orgasmo de la noche. Este tiene pinta de ser mucho mejor que el anterior. La estoy llevando al límite, como a ella le gusta.

—Te encanta que te folle así, ¿verdad? —le susurro al oído acercando mi pecho a su espalda—. Dime qué quieres.

—No pares, joder. Estoy a punto —murmura ahora más en silencio—. Voy a correrme, joder, joder, joder…

En la habitación solo se escuchan nuestros cuerpos chocando, sus gemidos entrecortados y la pequeña charla sucia que me ha enseñado y que le gusta que use con ella.

—¿Quieres correrte con mi dedo en tu culo? ¿Te gusta cuando te lleno los dos agujeros?

—Sí, joder… sigue.

Empiezo a notar que se tensan demasiado los músculos de mi brazo. La lesión que arrastro desde hace dos semanas, me pasa factura. Me gustaría darle placer durante más tiempo, creo que para ser la última vez, se lo merece. Pero el brazo me duele y quiero que termine cuanto antes. Creo que ya he cumplido más que de sobra.

—Eres mi puta y vas a correrte cuando yo te diga. No antes.

Es curioso, pero sé que esa orden contradictoria es la que la hace llegar enseguida. Sus gemidos vuelven a subir de fuerza e intensidad y entonces la dejo ir.

—Córrete, puta.

Con estas últimas palabras, Elisabeth llega con un grito ahogado y la sigo al instante, dejándome caer sobre su espalda, agotado.

Tardo tan solo unos segundos en levantarme y dirigirme a su ducha. Mientras, ella se queda tumbada en la cama completamente desecha y satisfecha.

Cuando salgo de su baño, me tapo con una toalla y me quedo mirándola con un fuerte sentimiento de culpa. Ella observa cómo me visto lamiéndose los labios. Parece disfrutar viéndome vestirme casi tanto como cuando me desnudo.

—Elisabeth, me voy —le digo sentándome a los pies de la cama —. Esto es un adiós.

La sonrisa de su cara desaparece de golpe. Se incorpora, apoya la espalda en la cabecera, e instintivamente se tapa con la sábana. Como si no le hubiera visto todo desde todos los ángulos posibles.

—Sí, bueno. ¿Te llamo en unos días? —me pregunta temiendo mi respuesta—. ¿Cómo tienes los turnos?

—No, Elisabeth —le contesto cogiendo su mano—. Esta ha sido la última vez.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Es porque te he propuesto salir a cenar? —me pregunta contestándose a sí misma—. Ya te he dicho que es porque me ha entrado hambre. Nada más. Podemos seguir con nuestro acuerdo.

A mí ya no me vale esta situación. No se lo digo así pero ella lo sabe aunque luche para cambiar lo inevitable. Pero yo no puedo seguir con esto. Este acuerdo ya no es suficiente para ella y yo no le puedo dar más.

—No, no podemos.

—¡Eres un hijo de puta! ¿Me estás diciendo en serio que me follas y a los diez minutos rompes conmigo?

No sé por qué no escarmiento. No es la primera vez que me pasa esto y sigo equivocándome de nuevo como un idiota. Intento evitar siempre este tipo de conflictos y termino cayendo en ellos de cabeza irremediablemente.

¿Cómo le digo que no puedo romper con ella porque nunca hemos estado saliendo? Debería ser fácil, pero no lo es en absoluto. Pensaba en todo momento que ella no quería nada serio conmigo. Que tan solo éramos dos cuerpos dándose el placer que necesitaban; sin compromisos, sin ataduras y sin un futuro esperándonos.

Le podría decir que yo ya no tengo futuro, que se esfumó hace dos años con Marion y está enterrado junto a su tumba, a la que voy cada día después de acostarme con ella, lleno de resentimiento y culpabilidad.

No quiero darle detalles de mi pasado, porque le pertenece a esa persona y no quiero compartir un futuro que murió junto a ella. Lo que tengo es mi presente, lo que he compartido estos dos meses con Elisabeth.

—Me voy, ¿vale? —le digo levantándome de esa cama—. Espero que te vaya todo bien.

—¡Espera, cabrón de mierda! —Me sigue hasta la puerta, con la sábana arrastrando por todo el piso, y me vuelvo justo cuando estoy a punto de salir de su piso—. ¿Por qué me haces esto? ¿Tan jodido estás de la cabeza que rompes conmigo por una simple cena?

Es evidente que estoy jodido. Por supuesto. Pero incluso así, soy incapaz de arrastrar a nadie al abismo más al en el que me encuentro.

—Créeme, Elisabeth, es mejor que no te enamores de mí.

—¡Pues me lo dices tarde! —me grita golpeándome en el pecho con ambos puños. La sábana cae al suelo y se aferra a mí, llorando y desnuda—. Te quiero, joder. ¿Es que no te das cuenta?

—Lo siento. Nunca quise que pasara esto.

—Pues ha pasado —dice sollozando y abrazándome con fuerza.

Noto sus lágrimas mojar mi cuello y aunque intento consolarla acariciando su espalda, sé que no surtirá efecto. Es mejor terminar con esto tirando de la tirita bruscamente. El dolor es fuerte, pero pasará pronto.

—Tengo que irme. No me llames y no me busques.

Salgo de allí con un doble sentimiento de culpa. Uno sé que lo olvidaré pronto. Quizás hasta que llegue otra chica, a la que le acomode mi situación y que no le importe que sea un puto cabrón sin sentimientos. Hasta que le rompa, sin pretenderlo, el corazón a otra mujer.

El otro sigue atormentándome y sé que lo hará de por vida. Porque mi corazón se quemó hace más de dos años junto al cuerpo de Marion.

Capítulo 2

Sarah

Cuando terminé de estudiar tenía grandes planes, esas expectativas y sueños que la adolescencia crea sin apenas estímulos externos. Parece que se activen con el despertar de las hormonas. Quería viajar y ver mundo, visitar países exóticos y, al mismo tiempo, ejercer mi profesión y aprender de la vida. Todo estaba conectado.

Youngstown tenía esa extraña capacidad de apagar cualquier sueño sin que apenas te dieras cuenta. En Ohio, y especialmente en este pueblo, que en su día tuvo mucha prosperidad económica gracias a la explotación del acero, los sueños no pueden hacerse realidad a no ser que te marches.

Es lo que hacían la mayoría de los jóvenes que estudiaron conmigo en la universidad estatal. No fue mi primera opción, ni mucho menos. Solo fue la que mis padres se pudieron permitir.

Sin una beca que me posibilitara huir de aquí, estudié tan cerca de mi pueblo que no salí nunca del estado. Parecía que Ohio me tenía secuestrada y mi único objetivo durante mis años universitarios era volar lejos de aquí.

Estudié enfermería, como mi madre, pero a diferencia de ella, no aspiraba a conseguir un empleo en la clínica más cercana a mi casa. Soñaba con irme al extranjero, unirme a Médicos sin fronteras y vivir.

Solo vivir, porque aquí me sentía muerta.

Pero para poder unirme a esa ONG debía tener al menos dos años de experiencia laboral, así que, a mi pesar, seguí los pasos de

mi madre y comencé a trabajar en la clínica en la que ella estuvo durante más de treinta años.

Luego estaba Julian.

Formábamos el cliché más típico de una relación del medio Oeste. Él fue quarterback del equipo, yo capitana de las animadoras. Julian era tan guapo como tradicional. Fui su objetivo desde el principio porque es lo que se esperaba de él. No sólo sus compañeros de equipo, amigos y demás estudiantes del instituto, sino de todo Youngstown. El futbolista y la animadora. Debía ser así.

En cuanto terminamos la secundaria él entró a trabajar en el negocio familiar y yo fui a una universidad demasiado cerca de mi casa, y esta ciudad apagó mi primer sueño.

Aquí se trabajaba, se hacían barbacoas los sábados después del partido de fútbol, y se iba a la iglesia los domingos. No había más opciones, y para ver una obra de teatro, o visitar un simple museo que no estuviera relacionado con el fútbol, debías conducir cientos de kilómetros. Pero yo no tenía coche y Julian ningún interés en ese tipo de actividades.

«¿Qué más quieres? —me decían todos—. Tienes un trabajo, un chico guapo a punto de heredar un negocio próspero y una vida tranquila y segura. Y la fecha de la boda, a cuatro meses vista». No me lo preguntaban directamente, pero en cada conversación sentía que dejaban caer ese pensamiento que se alojó en mí sin darme cuenta. Lo tenía todo, era afortunada.

Pero no era lo que anhelaba, ni lo que deseaba mi corazón. Una noche, desperté de madrugada y mi sueño vino a mí de nuevo. Recordándome que hay algo más para mí en este mundo. Algo más allá de este pequeño pueblo, que estaba empezando a consumirme.

Joder, que solo tengo veinticinco años, me decía a mí misma.

A diferencia de lo que esperaba, hablar con Julian no fue lo más duro. Romper nuestro compromiso afectó más a mis padres que

a él mismo. Lo que me dio un extra de seguridad para largarme de aquí.

Sus padres son íntimos amigos de los míos. De esos que se han criado juntos desde el jardín de infancia y han atravesado todas las etapas de su vida prácticamente de la mano. Mi madre no me perdona que le haya hecho elegir entre su amiga y yo. Siempre pensé que la elección sería fácil. No para ella.

Nadie lo sabía. Ni mis padres. Ni Julian, por supuesto. Ni siquiera se lo dije a mis amigas de toda la vida, las del grupo de los jueves, las que siempre se reían de mi manía de buscar cosas «por si acaso», y envidiaban mi vida idílica y perfecta. ¿Qué sabrán ellas?

Pero lo hice.

Una noche, después de una guardia eterna y aburrida en el centro de salud, abrí el portátil en la cocina de casa. Estaban todos dormidos. Puse «cómo trabajar como enfermera en Nueva York» en el buscador. Pensé que sería una locura. Un imposible. Pero no. No lo era.

Resulta que lo único que necesitaba era tramitar lo que llaman una licencia por endoso, para que el estado de Nueva York reconociera mi título y mi experiencia en Ohio. Básicamente, era mandarles mis papeles. Mi título de la universidad, mi número de licencia, mis antecedentes limpios, y pagar la tasa.

Me costó doscientos cuarenta y cinco dólares. Y una noche entera de nervios antes de hacer clic en «enviar solicitud».

Lo hice igual. Guardé todos los justificantes en una carpeta escondida dentro de otra, con el nombre de lo más aburrido que se me ocurrió en ese momento: «manual de usuario (microondas)». Nadie en su sano juicio abriría una carpeta así y yo sentí que estaba haciendo algo prohibido. Como si me estuviera inscribiendo en una secta y no en la posibilidad de huir de una vida que me estaba matando por dentro.

Luego vinieron las búsquedas de ofertas. Urgencias, turno de noche, Bronx, Queens… Ofrecían un extra por aceptar un horario de locos, y un bonus si te incorporabas rápido. Envié mi solicitud a escondidas en el descanso de una guardia, con la bata aún puesta y el café frío entre los dedos que dudaban al pulsar las teclas.

Me llamaron dos días después. Me temblaba tanto la voz que la mujer de recursos humanos del hospital me preguntó si estaba enferma. «No, solo un poco nerviosa», le dije. Me ofrecieron hacer la entrevista por videollamada para el lunes siguiente. Y la pasé.

La oferta llegó una semana después. Salario justo, jornada partida, urgencias en el Elmhurst Hospital Center, en Queens. Me daban quince días para aceptar y lo hice casi sin dudar.

No puedo decir que saltara al vacío sin paracaídas. Sopesé los pros y los contras. No conocía a nadie en Nueva York. Tenía un miedo terrible y, a pesar de todo, me aterrorizaba más quedarme en Youngstown y casarme con Julian.

Acepté. En cuanto me confirmaron la nueva licencia activa para el estado de Nueva York, lo hice. Ya no era una fantasía. Ya no era un «por si acaso». Era real.

Luego vino el resto. Pedí la baja voluntaria en el centro. Cancelé la boda, si es que lo que teníamos se podía llamar eso. Reservé un estudio en Brooklyn.

Y cuando lo tuve todo hecho, absolutamente todo… lo solté.

—Me voy a Nueva York —les dije primero a mis padres—. Me voy a trabajar como enfermera de urgencias.

Las caras fueron un poema. Mi madre pensó que era una broma. Mi padre no dijo nada, solo bajó la mirada.

Julian se rio cuando se lo dije. De esa risa de desprecio que siempre usaba cuando algo se salía del molde, pero intentó convencerme una vez más para que me quedara. Que le diera otra oportunidad a lo nuestro. Pero si en casi diez años no había

conseguido encender en mí ni la más mínima llama, creo que las oportunidades se habían extinguido.

Como los pasos huecos en una estación cerrada. Como un fuego sin oxígeno que lo alimente.

Ya nadie podía hacer nada. Porque ya era oficial. Porque esa vez, lo hice sola. Porque si me quedaba en Youngstown, iba a extinguirme como una brasa a la que nadie sopla.

Mi estudio en Brooklyn era tan pequeño que de un solo vistazo recorría cada una de las estancias. Había un ángulo desde donde era capaz de verlo todo.

Un salón-comedor-cocina se mostraba nada más atravesar el umbral de la puerta. Luego un dormitorio con una gran cama que ocupaba prácticamente toda la estancia y un baño al lado, pequeño pero más que suficiente para mí.

Era la primera vez que iba a vivir sola y un sentimiento confuso entre miedo e ilusión me invadía completamente.

La oferta de trabajo en Queens incluía la mudanza y un bono extra, así que no tuve que ocuparme prácticamente de nada, tan solo de descargar mi vieja vida y darle una actualización completa.

—¡Hola! —escucho a mi espalda y me vuelvo de inmediato—. Debes ser la nueva vecina. ¿Necesitas ayuda?

Tan solo llevo un par de horas en Nueva York y ya me he convertido en un cliché de esta ciudad. Quizás sacado de una novela romántica o de la típica película de sábado por la tarde.

Chica nueva en la ciudad, vecino guapo y simpático que se ofrece a ayudarla a subir cajas de la mudanza que inexplicablemente no pesan nada, café de agradecimiento y sexo sin remordimientos.

La diferencia es que mis cajas sí pesan, y ya me las han llevado los hombres de la empresa de mudanza, el chico parece majo y es

atractivo, pero no es tan guapo como los que salen en las películas. Yo no tengo todavía ni cafetera ni café, y tampoco estoy preparada para tener sexo, sin remordimientos.

—Me parece que aciertas, sí —le digo al que parece ser el primer conocido que tendré aquí—. Me llamo Sarah. Me he mudado al quinto F.

—Sarah, la del quinto —responde estrechando mi mano suavemente—. Suena bien. Yo soy Jeremy, del Segundo B. Encantado.

Pone los brazos en jarras y se queda mirando las cajas que los transportistas suben al piso. Estamos en junio, en un día especialmente caluroso y los de la mudanza sudan bastante. Veo que Jeremy los mira con una expresión de alivio.

—¿Sabes? —me pregunta acercándose a mi oído—. No envidio nada a estos hombres. Me he ofrecido por acercarme a saludarte. En realidad, he visto que no necesitabas para nada mi ayuda, y viendo sudar a esos tíos, lo agradezco.

—Ya me lo ha parecido —le sonrío.

—De todas formas, han tenido suerte —me informa—. El ascensor se estropea a menudo. Podría haber sido peor.

—¿Qué? ¿Lo dices en serio?

—Y tan en serio. Estos muslos no han pisado nunca un gimnasio. —Se golpea con el puño su propia pierna y me guiña un ojo—. Te vas a ahorrar una pasta.

Jeremy es amable; en las distancias cortas y conforme lo voy escuchando, me parece más agradable y atractivo. Al final, cuando los de la mudanza han terminado, pasa conmigo a mi piso. No tengo café y tengo claro que todavía no estoy preparada para tener sexo casual con un desconocido, pero reconozco que necesito algo de compañía y Jeremy es la mejor opción. En realidad, la única.

—Y dime, Sarah del quinto. ¿Te mudas de barrio, de ciudad, o de estado?

—Pues las tres cosas, en realidad. Soy de Ohio.

—Oh. Oh. Oh. Ohio. —Intenta hacerse el gracioso y me da la sensación de que está coqueteando descaradamente conmigo—. No he estado nunca, ¿es bonito?

—No —le contesto categóricamente.

—Vaya, no te lo has pensado mucho.

Jeremy alza las cejas sorprendido. Creo que he sonado un poco borde y cortante.

—No es que no sea bonito —intento justificarme—. Simplemente, he salido huyendo de allí, así que no creo que sea la mejor embajadora de mi lugar de nacimiento.

—Entiendo. ¿No será un tipo de esos de huida de una secta o de una organización criminal, verdad? —me pregunta con ironía—. ¿Voy a tener que estar atento por si intentan secuestrarte o algo parecido?

—No. Para nada —lo tranquilizo con una sonrisa—. Sólo he cambiado de puesto de trabajo.

—¿Puedo preguntar en qué trabajas?

Me ayuda a colocar algunas de las cajas que los de la mudanza han dejado esparcidas por mi pequeño salón. Sobre todo las más pesadas. Mientras hablamos, me siento extrañamente cómoda con una persona a la que acabo de conocer. Parecemos dos viejos amigos compartiendo confidencias.

—Soy enfermera y el lunes empiezo a trabajar en el turno de urgencias del Elmhurst Hospital Center, en Queens.

—Enfermera, ¿eh? Es bueno saberlo.

—¿Por?

—Siempre es bueno tener una sanitaria en el edificio. Podría cortarme afeitándome o tener un ataque al corazón. Ya sabes.

—Por supuesto, tendría que hacerte un masaje cardíaco —le contesto devolviéndole el coqueteo.

Cuando hemos terminado de colocar las cajas donde le he pedido, se frota las manos y mira su reloj.

—Tengo que irme, Sarah del quinto. —Su sonrisa crece cada vez que me llama así—. Ha sido un placer conocerte y, si no te importa, me encantaría prestarte… atención. Ya sabes, por si algún tipo de organización quiere secuestrarte.

Niego con la cabeza y sonrío yo también.

—De acuerdo, si necesito ayuda, silbaré.

—Oh, no, no…—dice volviéndose de golpe y agitando las manos—. ¿Acabas de citar la película Tener o no tener? ¿O ha sido una casualidad? No puede ser.

—Vaya, Jeremy. Parece que vamos a poder compartir gustos cinematográficos.

—Acabo de enamorarme. Espero que seas consciente de ello.

Mi nuevo amigo sale de mi piso mirándose el reloj y haciendo un dramático gesto como si se sostuviera el corazón.

No puedo evitar reírme. Llevo solo unas horas en Nueva York y mi vida ha tenido más emociones que en los últimos meses en Ohio.

Capítulo 3

Dylan

Me gusta llegar antes que nadie. La estación huele a café recalentado, a sudor seco y a goma quemada. Un aroma que se te mete en la piel y ya no se va. Como los recuerdos.

Estación 52, Jackson Heights. Mi segundo hogar desde hace cinco años. A veces me pregunto si paso más tiempo aquí que en mi propio apartamento. Aunque siendo sincero, lo prefiero así.

Jeff está en la sala de descanso, preparando una mierda de café del que todos nos quejaremos a lo largo del turno pero que nadie prepara excepto él.

—¿Qué tienes hoy? ¿Turno largo o corto? —me pregunta tendiéndome una taza.

Pone mi nombre grabado en la cerámica porque aquí cada utensilio está etiquetado y las etiquetas, se respetan.

Torres entra y se une a la conversación. Es joven y entusiasta. Me recuerda mucho a mí hace tan solo cinco años. Recién salido de la academia, sin cicatrices ni quemaduras en el alma.

Todavía.

Ya las tendrá.

—¿Visteis el partido de ayer? —nos pregunta mientras se mete un donut entero en la boca—. Fue apoteósico. Les dimos una paliza.

Yo estaba lidiando con otras cosas anoche, pero no lo menciono. Elisabeth me mandó unos cuantos mensajes de audio demasiado intensos. Habían pasado ya varios días desde nuestra «ruptura», y al final tuve que bloquearla. Se estaba pasando.

Recordar ese día de nuevo vuelve a traer a mi cabeza los remordimientos. No es mala chica y su reacción de ahora se debe a que se enamoró del tipo equivocado.

Reviso el camión escalera. El ladder 52. Como cada día. Compruebo presión de las mangueras, los niveles del tanque, el equipo de oxígeno. Me tranquiliza seguir el procedimiento. Lo necesito.

Nuestro trabajo es rutinario hasta que deja de serlo. En un solo instante todo puede cambiar. La tranquilidad y la calma de la estación da un giro de ciento ochenta grados en apenas segundos cuando llega una urgencia. Suenan las sirenas y a toda prisa nos ponemos en marcha.

Son apenas las nueve de la noche cuando el pitido atraviesa el silencio como un cuchillo. Agudo, insistente, imposible de ignorar.

—INCENDIO EN EDIFICIO RESIDENCIAL. POSIBLES ATRAPADOS. DIRECCIÓN: 84-31 Broadway, Elmhurst. PLANTA BAJA Y SEGUNDO PISO EN LLAMAS. UNIDAD REQUERIDA: URGENTE.

Me pongo en pie de un salto antes de que termine el mensaje. El equipo entero se lanza a la rutina automática: botas, chaqueta ignífuga, casco, oxígeno, herramientas. En menos de un minuto, estamos todos en el camión con las luces rojas encendidas y la sirena aullando por las calles oscuras de Queens.

Jeff revisa el plano digital del edificio.

—Tres plantas. Hay una familia con niños en el segundo. La vecina llamó desde su ventana. Dicen que no pueden salir.

Nuestro capitán nos advierte por radio:

—Lo de siempre, Harris No hagas estupideces. Entráis, valoráis y salís. ¿Entendido?

—Entendido, jefe. —miento, como siempre, ajustándome el casco.

El calor me golpea en cuanto abrimos la puerta del camión. Las llamas devoran el primer piso y se escuchan gritos arriba. El humo es denso, negro y violento. Torres y yo vamos en cabeza con la manguera. Jeff y O'Malley se ocupan de cortar la corriente. El capitán coordina desde fuera.

—¡Hay alguien atrapado en la cocina, no pueden abrir la puerta! —grita Torres al revisar la estructura.

No me lo pienso ni un solo instante. Cualquier segundo puede ser crucial, así que me lanzo escaleras arriba con una palanca Halligan y el hacha.

—Voy yo.

—¡Dylan, espera refuerzos! —grita Jeff.

Pero es inútil porque ya he forzado la puerta a golpes, y al hacerlo, un marco de metal desclavado me rasga el hombro derecho. El dolor es punzante, caliente, pero no me frena porque escucho gritos al otro lado y sé que el tiempo se acaba. Dentro hay una mujer con un bebé, acurrucados en la esquina. Los cubro con mi chaqueta y los guío hacia abajo. Noto que me falta el aire pero no sé si es por el humo o por la adrenalina.

El rescate es exitoso y no hay víctimas mortales. La ambulancia se lleva a la mujer y su hijo al hospital para tenerlos en observación. Yo me apoyo en la pared del camión jadeando mientras la sangre mancha la manga de mi uniforme.

—Mierda, Harris —gruñe mi capitán al verme— ¿Cuándo te has hecho eso?

—Hace un rato, pero solo es un rasguño.

—Vete a la mierda, y de camino allí, te pasas por la ambulancia a que te curen ese puto corte.

—No es nada, capitán, solo…

—Te he dicho que vayas a mirarte esa herida. Obedece de una puta vez.

Entro a regañadientes en la ambulancia y el paramédico me hace una cura provisional. El corte requiere puntos y me llevan directamente al Hospital Elmhurst.

La sala de urgencias huele a antiséptico y a café recalentado. Espero en una camilla, con el traje abierto, la camiseta rasgada y el vendaje improvisado manchado de rojo.

Entonces entra ella.

Tiene el pelo negro y los ojos del azul más increíble que haya visto nunca. Sé que es una descripción vaga, pero soy bombero, no poeta.

La chica mira lo que parece ser mi historial médico de manera distraída y lee.

—¿Dylan Harris? ¿Bombero en Jackson Heights?

—Exacto. Al menos eso intento.

Ella me mira mientras se pone los guantes y entonces puedo ver con más detenimiento sus ojos. No son azules como pensaba, sino de un verde tan claro e intenso que en un principio me he confundido.

No la he visto nunca y soy asiduo a las urgencias de este hospital. Bien sea trayendo a una víctima, a un compañero o, en la mayoría de las veces, a mí mismo.

—¿Qué tenemos aquí? —dice la chica retirando la gasa empapada de sangre.

—Solo es un rasguño—le digo quitándole importancia. Quizás también haciéndome el fuerte —. Una puerta que se resistió a dejarme entrar.

—¿No podías haber llamado o usado otra cosa que no fuera tu hombro?

La chica nueva comienza a limpiar la herida. Yo estoy sucio, cansado y en otro momento no me apetecería hablar, pero no sé por qué, solo me sale bromear y me doy cuenta de que intento coquetear con ella. Sus ojos, según les da la luz, se llenan de tonalidades grises y de color ámbar. Son hipnotizadores.

—Bueno, no me quedó más remedio que tomar decisiones drásticas. Era mi hombro o la vida de una madre y su bebé.

La enfermera detiene momentáneamente la limpieza de mi herida. Parece estar procesando lo que acabo de decirle

—Aun así, deberían haberte traído antes. Esta herida necesitaba puntos hace ya una hora.

No me duele. O no tanto como debería. No estoy seguro de si es por la adrenalina o por cómo me mira mientras me cose.

Tiene el ceño fruncido, concentrada. La luz blanca del box de urgencias resalta la curva de su mandíbula y un poco la sombra bajo sus ojos. Es el aspecto que da el turno de noche. Como a nosotros.

Pero hay algo más.

Sus dedos se mueven con precisión mientras desliza la aguja, una y otra vez, cerrando la herida que me hice rompiendo esa maldita puerta. Me escuece, sí. Pero no aparto la vista.

—¿Falta mucho? —le pregunto, por decir algo. Suelto el aire con fuerza.

—Te quedan dos puntos —responde sin mirarme—. Y si te mueves, serán tres.

Tiene acento americano sin florituras. Nada de esa dulzura fingida que a veces ponen las enfermeras para calmarte.

Tampoco tiene ese ritmo rápido de Nueva York, ni arrastra las palabras como hacen en Brooklyn. Lo suyo es más suave, como si tuviera todo el tiempo del mundo para decir las cosas bien. Neutral,

limpio. Y sin embargo, hay algo que no encaja del todo. Como si intentara sonar más local de lo que realmente es.

¿Del sur? No. Tampoco del oeste. Podría ser Chicago, tal vez… pero no tiene esa arrogancia en la voz. Es más… sencilla.

Medio Oeste, me apuesto lo que sea. Ohio, tal vez. O Iowa. Algún sitio de esos donde todo el mundo se conoce, se casa joven y va a misa los domingos. Sitios donde un incendio puede ser la noticia del mes.

Y, por alguna razón, ha acabado aquí. En el caos. En medio de una ciudad que te mastica y te escupe sin pensarlo dos veces. ¿Qué demonios hace alguien como ella aquí?

—¿Nombre? —pregunto.

—¿El mío o el tuyo? —responde sin levantar la vista de mi herida.

—El tuyo. El mío ya lo sabes —señalo con la barbilla la ficha que ha dejado en la bandeja. «Harris, Dylan».

Se detiene solo medio segundo antes de contestar.

—Sarah.

Sarah.

Suena… bien. Suena como algo que no debería querer decir en voz alta más de una vez. Pero ya lo estoy repitiendo mentalmente. Sarah.

—¿Eres nueva por aquí?

Ahora sí me mira. Un segundo. Sus ojos han cambiado tanto de tonalidad en los escasos minutos que nos conocemos que me siento completamente fascinado.

—Relativamente —me dice—. Llevo algunas semanas. Este es mi tercer turno seguido. Estoy deseando una noche tranquila, pero

tú y los tuyos os empeñáis en hacerme trabajar duro en plena madrugada.

—Lo nuestro no tiene horario —respondo, medio en broma—. El fuego tampoco.

—Sí, lo estoy empezando a comprender—dice, justo antes de dar el último punto.

Aprieta con cuidado, luego corta el hilo quirúrgico, cubre la herida con una gasa y comienza a limpiar el resto del hombro con manos eficientes.

—Ya está. Tendrás que venir en unos días para que te revise la herida.

—¿Me vas a revisar tú? —pregunto.

Ella se encoge de hombros, pero el rubor leve en su cuello me da la respuesta.

—Depende de quién esté de turno.

—Entonces cruzaré los dedos a ver si tengo suerte.

Me bajo de la camilla despacio. El dolor empieza a llegar con más claridad ahora que estoy más quieto. Pero no me importa.

Ella anota algo en el historial y la miro por el rabillo del ojo. Me tiende un papel que conozco a la perfección. Nadie en urgencias me lo da ya porque saben que me lo sé de memoria.

Son recomendaciones e instrucciones precisas post sutura para lavar la herida y cambiar el vendaje. Nada más.

—No eres de aquí —vuelvo a decirle.

—No.

Su respuesta es seca, firme y un poco cortante. Yo no cedo en mi interés y no entiendo muy bien el motivo.

—Del medio Oeste, ¿verdad? ¿Iowa? ¿Ohio tal vez?

He debido acertar en mi última suposición porque es cuando la veo cambiar su gesto. Impasible y profesional en todo momento. Yo sé que no lo estoy siendo tanto como ella. No lo estoy siendo en absoluto, pero tengo demasiada curiosidad por esta chica y no puedo evitarlo. Necesito saber.

Es guapa y sus ojos son impresionantes, pero no es solo su atractivo físico el que me intriga. Es algo más. Lo noto en mis huesos y en la forma en que arde mi piel. Y sé que no es por el fuego.

—¿Tanto se me nota? —me pregunta con algo de sorpresa mal disimulada en sus ojos.

—Entonces he acertado. Sabía que tu acento no era de Nueva York, mucho menos de Queens.

—Soy de Youngstown, Ohio.

—No lo conozco pero dime, ¿qué hace una buena chica de Ohio en una jungla como Nueva York?

—¿Quién te dice que soy una buena chica?

—Todas las chicas de Ohio lo sois. Vais a la iglesia los domingos y hacéis dulces para los jugadores después de los partidos de los sábados.

—¿Eso lo has sacado de una película de animadoras de domingo por la tarde en Netflix?

Intento ponerme la chaqueta por encima pero el vendaje del hombro me impide hacer el gesto y, sin embargo, ella no hace nada por ayudarme. Se queda mirando. Impasible y con los brazos cruzados sobre su pecho.

—¿Me ves pinta de ver ese tipo de películas? —le pregunto levantando una ceja.

Ella se apiada al fin de mí y me ayuda.

—No lo sé. No te conozco de nada.

—Quizás deberíamos cambiar eso, entonces, ¿no crees?

Jeff asoma la cabeza desde el pasillo y nos giramos hacia él. Creo ver hasta sorpresa en sus ojos. Quizás está desconcertado.

—¿Ha terminado, señorita? —pregunta dirigiéndose directamente a ella—. Tengo que llevarme al herido.

—Todo suyo, bombero.

Me dirijo hacia la puerta, no sin antes volverme de nuevo hacia ella y ofrecerle la mano del brazo que no tengo herido

—Ha sido un placer conocerte, Sarah.

Ella se queda mirando mi mano extendida y levanta una ceja levemente. La estrecha con suavidad y firmeza. Sus ojos brillan.

—Lleva cuidado, Dylan Harris.

Capítulo 4

Sarah

La noche en urgencias está siendo muy intensa. Esto no tiene nada que ver con el centro de salud en el que trabajaba en Youngstown. Allí, el turno más ajetreado que recuerdo fue cuando los invitados a una boda sufrieron una intoxicación por salmonella. Ese día tuvimos que atender a más de cien personas con náuseas, vómitos, diarreas y cólicos intestinales. El resto eran urgencias normales. Un niño que se había roto algún hueso jugando en el parque, estados febriles y alguna apendicitis. La mayoría de las veces mi trabajo allí consistía en extracciones de sangre y curas rutinarias.

Aquí, sin embargo, tengo que hacer suturas a pandilleros que se han metido en peleas a navajazos, brechas abiertas e incluso heridas de bala.

A las cuatro de la madrugada nos dan un pequeño respiro y estoy sentada en la sala de descanso. Entro en el ordenador y hago una búsqueda rápida del historial reciente de Dylan Harris.

Múltiples quemaduras, heridas que precisaron sutura y un par de fracturas. Inhalación de humo y algo que me llama la atención: un par de cuadros de ansiedad.

Eso, según aparece en su ficha de paciente habitual, porque luego hay cosas que parece ser que no se reflejan en el historial y que Lydia conoce al dedillo.

Lydia es una de mis compañeras en el servicio de urgencias. Es un torbellino, inquieta, nerviosa, y muy simpática. Tiene unos ojos dulces y expresivos y siempre está dispuesta a ayudarme en todo lo

que necesito. Sin ella, estas primeras semanas en el hospital habrían sido mucho más abrumadoras. Puede que no las hubiera soportado.

—¿Buscas algo en especial? —me pregunta cuando me ve delante del ordenador leyendo—. ¿Ese es el expediente de Dylan Harris?

Estaba tan concentrada leyendo el historial del bombero que me ha pillado cotilleando descaradamente. No puedo disimularlo.

—Sí. Lo he atendido hace unas horas y bueno… quería saber… ya sabes, por si necesitara… le he citado para quitarle los puntos. De la sutura, ya me entiendes…

Lydia me mira alzando las cejas sin interrumpirme, aunque yo misma no soy capaz de elaborar una frase completa y coherente. Me deja seguir hablando mientras busco una excusa que ni siquiera a mí me convence. Al final se apiada de mí.

—No hace falta que sigas. Todas aquí hemos buscado a Dylan en un momento u otro. Pero te digo una cosa —continúa a modo de advertencia señalándome con el dedo—. Es mejor que no lo intentes. Te lo digo como compañera, como amiga, pero sobre todo como mujer. Ese chico no está… emocionalmente disponible.

—¿Está casado, comprometido? —le pregunto distraídamente —. ¿Te refieres a eso? ¿Has tenido algo con él?

No quiero parecer demasiado interesada, tan solo tengo curiosidad.

—¿Yo? —pregunta exageradamente soltando una sonora carcajada que resuena en la sala de descanso en el silencio de la noche—. Dios me libre. No soy tan masoquista. Y respondiendo a tu primera pregunta… la respuesta es no. Dylan no es de los que se casan.

—He visto que ha tenido muchas urgencias. Diría que demasiadas incluso para un bombero de Nueva York.

—Escucha, Sarah —me dice con cierto aire condescendiente—. Si buscas algo serio, es mejor que ni te acerques a él. A mi amiga Fiona le destrozó el corazón. Es… —Hace una pausa para elegir las palabras correctas—, no es mal chico, pero está roto, ¿entiendes? Esa es la palabra que mejor lo define.

—¿Y si yo no buscara nada serio?

Ni yo misma sé por qué he hecho esa pregunta pero en realidad estoy exactamente en ese punto de mi vida. Solo he tenido un novio en mis veinticinco años, Julian, y nunca he estado con otro chico. En ningún sentido. Empecé a salir con él cuando ambos teníamos quince y por mi parte le fui fiel los diez años que duró nuestra relación. Soy el epítome y la esencia de «no querer nada serio». En el caso de que estuviera interesada en alguien como ese bombero emocionalmente no disponible y roto.

Lydia me mira fijamente y parece estar pensando mucho su siguiente argumento.

—Entonces supongo que podrías arriesgarte, si es lo que buscas, aunque es como jugar con fuego —me dice muy seria—. Yo no lo haría, si te soy sincera. Creo que terminaría quemándome.

La miro y asiento con un leve gesto de mi cabeza.

—Gracias por el consejo, Lydia.

Son las cuatro y media de la mañana. El monitor de control lanza una línea plana de color verde que no interrumpe el silencio con ningún pitido. Tampoco hay código azul. Ningún politraumatizado. Ni un solo ebrio con la ceja abierta tras una pelea de bar. Solo un pasillo desierto y las luces fluorescentes parpadeando como si quisieran dormirse también.

Apoyo los codos en el mostrador de enfermería, los ojos fijos en la pantalla del ordenador donde tengo abiertos los últimos registros de pacientes. Ya está todo actualizado. Las vías retiradas. Las notas pasadas. No tengo nada pendiente.

Urgencias puede ser estresante por momentos y tremendamente aburrido en otros.

Repaso por tercera vez el control de medicación, solo por ocupar las manos. Me levanto, doy una vuelta por los boxes y ajusto una sábana que ya está recta. Vuelvo al control. Miro el reloj. Las 04:42. El tiempo parece detenerse cuando baja el nivel de adrenalina.

Lydia, que hace un rato se ha sentado a mi lado con una taza de café, me lanza una mirada sin decir palabra. Como si supiera lo que ronda por mi cabeza. Como si ya lo hubiera visto antes.

—Estás pensando en él, ¿verdad? —me pregunta.

—¿Qué? —exclamo un poco indignada—. No estoy pensando en él. Apenas le conozco, Lydia.

—Da igual. Dylan tiene ese efecto en todas —dice muy tranquila apurando su café—. No eres ni la primera ni serás la última. Tampoco la única.

Resoplo y me echo hacia atrás en la silla giratoria al tiempo que paso una mano por la nuca. El cansancio pesa, pero no lo suficiente como para apagar la mezcla de intriga, deseo y advertencia que me arde en el estómago.

—No es lo que crees, Lydia. Solo tengo curiosidad y, sinceramente —señalo a mi compañera con el dedo—, no me estás ayudando en nada. Le estás poniendo un halo de misterio extra. Como si fuera alguien irresistible y fuera a caer rendida a sus pies. No creo que sea para tanto.

Lydia se encoge de hombros y no me replica.

Las cinco y cuarto.

Abro su ficha de nuevo. No debería, lo sé, pero ya lo he hecho antes. No sé qué busco exactamente. Quizás una pista, algo que me haga entender qué le duele tanto como para no dejarse tocar por nadie.

Quemaduras de segundo grado en el lado izquierdo del torso, entrada hace dos años. Corte profundo en el antebrazo, sutura con quince puntos. Lesión muscular en el hombro derecho, cicatriz aún visible. Fractura de dos costillas. Contusión craneal leve. Tres visitas por inhalación de humo. Desde hoy, se añade siete puntos de una herida abierta en el hombro.

Un historial de fuego y golpes.

Me siento en el sofá junto a Lydia y opto por la vía más rápida. Preguntarle directamente a ella, que parece conocer detalles que no aparecen en ese expediente.

—¿Por qué dices que está roto?

—Porque lo está.

Es contundente y no deja lugar a la duda. Es completamente categórica. Yo aprieto un poco más.

—Pero lo dirás por algo en concreto, ¿no?

Lydia niega con la cabeza y sonríe de una manera resignada.

—Tú misma has visto su ficha médica, Sarah. ¿No te dice eso a ti nada?

—Me dice varias cosas, sí. Que su trabajo es peligroso y que es decidido y valiente. Quizás un poco impulsivo.

—¿Un poco? —Se inclina hacia mí buscando toda mi atención —. Es temerario, Sarah. Ese chico busca la muerte en cada rescate. Y algún día la encontrará.

—¿Lo dices en serio?

—Ya has visto su ficha médica. Es un asiduo a urgencias. Y sólo porque su capitán le obliga a venir. Si por él fuera, ni siquiera vendría a coserse las heridas. Lo que me extraña es que todavía siga vivo —. Eso último lo dice más para sí misma.

—Entonces a lo mejor necesita otro tipo de asistencia médica.

—También la tiene. Créeme, chica, lo mejor es que hagas tu trabajo y no te involucres personalmente con alguien así. No podemos salvar a todo el mundo, ¿sabes?

—Tranquila, no pienso hacerlo.

Amanece sin que me haya dado cuenta. La luz grisácea que se cuela por los ventanales del pasillo marca el comienzo del nuevo día, y con él, las urgencias vuelven a activarse. Son las seis y media de la mañana y los primeros casos ya empiezan a llenar la sala. No hay descanso real en este hospital, solo momentos de tregua que se esfuman sin previo aviso.

El primero en entrar es un hombre de mediana edad con el rostro desencajado. Ha sufrido una reacción alérgica severa y apenas puede hablar. La lengua se le ha comenzado a hinchar y la respiración es cada vez más dificultosa. Me adelanto antes de que terminen de diagnosticarlo y ya tengo en la mano la dosis de adrenalina. He visto muchos casos de reacciones alérgicas en mi casa desde que era niña. El médico de guardia llega al mismo tiempo que yo. Actuamos rápido y, en cuestión de minutos, el hombre empieza a estabilizarse. Se me escapa una sonrisa de alivio. Me gusta cuando las cosas salen bien.

El segundo caso es una anciana que ha resbalado en la ducha. Viene con un fuerte dolor en la cadera y un susto evidente en los ojos. Le hablo con dulzura mientras tomamos constantes y le ponemos una vía. Le cojo la mano mientras espera a que la suban a rayos. Me cuenta que vive sola desde que su marido murió hace tres años. No puedo evitar sentir un nudo en el pecho. Le prometo que iré a verla antes de irme.

Una mujer embarazada, en su tercer trimestre, entra poco después con contracciones irregulares. No debería dar a luz aún, así que avisamos a Ginecología, pero mientras tanto me quedo con ella. La tranquilizo, le doy agua, le acaricio el brazo mientras le hablo con voz baja. Me gusta poder ser esa figura que calma el miedo. Siempre lo intento, al menos.

Después de atender cada urgencia, me cruzo con Lydia en el control de enfermería. Ella también tiene ojeras y lleva ya su tercer café en la mano. Me hace un gesto con la cabeza como si me leyera el pensamiento, y en parte lo hace. Le lanzo una mirada de «aquí seguimos» y ella sonríe, resignada. Es sólo un año mayor que yo, pero lleva tanto tiempo en urgencias que ya forma parte de su ADN.

Entre un caso y otro, mi mente regresa a Dylan, aunque no quiero. Me obligo a concentrarme, pero no puedo evitar pensar en el expediente que vi antes, en esas heridas registradas con precisión clínica. Ha pasado por aquí tantas veces que me pregunto cómo sigue en pie. No es solo un cuerpo fuerte, hay algo más. Algo que me pica la curiosidad y que todavía no sé definir. Solo quiero entenderlo. Como hago con todos mis pacientes. Como haría con cualquier otra persona que entra por esa puerta necesitando atención médica, aunque él no la pida. Aunque incluso a veces se niegue a recibirla.

A las nueve en punto entrego el informe del turno, reviso que todo esté en orden, y cuelgo mi identificación en la taquilla. Me siento agotada, pero viva. Con la cabeza llena de historias ajenas… y una que empieza a tomar forma sin que lo haya decidido del todo.

Cuando llego a mi pequeño apartamento me meto en la ducha y dejo que el agua arrastre el recuerdo de cada caso que se me clava en la mente; la anciana y su cadera, la embarazada y su bebé que seguramente nacerá prematuro, el hombre con su alergia, las brechas en la cabeza e incluso las heridas por arma blanca de los adolescentes que se han enfrentado en esa pelea entre pandillas.

El agua se lleva todos esos casos y los arroja por el desagüe. Es la única manera de poder cerrar los ojos y descansar para tener fuerzas para el siguiente turno. La ducha lo limpia todo, menos el hombro de ese bombero que acumula puntos de sutura y cuenta sus rescates con cicatrices.

Dylan Harris.

Capítulo 5

Dylan

Odio este camino, este despacho y todo lo que representa. No a Helena, aunque a veces tenga ganas de arrojarle el vaso de agua que siempre deja en la mesita al lado del butacón de terciopelo rojo.

Toco a la puerta con los nudillos. Dos golpes rápidos, un espacio y uno largo. Es mi seña de identidad, como si fuera un código morse. Ella lo reconoce al instante.

—Pasa, Dylan.

—Buenas tardes, doctora.

Siempre la llamo así y todas nuestras sesiones, desde hace algo menos de dos años, comienzan de la misma manera. De puertas afuera, o por teléfono, la llamo Helena, en su despacho siempre doctora. Es su norma, son sus reglas.

—¿Qué te ha pasado en el hombro? —me pregunta sin mirarme.

Estoy convencido que alguien de mi círculo más cercano le informa de cada uno de mis percances, o tal vez tiene línea directa con el hospital y mi ficha médica. Quizás una app que le haga llegar a su móvil una notificación cuando me atienden allí. No es posible que se haya dado cuenta de que tengo el hombro herido si ni siquiera ha subido la vista de su cuaderno.

Eso me recuerda a la chica nueva de urgencias. Sarah, la enfermera de Ohio.

—Estoy bien, solo fue un corte al abrir una puerta.

—¿No pudiste esperar dos minutos a que llegaran tus compañeros con el material necesario?

Ahora alza la vista. Con esa mirada que siempre parece juzgarme y declararme culpable de imprudencia temeraria.

—Le pregunté al fuego si tenía tiempo —le contesto con mi ironía habitual—. ¿Adivinas qué me respondió?

—No tiene gracia, Dylan. En una de esas se te acabará la suerte.

—¿Suerte? —Me río con ganas, echando la cabeza hacia atrás en esa butaca roja—. ¿A eso lo llamas suerte?

—Sí, podría haber sido peor que unos puntos en el hombro. Podrías no haber salido con vida de ese incendio.

Estoy a punto de contestarle que para mí la suerte habría sido precisamente esa, pero me controlo porque sé que me juego mi trabajo.

—Ya me conoces, doctora. Mala hierba nunca muere, o nunca se quema.

—Te equivocas siempre, Dylan. Las hojas secas y muertas son las que arden más rápidamente.

Nos encanta usar metáforas de fuego en nuestras sesiones, es como algo nuestro. Me pregunto si lo hará con el resto de sus pacientes; usar sus profesiones para hacer comparaciones así. Le contesto con el silencio y una mueca de cansancio dejándome caer en la butaca.

—Dime, Dylan, ¿cómo llevas las pesadillas?

—Igual.

Mi respuesta sale rápida y seca. No me gusta pensar en eso y menos hablar de ello. Pero es el tema favorito de Helena.

—¿Quieres hablarme de la última? ¿Ha cambiado algo?

—No. Exactamente igual —insisto.

—Entiendo. ¿Necesitas más pastillas para dormir?

—No.

—¿Duermes algo, al menos? En la última sesión me dijiste que apenas dormías cuatro horas —dice repasando sus notas—. ¿Has conseguido dormir algo más?

—Algo —le miento—. No demasiado.

Esta parte de la sesión siempre gira por los mismos cauces. Mis pesadillas, el sueño, los ataques de ansiedad y el trabajo. Después viene la parte más personal.

—Me dijiste que te veías con una chica. —Vuelve a hojear su cuaderno—. Elisabeth, ¿verdad?

Yo asiento.

—¿Y qué tal va?

—Pues ya no va —le informo—. Hemos dejado de vernos. Hace una semana.

—¿Y eso por qué?

—Ella quería salir a cenar. Yo no.

—Vaya, qué atrevimiento por su parte. ¿Te propuso salir a cenar como una pareja normal?

—¿El sarcasmo es una práctica aceptable entre los psiquiatras y sus pacientes, doctora?

—Yo hago las preguntas, Dylan. Dime, ¿qué tiene de malo que una chica quiera salir a cenar con quien tiene una relación?

—Lo nuestro no era una relación. Solo era sexo.

—A veces una relación sexual conlleva sentimientos.

—No para mí. Se lo dije claro desde el principio. Ella se estaba enamorando.

—¿Qué problema hay con que una chica te quiera? El amor es algo bonito. No deberías renunciar a eso.

—Yo no quiero que me quieran. No lo necesito.

—Todos necesitamos amor, Dylan.

—Yo no —le repito.

—De acuerdo. Entonces dime, ¿cómo te sientes ahora, después de romper con Elisabeth?

—No se puede romper algo que no existía, pero contestando a tu pregunta… mal. Me siento culpable. Ella… bueno, hubo gritos, lágrimas y reproches.

—Lógico, si estaba enamorada. —Hace una pausa larga—. ¿Sigues yendo al cementerio?

—Sí.

—¿Con qué frecuencia?

Esta pregunta no la hace en todas las sesiones. Solo en una de cada tres. Creo que porque no quiere apretarme las tuercas demasiado. Tengo ganas de mentirle cada vez, para que deje de marearme con ello, pero es en lo único que no soy capaz. Sería como repudiar de Marion.

—Siempre que puedo. —Es una verdad a medias.

—¿Cuánto es eso?

Respiro profundamente y aprieto los labios antes de contestar.

—Casi todos los días.

—De acuerdo —dice apuntando en su cuaderno— ¿Te gustaría hablar de algo?

—Sabes que no.

Helena me mira fijamente. Sé que algún día explotará conmigo. La saco de sus casillas. A veces quiero preguntarle por su vida privada, interesarme por ella. Me pregunto si estará casada o tendrá amor en su vida, como siempre dice que todos necesitamos. No lleva anillo, pero eso no es especialmente significativo. Tampoco tiene fotos personales así que no da pistas de cómo es su día a día fuera de esta consulta.

La imagino siendo madre, eso sí. Aunque no sé muy bien por qué. Y además siendo una de las buenas. Lo que me recuerda que tengo que llamar a la mía. Hace semanas que no nos vemos.

—De acuerdo, Dylan, pues dime qué tal en el trabajo. ¿Alguna novedad?

—Tenemos un chico nuevo. Torres, se llama. Es joven y con esa ilusión del principio. Parece buen chico.

Omito contarle mi encuentro con Sarah, la enfermera. No pertenece al cuerpo de bomberos, aunque sí al de urgencias. No es una compañera propiamente dicha, pero me da la sensación de que vamos a trabajar mucho juntos.

El resto de la sesión sigue los cauces habituales. Sé que Helena se desespera conmigo y piensa que no avanzamos, pero en realidad lo hacemos y mucho.

Por ejemplo ahora acudo al hospital a curarme las heridas, igual que sigo yendo a su consulta. Ahora entro a un incendio con las protecciones adecuadas, aunque siga siendo temerario y a veces no espere los refuerzos. Ahora me arriesgo en los rescates, pero no pongo en riesgo mi vida ni la de mis compañeros. No como antes.

Sigo jugando a la ruleta rusa, pero pongo menos balas en el tambor del revólver.

A la salida de la consulta de Helena, camino hacia el hospital. Tengo que coger cita para quitarme los puntos y sé exactamente quién deseo que me los quite.

No quiero volver a casa todavía. Mi apartamento siempre está oscuro y descuidado. La asistenta dejó de venir hace semanas y me da demasiada pereza buscar otra nueva. Las preguntas de Helena siempre me revuelven el estómago y me dejan ese sabor agridulce en la boca. El miedo, la culpa y el vacío son muy mala combinación.

Paso por admisión y me acerco al mostrador. Está Miriam, la administrativa más estricta de todas.

—¿Otra vez por aquí, Harris? ¿Qué te has hecho ahora? —me pregunta sin levantar la vista de su ordenador.

—Nada grave. Me pusieron unos puntos la semana pasada. Quiero pedir cita para que me los quiten. A ser posible con la misma enfermera.

—Tú sabes que eso no se puede. Los turnos son según disponibilidad. No hacemos excepciones, ni aunque hayas salvado a medio barrio —me responde con tono seco pero con una media sonrisa.

—Pero conozco su nombre… ¿Y si echas un vistazo a tu ordenador y me dices cuando trabaja esta semana?

—Ni lo intentes —me corta sin levantar la vista—. No se dan turnos ni horarios del personal. Política del hospital.

Suspiro, fingiendo resignación, pero me doy la vuelta ya con un plan. Cruzo el hall y busco a alguien que sí esté dispuesto a saltarse el protocolo. Y lo encuentro rápido.

Dwayne, celador de noche desde hace años, está empujando una camilla vacía hacia el ascensor. Lo conozco desde siempre. Ha recogido más de una vez a compañeros míos heridos y en muchas ocasiones, se ha tomado una cerveza conmigo en el Brewery Bar, cuando coincidimos después de un servicio especialmente jodido.

—Harris —dice al verme—. ¿Qué? ¿Te has rebanado el brazo otra vez?

—No es para tanto —le digo quitándole importancia—. Me lo cosieron aquí la semana pasada. Una enfermera nueva llamada Sarah. ¿Podrías decirme cuando tiene turno?

Dwayne me mira un segundo con cara de «ya estamos», y luego suelta una risa baja y discreta.

—Siempre estás igual, Harris. No me suena ninguna Sarah. ¿Cuánto tiempo lleva en el hospital?

—Poco tiempo —le respondo sin mucha convicción, en realidad no puedo darle mucha más información—. Es de Ohio.

Él asiente y baja un poco la voz.

—Ah, ya sé quién me dices. Joven, recién salida de la facultad, morena y de ojos azules como el coral.

—O verdes —le corrijo—. En realidad aún tengo que descubrir el tono exacto. Quizás a la luz del día pueda definirlos mejor.

—Déjame echar un vistazo y te digo.

Espero en el pasillo y me cruzo con Evelyn. Otra enfermera. Uno de mis mayores errores después de… Marion.

Evelyn me lanza una mirada fría y desagradable. No me porté bien con ella y lo siento. Pero de nada sirven las palabras ahora. Ni a ella le vale una disculpa.

A veces la he visto con Marc, de traumatología, y creo que son pareja estable. Es lo que ella buscaba y yo no pude darle.

No lo hice nada bien con Evelyn. Por eso, ahora siempre aviso a las chicas con las que estoy, y aunque con Elisabeth me fue mal, a veces funciona.

Después de Evelyn decidí renunciar a las solteras. En esta ciudad no siempre es fácil establecer relaciones duraderas, pero esta chica lo buscaba desde el primer momento conmigo. Las solteras buscan pareja desesperadamente. Alguien que las lleve a cenar y al cine o al teatro. Alguien con quien pasar los domingos de picnic en

Central Park o viendo comedias en Netflix. Yo solo quería quitarme las ganas y dejar atrás las pesadillas, aunque fuera solo por unos momentos.

Las casadas, en cambio, solo buscaban sexo casual sin compromiso. Durante una temporada me centré en ellas.

Mi jefe, el capitán Mathews, nos eligió a Jeff y a mí para representar a la estación en una gala benéfica para recaudar fondos. Allí conocí a varias de esas mujeres, la mayoría de más de cuarenta años, casadas con millonarios a los que posiblemente no se les plantaba la polla ni con viagra.

Las mejores mamadas me las hizo Margaret, la mujer de un senador. Heredera principal de una familia de empresarios cuya organización se encargaba de la reconstrucción de viviendas arrasadas por incendios en todo el estado de Nueva York.

Durante un par de semanas me dediqué a asesorarla en privado. Eso incluía follármela en su mansión, en la cama que compartía con su marido el senador, mientras él estaba de gira para las presidenciales.

Margaret estaba tan agradecida que incluso me recomendó a otras amigas suyas. Una de las mejores fue Mónica Witt. La ex modelo reconvertida a filántropa encargada de recaudar fondos para la unidad de quemados del Hospital General de Manhattan.

Mónica tenía una especie de fetiche con los bomberos y todavía conservaba su belleza y elegancia de cuando desfilaba por las pasarelas. Era igual de bella que egocéntrica y le encantaba que la follara mientras se miraba en el espejo. La cama de su dormitorio los tenía por todo el techo y cuando iba a su casa, ponía varias cámaras a grabar desde diferentes ángulos. Tenía un pequeño armario donde guardaba las cintas ordenadas en hileras. Yo solo era un nombre más en su colección. En mi cinta ponía Dylan HotFire.

Al final, uno de esos maridos se enteró de mis actividades y me suspendieron en el cuerpo durante más de un mes. Alguien movió

los hilos para readmitirme. Alguien igual de poderoso o más que quien hizo que me suspendieran. Nunca supe quién fue ni el uno ni la otra, aunque siempre sospeché que Margaret, la mujer del senador, había tenido algo que ver.

Dwayne vuelve al pasillo donde le estoy esperando y me enseña la foto que le ha hecho al cuadrante de turnos de enfermería.

Leo con atención y veo dos chicas llamadas Sarah. O'Neall y Kessler. Pero cuando veo este último, lo tengo claro. Ese apellido me suena a alemán del medio oeste. De esos que llevan generaciones en Ohio. Tiene que ser ella. La enfermera con mirada firme y ese aire de que no se deja impresionar por nadie. Ni siquiera por un bombero hecho mierda como yo.

Le doy una palmada en el hombro, agradecido.

—Gracias, tío. Te debo una.

Capítulo 6

Sarah

El teléfono vibra sobre la mesa de la cocina. Miro la pantalla y mi estómago se encoge: «Mamá».

Respondo, aunque sé que no estoy lista para esto. Mucho menos ahora que me queda nada para meterme en el cuerpo un turno de doce horas un sábado por la noche.

—¿Sarah? —escucho en el auricular cuando le doy a contestar y antes incluso de decir nada.

—Hola, mamá.

—Ya era hora de que dieras señales de vida, ¿no te parece? —su voz suena tensa, sin rastro de calidez.

—He estado ocupada. Ya sabes cómo va esto, nuevo centro, la mudanza —intento justificarme sin éxito—. El hospital, los compañeros…

—¿Y no has podido coger el teléfono antes? —me interrumpe —. ¿En todas estas semanas? ¿O contestar a alguno de mis mensajes? ¿O a los de Julian, por cierto?

Cierro los ojos un instante, como si pudiera frenar la oleada. Sé que va a ser una conversación difícil.

—No tenía nada que decirle, mamá.

—¿Nada? Después de diez años con él… Nada —repite, y puedo imaginarla con un brazo sobre su cintura, mientras apoya el otro que sostiene el teléfono, caminando en círculos por la cocina de siempre. Con ese tono de decepción que me duele más que cualquier grito—. ¿Sabes lo mal que lo está pasando? Me lo ha

contado su madre, y ella también está destrozada. ¿Te parece bien irte así, sin dar la cara?

—No me fui así, mamá. Ya lo hemos hablado. No estaba enamorada de él y no podía seguir con esos planes de boda.

—¡Y te das cuenta de eso a tan solo cuatro meses de ese día! —exclama, indignada—. ¿Y eso ahora es excusa para tirar una vida por la borda? Aquí tenías un trabajo, fijo y seguro. Y, aun así, decides largarte y empezar de cero en una ciudad como Nueva York… tú sola.

—Necesitaba espacio —respondo, bajando la voz—. Necesitaba respirar y encontrarme a mí misma, mamá.

—¿Y qué hay de lo que necesitaba Julian? ¿O tu familia? ¿Te has parado a pensar en eso?

Trago saliva. El reproche me araña por dentro. Pero luego su tono cambia, apenas perceptible.

—¿Y cómo estás? ¿Comes bien? ¿Duermes algo? Tu padre y yo nos preocupamos, aunque no lo parezca.

—Estoy bien, mamá —le miento un poco—. El hospital es exigente, pero el trabajo duro me gusta. He conocido a gente maja.

—¿Gente? —pregunta con una nota de sospecha—. ¿Gente como quién?

—Compañeros, mamá. Nada más.

—Ya. Pues ten cuidado con esa «gente». No todos tienen nuestros valores. No quiero que acabes más rota de lo que te fuiste.

Asiento como si pudiera verme a través del teléfono.

—Lo tengo claro. Dame tiempo, ¿vale?

El silencio se instala en la línea. Luego la escucho suspirar.

—Papá dice que deberíamos dejarte hacer tu vida. Yo aún no lo entiendo, pero… bueno. Llámame de vez en cuando, ¿quieres?

—Lo haré.

—Y por favor, piensa en hablar con Julian también. Aunque solo sea para cerrar las cosas bien.

—Lo pensaré.

Colgamos casi a la vez y yo me quedo mirando el móvil en la mano. La pantalla negra refleja mi cara cansada. Cierro los ojos un momento, me apoyo en la encimera y dejo escapar un suspiro. No he llorado, pero no ha faltado mucho.

Es sábado por la noche y la sala de descanso empieza a llenarse del bullicio previo al cambio de turno. Me aprieto la coleta con fuerza frente al espejo del vestuario y respiro hondo. Sé lo que viene: ambulancias, gritos, luces y urgencias que se acumulan como fichas de dominó. Lo siento en la piel. El hospital vive diferente en fin de semana, sobre todo en una ciudad como esta.

Justo cuando estoy guardando el móvil en el bolsillo, vibra. Es mamá recordándome que hable con Julian. Suspiro, pero no le contesto aún. Porque no tengo tiempo y mucho menos, ganas.

Dos horas más tarde, con la adrenalina bajando y las luces de la sala en modo tenue, aprovecho una pequeña tregua para servirme un café de la máquina que tenemos en la sala de descanso. Me siento en uno de los sofás que han visto tantas horas de guardia y saco el móvil otra vez. Hay otro mensaje de Julian, uno nuevo, pero no lo abro. Antes quiero releer los anteriores.

Hablamos en Youngstown muchas veces antes de irme. La última, cuando estaba haciendo la maleta mientras le decía claramente que me iba a Nueva York. Le dije que lo nuestro se había terminado. Que no era algo repentino, ni una rabieta. Pero creo que él no lo creyó del todo. Me miró como si estuviera pasando por una especie de fiebre que ya se me curaría. Pensó que era cosa de días. Una crisis, no una decisión.

Y sin embargo, han pasado varias semanas desde que me fui y él todavía me escribe sin creerse que realmente lo hiciera.

«¿Cómo estás? Imagino que bien, porque no has escrito.»

«No quiero presionarte, solo lo quiero entender.»

«Sé que te has ido, pero sigo sin creérmelo.»

«Hablamos de casarnos, Sarah. ¿De verdad vas a tirar eso por la borda así?»

«Tu madre dice que ni siquiera contestas sus llamadas.»

«¿Qué estás buscando allá que no podías tener conmigo?”

Los primeros días escribía a diario. Después, cada dos o tres. Y ahora, como hoy, un solo mensaje, sin signos de interrogación ni reproches.

«Te echo de menos. No entiendo nada, pero te echo de menos.»

Me quedo mirando la pantalla, con el café entre las manos ya frío. Julian no ha sido un mal tipo. Nunca lo fue. Solo que crecimos en paralelo, como raíles de un tren que parecían ir en la misma dirección hasta que se abrieron sin hacer ruido para tomar caminos opuestos. Lo que al principio fue comodidad se fue volviendo resignación.

Tenía una vida predecible. El tipo de futuro que mi madre soñaba para mí; con niños corriendo por el jardín, los sábados haciendo barbacoas con los vecinos y los domingos en misa, en la misma iglesia en la que nos bautizaron a los dos.

Pero yo quiero algo más. O, al menos, quiero saber si ese «más» existe para mí.

Me pongo a escribirle por fin.

«Julian, no es que no hayamos hablado. Lo hicimos, y fui clara. Lo que pasa es que tú no querías creerlo. No me fui enfadada, ni por un capricho. Me fui porque entendí que lo nuestro había terminado

hace tiempo y ninguno de los dos quiso verlo. Faltaban cuatro meses para la boda, sí. Pero no podía caminar hacia un futuro en el que no me reconocía. No me fui a buscar a nadie más. Me fui a buscarme a mí. Te deseo lo mejor, de verdad y lo siento… pero por favor, deja de escribirme.»

Lo leo varias veces antes de enviarlo. Pero no borro nada. Ni una sola coma.

Pulso enviar sin dudar ni un solo segundo.

Y aunque todavía tengo más de diez horas de turno por delante, siento que algo en mí descansa por fin.

Son cerca de las cuatro de la madrugada. Lo sé por la forma en que el hospital empieza a respirar diferente, como si se quitara peso de encima. Los heridos de la noche ya están estabilizados o en quirófano, y todavía falta para que empiecen a llegar los accidentes de las seis. Es ese limbo raro de las urgencias en el que hasta los monitores suenan más bajo.

Estoy terminando de anotar unas observaciones cuando oigo su voz.

—¿Está muy ocupada, enfermera Kessler?

Alzo la vista y ahí está. Dylan Harris. Chaqueta de cuero, pantalón vaquero y camiseta ceñida blanca. En una mano lleva un casco de moto. Tengo sueño y estoy agotada, pero incluso así, puedo ver cómo se le marcan los músculos de sus abdominales. También lleva puesta esa mirada insolente y una sonrisa ladeada. No lleva prisa, pero se nota que sabe exactamente cuándo entrar. Ni antes, ni después.

Además me ha llamado por mi apellido y yo no recuerdo habérselo dicho en nuestro encuentro anterior. Es extraño, o no. Simplemente ha preguntado por mí, como yo hice por él.

—¿Qué te has hecho ahora? —pregunto, levantándome— ¿Te has caído de la moto?

—No… —dice haciendo más amplia su sonrisa—. Vengo a que me quites los puntos.

Señala con un gesto despreocupado el hombro donde hace tan solo una semana cosí su herida.

—¿Vienes a que te quite los puntos? —repito, incrédula, alzando una ceja—. ¿A las cuatro de la madrugada?

Él asiente, como si fuera lo más normal del mundo.

—Esto no es una consulta de curas programadas, Dylan —continúo—. Esto es urgencias. Aquí quitamos puntos cuando hay una complicación, no por comodidad —le digo, cruzándome de brazos—. Además, ¿quién te ha dejado pasar?

—Estoy más tiempo aquí que en mi casa, Sarah. —Esta vez me llama por mi nombre y me gusta cómo suena—. Nadie me deja pasar porque no llamo a ninguna puerta. Simplemente entro. Y puede que sea una urgencia porque intenté quitarme los puntos yo mismo. Creo que están infectados.

—¿Intentaste quitarte los puntos? —pregunto sorprendida acercándome directa a él.

Resoplo indignada, porque sé que no es tan raro. Lo hacen, sí. Pero no deberían, y menos un bombero con conocimientos paramédicos.

—¿Te duele? ¿Está rojo, inflamado? —le digo quitándole rápidamente la chaqueta— ¿Supura?

—Enfermera, un poco más despacio —me susurra con voz grave—. Apenas nos conocemos.

Me vuelvo a mirarlo y me detengo en el acto. Me deja sin respuesta aunque cojo al vuelo la broma. Maldigo mi lentitud y mi nula capacidad de reacción. No suelo ser así pero me ha pillado totalmente desprevenida.

—No es para tomárselo en broma. No deberías intentar quitarte los puntos tú solo.

—Tranquila. No lo he hecho —me dice ampliando más su sonrisa burlona—. Solo quería comprobar una cosa.

Le doy la espalda para preparar el instrumental, ignorando su comentario y fingiendo que no me afecta. Pero lo hace. Me late el pulso en la garganta.

—Siéntate —le ordeno, señalando la camilla—. Ya que estás aquí…

Él obedece sin discutir. Se termina de quitar la chaqueta y se saca la camiseta por la cabeza dejando al descubierto el torso. Las vendas están sueltas, como si no hubiera hecho mucho esfuerzo por cuidarse. Tiene varias cicatrices. Algunas viejas, otras no tanto. Una quemadura con forma irregular se enrosca por su costado; sobre ella, un tatuaje negro de líneas limpias. No lo había visto la última vez porque solo se bajó la chaqueta del uniforme de bombero.

Me coloco los guantes. Limpio la zona con suero fisiológico y gasas estériles para asegurarme de que la piel esté limpia. La herida ha cicatrizado bien. No hay signos de inflamación ni enrojecimiento.

—¿Te duele? —pregunto, acercándome con las pinzas.

—Depende. ¿Hablas de los puntos o de otra cosa?

Lo dice sin mirarme directamente, pero siento la carga de sus palabras. No busco esa mirada, pero sé que me está observando.

—Vamos a quitarlos y luego hablamos de lo que duele —respondo, seca.

Me concentro. Mis dedos se mueven seguros, aunque sé que él nota la mínima vacilación en mi respiración.

Tomo las tijeras quirúrgicas de punta fina y las pinzas. Con cuidado, sujeto el primer nudo del punto, levanto ligeramente el hilo

y corto justo por debajo, lo más cerca posible de la piel. Tiro con suavidad para sacar el hilo completamente.

—¿Puedo preguntarte algo? —dice, sin apartar la vista de mí—. Tengo curiosidad por saber de qué o de quién has huido en Ohio.

Levanto la vista con una ceja arqueada.

—¿Qué te hace pensar que he huido de alguien?

—Así que es de alguien y no de algo —me responde, más bajo —. Acabas de contestar a mi pregunta.

El silencio entre nosotros se espesa. Mis dedos siguen su trabajo, pero mi mente empieza a girar sobre lo que dice. No le contesto, por supuesto, aunque me mata la curiosidad por saber cómo es posible que transmita esa imagen.

—¿Y tú de qué huyes? —le devuelvo.

—Yo no huyo nunca de nada —me contesta serio sin dejar de mirarme—. Creía que te había quedado claro al ver mi expediente.

Ahora la que le sonríe de manera burlona soy yo.

—¿Por qué crees que he mirado tu expediente?

—Por el mismo motivo que yo he preguntado tu apellido y cuándo tenías turno esta semana.

Me vuelve a pillar desprevenida y borra mis sonrisa de un plumazo. Pensaba haberle dado una buena contestación pero me ha dejado otra vez sin capacidad de reacción y con las piernas temblando.

—Vaya. —Es lo único que acierto a decir.

Repito el proceso de mi cura paso a paso, punto a punto. Él no se queja, pero lo observa todo. Al terminar, limpio la zona de nuevo y aplico un poco de antiséptico.

—Ya está —le digo, alejándome hacia el cubo—. La herida ha cerrado bien.

—Gracias, enfermera Kessler.

Me giro para responder, pero él ya está de pie. Demasiado cerca.

—Si algún día te cansas de dormir con la conciencia tranquila —dice, susurrándome cerca del oído—, sabes dónde encontrarme.

Y se va. Sin mirar atrás. Dejándome con el pulso disparado y las manos vacías.

Capítulo 7

Dylan

Salgo del hospital con el cuerpo tenso y la cabeza dando vueltas. El aire de la madrugada me golpea la cara en cuanto cruzo las puertas automáticas, pero no me despeja. Me pongo el casco en la cabeza y camino hacia mi moto sin mirar atrás.

Es sábado por la noche; mejor dicho, bien entrada la madrugada y no se me ha ocurrido mejor idea que ir al hospital y colarme en urgencias. Seguramente el día de la semana que más ingresos tienen y sólo para que una chica en concreto me quite los puntos.

En mi defensa diré que, por experiencia sé que a esas horas no suelen tener demasiados casos y que la chica en cuestión tiene unos ojos preciosos. Pero aun así, ha sido una estupidez que no he podido evitar.

¿En qué momento me ha parecido buena idea? No lo sé, pero son las seis de la mañana y la ciudad comienza a despertar. Aunque Nueva York es la ciudad que nunca duerme, y yo soy el vivo ejemplo de ello.

Conduzco mi moto por Queens Boulevard a toda velocidad. El tráfico es casi inexistente. Nueva York nunca duerme, pero es domingo y tampoco madruga.

Sin saber cómo, termino en el cementerio donde descansa Marion. Dirijo mis pasos de memoria hasta su lápida, sorteando sin pensar los obstáculos que siempre encuentro en el camino, como esa rama del árbol levantada con la que tropezaba al principio. Ahora la esquivo sin problemas a pesar de la oscuridad.

Estoy de pie frente a ella, como siempre. Pero hoy me siento distinto.

La fecha esculpida en la piedra me recuerda los tres años que ya no está, y aunque lo intento, ya no me salen más lágrimas. Eso añade un poco más de sentimiento de culpa a todos y cada uno de mis remordimientos, que ya de por sí son demasiados.

Mi psiquiatra, Helena, me pregunta en casi todas mis sesiones por ella, la frecuencia con la que vengo a verla. Y le miento. Nunca le digo la verdad del todo porque hasta yo me doy cuenta que es una puta locura.

Si Marion pudiera hablarme, a través de cualquier medio, me diría exactamente lo mismo.

Quizás me habría dado unas semanas de margen. Un mes o dos. Al tercero se habría manifestado y me habría echado a patadas de este sitio.

Pero han pasado casi tres años y sigo viniendo.

Antes le hablaba. A diario. Ahora solo me quedo unos minutos mirando hacia abajo, sin saber qué decir ni cómo disculparme por el hombre en el que me estoy convirtiendo.

Sarah me da vibraciones diferentes, y eso me hace sentir mucho más culpable. Más que cuando me tiraba a esas millonarias aburridas, a Evelyn, Fionna o a Elisabeth. Sarah tiene esa actitud inocente que me da ternura y me hace sentir vulnerable.

Tengo que alejarme de ella antes de que pueda arrastrarla a mi abismo.

La carretera hacia New Jersey está despejada a esta hora. El frío empieza a colarse por debajo de la chaqueta de cuero, pero no me importa. Me gusta cómo se siente el viento en la piel que no cubre la ropa, cómo la moto vibra debajo de mí como si estuviera viva. Me despeja. Me mantiene en movimiento. Y hoy necesito eso más que nunca.

Hace semanas que no veo a mi madre y eso tampoco me ayuda. Hablamos por teléfono de vez en cuando pero son solo las típicas llamadas cortas: cómo estás, cómo va todo en el trabajo, qué has comido. Nada importante. Pero ella me conoce. Debe de haber notado algo en mi voz en los últimos días, porque anoche me mandó un mensaje: «Si tienes un rato, ven a casa. Me gustaría verte, Dylan. Por favor.»

Y aquí estoy.

Aparco frente al que fue mi hogar de la infancia, una casita de ladrillo rojo con jardín pequeño y cuidado con esmero. Siempre lo ha tenido impecable, incluso desde que papá murió. Mi hermana se pasa por aquí de vez en cuando a ayudarla, pero con la cría y el trabajo no siempre puede. Y yo… bueno, yo no vengo tanto como debería.

Mi madre abre la puerta antes de que toque el timbre, como si me hubiera estado esperando.

—Mírate —dice, alzando una ceja y cruzándose de brazos—. Sigues tan guapo como siempre pero además cada vez estás más fuerte ¿Que te dan de comer en esa estación de bomberos? Parece que vayas a reventar dentro de esa camiseta.

Sonrío mientras niego con la cabeza porque sé que mi madre está pensando en estos momentos en ir a comprarme ropa nueva, como cuando era un adolescente y todavía vivía con ella.

—Hola, mamá.

Nos abrazamos y hundo mi cabeza en su cuello, aspirando su olor, porque mi madre huele a hogar y es cálido. Familiar.

—Pasa, anda. He hecho café. Del bueno, no esa porquería aguada que tomas tú.

Dentro, la casa huele a canela y a pan tostado. Todo está en su sitio, como siempre. Me siento en una silla de la cocina mientras ella

sirve dos tazas de café y me observa de reojo. Luego se sienta frente a mí.

—¿Cómo te va? —me pregunta sin rodeos—. Y no me vengas con «bien». Quiero saber cómo estás de verdad.

Tomo un sorbo antes de responder.

—He tenido unas semanas movidas. Me corté en un aviso pero no es nada grave. Me quitaron los puntos anoche.

Ella frunce el ceño. Y yo omito decirle que ese anoche que le acabo de decir, fue tan sólo hace un par de horas y que no he dormido hoy en todo el día.

—¿Y no pensaste en decírmelo? ¿Ni siquiera una llamada?

—No quería preocuparte, y en realidad tampoco tiene importancia.

Suspira. Esa forma suya de exhalar que dice «no estoy de acuerdo, pero no voy a discutir ahora».

—¿Has visto a tu hermana últimamente? —cambia de tema—. Está hasta arriba con la niña, ya sabes. Dice que deberías pasarte un día. La pequeña no hace más que preguntar por su tío y por cuándo vas a llevarla en el camión de bomberos.

—Hace casi un año que no la veo —admito—. Tendría que pasarme, sí.

—Vendréis en Acción de Gracias. Quiero teneros a todos juntos este año en casa. Me da igual si estás de guardia o si cae una nevada de medio metro. No vas a faltar esta vez. —Me señala con el dedo—. ¿De acuerdo?

Asiento, aunque los planes de diciembre me parecen tan lejanos como Marte. Pero no se discute con una madre cuando te escupe las verdades a la cara. Lo único que puedo hacer es agachar la cabeza y asentir.

Hablamos un rato más, de cosas pequeñas, de cosas normales. De la vecina que volvió con su ex, del supermercado que ha cambiado de dueño, de los planes para hacer limpieza de trastos en el sótano. Cosas sin importancia que, sin embargo, me anclan. Me hacen sentir que todavía tengo un lugar a donde pertenezco. A ella le encanta también hablar de esas pequeñas cosas. Luego me pregunta por Jeff y los chicos de la 52. Le cuento brevemente las últimas novedades, que incluyen al joven Torres. También que mi capitán sigue tan gruñón y cascarrabias como siempre.

—Ese hombre te aprecia, Dylan, no lo olvides. Y dime. —Ahora viene la pregunta de siempre. La espero resignado—. ¿Hay alguien especial? ¿Has conocido a alguien nuevo?

Sé que con alguien nuevo se refiere a alguna chica y esta vez, precisamente, cuando hace la pregunta me viene el rostro de Sarah. He conocido a alguien nuevo, sí. Es especial, también. Pero no quiero que lo sea, todavía no estoy preparado para eso.

—No mamá, todavía no —le miento con una medio sonrisa—. Pero estoy saliendo más, de verdad, así que no te preocupes.

Intento convencerla de que estoy bien pero sé que hasta que no le presente a una chica, seguirá sufriendo por mí. Cuando me despido, ella me abraza más fuerte que antes.

—No tardes tanto en volver, Dylan —susurra en mi oído dejando un beso en mi cuello— Y si no puedes venir, llama. Aunque sea para decir una tontería.

—Lo haré, mamá —le prometo.

El cielo está nublado, y el viento huele a lluvia. Enciendo el motor y me alejo por la calle mientras mi madre se queda en el porche, viéndome marchar como siempre ha hecho. No son todavía ni las diez de la mañana.

Estoy a punto de meter la llave en la cerradura de mi apartamento cuando vibra el móvil en el bolsillo de mi chaqueta. Ni

siquiera tengo que mirar la pantalla. Ese tono solo lo usamos los del equipo, los de la estación 52.

—Harris, ¿estás disponible? —La voz de Mathews, mi capitán, suena tensa y entrecortada, como si hubiera estado corriendo.

—Todavía estoy de baja, pero sabes que me tienes a tu disposición si me necesitas.

—Ya lo sé. Por eso mismo te llamo Dylan. Tenemos un puto infierno en la zona de Hudson Yards. Un andamio ha colapsado sobre la entrada de un edificio de oficinas y hay llamas en varios niveles. Gente atrapada, obreros, personal de seguridad, civiles. Se ha propagado a las estructuras adyacentes. Ya están movilizados todos los turnos activos, pero necesitamos manos. No te llamaría si no fuera algo urgente —añade—. Si puedes moverte, te necesito.

Me quedo en silencio un segundo. Si el capitán suena tan desesperado como para pedir mi ayuda la cosa es mucho más grave de lo que me está contando. Acaban de quitarme los puntos y las recomendaciones de Sarah incluían expresamente no hacer locuras en unos días. Justo lo que pienso hacer en estos momentos. Me vuelvo a enfundar el casco sobre la cabeza y ya estoy volviendo a cerrar con llave la puerta de mi apartamento.

—Dame diez minutos. Estoy en camino a la estación.

—Prepárate para lo peor… y ¡gracias!

La ciudad se ve distinta cuando estás a punto de jugarte la vida en ella. Me subo de nuevo a la moto y acelero por Queens Boulevard. No me importa el frío de septiembre ni que el asfalto esté húmedo. Solo quiero llegar y ayudar a mis compañeros en todo lo que pueda.

Hudson Yards. Domingo por la mañana. ¿Qué coño hacía esa gente trabajando? Luego caigo en la cuenta: los contratos millonarios, las fechas de entrega imposibles, la presión constante por levantar más rápido que el de al lado. Nueva York no duerme, y tampoco descansa.

Me uno al equipo que espera pacientemente un camión que nos lleve al centro del infierno. A la mayoría los conozco solo de pasada, con otros he compartido noches en vela y algún que otro rescate arriesgado. Nos saludamos con el gesto serio, sabiendo que es una situación complicada y preparándonos para lo que va a venir.

Cuando cruzamos el puente hacia Manhattan, ya podemos ver la columna de humo elevarse al cielo. Negra e intimidante. Densa y espesa. Como un mal presentimiento.

Hudson Yards se alza como una promesa de modernidad, sus torres de cristal brillan con el reflejo del sol que ya ilumina la ciudad. Es un lugar donde el lujo y la ambición se mezclan con el pulso frenético de Manhattan, un escenario donde el mundo parece moverse más rápido, más alto y más audaz.

Nuestra unidad avanza con urgencia con la sirena rompiendo el aire, anunciando nuestra llegada antes de que los ojos puedan vernos.

Hoy no es un día cualquiera.

Hoy toca entrar en el fuego.

Capítulo 8

Sarah

No me acuerdo de la última vez que estuve tan cansada. Me voy del hospital con el cuerpo machacado, como si me hubieran pasado por encima con una ambulancia. El reloj marca las ocho en punto. Domingo. No hay tráfico en la calle y el aire es frío, más de lo que esperaba. Me subo la cremallera de la chaqueta hasta la barbilla y camino hacia casa en silencio, sin música, intentando no pensar demasiado. Solo quiero llegar, meterme en la ducha y dormirme con el pelo aún mojado si hace falta.

Cuando doblo la esquina y me acerco al portal, lo veo.

Jeremy, el vecino del apartamento 2 B, está justo delante de la puerta, con una bolsa de papel en una mano y una bandeja en la otra. Saluda a alguien que se cruza con él en la acera y es entonces cuando me ve. Levanta las cejas sorprendido y me dedica esa sonrisa suya, tan limpia, tan de buen chico. Lleva una sudadera gris con capucha y el pelo un poco alborotado. Parece que se acaba de levantar, pero ya ha salido a buscar desayuno. La bolsa huele a gloria bendita y las tripas me avisan de que hace más de doce horas que no pruebo bocado. Mis sentidos se despiertan y huelo hasta el glaseado de los donuts, el azúcar de los bollos y la canela de los cinamon rolls. Me tiemblan las rodillas, y no sé si es por el hambre o por el olor. Quizás sea por la combinación de las dos cosas.

—¿Turno de noche? —me pregunta mientras abre la puerta para que pase.

—Sí —respondo, entrando en el edificio—. No recuerdo ni cómo me llamo.

—Yo, sí: Sarah —afirma para añadir a continuación—. Y tengo la solución a tu amnesia. ¿Te apetece un desayuno de domingo?

Dudo. De verdad que lo hago porque estoy realmente agotada, prácticamente no me siento los pies y solo quiero desaparecer dentro de mis sábanas. Pero lo dice con esa voz suave y segura, y la bandeja que lleva huele demasiado bien como para negarse.

—Solo un café y quizás algo de eso que llevas ahí dentro —digo asomándome dentro de la bolsa—. No prometo estar despierta más de diez minutos.

—Trato hecho.

Subimos juntos en el ascensor, y en cuanto entramos en su apartamento, el olor de lo que ha comprado se multiplica. Jeremy pone la bandeja sobre la mesa y saca dos tazas grandes. Me sirve café, destapa con una teatralidad excesiva el papel que envuelve la bandeja y se sienta frente a mí. No me dice nada al principio. Solo me mira y yo no puedo evitar sonreír aunque esté tan cansada que no me respondan los músculos de mi cara. Me observa como si no le importara que tengo ojeras, el moño de enfermera deshecho y el cansancio escrito en los ojos. Es extraño… pero agradable.

—No sabes lo bien que sienta esto —le digo tras el primer sorbo de café y el mordisco al donut.

—Los domingos están hechos para desayunos lentos —contesta—. Tómate tu tiempo.

Comemos en un silencio mucho más cómodo del que podría imaginar. Apenas hemos hablado un par de veces y ya lo siento como si fuéramos amigos de toda la vida.

Entonces suena mi móvil.

Miro la pantalla y es una llamada del hospital. Me tenso de inmediato. Cuando contesto, la voz al otro lado suena apresurada.

—Kessler, hay un incendio enorme en el centro. Están trasladando heridos desde Manhattan y estamos desbordados,

necesitamos personal. Sé que acabas de terminar tu turno en urgencias y no te llamaría si no fuera algo grave.

—Por supuesto —respondo sin pensarlo—. Dame diez minutos y voy para allá.

Cuelgo y Jeremy me mira confuso.

—¿Todo bien?

—Hay un incendio —le informo—. Parece ser que bastante grave. Me han llamado para ayudar.

—¿Vas a ir sin dormir?

—Dormiré luego. Ahora mismo no podría quedarme quieta ni aunque lo intentara.

Me levanto, le sonrío con cansancio y, sin pensarlo demasiado, cojo otro donut de la bandeja.

—Gracias por el desayuno. En serio. Me has salvado la mañana.

—Cuando vuelvas, hay más —dice con una sonrisa ladeada—. Lleva cuidado, ¿vale?

Me paro en su puerta unos instantes, pensando rápidamente si subir a mi apartamento o volver directamente al hospital. Me giro y le sonrío agradecida de nuevo.

—Guárdame un rollo de canela para después —le contesto.

Las puertas automáticas se abren con un zumbido agudo y el aire de fuera se cuela cargado de olor a humo. Apenas he cruzado el umbral del hospital cuando me golpea el caos: heridos entrando en camillas, enfermeros corriendo de un lado a otro, médicos con los rostros tensos, y ese sonido constante de ambulancias llegando y partiendo.

Me ato el pelo con una goma que saco del bolsillo de la chaqueta y busco a alguien que me asigne un puesto. Una supervisora, la del turno de día, me ve llegar y asiente sin preguntar nada. Me lanza una bata y un par de guantes. «Sala de trauma dos. Múltiples fracturas.»

Corro hasta allí y me sumerjo en la vorágine. Fracturas abiertas, quemaduras de distintos grados, inhalaciones graves de humo… El fuego en ese edificio ha sido devastador. Se habla de una explosión, de obreros atrapados, de techos derrumbados.

Llevo más de una hora sin parar cuando lo veo.

Dylan cruza el pasillo con el uniforme sucio de hollín, la mandíbula apretada y una venda manchada de sangre en el antebrazo. Su mirada se cruza con la mía y, por un momento, el ruido de todo lo que me rodea se apaga. Nos detenemos uno frente al otro.

—¿Estás bien? —pregunto sin pensar, dando un paso hacia él. Está a punto de seguir su camino, pero se gira de nuevo.

—He visto cosas peores —responde con voz ronca, los ojos fijos en los míos—. Tú… ¿No terminabas turno a las ocho?

Un escalofrío me recorre por todo el cuerpo. No solo sabía que trabajaba anoche, también cuándo acababa mi turno. No me mentía al confesarme que había preguntado por mí.

—Me han llamado para ayudar y yo no podía quedarme en casa. Tú tampoco deberías estar aquí, sigues de baja y esa herida…

—No me iban a dejar fuera de esto —dice, con una media sonrisa que no llega a los ojos—. No cuando podía hacer algo. Imagino que en eso somos parecidos.

A nuestro alrededor todo es caos; gente pidiendo ayuda, gritos y carreras. Sangre y dolor.

Casi parece indecente que permanezcamos parados el uno frente al otro mirándonos unos segundos. Da igual que ambos

estemos sin dormir más de veinticuatro horas, que yo haya trabajado las últimas catorce y él todavía se esté recuperando de la herida de su último rescate.

Miro hacia abajo y noto cómo está sangrando por encima de la muñeca.

—Te has hecho daño —le digo agarrando su brazo herido—. Ven que te lo cure.

—No es nada. Solo es un rasguño, créeme.

—Pero…

No me deja terminar la frase. Con su brazo libre me atrae por la cintura en un beso rápido, brusco y apresurado. Apenas es un choque lleno de tensión, emoción y adrenalina.

—Gracias, pero hay gente aquí que te necesita más que yo.

Igual que aparece, se esfuma, y me dejo guiar por mis compañeras hasta el próximo bloque de víctimas que las ambulancias van trayendo sin descanso.

Trabajo con el piloto automático puesto, limpiando heridas, haciendo curas y derivando pacientes a los distintos boxes; traumas, laceraciones y quemaduras de diversa índole.

A las dos de la tarde, completamente exhausta, mi jefa de planta me manda a casa y sin saber muy bien cómo he llegado hasta mi apartamento, me dejo caer en la cama sin ducharme, arrojando al suelo el uniforme manchado de sangre.

Me despierto de golpe y desorientada. La habitación está a oscuras salvo por las luces de la calle que se cuelan a través de la persiana mal cerrada. Parpadeo confundida y tardo unos segundos en recordar dónde estoy. El colchón me abraza con una calidez peligrosa, como si llevara aquí siglos. Me duele el cuerpo entero.

Siento la garganta seca y los párpados pesados, pegajosos. Parece que despierte de una resaca después de toda una noche de fiesta.

Levanto la cabeza y miro el reloj del móvil. 9:18 p. m.

Joder.

He dormido más de ocho horas seguidas. De un tirón. Sin sueños, sin interrupciones. El caos del incendio me cae encima de golpe como un cubo de agua fría. Me incorporo con torpeza y me duele todo: la espalda, las piernas, el cuello. Me paso una mano por el pelo revuelto y miro mi reflejo en el espejo del baño.

Me quedo quieta al ver el uniforme tirado en el suelo, justo al lado de la ducha a la que no llegué a meterme. Todavía huele a humo, a ceniza, y tiene rastros de sangre seca. Nunca traigo el uniforme a casa. Siempre lo dejo en mi taquilla del hospital. Pero el de hoy no ha sido un día normal.

Al menos espero que esta no sea la normalidad que me espera en Nueva York. Puedo aguantar días así esporádicamente, pero no sé si podría soportar turnos dobles y días enteros sin dormir.

Me observo en el espejo durante unos segundos después de lavar mi cara, y el recuerdo me atraviesa como un relámpago: las carreras, las sirenas, los gritos y la sangre. Por las pantallas mirábamos atónitos el fuego que lamía el cielo de Manhattan.

Y luego un recuerdo más agradable. El beso.

Mi estómago se contrae. El peso de su boca sobre la mía, su mano en mi cintura de forma rápida, atrayéndome bruscamente a sus labios. Su olor, su cuerpo tan cerca del mío.

Dylan.

Cierro los ojos y suspiro. No sé qué significa ese momento. Solo puedo pensar que fue fruto de la tensión y la adrenalina que recorría nuestro sistema. Del cansancio que no nos dejaba pensar con claridad. Solo fue un beso, pero escondía algo más. Lo noté como toda una declaración de intenciones.

Fue más una promesa. Un «esto es solo el principio», un «seguiremos cuando tengamos más tiempo». Me sonó al adelanto de una novela y un «búscame si quieres seguir leyendo».

Un timbrazo me saca de mis pensamientos.

Me tenso porque alguien está llamando a mi puerta. Aquí solo conozco a Dylan y a mis compañeros del hospital, y dudo mucho que después de todo lo que hemos vivido, nadie se presente en mi casa a estas horas.

Salgo a trompicones del dormitorio, tropezando con uno de mis zapatos, y casi caigo de bruces contra el suelo. Maldigo en voz baja y me pongo la bata a toda prisa, atándomela mal mientras cruzo el salón en penumbra.

Mi corazón late con fuerza.

¿Y si es él? ¿Y si ha averiguado dónde vivo igual que hizo con mi turno en el hospital? Con mi apellido.

Respiro hondo y abro la puerta.

—Hola —dice Jeremy, con una bolsa de papel en la mano y cara de preocupación—. ¿Te he despertado? Lo siento…. He estado viendo las noticias del incendio y no sabía si habías vuelto y… bueno, en realidad estaba preocupado

Me quedo paralizada, todavía en shock.

—Oh… Jeremy. Hola. Sí, sí, estoy bien —respondo, sin saber muy bien qué cara pongo.

Me sonríe, aunque sus ojos recorren mi rostro con atención.

—Solo quería saber si estabas bien. Esta mañana me has dicho que te guardara algo del desayuno pero ya no te he visto. Te he traído algo de cena, por si no habías tenido tiempo de comer decentemente.

De pronto mis tripas vuelven a rugir y recuerdo que lo único que he comido en todo el día es el donut de la mañana.

Lo dejo pasar y la puerta se cierra a mi espalda con un leve clic.

En mi cabeza todavía resuenan los gritos de las víctimas y necesito algo que borre, aunque sea momentáneamente, esas imágenes de mi cabeza. Jeremy pasa dentro y, como la primera vez que nos conocimos, echa un vistazo rápido a mi apartamento. Todavía tengo cajas de la mudanza sin abrir.

—Hay cerveza en la nevera —le informo—. Y la verdad es que me muero de hambre. Hoy ya me has salvado dos veces.

—Pues yo he traído vino tinto también —me dice sacando una botella de la bolsa—. Es italiano, como yo.

—¿Eres italiano? —me sorprendo mientras tomo una patata frita—. No lo sabía.

—De madre española y padre italiano, sí —me explica—. Como el vino que vamos a bebernos. ¿Quieres contarme cómo ha ido tu día?

Me quedo mirándolo. Alternando mis ojos de él a la botella.

—¿Qué te parece si nos bebemos el vino y hablamos de cualquier otra cosa? —le propongo.

Lo que menos me apetece ahora es revivir las últimas veinticuatro horas.

—Me parece muy buena idea.

Capítulo 9

Dylan

No sé muy bien en qué momento Jeff entra en la sala de descanso con su caminar pausado y seguro. Su presencia se nota antes de que diga nada. Siempre lo hace. Tiene esa forma de plantarse frente a ti, como si supiera que estás pensando demasiado y viniera a rescatarte aunque hasta tú mismo no creas que debes ser rescatado. Como me pasa a mí casi siempre.

—El Brewery. Esta noche —me dice tranquilo a modo de sentencia—. Vamos todos.

Parece más una orden que una sugerencia o recomendación.

Levanto la vista del informe que no estoy leyendo. Hace rato que dejé de fingir que me importa lo que pone. Apoyo los codos en las rodillas, dejo caer el cuerpo hacia delante. La herida del antebrazo me escuece. Al final, aunque no precisara puntos, debí curarla con más cuidado. No escarmiento.

—No —le contesto de forma un tanto cortante.

—Dylan…

—He dicho que no, joder.

Jeff se cruza de brazos, se queda ahí, firme, sin moverse. No necesita decirlo, sabe perfectamente por qué no quiero ir. Hace tres años que no piso ese maldito bar. Desde que Marion dejó de venir a buscarme después de cada turno, desde que no hay nadie esperándome en casa cuando salgo.

Me llevo una mano a la cara, me la paso por la mandíbula. Hay algo que me pesa dentro del pecho y no consigo quitármelo de encima. No es dolor. Es… otra cosa. Algo nuevo.

—No he vuelto desde entonces —digo al fin, en voz baja, arrepentido de haberle hablado así a mi mejor amigo—. Ese bar era nuestro.

Jeff asiente. No dice nada durante unos segundos. Solo asiente. Y eso jode más que cualquier palabra.

—Entonces tal vez sea hora de hacer que deje de serlo, ¿no crees? —lanza la pregunta al aire.

Me mira fijo esperando una respuesta o al menos una reacción por mi parte. Sé lo que está pensando. Lo sé porque yo también lo pienso, aunque no quiera decirlo en voz alta. Desde el incendio en Hudson Yards… desde esa noche en urgencias… hay cosas que han empezado a cambiar. Pequeñas, casi imperceptibles. Como si el aire pesara distinto. Como si lo que antes no importaba ahora no me dejara dormir.

Estoy de peor humor y ya he tenido un par de roces con el capitán Mathews. Más fuertes de lo que acostumbramos. Me mandó al hospital al día siguiente del incendio a que me vieran la herida del brazo y me negué a ir. Estuvo a punto de suspenderme de empleo y sueldo y, desde entonces, las cosas están un poco tensas entre nosotros.

Quizás dije alguna cosa que no debía.

¿Por qué no quise ir al hospital? Es evidente que hay una razón que, aunque no quiero nombrar, me persigue. Lleva una bata blanca, el pelo moreno recogido y los ojos más impresionantes que he visto nunca.

También huele de maravilla, y aunque probé sus labios fugazmente, su sabor se quedó grabado a fuego en los míos.

El Brewery está tal cual lo recordaba. No es que haya pensado mucho en ello. Solo cada turno de veinticuatro horas que terminaba

por la noche. Es decir, al menos una vez a la semana durante estos tres años.

Huele exactamente igual que entonces. A cerveza fría, hamburguesas quemadas y cuerpos cansados. Suena a risas contenidas. De esas que no llenan del todo la cara. Quien más o quien menos ha perdido hoy un paciente, ha visto morir a alguien o ha tenido un día de mierda.

El capitán me pasa una cerveza al tiempo que me da una palmada en la espalda.

—Relájate un poco, Harris —me dice ofreciéndome su botella para que la choque en un brindis. Es nuestra manera de sellar la paz.

Cuando Jeff me dijo que íbamos todos, no se refería tan solo a nuestra estación. También hay gente de la 49, policías de la 114 y muchos sanitarios y paramédicos de urgencias. La ubicación de este bar, entre Brooklyn y Queens, lo hace un sitio ideal para todos. Está cerca del metro y la dueña es hija de un bombero retirado. Lo más importante es que es el único bar que abre de madrugada todos los días. Y en el que te hacen una hamburguesa a cualquier hora. Perfecto para los que trabajamos de noche y prácticamente no tenemos vida.

Jeff y Torres me escoltan. El joven no sabe muy bien por qué, pero hace caso a mi amigo y no se separa de mí en ningún momento. O'Malley se encarga de que no me falte una cerveza en la mano.

Cuando al fin nos acomodamos en una esquina de la barra, la veo.

Está en el otro extremo del Brewery. Lleva el pelo suelto, una camiseta azul ajustada y un vaso en la mano. La veo reír por algo que acaban de decirle al oído. El que le saca esa risa es un chico joven, con el pelo excesivamente repeinado, gafas de montura de pasta y una actitud de enteradillo que se nota a distancia. Los tengo

calados enseguida. Debe ser un médico residente del Elmhurst, y por su lenguaje corporal, tiene esperanzas de llevársela a la cama esta noche.

Lo siento por él pero eso no va a suceder. Hoy no.

Antes de que Jeff y los demás se den cuenta, voy a su encuentro.

—Hola, Sarah.

La miro fijamente. Al chico a su lado, lo ignoro.

Ella se vuelve hacia mí sorprendida; el médico que está con ella, molesto.

—Hola, Dylan.

—Yo soy Russell —dice él ofreciéndome la mano.

Me quedo mirando su mano con desgana, se la estrecho y me giro de nuevo hacia ella.

—Russell, ¿nos dejas un momento? —le pregunto a él sin mirarle ni darle opción a negarse—. Tengo que hablar con la chica. Gracias.

El chico balbucea levemente. Sarah me mira abriendo los ojos. Yo no me inmuto.

Cuando el chico ha desaparecido de la ecuación, Sarah deja su vaso con fuerza en la mesa alta que ocupamos. El líquido salpica un poco.

—Eso ha sido grosero y de muy mala educación —me dice molesta—. Estaba hablando con Russell de…

—¿De qué? ¿De cómo poner correctamente una vía? —Me acerco a su oído y ella se aparta—. No pierdas el tiempo con críos.

—Perdona, pero no es ningún crío, tiene mi edad y es un chico muy inteligente.

—¿Tu edad? Entonces es un crío. No necesitas a alguien así.

—Tú tampoco es que tengas mucho más que nosotros, así que no sé qué te crees para…

—Veo que has hecho los deberes —vuelvo a interrumpirla—. Sabes la edad que tengo.

—Lo ponía en tu ficha médica, no seas tan creído.

Vuelve a coger su vaso, se da la vuelta y me da la espalda para buscar a alguien más con quien hablar. Pero no parece haber nadie que conozca cerca. Yo me giro también y echo un vistazo rápido. Veo a algunos sanitarios de urgencias, compañeros suyos, todos en sus propias conversaciones.

—Creo que te fuiste de Ohio huyendo de eso —retomo la conversación cuando ella se gira hacia mí de nuevo—. Seguro que tenías una relación larga con un antiguo compañero de instituto. Algo cómodo y fiable.

La veo endurecer el gesto. Me da la sensación de que mi suposición va por buen camino, así que sigo.

—Viniste a Nueva York buscando emociones, riesgo. Nadie deja un trabajo seguro y una relación estable para venir a este infierno a no ser que quiera vivir la vida de verdad. Con sus mierdas. —Enfatizo esa palabra—. Pero también con su dosis de adrenalina, diversión y… excitación.

—¿Y te crees la persona que va a darme todo eso? ¿Mejor que Russell, por ejemplo?

Me inclino otra vez hacia su oído. El bar está lleno y el sonido de las conversaciones se mezcla con la música y los gritos que provienen de la sala de billar.

—Sarah, ese chico no sabe dónde están la mitad de las cosas —le susurro—. No te has perdido nada.

—Ese chico es médico y bastante inteligente —me vuelve a repetir y luego le da un buen sorbo a su bebida para añadir a continuación— …Sabe exactamente dónde está todo.

—Puede saber la teoría, pero me juego el cuello a que no sabe cómo ponerla en práctica.

—Y tú eres un experto, ¿no?

—Puedo asegurarte que no tendrás ninguna queja.

—¿Queja? ¿De qué? ¿Se puede saber qué te has creído? ¿Estás dando por hecho que me voy a ir contigo a la cama?

Reconozco que el juego me divierte. Que su inocencia me pone tanto que ahora mismo la llevaría a los baños de este bar. Pero quiero largarme de aquí. No quiero tener que ver más rostros conocidos que sé que están observando con lupa mi interacción con ella.

Sus compañeras, mis amigos. Todos lanzan miradas fugaces hacia nosotros. Algunas sutiles y otras más descaradas.

—No doy por hecho nada, Sarah. —Me gusta cómo sale su nombre de mis labios—. Te estoy proponiendo que pasemos un buen rato juntos. Si tú quieres, claro.

—No me lo puedo creer. ¿Así les entras a todas las tías?

—¿Me has visto acercarme a alguna otra acaso?

Lanzo la pregunta al aire y me quedo mirándola fijamente. Para mí, en estos precisos momentos, no hay ni una chica más en este bar. Ni siquiera en toda la ciudad. Desde la primera vez que la vi, supe exactamente qué es lo que deseaba.

—Yo… no lo sé… no me he fijado ni me importa a quién te acerques.

Veo la duda en su rostro y me lo juego todo. ¿Qué tengo que perder? La verdad es que muy poco. Casi todo lo perdí hace tres años.

—Mira, voy a ser más claro todavía. —Apuro mi cerveza y la dejo sobre la mesa—. Me gustas y te deseo. Eso es todo. Y no te hagas la inocente, la dura o lo que pienses que va a despertar en mí algún tipo de interés. Yo ya estoy interesado en ti y te lo estoy diciendo.

Sarah abre y cierra la boca un par de veces. Ladea la cabeza incrédula y pone una cara tan tierna que tengo tentación de comerle la boca allí mismo. Delante de todos nuestros compañeros y los demás clientes del bar.

—Te quedas sin saber qué contestar, ¿verdad? Pues déjame que siga hablando yo. No estás acostumbrada a que te hablen tan claro y por eso no tienes una respuesta. Ese chico —le digo señalando a Russell con la barbilla— solo quiere tirarse a una chica esta noche. Si no lo consigue contigo, irá por otra. Míralo. —Sarah dirige sus ojos hacia dónde le indico—. Ahora habla con esa pelirroja. Yo, en cambio, si no es contigo, me iré solo esta noche a casa.

La veo tragar saliva y, cuando se lleva el vaso nuevamente a la boca, noto que incluso le tiembla ligeramente el pulso.

—Bueno —me dice al fin—, no todo es cuestión de sexo. Solo está hablando con ella. Lo mismo que hacía conmigo antes de que lo echaras así.

—Si hubiera sido al revés, no solo no me habría ido. Lo más probable es que ese niñato hubiera terminado cosiéndose su propio labio.

—¡Vamooos! —exclama soltando una carcajada—. ¿En serio? ¿De verdad esa táctica de chico duro te funciona?

—¿Nos vamos de aquí? —le pregunto ignorando su comentario. Ya me estoy cansando del juego y quiero una respuesta.

—No. Yo me quedo.

No es la que esperaba, pero la acepto con elegancia.

—De acuerdo, Sarah. Pues que lo pases bien.

Me doy media vuelta y voy a reunirme con Jeff y los otros. Están jugando al billar y en cuanto me ven aparecer me pasan uno de los palos. No vuelvo a mirarla. Al menos durante la siguiente media hora, en la que O'Malley se encarga de abastecerme de cerveza y Torres hace pareja conmigo en la mesa de billar.

A las dos de la madrugada ya he tenido suficiente interacción social. Me he quedado mucho más tiempo del que pretendía así que, a pesar de las quejas de mis compañeros, decido poner fin a mi noche.

En la calle, cuando voy a subir en la moto, me tocan el hombro por detrás.

—¿Ya te vas?

Sarah está de pie, abrazándose a sí misma. Con los ojos brillantes y visiblemente mareada.

—Sí. Ya es tarde.

—¿Y si te dijera que quiero irme contigo?

—Te preguntaría si es eso realmente lo que quieres.

—Sí.

—Muy bien, pues sube —le digo tendiéndole el casco—. Agárrate fuerte a mí.

El frío de la madrugada me golpea la cara pero mi espalda está caliente con su cuerpo pegado a mí. Su casa está relativamente cerca. En apenas cinco minutos estamos en su puerta.

Sarah está nerviosa, lo noto por cómo se atropella con las palabras y por la sonrisa perenne que le ilumina la cara. Claramente ha bebido demasiado.

—¿Vas a subir conmigo? —me pregunta tímida.

—Claro.

Ya en el ascensor me dedica una mirada que imagino que pretende ser seductora. Pero se le cierran los ojos de una manera adorable y aunque intenta mantenerse seria, no puede evitar soltar pequeñas risitas nerviosas.

La acompaño dentro y echo un vistazo rápido a su apartamento. Todavía tiene cajas de la mudanza sin abrir. Mientras estoy distraído mirando alrededor, me engancha del cuello y me deja un beso torpe.

La aparto con suavidad y ella se queja.

—¿Qué pasa? —pregunta decepcionada haciendo un puchero —. ¿Es que ya no te gusto? Antes me has dicho que me deseabas.

Aprieto los labios para intentar no reírme, pero Sarah, borracha, es demasiado encantadora y abrazable. Y aunque yo estoy jodido y soy un capullo, también soy un caballero.

—Mira, Sarah —le digo sujetándola de las manos—. Si me quedo ahora, mañana puede que te arrepientas. Cuando estés conmigo quiero que seas consciente en todo momento. Que recuerdes cada segundo. Absolutamente todo… porque así querrás repetir conmigo. Te lo aseguro.

Creo que la oigo protestar ligeramente, pero la llevo a la cama, le quito los zapatos y me marcho dejándola bajo la manta. También me quedo hasta que cae profundamente dormida.

Capítulo 10

Sarah

Tengo resaca.

No es una resaca normal. Es mucho peor. De esas que te levantas con la boca como un estropajo, la cabeza como el tambor de una lavadora centrifugando y dolor en todos los músculos de mi cuerpo. Como si hubiera corrido una puta maratón y no pudiera moverme.

Intento hacer memoria de lo que hice anoche y de cómo llegué exactamente a la cama. Lo primero es que me extraña estar vestida por encima de las sábanas pero por debajo del edredón.

Al menos me quité los zapatos. No iba tan borracha, ¿verdad?

Cierro los ojos con fuerza y recuerdo perfectamente mi conversación con Dylan en el bar. ¿De verdad me propuso anoche acostarme con él de esa forma?

Sí. Lo hizo y además sin tapujos. Sin medias tintas y sin esconder ni una sola carta. Las puso todas sobre la mesa.

Lo demás, a partir de la tercera copa, lo tengo más confuso.

Cuando llego al baño y me miró en el espejo, juro a mi reflejo que nunca volveré a beber un gin tonic en mi vida. ¿Una cerveza? Sí. ¿Un vino tinto? También. ¿Cubatas? Esta es la última vez.

No sale suficiente agua del grifo para saciar mi sed. Mientras sigo bebiendo llegan a mí retazos de anoche. Dylan, Russell, una moto…

—¡Espera, joder! —exclamo para mí—. Mierda.

Las piezas empiezan a encajar poco a poco. La moto, el casco y su espalda a la que me agarré bien fuerte. Le dije la dirección de este apartamento y subimos en el ascensor. Llegó demasiado pronto arriba. Recuerdo ese detalle porque pensé en que me hubiera gustado que me besara allí mismo. Pero no lo hizo.

Entramos en el piso y entonces fui yo quien le besé y luego… él me rechazó. Evidentemente. Estaba borracha, pero no tanto como para no darme cuenta de ello. Entonces ya no recuerdo más. Así que imagino que fue él quien me metió en la cama.

No tengo una cafetera lo suficientemente grande para toda la cafeína que mi cuerpo necesita. Cuando cojo el móvil me encuentro un buen número de chats sin leer. El primero es de Lydia. Por un lado, se muestra preocupada, y por otro, me pregunta por cómo terminé la noche con un par de emojis: una berenjena y un corazón en llamas. Supongo que lo que está preguntando es si hubo sexo entre Dylan y yo.

Le contesto con un simple «no pasó nada» y voy al siguiente chat. Es de Russell. Parece ser que ayer intercambiamos los números y me deseó buenas noches a las dos de la madrugada. Creo que fue a esa hora cuando salí del bar en busca de… ¡Mierda! El siguiente chat es de un número desconocido pero no me queda la menor duda de quién es el remitente del mismo.

«Espero que, a pesar de la resaca, recuerdes mis palabras de anoche. Este es mi número, por si quieres empezar a comprobar lo que te dije cuanto antes».

Por supuesto que no recuerdo cuáles fueron exactamente sus palabras de anoche. Pero me hago una idea. Yo estaba demasiado desinhibida anoche y sé que le besé. También sé que él me rechazó porque es un jodido y amargado caballero andante.

Un caballero que está claro que me pone demasiado y aunque mi yo serena lo rechazase en un principio, la borracha quiso llevárselo a la cama.

El agua de la ducha limpia los restos de mi pequeña aventura de ayer. Todavía puedo notar en mi pelo el olor del Brewery y juraría que hasta mi camiseta había bebido gin tonic. Lo que no borra es la imagen de los ojos de Dylan a escasos centímetros de mi cara. Tampoco su aliento en mi oreja mientras me hablaba en el bar.

Ahora tengo su número. Podría llamarlo y decirle que me demuestre eso de lo que tanto presume. Nada más pensar en decirle eso noto cómo me estremezco. De pronto me siento una adolescente calculando el tiempo exacto que debería tardar en contestar a su mensaje. Más que nada para que no parezca que me gusta demasiado y que estoy ansiosa por hablar con él.

Pero no estamos en el instituto, y esto no es una estúpida competición de «quién de los dos está más colgado del otro», no es un «no quiero que sepa que me gusta».

Él ya me ha dicho claramente que está interesado en mí, y yo se lo demostré anoche. No hay pelotas en los tejados de nadie, ni esto es un tablero de juegos en el que me toque mover ficha. Me dijo anoche que yo le gustaba y que me deseaba y soy yo quien tengo que decidir cuándo quiero que suceda lo que sea que tiene que suceder.

Hoy no tengo turno y mañana tampoco. Es una de esas pequeñas treguas que da este trabajo. Acumular horas en urgencias, para luego poder disponer varios días seguidos libres. Después del gran incendio de Hudson Yards, tengo horas de sobra.

Lo que no me queda es café, y sé que no sobreviviré esta mañana sin cafeína. Me pongo algo rápido; una camiseta ancha, unos vaqueros y bajo con el pelo todavía un poco húmedo a la tienda india de la esquina. Es la más cercana a mi apartamento y creo que es la primera vez desde que estoy aquí que voy a ir en un horario normal.

No sé si soy yo, pero la chica del mostrador parece estar juzgando mi pinta. Cojo un paquete de café, unos donuts y sopa de

miso. Es una combinación extraña, pero es lo que me hace falta para sobrellevar la resaca.

Cuando vuelvo a mi edificio, me encuentro de nuevo a Jeremy en el vestíbulo.

—¿Estás espiándome para saber cuándo salgo de casa? —me dice con una sonrisa pícara—. Ya es mucha casualidad que siempre nos encontremos en la entrada, ¿no crees?

—Lo mismo podría decirte —le replico en el mismo tono—. ¿Has puesto un detector en mi piso y controlas mis entradas y salidas?

Nos reímos mientras me sujeta la puerta para que entre y nos paramos junto al ascensor para esperarlo.

—¿Una mala noche? —me pregunta con interés esta vez—. Pareces cansada.

—Resaca.

—Ah —sonríe más ampliamente—. Entonces debió ser lo contrario. Una buena noche.

—Depende de cómo lo mires, pero sí. No estuvo mal.

—Las buenas fiestas se miden por la intensidad del dolor de cabeza la mañana siguiente. Nivel uno: agua, ibuprofeno y arrepentimiento. Nivel dos: café, sopa y autocompasión. Y por último, el nivel experto: persianas bajadas, móvil apagado y cero contacto con el mundo exterior. ¿En qué nivel estás tú?

Extrañamente, la escala de Jeremy acierta bastante conmigo.

—Pues he empezado con el nivel uno. Ahora estoy de lleno en el dos —le digo abriendo la bolsa de la tienda—, y espero no llegar al tres. Pero no prometo nada.

—Tengo un remedio infalible. Si quieres, puedo preparártelo.

—¿En serio? —pregunto un poco desesperada—¿Funciona?

—Creo que puede evitar que llegues al nivel tres. ¿Comes conmigo?

Dudo unos momentos mirando la pinta que llevo. Tocando mi pelo aún mojado.

—Sí quieres sube primero a tu piso mientras lo voy preparando todo. ¿Qué me dices? Te aseguro que te sentirás mejor.

—De acuerdo —accedo—. Dame diez minutos.

Los diez minutos se convierten en más de veinte porque, cuando me miro al espejo, tengo que intentar hacer algo con mis ojeras y me cuesta más de lo habitual.

Cojo mi bolso y los donuts que acabo de comprar de la tienda y bajo hasta el segundo piso por las escaleras. He maquillado un poco mi aspecto, aunque las ojeras no tienen mucho arreglo. Solo podría ponerles remedio unas cuantas horas ininterrumpidas de sueño reparador.

—Toma, bébete esto.

Jeremy me pasa un vaso con un líquido rojo de aspecto muy saludable pero poco apetecible.

—¿Qué cojones es eso? —le pregunto con una mueca de asco.

—Jugo de tomate con un toque de todo lo que despierta al cuerpo sin meterle más veneno. Rehidrata, repone electrolitos y engaña al estómago lo justo para que no se dé por vencido —me informa—. Hazme caso. Bébetelo todo.

Después de un primer sorbo tentativo, apuro el contenido en un par de tragos. No está tan malo como pensaba y me sorprendo disfrutándolo.

Después de su brebaje mágico y una comida casera, me encuentro mucho mejor de lo que esperaba.

—Gracias por la comida y por tu… poción. Me has salvado la tarde.

—De nada. Considera esto parte de mi servicio de emergencia vecinal.

Le lanzó una sonrisa ladeada y observó su apartamento por primera vez. Es un lugar sencillo, ordenado, con plantas en las ventanas y estanterías llenas de libros técnicos y cajas etiquetadas con nombres de clientes.

—¿Y tú? ¿Qué haces exactamente? Me acabo de dar cuenta de que no tengo ni idea.

Jeremy se encoge de hombros mientras nos sirve café recién hecho y da buena cuenta de los donuts que he traído.

—Soporte técnico a la vieja usanza —me explica—. Voy de un sitio a otro en Brooklyn o Queens, arreglando redes, ordenadores, impresoras que escupen papel como si tuvieran vida propia. Nada glamuroso pero me gusta no estar encerrado todo el día en una oficina, ¿sabes?

—¿Eres *Freelance*?

—No. Trabajo para una empresa pequeña, pero tengo bastante autonomía. Cada semana me mandan un listado y me organizo como quiero. Hoy por ejemplo estuve en una escuela en Ridgewood y en una tienda de fotografía en Jackson Heights. Un desastre con los *routers*.

—Tiene sentido, eres ese tipo de persona que sabe siempre qué cable hay que desconectar primero. Yo, cuando la impresora del hospital falla, la apago y rezo.

Jeremy ríe, tranquilo. Sin duda se ha encontrado con más de un cliente que le dice eso a todas horas.

—Eso es protocolo estándar, ¿eh? Apagar y rezar. Solo que no siempre funciona. Pero incluso a veces yo lo hago.

Nos quedamos unos segundos en silencio. Sin forzar nada, sin hacernos preguntas incómodas. Saboreando el café en nuestras manos y disfrutando de la compañía.

—¿Y tú? —me pregunta después de unos minutos—. ¿Cómo va todo en el hospital? ¿Mucho ajetreo tras el incendio?

Bebo un sorbo largo de café antes de responder.

—Sí. Ha sido una semana intensa. Supongo que ya te habrás enterado de todo por las noticias.

—Sí. Ha debido ser duro vivirlo en primera persona.

Me quedo mirándolo con más atención. No es mi tipo. No tiene el magnetismo oscuro de Dylan, ni esa energía peligrosa que me remueve por dentro. Pero hay algo reconfortante en su forma de estar con él. Me transmite calma y paz.

—Gracias, Jeremy. Por todo.

Él sonríe.

—De nada. Ya sabes que si necesitas algo… soporte técnico, comida o simplemente sentarte y mirar al techo en silencio, piso dos, puerta B.

—Tomo nota.

El remedio milagroso de Jeremy funciona a la perfección. Mi resaca desaparece y me siento mucho mejor incluso que antes. No antes de tomármelo, sino antes de la salida de anoche.

Son apenas las seis de la tarde y el café me ha despejado demasiado. Todo el sueño que tenía acumulado, parece haberse desvanecido. Me siento a ver una de esas películas que me harán perder el interés a los diez minutos pero necesito tener la mente ocupada en algo. El móvil me quema dentro del bolso y el mensaje de Dylan retumba en mi cabeza. Todavía no sé qué contestar.

Sin querer, la película me ha servido de somnífero y, cuando abro los ojos, la música de los títulos de crédito recorren la pantalla. Por la ventana la única luz es la de la farola de la calle y solo se escucha alguna sirena lejana. Parece como si mi mente fuera capaz de aislar ciertos sonidos y solo escucho ese.

Inconscientemente cojo el móvil, paso por todos los chats sin abrir y releo el mensaje sin contestar de Dylan.

«Espero que a pesar de la resaca, recuerdes mis palabras de anoche. Este es mi número, por si quieres empezar a comprobar lo que te dije cuanto antes».

¿Cuántas veces necesito leerlo para mandarle una respuesta? ¿Cuántos mensajes tengo que escribir y borrar antes de darle a enviar a uno?

Cuanto más lo pienso, más insegura me vuelvo. Al final escribo una sola palabra.

«¿Vienes?».

Capítulo 11

Dylan

He estado todo el día revisando mi móvil. Es algo que hacía mucho tiempo que no me pasaba y me asusta un poco. Cuando leo el mensaje de Sarah me sube algo por todo el cuerpo.

No soy de los que se pasan horas frente al espejo ordenando y colocando su pelo hasta que queda perfecto. Es lo que tiene trabajar siempre con un casco. No hace falta peinarse.

Pero después de leer esa simple palabra —¿Vienes? —, sí que elijo mi mejor *boxer*. También me pongo perfume. Ese que mi hermana me regaló las navidades pasadas y que casi no uso.

En cuanto leo el mensaje respondo con un escueto «diez minutos» que se convierten en veinte.

Me abre la puerta y huelo sus nervios incluso antes de entrar. Es como la fiera que acecha a su víctima.

—Pasa —me dice a modo de saludo.

No hace ni veinticuatro horas que he estado en este mismo apartamento, pero los cambios son evidentes. Me esperaba y se nota en que ha escondido las cajas que todavía se acumulaban en el rincón del salón.

No me he equivocado al oler sus nervios. Se mueve de forma errática por su propio apartamento mientras la observo. Me divierte verla así. Sin la seguridad que siempre esconde tras su bata de enfermera. No puede tener las manos quietas y lo toca todo mientras me habla, pero yo apenas la escucho porque solo puedo fijarme en el pantalón vaquero que lleva puesto y que le hace un culo estupendo.

Mis ojos se van demasiadas veces allí. Ella lo ha notado y creo que eso le pone todavía más nerviosa.

—¿Quieres beber algo? —me pregunta.

—No —digo simplemente. Todavía no había abierto la boca.

—Tengo vino blanco —insiste.

—Bueno —accedo— Pues vino blanco.

Saca dos copas con lentitud. En otro momento podría desesperarme, pero hoy lo estoy disfrutando de verdad, así que la dejo que se tome su tiempo, que el vino la relaje. Tengo toda la noche, o al menos gran parte.

Después del primer sorbo dejo mi copa sobre la barra que separa el salón de la cocina y me acerco a ella que todavía sostiene la suya.

—Este vino está genial, ¿verdad? —dice con la copa en sus labios—. Creo que es de una región de España y…

—Está bueno, sí.

Le quito la copa suavemente y me pego a ella. Estoy tan cerca que noto su calor a través de mi propia camiseta. Estoy deseando quitarle la suya y ver si lo que me he estado imaginando estos días se corresponde con la realidad.

Ella traga saliva y abre la boca para decir algo más pero las palabras no le salen. Tan solo exhala un murmullo cuando pongo mis labios sobre los suyos.

Están frescos y dulces, como el vino que hemos estado saboreando, y estoy deseando probarlo directamente de su lengua.

La sensación es exquisita cuando me da acceso total a su boca, sin reservas. Y yo tomo la libertad que me da para marcar un ritmo lento y calmado. La cojo de la cintura suavemente. Quiero tomarme todo el tiempo del mundo, saborear cada rincón de su boca. De sus labios y su lengua.

Sarah se entrega y la noto temblar levemente. Me encanta ver su forma de estremecerse. No puedo negarlo. Ver cómo se deshace entre mis brazos sin apenas haberla tocado me infla el ego.

Por un momento me olvido de todo, de lo más importante: mis reglas, mis condiciones. Me aparto de ella un poco más bruscamente de lo que pretendo. Su cara desconcertada me trae a la realidad nuevamente.

—¿Pasa algo? —me pregunta.

Sus labios están rojos y por un momento casi me olvido de lo que iba a decirle porque quiero volver a besarlos. No quiero dejar de hacerlo.

—Sí, emm. Creo que deberíamos hablar antes de algo importante.

—¿Ahora?

—Quiero que tengas clara una cosa. Yo… no quiero nada serio. Si buscas eso conmigo será mejor que paremos y lo dejemos aquí. No quiero que haya malentendidos o que tú…

—¿Que yo qué? ¿Que me enamore de ti?

—Pues… —trago saliva y sus ojos me hacen dudar de mis propias palabras—. Sí. Quiero que seamos claros al respecto.

—Perfecto, Dylan. Ya estoy avisada. —Se moja los labios y a mí se me olvida la segunda cosa que quería decirle—. No tienes que preocuparte por eso.

Me coge de la camiseta y vuelve a atraerme a sus labios. El beso ahora es desordenado, urgente y ansioso. Sus manos descansan en mi pecho y suben hasta mi nuca. Los nervios de antes dan paso a una pasión que no me espero.

Le meto las manos por debajo de la camiseta y vuelve a temblar. Esta vez es más que evidente y yo lo siento en las yemas de mis dedos. Cómo su cuerpo se enciende para mí. Cómo arde su

piel a mi contacto. Cómo ardo yo también al notar su piel tan caliente, tan suave.

Dejo sus labios para bajar a su cuello y escucho de su garganta el primero de los gemidos que sé con certeza que conseguiré sacarle esta noche. Todo es cuestión de qué teclas tocar, qué botones apretar.

—Espero que sea así Sarah, porque me muero por follarte —susurro en su oído antes de bajar con la lengua a su cuello—. Lo estoy deseando desde el día que te vi.

Suena tan poco original, tan básico y simple que me daría vergüenza si no estuviera tan excitado.

Ella suelta el segundo de los gemidos cuando avanzo mi pierna para colocarla entre las suyas. Lo hago despacio dejando la justa presión para que ella la note y se acomode.

—Dylan… —dice entre suspiros.

Sé lo que quiere. Lo noto por la manera que tiene de apretarse más contra mi muslo. Casi puedo notar su excitación a través de su pantalón y el mío. Está preparada y quiere más. Me necesita.

Bajo mis manos hasta su culo y la atraigo con fuerza. Otro gemido. Otro suspiro.

—Si quieres echarte atrás, ahora es el momento —le digo mirándola a los ojos—. Luego no creo que vaya a poder parar.

Sé que suena salvaje, brusco y duro. Solo necesito ver en sus ojos la seguridad que necesito.

—No voy a querer que pares.

Es lo único que necesito escuchar. Subo mis manos lentamente por sus caderas, con mis ojos fijos en los suyos, que están oscuros. Las pupilas completamente dilatadas me dicen que ella desea esto tanto como yo.

Le quito la camiseta y se me hace la boca agua al ver sus pechos en ese encaje azul. Sin duda es su color. El de sus ojos. El de la camiseta que llevaba anoche y ahora en su ropa interior. Parece que últimamente todo es azul para mí.

Ella también va a ser mía esta noche.

Su cuerpo no solo cumple con todas las expectativas que me he ido creando estos últimos días. Las supera con creces.

Seguimos de pie, apoyados contra esa barra que me sirve de ancla y que ella empieza a sujetar con fuerza cuando le quito el sujetador y empiezo a lamer uno de sus pechos. Rodeo el pezón con mi lengua, en círculos y ella arquea la espalda.

—Joder…

Me tomo todo el tiempo del mundo. Es mi momento, quiero disfrutar cada segundo. Pero ella está desesperada. Noto cómo se tensa, cómo busca algo de fricción que le alivie.

—¿Qué quieres? —le pregunto volviendo a sus labios—. Dime qué te gusta.

Siento su aliento, sus gemidos contenidos, sus suspiros contra mi boca. Se contiene en decir lo que desea y yo solo quiero escucharlo de sus labios.

—Tócame. Solo tócame.

Tenerla así suplicando, me vuelve loco de deseo. Bajo mis manos hasta el botón de su pantalón. La postura es difícil y a veces la herida del hombro se me resiente. También el brazo que me corté en el incendio. Pero, ¿qué es un poco de dolor cuando tengo a esta mujer ardiendo de deseo por mí?

Desabrocho su pantalón con prisa. Con esa urgencia que me dan sus palabras. Solo lo justo para poder meter mi mano entre sus bragas.

Está tan mojada que hasta yo me sorprendo y no necesito estimularla más para saber que tomará mis dedos con facilidad.

No sé si se lo esperaba pero necesito sentirla así. Al menos esta vez. Follarla de esta manera.

Los meto despacio, tocando ese lugar exacto que encuentro enseguida, con su boca pegada a la mía. La postura es incómoda, desordenada y muy sexy. Estoy tan duro que voy a reventar. Pero espero un poco más. Quiero notar cómo llega en mis dedos. Va a ser el primero de los lugares en los que quiero que se corra. El primero de muchos y de muchas veces.

Quiero cumplir la promesa que le hice anoche cuando me marché de este mismo apartamento. Que recuerde cada segundo, porque así querrá repetir conmigo.

Es solo nuestra primera vez y ya estoy deseando repetir.

—No pares, joder —dice con la voz entrecortada.

¿Es una súplica, una orden? No tengo ni puta idea pero me empleo a fondo hasta que siento cómo aprieta mis dedos en oleadas.

La sostengo estando todavía dentro y ella, mientras, va recuperando poco a poco la respiración. Apoyada completamente en mí, la llevo hasta la cama.

La dejo caer con suavidad y me quedo de pie delante de ella. Mirándola fijamente. Todavía está medio desnuda y tiene unas tetas increíbles. Ni en mis mejores fantasías con ella eran tan perfectas.

Está tumbada en la cama, justo como la he dejado. Con cara de querer una segunda ronda. Se quita los pantalones del todo y veo su tanga, a juego con el sujetador azul. Con sus ojos.

Trago saliva porque reconozco que se me hace la boca agua nuevamente. Mi erección es evidente y notoria y no quiero tener que ocultarla. Me quito la camiseta deprisa y ella no aparta los ojos de mí. Mi cuerpo tiene cicatrices, más de las que puedo recordar. Y

sobre todo una quemadura en el costado que todavía me duele. Y el tatuaje que la cubre. Ese lo siento más todavía. Ella me observa y la veo morderse el labio. Noto que le gusta lo que ve, a pesar de mis marcas, y su mirada recorre todo mi cuerpo. Su deseo echa más leña al fuego.

Se pone de rodillas en la cama acercándose a mí y la cojo de la cabeza para darle un beso profundo mientras ella va desabrochando mi cinturón.

Me separo de ella para mirar. No sé por qué, pero ver a una chica quitarme los pantalones es la cosa más sexy del mundo. Para mí al menos. Y tal y como lo está haciendo ella, todavía más.

Me coge el cinturón. Lo va deslizando lentamente por las trabillas y, con un movimiento rápido, lo saca por completo y lo arroja al suelo. Me la pone tan dura que creo que va a hacer un agujero en el pantalón. Me palpita, ahora es a mí a quien le tiembla todo. Más todavía cuando me lo baja y su boca queda a la altura de mi polla.

Me encantaría tenerla en su boca. Sentir su lengua lamiendo toda mi longitud. Lo deseo con todas mis fuerzas, pero hay algo que no puedo esperar a hacer ya. Es entrar completamente en ella. Sentirla apretándome en su interior.

La cojo de los brazos y la empujo hacia la cabecera para que se apoye sobre su espalda. Ella suelta una exclamación. Es sorpresa y, al mismo tiempo, excitación. Me subo encima de ella, piel sobre piel. Somos todo carne ardiendo… y la beso.

Hacía demasiado tiempo que los besos no se sentían así. No son solo un vehículo para lograr un fin. Es el fin en sí mismo. Me enredo con ella, entre sus piernas, dejando caer el peso de mi cuerpo a un lado. Su piel es tan suave que temo hacerle daño.

—Fóllame —me susurra al oído.

—Eres bastante mandona para ser una chica buena de Ohio —le digo apretándome contra ella—. ¿No os enseñan modales en el

medio oeste?

Me agacho a coger mi cartera del bolsillo de mi pantalón. Ella entre mis piernas, goteando por mí. De nuevo ansiosa y desesperada.

—¿Acaso no quieres? —me pregunta.

Se muerde el labio mientras me ve cómo me pongo el condón.

—Claro que quiero. Voy a follarte como nunca lo han hecho. Y vas a gritar mi nombre mientras lo hago.

Capítulo 12

Sarah

Cuando veo a Dylan ponerse el condón un escalofrío me recorre el cuerpo. No sé si lo hace lento de manera premeditada, pero se toma su tiempo y a mí me desespera. Parece estar diciéndome «mírala bien porque todo esto es lo que voy a meterte ahora mismo.»

Es mucho más grande que la de Julian y sí, voy a decirlo aunque él no lo sepa: es con el único con quien puedo compararlo. Al menos en plena acción.

Se apoya sobre un codo y se acomoda entre mis piernas.

—¿La quieres dentro? —susurra en mi oído.

—Sí, joder.

Me da igual parecer desesperada.

—Pídemelo. Dime cómo lo quieres.

—La quiero ya. Dentro de mí, Dylan —le repito—. Fóllame ya.

La pone en mi entrada sin moverse y empujo mis caderas hacia él. Me sostiene, me frena con su mano libre y me gusta cómo domina la situación. Demasiado.

—¿En Ohio no pedís las cosas educadamente?

—Joder, sí. Hazlo ya, por favor.

Sé que está tan desesperado como yo. Más incluso porque al menos yo ya me he corrido una vez. Así que el juego que se lleva todavía me tiene más descolocada. Pero también me pone mucho más cachonda.

Sin embargo, si es lo que necesitaba para hacerme lo que me está haciendo…, si tengo que suplicar y pedir por favor que me folle justo así… no me importa en absoluto.

Si quiere que ruegue, lo haré. Si me quiere ver suplicando, suplicaré. Haré lo que me pida siempre y cuando me folle de una vez.

No puedo decir que sea brusco, ni duro. En todo momento se asegura de que estoy bien y que lo estoy disfrutando. Y eso me vuelve todavía más loca.

Luego está su arrogancia. Es exactamente igual en la cama que en su vida. Sabe con certeza cómo provocar en mí las más diversas sensaciones y sentimientos. Todos contradictorios. Me habla de manera tierna y a continuación me muerde el hombro. Me pellizca un pezón y seguidamente lo lame con la lengua de la manera más exquisita.

Cierro los ojos y arqueo la espalda dándole acceso a mi cuello, que chupa con devoción. Mañana sé que tendré el cuerpo lleno de marcas. No solo en la garganta. También en mis pechos.

—Sarah… mírame.

Lo haría, pero me resulta casi imposible porque el placer recorre todo mi cuerpo. Para ser bombero, enciende mucho más de lo que apaga.

Entonces él se para. Dentro de mí. Dolorosamente dentro pero sin moverse. Yo abro los ojos. Se gira y, con un movimiento rápido de sus fuertes brazos, me da la vuelta hasta que estoy encima de él.

Necesito moverme, montarlo, pero él me ancla completamente sosteniendo con firmeza mis caderas. Es como si yo solo fuera una prolongación de su cuerpo y él es quien decide cuando me muevo.

Mi pelo cae sobre mis pechos y él lo aparta con una mano, mientras la otra sujeta mi cadera. Quiere mirarme, verlo todo.

Sé que mis tetas le gustan. Lo he notado al instante, en cuanto me ha quitado la camiseta y me ha visto con este sujetador que he sacado hoy mismo de una de las cajas de la mudanza. Y cuando me lo ha desabrochado se le ha hecho la boca agua.

No es por presumir pero tengo unas tetas estupendas. Son redondas, llenas y firmes. Siempre han sido la envidia de muchas de mis amigas. A Julian también le gustaban pero nunca me las miró con el deseo que veo en los ojos de Dylan.

En esta postura puede verlas, tocarlas e incluso chuparlas cuando se incorpora. Desde este ángulo yo también puedo disfrutar de una vista privilegiada: sus brazos fuertes, sus abdominales marcados como una puta escultura de Miguel Ángel.

—Ahora —me ordena—. Puedes moverte.

Apoyo mis manos en su estómago. Fuerte, definido y marcado a fuego. Me muevo lentamente arriba y abajo, sintiendo cada centímetro en mi interior. Acomodándome en la nueva postura, acostumbrándome al tamaño de su polla, que me estira y me llena completamente. Dylan me ordena, pero me deja que marque mi ritmo. Pausado. Mientras, nuestras miradas se cruzan.

—Eso es Sarah, joder, muévete.

A Dylan le gusta hablar, le gusta mandar y le gusta elogiar. Y lo hace muy bien y justo en el momento preciso para llevarme todavía más al límite.

Sigo moviéndome lentamente, disfrutando cada vez que toca ese punto en mi interior que me hace estremecer. Parece que tenga un mapa detallado porque no se pierde en ningún momento.

Me acaricia los pechos y pellizca mis pezones ya sensibles hasta el extremo.

—Voy a correrme —le digo entre gemidos y acelerando el ritmo —. Joder, voy a correrme otra vez.

Esa es mi intención, pero Dylan tiene otros planes y me frena en seco.

—Todavía no —me ordena de nuevo.

No puedo creerlo pero me tiene de nuevo deshecha. Cierro los ojos y me concentro. Quiere que aguante y me paro tomando aire.

—Eso es, preciosa. —De nuevo el halago—. Quiero que te corras gritando mi nombre. Como te he dicho antes.

Es tan jodidamente arrogante que sólo de decir eso hace que casi me corra sin moverme, sólo con su polla dentro. Soy patética, lo sé.

—Dylan, por favor…

—¿Vas a rogarme que te deje correrte?

—Sí, sí… haz que me corra.

De pronto cambia su actitud. Es como si hubiera apretado algún tipo de botón que tenía escondido y se pone en marcha de nuevo. Me agarra fuerte de las caderas y levanta las piernas al tiempo que me embiste ayudándose de sus muslos. Fuerte, rápido y duro.

Lo pillo. Lo que le pone es saber que es él quien me hace llegar. Cuando él quiere, porque quiere.

Y lo consigue. Un puñado de embestidas más y me corro con más fuerza que antes, sin gritar su nombre como pretendía, pero se me escapa un «Dylan, que bueno» entre gemidos. Segundos después, escucho su voz de nuevo.

—Mírame, Sarah —vuelve a repetirme—. Quiero que veas cómo me corro por ti.

Los músculos de su abdomen se tensan para relajarse poco a poco. Sus brazos se dejan caer de mis caderas y acaricia mis muslos. Salgo de él para tenderme a su lado, completamente exhausta y con una sonrisa estúpida en la cara.

¿Qué se dice después de hacerlo por primera vez con un chico? No tengo ni idea porque sólo he tenido esa experiencia en una ocasión. Fue con Julian y de eso hace ya años, cuando apenas éramos unos adolescentes.

Él, en cambio parece tenerlo más claro. Se levanta mientras yo estoy mirando al techo y le escucho preguntarme si puede usar mi ducha. Es como una voz lejana que viene de algún lugar que no consigo ubicar.

—Aunque si quieres otra ronda, podríamos ducharnos juntos —me dice con la cabeza asomando desde la puerta del baño—. Pero creo que mejor te dejo descansar un poco.

Estoy a punto de quedarme dormida mientras se ducha, pensando en cada beso, en cada toque de su lengua en mi cuerpo. Pensando en todos y cada uno de los momentos de hace tan sólo una hora.

Entonces su cuerpo fresco y desnudo se tumba a mi lado. Empieza a trazar siluetas con su dedo sobre mi pecho, mis brazos y mis muslos.

—¿Has descansado ya? —me pregunta mientras sigue acariciando mi piel.

—¿Lo dices en serio?

Empieza a dejar un rastro de besos por mis hombros, mis clavículas y de nuevo llega a mis pechos. Se concentra en ese punto que ya ha descubierto. Justo alrededor de mis pezones, trazando círculos con la punta de su lengua. Luego se los mete en la boca. Primero uno y después otro. Lamiendo, chupando… y empieza a bajar y bajar.

Entonces me tenso.

—¿Me dejas? Quiero probarte —me dice con su boca a escasos centímetros de lo que quiere.

—¿Qué? —Me retiro nerviosa, separando su cabeza de golpe—. ¡No!

—¿Por qué? —Su voz sale en una queja— ¿No te apetece?

—No, Dylan, no… es que no puedo y ahora…

—¿Ahora qué?

Me coge las manos y las pone sobre mi cabeza. Me siento vulnerable, indefensa. Con una sola de sus manos, me inmoviliza y se acomoda entre mis piernas de nuevo.

Me retuerzo entre sus brazos intentando poner una resistencia que sé que no me lleva a ningún sitio porque es grande, fuerte y parece decidido a tomar lo que quiere. Estoy completamente a su merced.

—Dylan, no… por favor —le suplico—. Suéltame, ¿vale?

Mi voz debe salir en un tono que no deja lugar a dudas porque me suelta en el acto y se separa de mí, desconcertado. Yo me levanto y me visto. Cojo una camiseta y mi ropa interior y me voy directa a la cocina.

—Hey, Sarah, lo siento yo no…

—No pasa nada. Es sólo que no me apetecía.

—Claro, perdona.

Se produce un silencio tenso y Dylan, ya vestido completamente, vuelve a disculparse.

—Siento mucho esto último, Sarah —empieza a decirme—. Ha estado genial y me ha encantado, espero que este final no haya estropeado lo que ha pasado y no te haga arrepentirte de…

—Para, por favor —le interrumpo—. No es nada que tú hayas hecho.

Noto cómo me sube la vergüenza y no sé exactamente qué palabras escoger para explicarme.

—¿Estás segura?

Me paro frente a él, con los brazos cruzados sobre mi camiseta. Descalza y en bragas.

—Es que yo… nunca he hecho eso. No me han hecho… ya sabes. Lo que estabas a punto de hacerme

Ya está. Lo he soltado. Y su cara pasa por varias fases perfectamente identificables. Desde la sorpresa a la curiosidad, transformándose en algo parecido a la lujuria.

—¿Te refieres a que nunca te lo han…?

—Exacto.

No dejo que acabe la frase, porque escucharlo en voz alta lo hace todavía más real.

—¿Me estás diciendo… —me pregunta acercándose lentamente —… que ningún chico con el que has estado te ha comido el coño?

Podría decirle que, en mis veinticinco años, solo he estado con un chico, Julian. Pero ya me parece darle demasiada información. Y me da la sensación de que es de los que sabe cómo usarla. En mi contra, o simplemente a su favor.

—Pues sí, y, por eso me he tensado.

—De acuerdo. Lo entiendo.

De alguna manera, sin saber exactamente cómo, estamos justo donde empezamos. Yo, apoyada en la barra que separa mi cocina del salón, y él con sus brazos a cada lado de mi cintura. Marcando su territorio. Y yo nerviosa, como al principio.

—Bueno, pues eso es todo —susurro casi más para mí misma.

Pero no parece serlo para Dylan que todavía quiere apretar otra tuerca. No soy capaz de leer su expresión. No es sólo curiosidad o necesidad de saber. Me mira como si las respuestas a sus

preguntas estuvieran en mi cabeza sin tener que decirlas. Me está estudiando.

—Solo por tenerlo claro —dice en voz baja—. ¿Te niegas a eso? ¿Es por algún tipo de convicción religiosa o algo así?

Yo agacho la cabeza y miro al suelo. Veo mis pies descalzos, mis piernas desnudas y él demasiado cerca de mí. Apenas puedo mirarlo después de lo que acabamos de hacer y no lo entiendo.

—No, Dylan. No es por nada, ya te lo he dicho…. Simplemente nunca me han hecho… eso. Ya está.

Intento dar zanjado el tema, por la vergüenza que estoy sintiendo. Sé que no debería, pero no puedo evitarlo. No quiero decirle que solo he estado con un hombre en mi vida. Me hace sentir más vulnerable y cría delante de él.

—De acuerdo. Solo era por saberlo —me dice al fin—. Voy a irme, ¿vale?

Yo solo asiento mirando todavía mis pies. Él coge mi cara poniendo sus manos alrededor de mi cuello y la levanta para que lo mire. Es posesivo, como si estuviera diciéndome «no he acabado contigo».

No me da un beso tierno de despedida. De esos que sólo acarician los labios con ternura. Si no hubiéramos estado una hora follando, diría que lo que quiere es comenzar otra vez. Desde cero.

Me aprieta contra su boca, buscando mi lengua con la suya. Es un beso cargado de deseo, de lujuria. Como si no hubiera tenido bastante de mí. Como si buscara comenzar un nuevo asalto.

A mí me palpita todo otra vez.

—Adiós, Sarah.

Igual que ha empezado lo termina, dejándome sin palabras, sin capacidad de reacción. Y me quedo así, tocando mis propios labios, que todavía sienten el hormigueo de los suyos.

Me quedo apoyada en la barra, mientras escucho la puerta cerrarse. Sin saber cuándo volveré a verle, a tocarle. Sin saber nada en absoluto.

Miento. Sé solo una cosa y es que tenía razón. Estoy deseando repetir

Capítulo 13

Dylan

Las madrugadas en Nueva York son únicas. Por algo la llaman la ciudad que nunca duerme. Pero la madrugada en Brooklyn es densa, silenciosa y con ese tipo de quietud que solo existe entre semana, cuando todo a tu alrededor parece aguantar la respiración. Me coloco el casco, subo a la moto y enciendo el motor. El rugido suave rompe el silencio como un latido firme en medio de la nada. Me gusta este momento del día. No hay nadie. No tengo que fingir nada. Solo existo yo. O al menos, solía ser así.

El aire es fresco cuando arranco, y la humedad se mete por debajo de mi chaqueta mientras ruedo por las calles medio dormidas. Las luces de los semáforos parpadean en ámbar, dándole un aspecto de ciudad fantasma.

Los ojos de Sarah me siguen donde voy.

Tengo su olor en mis labios, en mis manos. Siempre me ducho después de tener sexo con alguien. Me quito el olor de su cuerpo y de mi conciencia. He incumplido esa norma con ella. He vuelto a besarla antes de irme y ahora tengo el sabor de su boca en la mía.

Luego está esa confesión que me llena de deseo. En realidad, ese deseo no lo he soltado desde que me ha mandado el mensaje esta misma noche. Hace tan solo unas horas. Pero esto último… solo lo ha acentuado.

Cuando llego a casa reviso mi móvil, como un adolescente, esperando que sea un mensaje suyo. Pero es de mi hermana.

Eso me recuerda que hace casi un año que no hablo con ella, que no veo a mi sobrina.

«El jueves es Acción de Gracias. No te olvides la salsa. Te toca a ti».

No se me pasa por alto el tono de enfado en su mensaje y no la culpo. Mi hermana conoce todas mis miserias, por algo somos mellizos. Hemos compartido hasta el líquido amniótico. Somos uno y hace tres años decidí romper voluntariamente el lazo que me unía a ella.

No me lo perdona. Yo tampoco me lo perdono a mí mismo.

Si hay algo bueno de mi trabajo son los turnos rotativos. Me deja mucho tiempo libre para desconectar, viajar y hacer planes cortos. El problema es que desde que murió Marion, ya no los hago.

He acumulado tantas horas haciendo turnos extras, festivos, navidades y otras fechas especiales, que podría estar meses sin trabajar. Llevo tres años sin coger vacaciones, sustituyendo a compañeros para que disfruten las suyas y haciendo horas extras.

Eso se refleja en mi cuerpo, y no por el cansancio, sino por las heridas que cuento por rescates.

Mañana no trabajo y no sé en qué ocupar todo ese tiempo libre. Mi capitán está harto de verme por la estación y hace tiempo que me desligué de los amigos que compartía con Marion. Estoy solo, y cuando tengo tanto tiempo para pensar, no es bueno.

Me meto en la cama e intento dormir. A ver si así pasa más rápido el día. Cuando despierto casi a las doce del mediodía es una sensación extraña. He dormido prácticamente diez horas seguidas y solo me levanto por la necesidad urgente de ir al baño.

El espejo refleja algunas señales de anoche y me hacen sonreír. A la buena chica de Ohio también le gusta dejar su marca en la piel. Los recuerdos vuelven a mi mente en oleadas. Su cuerpo encima del mío, moviéndose de manera tan sensual y sexy.

—Joder —exclamo mirando hacia mi entrepierna.

Tan solo la imagen de su cuerpo moviéndose encima de mí me pone otra vez en acción.

La ducha fría me calma físicamente, pero no borra para nada los recuerdos de anoche. Tengo una semana entera de vacaciones. No tengo que volver al trabajo hasta después de Acción de Gracias y sé que se me va a hacer eterno.

Cojo cita con Helena, mi terapeuta, y me siento en el sofá. La casa está sucia y tengo tiempo y una necesidad urgente de ocupar mi mente.

Antes de comer ya he limpiado mi pequeño apartamento y encargado la salsa para la cena del jueves.

Tareas pendientes: ninguna.

Tiempo restante hasta el jueves: cuatro días y trece horas.

Jeff siempre insiste en invitarme a su casa a cenar. Su chica, Natalie, también.

Mi amigo es el primer sorprendido cuando le lanzo la idea por teléfono.

—Claro tío. Natalie estará encantada, por supuesto —me asegura—. Siempre se queja de que no te llevo nunca a casa.

—Bueno, pues cuando me digas, voy a cenar.

—¡Esta noche! —se apresura en contestar.

Imagino que no quiere que cambie de opinión.

—¿No le consultas primero a tu chica?

—Te aseguro que, en cuanto se lo diga, estará encantada. Vente a las ocho.

Me cuelga el teléfono antes de que pueda decir nada. Eso solo me deja unas cuatro horas para arreglarme. Es decir, me sobran al menos tres horas y cincuenta y cinco minutos que tengo que llenar.

No es mi estilo, ni mi manera de proceder, pero algo en mí me tiene inquieto y me hace parecer un lobo enjaulado. Me muevo por todo el piso y al final me rindo. Cojo el móvil y le escribo.

«Espero que no te estés arrepintiendo de anoche».

Es breve y revelador. Tampoco estoy diciendo nada extraño ni fuera de lo común.

Pero pasan las horas y no recibo respuesta. No entiendo el motivo y me molesta.

Miro la pantalla como si pudiera hacer que su respuesta llegue antes y solo veo mi mensaje.

«Espero que no te estés arrepintiendo de anoche».

Demasiado directo. Demasiado… vulnerable. No soy así. No suelo ser así.

Pero con ella todo se me descontrola.

Estoy sentado en la mesa del comedor de Jeff, frente a un plato que no he tocado. Natalie ha preparado algo al horno, huele increíble, pero no me entra nada. Jeff charla, le cuenta alguna historia de la estación e intenta incluirme en cada conversación, aunque yo esté completamente ausente. Asiento, pero no estoy escuchando.

Natalie quiere saber cómo son las salidas a uno de esos rescates en los que nos jugamos la vida. En realidad sé que quiere asegurarse de que sus compañeros haremos lo posible para que su chico vuelva sano y salvo a casa. Con ella.

Cuando terminamos de cenar, me levanto y la acompaño para ayudarla a recoger la mesa, mientras que Jeff me insiste en que me quede a tomar una última copa.

En la cocina, Natalie, lejos de su marido, es mucho más directa.

—¿Puedo preguntarte algo? —me dice, mientras aparta los platos vacíos.

Asiento. Jeff está preparando las copas y noto como esta es una conversación que Natalie busca desde hace tiempo. A solas conmigo.

—Claro.

—¿Tú crees que esto… este trabajo, es compatible con tener hijos?

La pregunta me toma por sorpresa. Natalie está seria y veo la inseguridad en sus ojos. Noto algo diferente. Una duda más honda.

—¿Lo has hablado con Jeff?

—Claro que sí. Pero tú lo conoces… siempre dice que sí a todo. Que no va a pasar nada. Que la estación es segura, que os cuidáis entre vosotros. —Agacha la cabeza y se le humedecen los ojos—. Pero yo lo veo volver después de ciertas llamadas, lo veo callado… y pienso en cómo sería criar a un hijo si algún día no volviera.

El que baja la mirada ahora soy yo. Es una preocupación legítima y al principio no tengo claro lo que debo decir.

—No sé si hay una respuesta buena —le digo, con honestidad —. Pero te puedo decir esto: si algún compañero mío sobrevive cada turno porque hay alguien por quien volver a casa, ese es Jeff. Nunca dejaría que le pasara nada. Daría mi vida por él.

Natalie parpadea, emocionada.

—Gracias. Pero no quiero que tengáis que llegar a esos extremos, ¿de acuerdo? —Acaricia mi mejilla con cariño y me sonríe —. Que no os pase nada a ninguno.

Volvemos al salón, donde mi amigo ya nos espera con las bebidas, y le ofrece a su mujer una de vino blanco.

No puedo evitar pensar en la copa que bebimos Sarah y yo en su casa justo antes de besarla. Junto a esa barra. Cierro los ojos un

segundo recordando el sabor de sus labios.

La noto aún en mi cuerpo. En mis dedos. En mi piel. En el puto centro del pecho. No sé qué demonios pasa con esta mujer. No es solo sexo. O sí, pero… algo se me ha movido por dentro. Y es algo que llevaba dormido demasiado tiempo.

Y mientras yo estoy así, ella sigue sin contestar. Ya han pasado más de seis horas. ¿Tanto tarda en coger el puto teléfono? ¿Lo habrá leído y se estará pensando qué responder? ¿Se habrá arrepentido?

Jeff me mira. Me conoce demasiado bien como para no notar que estoy en otra parte. Natalie lo nota también, pero hace como que no. Siempre ha sido así. Tiene ese tacto que tienen las mujeres y que yo agradezco.

—¿Todo bien? —me pregunta Jeff, probando la combinación de bebidas que ha preparado.

Yo solo asiento sin mirarlo.

—Sí. Solo… un poco cansado —miento.

En realidad estoy tenso. En guardia. Como si algo pudiera romperse en cualquier momento.

Miro el teléfono y sigue sin haber nada.

La conozco poco, pero no es de las que juegan. Si no contesta es por algo. Tal vez está dándole vueltas o va a ser verdad que está arrepentida. Quizás me pasé anoche cogiéndola de las muñecas.

Entonces vibra y lo cojo sin disimular. Jeff se calla a medias y mirándome de soslayo le pega un sorbo a su cocktail perfecto.

Leo el mensaje. Son solo tres palabras. Tal vez cuatro. No importa cuántas. Es suficiente.

Se me aflojan los hombros. Me relajo por primera vez en todo el día. Siento que respiro y sonrío casi sin poder evitarlo.

—¿Buenas noticias? —vuelve a preguntarme Jeff.

Esta vez tiene una ceja levantada y esa sonrisa que me dice que se está imaginando cosas.

—No, es solo que… esperaba un mensaje.

—¿De quién? —pregunta Natalie esta vez.

Los dos me miran. Están realmente interesados y no entiendo el motivo. Solo ha sido un puto mensaje. ¿Por qué tengo a ese par de ojos observándome expectantes como si fuera a darles una primicia mundial?

—Mi hermana. Por lo de Acción de Gracias —les miento—. Ya sabéis.

No sé si saben realmente lo que es, pero mi respuesta no les ha convencido en absoluto.

—¿Qué hay de esa copa? —pregunto frotándome las manos.

Está claro que un simple mensaje y mi humor ha cambiado.

«Podrías repetírmelo cuando quieras».

Cuatro palabras, esas eran exactamente. Cuando salgo de casa de Jeff saco el móvil inmediatamente y me dedico a releer su mensaje. Ha tardado más de seis horas, pero al menos la respuesta no deja lugar a dudas. Le gustó, no se arrepiente y quiere repetir.

Tengo que reconocer que llevo desde que salí de casa de Jeff con una sonrisa idiota en la cara. Cuatro palabras. Cuatro putas palabras que me han encendido más que todo lo que he vivido en semanas.

Le escribo sin pensarlo demasiado:

«Vas a tener que ser más específica. ¿A qué de todo te refieres con repetir? Me cuesta elegir».

Su respuesta llega antes de que termine de cruzar la calle.

«Lo de anoche, por supuesto. Pero estoy abierta a nuevas… experiencias».

El frío de la calle se me mete en los huesos. Traspasa mi chaqueta. En cambio estoy más caliente que nunca.

Saber que nadie la ha probado nunca me vuelve loco. Pensar que puedo ser el primero me pone tan cachondo que mis pasos se dirigen sin pensarlo a su casa.

En cuanto me doy cuenta de que me estoy desviando del camino hacia mi propio apartamento me detengo en seco y vuelvo a escribirle.

«¿Ahora?»

No sé si sueno demasiado desesperado o ansioso tal vez. Pero lo estoy y no puedo disimularlo. Hasta Jeff y su mujer han notado algo diferente en mí.

Nada ha cambiado en mi vida excepto ella. Así que es la única variante que provoca eso.

«No. Acabo de salir de mi turno y estoy cansada. Pero… ¿Pronto?»

Pronto es demasiado vago para mí. Pronto abarca desde dentro de unas horas hasta quizás unas semanas, y la incertidumbre no me sienta demasiado bien.

En mi trabajo el pronto es una medida muy corta de medir el tiempo. Lo que tarda una casa en llenarse del monóxido de carbono causante de esa muerte silenciosa en minutos.

Para mí, ese pronto sería dejarla descansar unas horas e ir a su casa a terminar lo que empecé anoche.

Hacía demasiado tiempo que no era tan impaciente. Años, en realidad.

«Entonces descansa. Espero que ese pronto llegue cuanto antes».

Le doy a enviar el mensaje y me vuelvo a casa.

La cena con Jeff y su esposa ha sido agradable y hablar con Sarah, aunque sea a través de unos simples mensajes, han aplacado mi mal humor. El jueves, en Acción de Gracias, me tocará enfrentarme a Erin, su marido Harold, mi madre y mi sobrina Tania.

Es la que más miedo me da. Es demasiado pequeña para entender lo jodido que está su tío, que además es su padrino, y me da siempre su amor de manera incondicional. Y no estoy preparado para eso.

Capítulo 14

Sarah

Volver a casa se me hace un mundo, pero no tengo excusa para no hacerlo.

En el hospital me han dado varios días de vacaciones, como compensación por el día del incendio en Hudson Yards, en el que trabajé más de 36 horas casi sin descanso.

Aunque insistí en que lo hice de buen grado y que no necesitaba una compensación por eso, me ofrecieron todo el fin de semana de Acción de Gracias.

Volver a Youngstown, Ohio, después de estos meses, se siente de manera muy diferente a como cuando me marché. No soy la misma persona. Ya no.

El murmullo del aeropuerto es una niebla de fondo que apenas noto. Llevo una hora sentada junto a la puerta de embarque con los auriculares puestos, aunque no estoy escuchando música. Solo intento aislarme. Fingir que estoy en otro sitio. Fingir que no estoy a punto de volver a casa como si fuera la misma de siempre. Y no lo soy.

Desde el domingo, no he vuelto a verlo. No he tenido sus manos sobre mí, ni su boca, ni sus palabras susurradas en la oscuridad. Solo un puñado de mensajes. Breves, cargados de una tensión que me retuerce el estómago. Dylan no habla de sentimientos. No me pregunta si he dormido bien, ni si me duele la espalda después del turno que acabo de terminar. Él solo insinúa. Solo ordena. Y yo… yo le sigo el juego. No sé por qué.

«La próxima vez tendrás que respirar hondo, Sarah. Vas a arder».

Ese fue el último.

Trago saliva. Me muerdo el interior de la mejilla y cruzo las piernas, incómoda, en el asiento de plástico tan solo de pensar en un puto mensaje. ¿Por qué me afecta así? Ni siquiera sé si me gusta ese tono. O si en realidad me encanta, lo estoy decidiendo todavía.

Desde que le contesté a aquel «espero que no te arrepientas» con un «podrías repetírmelo cuando quieras», no ha dejado de empujar los límites. Y yo tampoco se los he puesto.

El embarque comienza. Me levanto, subo al avión, me coloco en el asiento junto a la ventanilla. Cierro los ojos mientras despegamos. Debería pensar en mis padres, en lo que dirán al verme. En Julian, al que volveré a ver después de estos meses. Porque seguro que aparecerá en mi casa si no me lo encuentro por la calle. Pero lo único que tengo en la cabeza es la voz grave de Dylan resonando en mis oídos sin poder evitarlo. Sus palabras susurradas en mi oreja con la boca abierta, su lengua bajando por mi cuello y sus manos apretando mis pechos.

Mi padre me espera con una sonrisa. Recoge mi equipaje con una mano y con la otra acaricia mi mejilla.

—Estás preciosa, cariño. —Sus ojos brillan de la emoción—. Te he echado de menos.

El trayecto en coche hasta casa es un interrogatorio sobre mi apartamento en Nueva York, mis vecinos, mi trabajo en el hospital y mi nueva vida allí. También hablamos del clima de Nueva York, del incendio en Hudson Yard e incluso de cómo van en la liga los Nicks y los Nets. Parece ser que ahora mi padre se ha hecho seguidor acérrimo de ambos clubes de baloncesto de Nueva York.

Me hace gracia, solo lo hace porque yo estoy viviendo allí.

No le doy demasiados detalles porque sé que cuando entre en casa, mi madre me hará exactamente las mismas preguntas—excepto las del baloncesto—, y tendré que contarlo todo de nuevo.

Mi madre es más efusiva en cuanto me ve aparecer por la puerta y me abraza tan fuerte que casi me deja sin aliento, pero a continuación me mira de arriba a abajo y empieza el escrutinio.

«Estás más delgada», «se te ve muy cansada», «ya te avisé que trabajar en un hospital de urgencias era muy duro»… Los reproches se suceden pero mi madre me quiere, y sé que en el fondo solo expresa su preocupación por mí.

—Te he echado muchísimo de menos —me dice al final con los ojos emocionados.

Estoy en mi habitación, en pijama, con el portátil sobre las piernas y un cuenco de uvas medio olvidado en la mesilla. Mis padres han insistido en ver una película familiar de esas que ya no soporto, y me he escabullido alegando cansancio del viaje. La verdad es que no he podido dejar de mirar el móvil desde que he llegado.

Y entonces, como si me hubiera leído el pensamiento, aparece su nombre en la pantalla.

«¿Dónde estás?»

Mi pulso se acelera. No saludo ni me hago la interesante. Simplemente contesto al momento.

«En mi habitación. En casa de mis padres en Youngstown. Mañana es la cena familiar, vendrán mis tíos y mis primas… ya sabes».

La respuesta tarda un poco. Me imagino sus dedos sobre la pantalla, su ceño fruncido. Cuando llega, es como una bofetada suave y precisa.

«A partir de ahora, cuando te pregunte dónde estás, no me cuentes tu vida».

«No me interesa si estás en casa de tus padres, ni cómo se llaman, ni qué tal fue tu vuelo, ni lo que echabas de menos a tu perro».

«Te lo pregunto para saber si estás sola».

«Para imaginarte exactamente».

«Para saber si llevas ropa interior. Y de qué color».

Respiro hondo. Noto el calor subir desde el pecho hasta la nuca y aprieto los muslos por instinto. Otro mensaje suyo me llega antes de contestar.

«Y no me pidas que te cuente cómo me fue el día. Solo cuántos condones quieres que lleve la próxima vez que nos veamos».

El corazón me da un vuelco y no es lo único; sus palabras hacen que palpite fuerte y rápido. Me muerdo el labio y escribo.

«Entendido».

«Perfecto. Ahora dime, ¿qué llevas puesto?»

Es básico, directo y no se anda por las ramas. Así que contesto en el mismo tono.

«Un pijama gris. Hace frío en Ohio».

«¿Y tus bragas?»

«No llevo ropa interior».

Su respuesta tarda menos de diez segundos.

«¿Estás sola en tu cuarto?»

«Sí».

«Cierra la puerta con pestillo. No quiero interrupciones y quiero que respires hondo. Vas a arder».

Lo hago sin pensar ni plantearme nada más que seguir su orden. El clic del cerrojo suena más fuerte de lo que debería, pero no me importa.

«Acuéstate boca arriba y apaga la luz, si es que la tienes encendida».

«Deja solo la lámpara de noche».

«Y dime una cosa».

Hago todo lo que me pide y le pregunto. Con algo de duda.

«¿Qué?»

«¿Te has tocado pensando en mí?»

Trago saliva. La verdad me quema en la garganta.

«Nunca me he tocado».

No contesta. Tarda unos segundos que me parecen eternos hasta que finalmente aparece el siguiente mensaje:

«¿No has tenido ganas? ¿Acaso no te gustó lo del otro día?».

«No es eso. Claro que me gustó, es solo que yo no… Nunca lo he hecho. En absoluto. No sé por qué».

«Joder. ¿Las chicas buenas de Ohio no se masturban?»

«No soy una buena chica. No digas más eso».

Pasan segundos. Puedo imaginármelo, apretando la mandíbula, pensando en qué decirme. Lo imagino tocándose, como lo hizo nuestra primera vez, mientras se ponía el condón.

«No me digas lo que puedo o no puedo decir. Vas a ser una buena chica para mí. Vas a hacer exactamente lo que yo te diga».

«Y vas a obedecer sin rechistar».

«¿Entendido?»

Yo solo escribo:

«Sí».

«Quiero que pongas el teléfono sobre la almohada».

«Voy a llamarte».

«No digas una palabra hasta que yo te lo pida».

Y entonces suena. El corazón me late en las sienes y sobre todo entre las piernas. Tiemblo un poco al deslizar el dedo y contestar.

—¿Sarah? —Su voz es más grave de lo que recordaba. Una caricia que me araña y me raspa. Una pregunta envuelta en deseo —. Quítate la parte de arriba. Ahora.

Me muerdo el labio y lo hago. El aire frío me roza los pezones, ya duros.

—¿Estás temblando?

—Sí…

—Bien. Así te quiero. Tócate.

—Dylan, te he dicho que nunca lo he hecho.

—Ya lo sé. Lo vas a hacer ahora. Porque te lo estoy pidiendo yo. Y porque lo necesitas.

Mi mano duda. Él lo nota incluso a través del teléfono.

—¿Estás respirando hondo?

—Sí.

—Muy bien, porque vas a arder.

Trago saliva. Los dedos bajan. La voz de Dylan se clava en mi oído, grave, segura e hipnótica.

—Desliza un dedo por tus labios. Solo eso. Lento, recogiendo tu humedad.

Obedezco.

—¿Te gusta?

Asiento con solo un murmullo.

—Dímelo. En voz alta.

—Me gusta…

—Vas a hacer exactamente lo que te diga. Ni más, ni menos. Quiero que aprendas a darte tu propio placer. Quiero enseñarte lo que es el deseo cuando alguien sabe encenderlo. ¿Estás lista?

—Sí…

—¿Estás mojada?

—Sí.

—Dime cuánto.

—Mucho…

—Perfecto, porque eso también me pertenece.

Cierro los ojos. El dedo resbala con facilidad y tengo que apretar los labios para no jadear al teléfono. Él solo murmura al otro lado.

—Ahora imagina que soy yo. Que es mi boca la que está ahí. Que te estoy sujetando las muñecas contra el colchón por encima de la cabeza. Que no puedes moverte. Que no puedes ni quieres pedirme que pare porque estás deseando que siga.

Un gemido se me escapa, hondo y fuerte. Sale directamente del centro de mi cuerpo sin que pueda contenerlo.

—No pares, Dylan. Por favor…

—No estoy tocándote aún. Eso será en otra ocasión. Ahora tú vas a aprender a obedecer. Añade otro dedo. Quiero dos.

Sigo sus órdenes y empiezo a frotar mi clítoris con dos dedos. Me cuesta respirar. Cada palabra suya me excita más que la anterior, más que cualquier roce.

—Aprieta los muslos. Y dime cómo te sientes.

—Estoy… necesito más, estoy… joder, necesito que me toques tú.

—Eso es. Estás empezando a arder. Pero no quiero llamas aún. Solo calor. Solo esa ansiedad en la piel que no puedes quitarte de encima.

Los gemidos salen cada vez más fuertes de mi boca. No puedo evitarlos.

—Dime que me necesitas, Sarah.

—Te necesito…

—No. Dímelo bien.

—Te necesito, Dylan. Necesito que me toques, que me enseñes. Que me folles con tus dedos. Todo.

Silencio. Su respiración se vuelve más marcada y sé que está imaginándome. Sé que lo está haciendo. Que me tiene visualizada, vulnerable, abierta, obediente. Y él está excitado. Se lo noto también.

—Vas a dejar la mano donde está y vas a quedarte así. Quieta. Mojada y preparada para mí. Cuando te vea, voy a hacer que no recuerdes cómo era el mundo antes de conocerme.

Su voz baja, lenta, me envuelve. Me tiene atrapada.

—Ahora… chúpate los dedos. Uno por uno. Quiero que te pruebes.

Trago saliva.

—¿Qué…?

—Ya me has oído. Métetelos en la boca. Quiero que sepas cómo es tu sabor. A partir de ahora quiero que lo reconozcas y te acostumbres a ello. Es lo que vas a dejar en mi lengua cuando te lo coma.

Cierro los ojos, temblando. Llevo los dedos a los labios, despacio, como si estuviera haciendo algo prohibido. Los introduzco y saboreo mi humedad, pegada a mi piel. Dulce. Salada. Cálida.

—¿Y? —susurra él.

—Sabe… sabe a mí.

—Dímelo mejor.

—Estoy dulce. Y caliente. Como si ya me estuvieras tocando tú.

—Exacto. Quiero que te lo grabes. Porque la próxima vez voy a obligarte a lamerlo de mi boca cuando termine contigo.

El gemido que me arranca me sacude entera. Siento el orgasmo ahí, contenido, luchando por salir.

—Dylan… joder.

—No te corras —me ordena—. Aún no.

Gimo más fuerte.

—Quiero que aprendas algo esta noche —continúa, con su voz más ronca, más lenta y rasgada—. Tú crees que no sabes nada de placer, pero lo llevas escrito en la piel. Solo te falta alguien que lo lea bien.

Me muerdo la lengua. Me arde el cuerpo entero.

—Cuando vuelva a verte, voy a comerte hasta que me supliques que no pare. Y ni siquiera entonces voy a hacerlo. Lo has entendido, ¿verdad?

—Sí.

—Dímelo.

—Sí, Dylan. Lo he entendido.

—Bien. Y ahora… respira hondo.

—¿Por qué?

—Porque vas a arder.

Capítulo 15

Dylan

La moto ruge debajo de mí mientras cruzo el último tramo de carretera que lleva a la vieja casa de mi madre. El aire de noviembre se cuela bajo la cazadora, helándome los nudillos, pero no me importa. El frío me mantiene despierto. Me recuerda que sigo aquí.

Llevo una bolsa térmica sujeta al asiento trasero. La jodida salsa que Erin me exigió que trajera, como si no fuera suficiente con simplemente aparecer.

Estoy casi un año sin ver a mi sobrina. Meses sin hablar más de dos frases seguidas con mi hermana. Vengo preparado porque sé que esto va a ser una fiesta.

Aparco en la entrada y me quito el casco.

Antes de entrar reviso mi teléfono y leo su último mensaje: «sigo ardiendo». Su voz resuena en mi cabeza. Su risa contenida, la manera en que jadeaba mi nombre anoche, al otro lado del teléfono. Sacudo la cabeza porque ahora no puedo permitirme esto. No con mi hermana esperándome al otro lado. Con mi sobrina Tania de apenas tres años… ¿o son ya cuatro?

La puerta se abre antes de que llame. Erin me recibe con los brazos cruzados y la misma mirada que tenía cuando Marion y ella tramaban algo juntas. Dios, se parecen hasta en eso.

—Has llegado tarde —dice sin saludar—. ¿La traes?

Levanto la bolsa con la salsa. Ella me la arrebata y se da la vuelta.

—Un «hola» habría estado bien —gruño, entrando tras ella.

Mi madre es bastante más amable y me saluda con un abrazo que dura un segundo más de lo necesario. Sabe que estoy roto, pero no dice nada. Siempre ha sido así. Harold me da una palmada en el hombro. Cordial como siempre. Correcto, en su línea de cuñado tolerable. No tenemos mucho *feeling*, pero tampoco peleamos ni discutimos, así que es de agradecer.

Y luego aparece Tania. Más alta de lo que recordaba. El pelo oscuro como el de su madre, pero los ojos… los ojos me recuerdan a los de Marion. Siempre me ha parecido increíble que mi sobrina haya podido heredar la mirada de ella cuando no comparten un solo gen. La niña corre hacia mí con una sonrisa que me atraviesa como un cuchillo y me desarma completamente.

—¡Tío Dylan!

La levanto en brazos. Se agarra fuerte a mi cuello y me habla en esa media lengua que tienen los niños y que a veces solo su madre entiende.

—Te he echado de menos —dice.

Me duele el pecho. No por la niña, sino por lo que he estado evitando.

Después, la cena es tranquila y pausada. Las conversaciones giran en torno al trabajo de Harold, los últimos cotilleos en el vecindario y mis salidas apagando fuegos. Y Erin… Erin me observa en silencio como si pudiera leer todo lo que no digo. Cuando terminamos, Harold se lleva a la niña al sofá intentando que le deje ver el partido. Mi hermana y yo recogemos la mesa y allí estalla.

—¿Sabes qué? Me da igual si te molesta, pero tengo que decirlo. Estás desaparecido. Ni llamadas, ni mensajes… —mira a su hija desde la puerta y baja la voz—, ni un puto regalo de cumpleaños para tu ahijada.

La dejo hablar sin discutir ni oponer resistencia. Porque tiene razón.

—Marion te querría vivo, Dylan. No esta sombra. No este puto fantasma que se arrastra por la vida sin mirar a nadie. —Mi madre entra en la cocina e intenta hacerla callar pero le hago un gesto con la mano para que la deje terminar. Que se desahogue—. La conocía mejor que tú, ¿sabes? Si te viera así, se revolvería en su tumba.

Sus palabras me atraviesan más de lo que quiero admitir. No le respondo porque no puedo.

La cocina huele a café recién hecho, a las sobras del pavo y la salsa que he traído. La casa entera parece respirar tranquila ahora que Tania juega con mamá y su nuevo rompecabezas en el salón y deja a Harold viendo el partido tranquilo.

Erin y yo nos quedamos solos. Ella se apoya en la encimera con su taza en la mano y el gesto serio. Me observa en silencio con esa mirada suya que escuece más que cualquier sermón.

—¿Te acuerdas cuando te la presenté? —me pregunta.

Como si pudiera olvidarlo. Como si esa no fuera una de las razones por las que también me he alejado de mi hermana. Como lo hice de nuestros amigos en común.

—Fue en mi cumpleaños, en Brooklyn —continúa sin esperar que conteste—. Tú llegaste tarde y ella no paraba de preguntarme si eras tan idiota como decían.

—Y le dijiste que sí —le contesto con una sonrisa triste.

—Claro que sí. Pero también le dije que eras el tipo de idiota que se parte la espalda por los demás sin decir una palabra. Y ella quiso conocer ese lado tuyo. Lo buscó, lo encontró y se enamoró de ti.

Nos quedamos en silencio. Los recuerdos pueden ser dolorosos incluso cuando son tan bonitos como esa época. Apenas teníamos veinticuatro años y nos enamoramos tan deprisa que nadie podía creerlo.

—Lo encontramos, nos enamoramos —agrego yo en un susurro —. Y luego lo perdimos todo.

No sé si está llorando pero yo estoy a punto de hacerlo. No puedo mirarla directamente.

—Pero la vida sigue, Dylan. —No parece un reproche, casi es más una especie de ruego—. Y nosotros seguimos aquí. Yo sigo aquí y Tania también.

—No tienes ni idea de lo que es cargar con la culpa —digo al fin con la voz ronca.

—¿Crees que no? ¿Que no he tenido pesadillas con ese incendio? ¿Que no me culpo yo también por haberos propuesto que os mudarais allí? ¿Que no me despierto a veces esperando un mensaje de ella? Era mi mejor amiga, Dylan. Más que eso. Pero tú eres mi hermano y ambos sois mis dos heridas abiertas.

Baja la vista. La taza tiembla un poco en sus manos.

—No estoy pidiéndote que la olvides —añade ante mi silencio —. Solo que no la uses como excusa para desaparecer. Ella querría que estuvieras aquí. Con nosotras. Con mamá. Con Tania. Coño, con alguien.

No sé qué responder. No hay nada que decir que pueda tapar todo el silencio de estos últimos años.

Cuando volvemos al salón, mi madre y Harold nos miran con temor. Mi hermana tiene los ojos llorosos y yo estoy más serio que antes, si es que eso es posible.

Tania, con su inocencia, reclama nuestra atención y jugamos con ella hasta que cae rendida en brazos de su padre. Entonces yo aprovecho para marcharme.

Abrazo a mi madre con la promesa de visitarla más a menudo; luego mi hermana me acompaña hasta la puerta.

—Siento haber desaparecido, Erin. Sé que esta disculpa viene tarde pero lo estoy intentando —le miento. No hago nada para intentar arreglarme—. Estaré más presente en la vida de Tania… y en la tuya.

—Más te vale. Si no puedes venir a vernos, al menos podrías llamar más a menudo —me dice Erin mientras me entrega una bolsa con *tuppers* llenos de sobras—. Hazle caso a tu hermana mayor.

—Por cinco escasos minutos —respondo, alzando una ceja.

—Cinco minutos que marcaron la diferencia. Yo salí lista para el mundo. Tú… bueno, tú necesitaste más tiempo. Y creo que todavía lo necesitas.

—No. Yo estaba esperando que el mundo fuera menos imbécil.

Ella se ríe, pero no del todo.

—Típico. Siempre tan encantador.

—Y tú siempre tan mandona.

—Por eso soy la mayor.

—Por eso estás insoportable desde que nacimos —le saco la lengua y Erin rueda los ojos, pero sus labios se curvan apenas. Como si por un segundo, solo uno, fuésemos otra vez los de antes.

El casco me aprieta las sienes y el aire helado me corta los nudillos, pero no me importa. Prefiero el frío en estos momentos. La cena, los recuerdos, la puta foto de Marion que sigue en el pasillo. Todo es demasiado y he tenido suficiente.

La carretera está vacía, casi como me siento yo. Vacío y solo. Quiero distraerme, pensar en otra cosa. En otra piel. En otra voz.

Brooklyn está muerto a estas horas. Ni un coche, ni una voz, ni una puta alma por la calle. Solo basura acumulada en las esquinas,

bolsas que se mueven con el viento y ese olor persistente a pavo, dulzón y rancio.

Paro la moto frente a mi edificio y apago el motor. El silencio es espeso. Y, aun así, dentro de mí todo grita su nombre.

Abro el chat con Sarah. Veo la última vez que estuvo en línea: las 22.38, hace quince minutos. Sé que estará de sobremesa con su familia. Dudo solo unos segundos antes de escribirle.

«¿Dónde estás?»

Espero pacientemente una respuesta que no llega. Pasan dos, tres y cuatro minutos y por fin mi móvil vibra.

«Acompañada. Sujetador blanco de encaje. Tanga a juego. Llevo un vestido blanco. Largo».

«Buena respuesta. Veo que recuerdas mis indicaciones de anoche».

«Recuerdo hasta la última palabra».

Pensar en ella con esa ropa interior me enciende. Al mismo tiempo me molesta y no entiendo por qué.

«Dime ¿Para quién te has vestido así? ¿Es que has quedado con alguien?»

Su respuesta ahora tarda demasiado en llegar. Empiezo a desesperarme mientras subo hasta mi apartamento.

«¿Sarah? Dime para quién te has vestido así».

«No he quedado con nadie».

Veo parpadear los puntos en la pantalla. Está escribiendo. Espero.

«Me he vestido así para ti».

«Por si me llamabas. Quería estar sexy para ti».

De repente se me seca la boca. Me pongo duro al instante y me acomodo en el sofá, desabrochando mi pantalón. Me la saco de los bóxer y empiezo a masturbarme.

«Joder, Sarah. Tendrías que ver lo dura que me la acabas de poner».

«Yo estoy mojada desde que he leído tu mensaje»

«Entonces quédate sola».

«No puedo, Dylan. Estoy con mi familia, y mis primas…»

«Sarah, no hables».

«Ya te dije que no me interesaba tu vida».

«Ni quiero saber con quién coño estás. Si tus primas no se van a unir a la fiesta, no me las nombres».

«Vete a algún sitio. Quiero que te toques conmigo».

Sé que ha leído el mensaje, pero ahora tarda más de la cuenta en contestar y me molesta. Otra vez. Seis minutos y sigue en silencio. Casi he desistido y vuelvo a abrocharme el pantalón. Podría haberme hecho una paja, pero la estaba esperando. Quiero que sea como anoche. Quiero correrme escuchando su voz.

«Sarah, no me gusta esperar».

«Un momento».

Tres minutos más y suelto el móvil a mi lado, enfadado.

«Ahora. Estoy sola».

Le doy al botón de llamada y esta vez contesta enseguida.

—Lo siento —me dice. Su voz es suave y, al escucharla, mi polla vuelve a ponerse en acción.

—Me has hecho esperar. Quizás cuando nos veamos te haga lo mismo yo. ¿Te gustaría?

—Sí me hubieras hablado en todo el día —me responde— podría haberme preparado una excusa. He tenido que inventarme una urgencia.

—Me da igual. La próxima vez voy a hacerte suplicar que te deje que te corras.

—Ya lo hiciste, ¿recuerdas?

—Perfectamente. Pero esta vez lo pienso alargar mucho más. Dime, ¿dónde estás ahora?

—Estoy en el baño.

—¿Te has enfriado?

—No. Estoy ardiendo y sigo mojada.

—Pues a mí vas a tener que darme algo. La espera me lo ha bajado todo.

—¿Qué quieres?

—Quiero que me digas cómo es ese vestido blanco y el tanga de encaje.

—El vestido no es demasiado atrevido. Es sencillo pero elegante, y el tanga es un tanga. Muy poca tela y casi no deja nada a la imaginación.

—Y ¿ahora además mojado?

—Empapado.

—Voy a decirte lo que tienes que hacer exactamente. Voy a poner la llamada en vídeo.

Cuando la veo, se me hace la boca agua. El vestido no es atrevido, pero le sienta de maravilla. Se ajusta perfectamente a su cuerpo y ahora no tengo que imaginármelo, ya la he visto desnuda. Recuerdo perfectamente sus pechos, su cintura, sus piernas.

—Apoya el móvil y súbete el vestido. Quiero ver cómo metes tu mano en el tanga.

Sarah hace lo que le pido. Sin preguntarse nada, sin dudar. Me pone cardíaco ver cómo levanta su vestido hasta la cintura. Cómo el tanga apenas tapa nada de carne y cómo lo baja para tocarse.

Es tan sexy que me vuelve loco no poder estar allí con ella. Tocándola yo mismo.

—Quiero que pienses en mi boca. Que te imagines que es mi lengua la que te está tocando. Es lo primero que pienso hacer en cuanto vuelvas.

—Vuelvo el domingo —dice entre gemidos—. ¿Podremos vernos?

—El domingo. Vas a arder.

Capítulo 16

Sarah

Me lavo las manos de forma compulsiva. Como si el agua pudiera borrar mi sentido de culpabilidad. El agua fría me ha bajado las pulsaciones, pero no ha borrado su voz de mi cabeza.

Respira hondo.

Vas a arder.

Y ardo. Aún ardo. Mientras me miro al espejo e intento recomponerme, con las mejillas sonrojadas y la lujuria todavía en los ojos, siento que no soy la misma que se levantó de esa mesa hace quince minutos. Algo en mí ha cambiado para siempre. O se ha liberado. Y no sé si me asusta o me excita más.

Me mojo las muñecas y respiro hondo, aunque esta vez no sea para arder. Me obligo a salir del baño como si nada, como si no me acabara de correr otra vez a solas, con su voz en la cabeza y su imagen aún encendida en la pantalla.

Vuelvo al comedor fingiendo normalidad. Nadie dice nada, pero siento las miradas. Una de mis primas levanta una ceja y sonríe con complicidad. Mi madre me pregunta si estoy bien y yo le contesto algo sobre un dolor de estómago, quizás el síndrome premenstrual.

Me siento y la conversación familiar sigue como si el mundo no acabara de cambiar para mí. ¿Ha cambiado en realidad? ¿O solo estaba esperando a alguien como él? Alguien que puede verme realmente. Que me mira y, sin apenas tocarme, sabe exactamente qué botón pulsar.

Es como si siempre hubiera estado dormida, flotando en una especie de letargo, sin darme cuenta. No estaba vacía ni triste,

solo… incompleta.

Lo siento como si mi cuerpo hubiera estado en stand by, esperando a que alguien llegara y lo encendiera. Y ese alguien ha sido él.

Porque Dylan no me acaricia. Despierta algo en mí. No solo me mira. Sus ojos me desarman con una intensidad que no he experimentado nunca.

Y ni siquiera se esfuerza por hacerlo.

Tal vez eso es lo peor. Que ni siquiera sabe el poder que tiene sobre mí.

O sí lo sabe y le da igual.

La mesa ahora está llena de bebidas. Mi prima Lori, que trabaja en un bar de moda en Youngstown, se ha encargado de elaborar unos *cocktails* con los que está experimentando. Creo que se ha pasado con el vodka porque todos ríen, brindan, hablan del partido, del frío, del tráfico y de cualquier cosa con una sonrisa cada vez más amplia. Y yo solo pienso en él. En cómo me miraría si estuviera aquí, sentado a esta mesa.

Reviso de manera compulsiva mi móvil, que he ocultado bajo la servilleta. No hay mensajes nuevos. Solo los suyos de antes. Pero yo los releo como si fueran un conjuro.

Como si pudieran mantenerlo cerca.

Me despierto antes que nadie. El café todavía no ha empezado ni a salir de la cafetera en la cocina de mis padres, pero el silencio de la casa pesa como una manta demasiado gruesa.

Mi primer pensamiento es para él: Dylan. Y no sé cómo sentirme al respecto.

La noche anterior me costó dormirme. No porque estuviera incómoda o inquieta… sino porque el cuerpo me seguía temblando.

Seguía ardiendo, justo como me deja siempre. Como estoy empezando a entender que le gusta dejarme: satisfecha pero deseando más. Queriendo repetir.

Anoche reviví cada palabra que me susurró. Cada orden que dijo con ese tono grave, dominante y húmedo de deseo. La forma en que me hizo llegar al límite sin tocarme. Sin ni siquiera estar en la misma habitación, ni en la misma ciudad.

No sé cómo lo hace. Cómo se mete tan dentro de mí.

Y lo peor… es que no sé si eso le importa, pero yo estoy deseando que lo vuelva a hacer.

Agarro el móvil antes incluso de estirarme y desbloqueo la pantalla con el impulso de alguien que espera algo. Un mensaje. Una nota de voz. Algo que me haga sentir que esto tiene una continuidad, una razón de ser y algún tipo de expectativa. Pero no hay nada.

Le propuse vernos el domingo y él estuvo de acuerdo, pero nuestra conversación se quedó donde la dejé. Congelada.

La última palabra fue suya.

«Vas a arder».

Me levanto y antes de meterme en la ducha, le escribo.

«Buenos días, apenas he podido dormir. Sigo ardiendo».

El agua recorre mi cuerpo y no apaga el fuego que ha encendido en mí. Empiezo a tocarme recordando sus palabras, su cara mirándome a través de la pantalla. Me apoyo con una mano contra el azulejo frío y mojado. Con la otra bajo hasta acariciar mi clítoris. No lo había hecho nunca y ahora descubro que no puedo evitar hacerlo cada vez que pienso en él. Pero me detengo de pronto. Es como si ahora que me ha enseñado, no pueda tocarme sin su permiso, sin sus órdenes.

—Maldita sea —pienso en voz alta.

Ha visto el mensaje hace media hora, pero no hay ninguna respuesta. Me ha dicho varias veces que no quiere saber nada de mi vida. Que no busca una relación. Que lo suyo es solo deseo, no interés.

Más claro no ha podido ser pero, sin embargo, se quedó escuchándome gemir su nombre como si lo necesitara. Como si algo en mí le tocara más de lo que quiere admitir.

¿Y si está probándome?

¿Y si este silencio es parte de su forma de mantener el control?

A media mañana ya no aguanto más. Me siento en el sofá con una taza de té que no quiero, con mi madre y mi padre interrogándome con la mirada. Intentando sacarme información. Porque saben que algo oculto.

Vuelvo a escribirle, pero esta vez sin esperar una respuesta.

«Si quieres algo, búscame el domingo. Ya sabes dónde estaré».

Sé que no debería afectarme su indiferencia, pero lo hace y me siento estúpida.

Sobre todo porque fue claro desde el principio.

Pero entonces recuerdo cómo sonaba su respiración cuando se corría. Y cómo me sentí después. Fue como si estuviéramos conectados. Como si algo hubiera despertado en mí. Más que la vez anterior.

Algo cambió en mí anoche y no sé si fue él o la manera en la que me hizo tocarme.

Quizás fue la sensación de que por fin alguien me veía de verdad. Tal como soy. No como alguien dulce, obediente y buena para presentar a los padres. No como la buena chica de Ohio que siempre me dice que parezco.

Me repito que no voy a volver a escribirle, pero sé que me estoy mintiendo a mí misma y me siento completamente estúpida

revisando el puto teléfono cada quince minutos.

A las seis de la tarde, el móvil vibra y mis manos tiemblan como si fuera una adolescente. Mi cara cambia de inmediato pensando en que por fin me ha contestado.

La decepción en mis ojos cuando miro la pantalla del móvil tiene que notarse a distancia porque hasta mi padre se da cuenta en el acto.

Es Julian y quiere verme.

Cuando tocan al timbre de la puerta dos horas después, mi estómago se revuelve. Bajo las escaleras lentamente, como si alargar el momento fuera hacerlo más fácil. Mi madre ya me ha preguntado dos veces si todo va bien y, aunque le he dicho que sí, ella sabe que es mentira.

Está apoyado contra su coche, como si nunca me hubiera ido y todo siguiera igual entre nosotros. Lleva el mismo abrigo gris, mismas zapatillas y la misma forma de frotarse las manos cuando está nervioso. Tiene los ojos clavados en la puerta antes de que yo siquiera la abra. Me ve, sonríe y esa sonrisa es la misma que durante años me hizo sentir segura.

Ahora solo me duele.

—¿Damos un paseo? —me pregunta, metiendo las manos en los bolsillos—. Lo único que quiero es hablar, Sarah.

Asiento sin decir nada y caminamos en silencio unas cuantas manzanas, respirando el aire helado de Ohio. Hace frío y se nota que es casi invierno, pero no es eso lo que me crispa la piel. Es su cercanía. Su presencia. Tan diferente a como me estremezco con Dylan…

El frío es el mismo. Lo noto en la piel, en los nudillos resecos, en la punta de la nariz cuando el viento me muerde la cara. Sé que no hay diferencia real entre noviembre en Ohio y noviembre en Nueva York. Pero aquí… aquí todo duele más.

En Youngstown el frío no es solo una temperatura: es un peso, una ausencia. No hay luces que distraigan, ni sirenas lejanas, ni gente que se cruce contigo sin mirar. Solo calles grises, los ecos de lo que fui y el eco aún más molesto de lo que otros quisieron que fuera.

Aquí está Julian, el vivo ejemplo de lo que podría convertirse mi vida si no me hubiera marchado.

Aquí estuve yo, durante años, congelada por dentro sin saberlo.

En Nueva York también hace frío, claro. Pero allí el invierno tiene otra textura. Allí, aunque el aire te cale los huesos, hay una chispa encendida en alguna parte. Una promesa subterránea que empieza a tomar forma cada vez que Dylan me mira como si supiera cosas de mí que ni yo misma me atrevo a pensar.

Julian fue la rutina, previsión y esa seguridad cómoda que nunca llega a calentar del todo. Dylan, en cambio, es el incendio inesperado. La quemadura que uno se queda mirando incluso mientras duele. Porque Dylan duele.

Cuando el silencio comienza a tornarse incómodo, Julian lo rompe.

—¿Cómo estás? —me pregunta— ¿Qué tal Nueva York? ¿Es tan impresionante como todos dicen?

—Estoy bien. Acostumbrándome a la ciudad, al trabajo en el hospital. Ya sabes…

—No lo sé, Sarah —dice con amargura—. No contestas a mis mensajes.

Agacho la cabeza porque tiene razón, y quizás estoy siendo un poco injusta con él.

—Al menos no me has bloqueado —vuelve a decirme—. Solo me ignoras.

—No te he bloqueado porque no soy una cría —respondo, sin mirarlo—. Y tampoco quiero hacerlo. Que ya no estemos juntos no quiere decir que no signifiques mucho para mí.

Seguimos caminando, procesando esta nueva dinámica en una relación que para mí está muerta. Para él, no tanto.

—Llevo meses pensando en ti. No solo desde que te fuiste, desde antes. Sabía que te estabas alejando. Que algo en ti se estaba apagando… y no supe cómo encenderlo de nuevo.

Me detengo. Lo miro y por un segundo siento ternura. No por él, sino por quien fui con él.

—Porque no era tuyo para encender. Ya no. Lo siento.

Julian baja la cabeza, aprieta la mandíbula.

—¿Hay otro?

—No es eso —respondo, demasiado rápido.

Él me mira. Sus ojos se clavan en los míos como si intentara arrancar la verdad a la fuerza.

—Pero hay alguien —insiste—. ¿Verdad?

Trago saliva. No pienso hablar de Dylan. Ni ahora, ni mucho menos con él. Porque no es su derecho y porque en el fondo hasta yo misma sé que no hay nada real que contar. Al menos como él lo entiende y cómo se imagina.

—Estoy empezando algo pero es conmigo misma. Con mi vida. No tengo respuestas, Julian. Solo sé que no puedo volver atrás. No soy la de antes.

Él asiente. Pero en su expresión hay algo que no se rinde.

—No voy a renunciar a ti tan fácil, Sarah. No después de diez años.

Me suena a promesa y a declaración de intenciones. Caminamos de regreso sin tocar el tema otra vez y cuando llegamos

frente a casa, se queda ahí, mirándome, como si esperara algo. Está esperando lo de siempre. Lo que tuvimos desde que empezamos lo nuestro. Pero yo ya no puedo dárselo.

—Adiós, Julian.

—Hasta pronto —responde, y por cómo lo dice, sé que no va a rendirse.

Entro en casa sin volver la vista atrás y subo las escaleras con el corazón agitado. No por Julian. Por el silencio que persiste en mi teléfono. Por ese mensaje que mandé esta mañana, el siguiente a mediodía. Por la nada que he recibido a cambio.

Y por ese nombre que no puedo dejar de repetir en mi cabeza.

Capítulo 17

Dylan

No he dejado de pensar en ella y eso me jode más de lo que debería.

Han pasado tres días desde el último mensaje. Tres días sin verla, sin tocarla, sin escuchar su voz temblar en mi oído mientras se corría con mis palabras. Desde el maldito día de Acción de Gracias he intentado convencerme de que fue solo sexo. Como el día anterior. Que todo esto es eso y nada más. Una descarga, una necesidad, solo dos cuerpos dándose placer sin expectativas, sin proyectos de futuro ni de vida.

Y sin embargo...

Sigo sentado en el sofá con la chaqueta puesta, las llaves de la moto en la mano, esperando. Porque hoy es domingo, el día que me dijo que volvía a Nueva York y aquí estoy … esperando a que vuelva como un puto crío contando las horas para tocarla.

Este fin de semana he sido un espectro en mi propia casa. Salí el viernes por la mañana y fui al cementerio. No hablé, no lloré. Solo estuve allí, de pie frente a la lápida de Marion, como tantas otras veces. Con las manos metidas en los bolsillos, heladas, y la boca cerrada como siempre, aunque esta vez se sentía distinto. Tenía los mensajes de Sarah quemando mi alma, derrumbando mis defensas.

Hacía tiempo que no iba al cementerio a verla y necesitaba volver para recordarme que no puedo ni me está permitido sentir. Al menos sentir algo que no sea remordimientos, culpa, dolor… Por eso he vuelto, porque lo que empiezo a notar me da miedo y no quiero admitirlo, y tampoco pienso dar ese paso. Ni por Sarah, ni por nadie.

Me ha mandado varios mensajes.

El primero haciendo alusión a lo que se ha convertido en una especie de código. Algo nuestro que da pie a dar rienda a todo ese deseo que acumulamos.

«Sigo ardiendo», me escribió.

Pero yo la ignoré.

«Si quieres algo, búscame el domingo. Ya sabes dónde estaré», volvió a escribirme.

Y la volví a ignorar.

No podía contestarle. Eso significaría reconocer que he pensado más en ella de lo que quiero admitir. Sería cruzar una línea de la que ya no podría volver. Si ella hubiera insistido habría tenido que decirle que no quiero volver a verla. Y no es eso lo que quiero.

Porque la deseo tanto que consume mi tiempo y mis pensamientos.

La quiero desnuda. Jadeando y temblando entre mis manos y en mi boca.

Son las seis de la tarde y no admitiré que he buscado en Internet cuándo llegaba su vuelo desde Ohio, pero lo he hecho, y sé que ya está en Nueva York.

No quiero parecer desesperado pero hace ya dos horas que su avión aterrizó y sigo en este puto sofá desde entonces. Dejando correr los minutos hasta que sea razonable ir a su casa. Podría haber ido a recogerla al aeropuerto, pero eso es lo que haría un novio, un amigo o un familiar. No soy ni tengo intención de ser ninguna de esas tres cosas. Solo quiero tenerla entre mis piernas, encima y debajo de mí.

«¿Cuántos?»

Es el mensaje que le he escrito hace media hora, y todavía no ha contestado. Puede que me esté ignorando o que me esté castigando por haberla ignorado yo estos tres días. Cuando estoy a

punto de quitarme la chaqueta, cansado de esperar y de mal humor, me vibra el móvil.

«¿Cuántos tienes?»

Tardo menos de quince minutos en cruzar el puente. La ciudad está tranquila, como si el fin de semana aún pesara en las calles. No hace tanto frío como el jueves, pero llevo las manos congeladas. No por el viento helado, sino por las ganas que me han hecho olvidar los guantes en la entrada de mi apartamento.

Cuando por fin subo al quinto piso de su edificio y me abre la puerta, hay una chispa en sus ojos. Como si supiera lo que viene. Como si ya estuviera ardiendo incluso antes de tocarla.

No le dejo decir nada, ni siquiera pensar.

La empujo despacio de las caderas hasta tenerla contra la pared mientras cierro la puerta detrás de mí con un pie. Sin esperar más me lanzo a sus labios, húmedos, suaves. Es un beso rápido, sin preámbulos y lleno de intención. Después de saciar ese primer impulso, me relajo y los saboreo despacio, haciéndola gemir en mi boca. Luego me traslado a su oído besando su mandíbula mientras deslizo mis dedos por su cintura.

—Has pensado en mí estos días, ¿verdad? —pregunto mientras le desabrocho los vaqueros con una sola mano.

Ella no responde y no hace falta.

La llevo hasta su cama sin soltarla, y cuando la tumbo y me arrodillo entre sus piernas, levanta la cabeza con las mejillas encendidas.

—Dylan…

No sé si es una súplica, un quejido o la duda la que le hace decir mi nombre de esa manera. Pero a mí me vuelve loco, mucho más a cada momento que pasa.

—Me pone a cien saber que voy a ser el primero en probarte.

Lentamente le bajo los pantalones, mientras ella me mira, con el deseo escrito en sus ojos. Temblando de anticipación.

Me acomodo entre sus piernas, acariciando sus muslos y puedo sentir cómo su cuerpo se estremece ante el roce de las yemas de mis dedos. Le muerdo el interior del muslo, suave, solo para oír cómo se le corta el aire y se eriza su piel.

—Voy a saborearte hasta que no puedas más —susurro besando la parte interior de sus muslos—. Hasta que me supliques que pare. Y, aun así, voy a seguir.

Ella no contesta y echa la cabeza hacia atrás con fuerza.

Se ha soltado el pelo. Tiene la camiseta remangada, los pezones duros bajo la tela y la noto temblar contra mi boca. Es algo entre el miedo y la excitación. Como si no supiera si huir o dejarse hacer.

Pero no se va, ni se mueve. Solo se abre más para mí.

Me hundo en ella con la lengua, y cuando gime mi nombre y me sujeta del pelo, me agarro a sus caderas para que no se escape.

La tengo tumbada para mí, desnuda, respirando como si acabara de cruzar una tormenta. La habitación huele a ella; a deseo, a su piel temblando por dentro y por fuera.

Me deslizo entre sus muslos con la boca húmeda de ganas y las manos firmes en sus caderas. Ella intenta incorporarse, pero le empujo con la palma abierta sobre el vientre.

—Quietecita —le ordeno con firmeza—. Vas a aprender a disfrutar esto sin hacer nada más que sentir.

Mi voz sale rasgada, grave, segura y áspera. Como una promesa rota, que es lo máximo que puedo ofrecer. Lo máximo que me permito a mí mismo darle.

Su aliento se agita. Me mira como si no entendiera del todo lo que va a pasar, pero lo necesita. Y yo también lo hago. Más de lo

que me gusta admitir.

Mis labios rozan su piel y su sabor y el calor suave que desprende me enloquece.

Ella jadea cuando le beso justo ahí, cuando mi lengua la recorre despacio, saboreando cada pliegue de su sexo. Anoto en mi memoria muscular cada reacción, cada gemido y cada vez que su cuerpo se arquea y sus dedos se clavan en las sábanas o en mi pelo.

—Dios… Dylan… —gime, como si le quemara el alma.

Levanto la vista. Sus mejillas están rojas, los ojos brillan. Y sonrío con la boca aún en el centro de su cuerpo.

—No sabes cuánto he deseado hacer esto. Más todavía desde que me dijiste que nadie te había probado antes. —Mi voz es un murmullo caliente entre sus piernas—. Que nunca nadie te haya hecho esto. Que sea yo el que va a enseñarte.

Su cuerpo tiembla. Su respiración es un incendio contenido. Y yo quiero verla arder.

—Pruébate con los dedos, Sarah. —Le cojo la mano, se la llevo a la boca—. Mételos. Prueba cómo sabe tu cuerpo cuando te deseo. Quiero que te saborees como lo hago yo. Que te reconozcas.

Ella obedece lentamente, temblando. Y ese gesto, esa rendición tan pura, me quema por dentro.

Vuelvo a ella. A su sabor. A sus gemidos que se quiebran como cristales y me llevan a la locura. Le sostengo las caderas con fuerza y me aferro a ella mientras se rompe. Y cuando se corre contra mi boca, gritando mi nombre como si se le escapara el alma, solo puedo pensar en una cosa: o no estoy tan roto como creía o ella está empezando a arreglarme.

Capítulo 18

Sarah

El hospital tiene ese zumbido constante de luces, máquinas, pasos y murmullos. Es lunes. Casi siempre los lunes tienen algo de tormenta contenida, incluso aunque el cielo esté despejado. Las urgencias están tranquilas. Por ahora.

Estoy revisando una ficha cuando Lydia se acerca al mostrador con una ceja arqueada y una sonrisa torcida.

—¿Qué tienes hoy, Kessler? —pregunta con su tono habitual de «sé algo que tú aún no sabes».

Levanto la vista, sin entender.

—¿Perdón? ¿A qué te refieres?

Ella hace un gesto leve con la cabeza señalando un punto en concreto. Miro hacia la puerta de entrada y ahí está.

Dylan Harris.

Su chaqueta amarilla del uniforme colgando de un brazo, el casco en una mano y la otra envuelta con una venda improvisada. Apoyado contra la pared tiene esa manera de ocupar espacio sin pedir permiso, con esa mezcla de desinterés y desidia, pero atrayendo todas las miradas hacia él.

Me recorre un escalofrío. No sé si por lo inesperado o porque siento que en cuanto nuestros ojos se cruzan, ya no hay marcha atrás.

Pero no me mira directamente… aunque sabe en todo momento dónde estoy. Mira al suelo, a la ficha que le extiende la enfermera, al fondo del pasillo. A cualquier parte menos a mí.

—Dice que se ha hecho un corte en la mano —murmura Lydia, revisando la ficha con desinterés—. Parece bastante superficial. No necesita puntos ni atención urgente. Pero ha venido igual. —Hace una pausa sutil— Es raro, ¿no? Sobre todo viniendo de un tío que se quita los puntos con un tenedor y cuenta sus rescates por cicatrices y quemaduras.

Me encojo de hombros, con una neutralidad tan falsa que casi me convenzo a mí misma.

—Quizá solo quería asegurarse de que no se infectara —digo intentando ocultar mi ansiedad por acercarme a él—. A lo mejor lo ha obligado su capitán.

—Claro —dice Lydia, pero sin sarcasmo—. Podría ser…

Ella se adelanta y lo llama por su nombre. Dylan levanta la mirada con esa calma de quien siempre parece tener el control.

—Hola Lydia, ¿está libre Sarah? —Su voz es baja, seca.

—Puedo atenderte yo —responde Lydia con una sonrisa.

Él duda apenas un segundo. Luego niega con la cabeza.

—Prefiero que me atienda ella… —le escucho decirle—, si no te importa.

No me lo esperaba. La frase me golpea como una confesión. No porque sea explícita, sino por todo lo que intenta no decir. Lydia me mira. Me observa durante una fracción de segundo que se me hace eterna y luego asiente sin más.

—Claro. Ella mirará ese corte, ¿verdad, Sarah?

No dice nada más. Sólo deja la pregunta en el aire y se aparta. No lanza indirectas, ni mira de reojo, ni hace chistes. Se aleja y cuando pasa por mi lado solo me suelta un «todo tuyo» en voz baja.

Camino hacia él con el corazón latiéndome entre las costillas tan fuerte que creo que las va a traspasar. Dylan se incorpora, pero no me sonríe. Ni siquiera me mira más de dos segundos y me sigue

sin decir nada. Como si no me hubiera dejado temblando y rogándole hace apenas tres días. Como si no me hubiera chupado hasta el alma en una cama, mi cama, que ahora siento vacía cuando no está.

Pasamos a uno de los boxes de la sala de curas con más lentitud de la necesaria. Me tomo mi tiempo porque necesito respirar.

Sólo hace tres malditos días desde que me hizo temblar con la lengua y su voz.

Desde que me susurró que era suya justo antes de hundirse entre mis piernas como si allí se sintiera en casa. Como si fuera su sitio y el de nadie más. Pero ahora estamos aquí, entre gasas y desinfectante, y tengo que fingir que no me acuerdo de cómo me hizo perder el control no solo una, sino tres veces esa noche.

Dylan se sienta en la camilla sin decir nada. Su camiseta está arrugada, el cabello algo húmedo. La herida es superficial, un corte en la mano que no requiere ni puntos ni urgencia tal cual ha dicho antes Lydia, pero aquí está. Con su cuerpo enorme ocupando el pequeño espacio, con su presencia llenando mucho más que eso.

—No parece grave —digo mientras me coloco los guantes.

—No lo es —responde, sin apartar los ojos de mí.

—¿Y entonces?

—Pasaba por aquí.

Cojo una gasa y limpio el corte con suavidad. Él no reacciona mientras cojo su mano entre las mías con delicadeza. Luego, con la que tiene libre me acaricia el muslo por encima de mi pantalón y mis manos tiemblan. Evidentemente no ha venido a que le cure una herida. Ha querido verme, ponerme nerviosa y hacerme temblar de nuevo.

Y lo peor, o mejor, es que no le hace falta mucho para conseguir su objetivo.

Me congelo cuando su mano se mueve lentamente hacia arriba, la tela del uniforme de enfermera es demasiado fina. Siento el calor de sus dedos quemándome.

Es un roce apenas pero cargado de intención, descarado, y no tiene nada de inocente. Me está tocando, aquí, en mi trabajo, en el box de urgencias. Con las puertas abiertas y con gente caminando al otro lado de la cortina.

Y no parece que tenga intención de detenerse.

Su mano sube. Centímetro a centímetro. Como si tuviera todo el tiempo del mundo. Como si mi cuerpo fuera suyo y él solo estuviera recordándomelo.

—¿Qué estás haciendo? —susurro, sin aliento.

Él alza la vista de manera indiferente, tranquilo y despreocupado. Con esa mirada de lobo que ya me ha arruinado antes.

—Nada que no quieras que haga —dice sin sonreír.

Se muerde el labio y luego lo humedece con su lengua, mientras… mete su mano bajo el blusón y sus dedos siguen subiendo, erizándome la piel de la espalda. Y yo debería apartarme. Debería decirle que pare. Pero no lo hago. Porque mi cuerpo está ardiendo, mi respiración es un desastre y hay una parte de mí que quiere ver hasta dónde se atreve.

Hasta dónde está dispuesto a llegar, o hasta dónde le dejo llegar yo.

—Aquí no —le digo.

Mi voz apenas sale en un susurro tembloroso, sin fuerza real y sin ninguna convicción. En estos momentos sería capaz de entregarme del todo a él. Sin importarme las consecuencias.

Él no responde. Solo se inclina apenas. Lo justo para hablar contra mi oído:

—Yo hago lo que quiero. Donde quiero. ¿Recuerdas?

Mi cuerpo responde antes que yo. El pulso se me acelera. La piel se me eriza de nuevo. Siento su mano subir un poco más y luego volver a bajar, tan lenta que es una completa tortura.

Quiero decirle que pare, pero mi cuerpo parece haber tomado la palabra y ganado el pulso que mantengo conmigo misma.

—¿Y siempre eres así? —le preguntó tragando saliva—. ¿O solo conmigo?

Mi pregunta lleva implícita otra que me corroe por dentro. «¿Eres así con todas?», «¿Hay alguien más en estos momentos?»

—¿Si hago lo que quiero? ¿O si lo hago con alguien más?

Parece haberme leído el pensamiento y eso todavía me da más miedo. Es mucho más íntimo que leer mi cuerpo.

—Sí —le contesto con apenas un susurro.

Su mano acaricia mi espalda. Sus dedos recorren mi columna vertebral dejando su huella por cada una de mis terminaciones nerviosas.

—Te dije que no me preguntaras sobre mi vida —me dice de nuevo al oído. Noto su aliento caliente, su lengua rozando mi cuello —, pero déjame contarte que mi turno terminó hace dos horas y he esperado al saber que trabajabas tú hoy para venir.

—¿Ah sí? —es lo único que acierto a decir tragando saliva.

Se me cierran los ojos de manera instintiva. El roce de sus dedos es suave y delicado. Su mano baja de nuevo y ese roce se vuelve más íntimo cuando uno de sus dedos se mete por el borde del pantalón.

—Me pone a cien saber que fui el primero en probarte —añade, más bajo, más cerca—. Y estoy deseando repetir.

Está jugando conmigo, al igual que lo hace con el borde de mis bragas, tanteando, provocándome.

—Dylan… no.

—¿No, qué? —Me habla al oído y sus labios rozan el lóbulo de mi oreja—. ¿No quieres repetir?

Sus dedos bajan un poco, tocando la piel de mi abdomen, trazando el camino hacia donde más lo necesito. Está cada vez más cerca y no le paro.

De pronto escucho un carraspeo a mi espalda y me bajo de la nube en la que no sé ni cómo he llegado.

—¿Todo bien por aquí? —Es Lydia quien pregunta detrás de la cortina y yo doy un salto hacia atrás, separándome bruscamente de él.

—Sí, ya he terminado —contesto nerviosa.

Dylan, en cambio, no se inmuta y se baja de la camilla con calma, poniéndose la chaqueta sin dejar de mirarme.

—Escríbeme cuando quieras repetir.

Se aleja y sale del box como si nada. Como si no me hubiera dejado temblando de nuevo.

Me dejo caer en el banco de la sala de descanso, todavía con las manos húmedas del gel hidroalcohólico y el pulso desacompasado. Lydia entra detrás de mí, con la coleta caída y ese brillo en los ojos que me dice que no va a dejar pasar lo que acaba de presenciar.

—¿Quieres un café? —pregunta, aunque ya lo está sirviendo. Me lo pasa sin darme tiempo a contestar. Tan solo asiento en silencio.

—Gracias —le digo cuando me da la taza.

Ella se apoya en la encimera con los brazos cruzados, su mirada fija en mí como si pudiera escanearme por dentro.

—Así que… ¿has caído con Dylan? A pesar de todas mis advertencias —empieza. Su tono no es burlón, pero sí directo. Lydia no suele andarse con rodeos.

—No es nada —respondo demasiado rápido. Me odio un poco por eso.

Ella arquea una ceja.

—Sarah. Soy tu compañera. Comparto turnos interminables contigo, he visto a pacientes morir en nuestras manos, he aguantado que me grites cuando estás estresada. No me mientas con eso de «no es nada». Con ese hombre, nada es demasiado. Espero que lo sepas.

Miro la taza entre mis dedos, intentando concentrarme en el líquido negro como si fuera lo más interesante del mundo, y evito mirar a mi amiga.

—Solo… nos estamos viendo. Solo han sido un par de veces.

—Ya. Solo un par de veces. —Su voz tiene ese matiz entre sarcasmo y preocupación—. No hace falta meterse mil veces en un incendio para acabar quemada, Sarah. Con una basta.

Trago saliva porque sé que tiene razón.

—Lo sé.

Lydia guarda silencio. Luego se acerca y se sienta frente a mí.

—¿Quieres que te diga lo que pienso?

—No. Pero lo vas a hacer igual.

Ella sonríe de lado.

—Mira, Dylan no es un mal tipo. Al menos no lo era, pero ya te avisé que está roto. Y sé que a veces una necesita algo que haga

temblar el suelo bajo los pies, pero no me gustaría verte ardiendo en medio del incendio de otro.

Levanto la vista y me quedo pensando. No me atrevo a preguntarle, pero mi curiosidad es cada vez mayor.

—¿Sabes algo de él? ¿De su pasado…?

Ella se queda quieta, como si decidiera cuánto contar.

—Claro que sí. Ese chico es… es como una institución aquí. Ha venido tantas veces a urgencias que un día de estos vamos a darle su propia taquilla.

Aunque Lydia intenta bromear, su expresión me dice que hay algo mucho más profundo en su discurso.

—Se expone demasiado, ¿no? —le pregunto queriendo saber más. Lo necesito—. ¿Crees que es demasiado temerario?

—No lo creo. Lo es.

Su sentencia es categórica y no deja ningún lugar a la duda. Yo me callo, asimilando sus palabras. Ella continúa.

—Antes no era así. Estaba prometido pero… su novia murió en un incendio y él ya no volvió a ser el mismo desde entonces.

—¿En un incendio?

Lydia asiente y a mí se me rompe algo dentro. No puedo imaginar lo que significa un hecho así para alguien como Dylan.

—¿Tenía novia y murió en un incendio? ¿Prometido?

Lo repito porque esta confesión me pilla del todo descolocada. No sé como asimilar esa información. Mucho menos lo que va a significar a partir de ahora.

—Sí. Dicen que eran uña y carne. Que él se hundió después. Y sinceramente… —añade—, creo que todavía lo está.

—Vaya, eso es… trágico.

—Solo lleva cuidado, ¿vale? No creo que quiera hacerle daño a nadie a propósito, pero lo hace.

El silencio cae entre nosotras.

No sé si la revelación de este pasado de Dylan me sorprende. La preocupación de Lydia me pone alerta pero creo que viene demasiado tarde.

«Escríbeme cuando quieras repetir», me ha dicho.

Antes de que pueda siquiera pensarlo, le estoy escribiendo.

Capítulo 19

Dylan

El despacho de Helena siempre huele igual. A madera limpia, a papel viejo y a ese incienso suave que ella jura no usar, aunque yo sé que miente.

El sofá de cuero cruje cuando me dejo caer con el peso del día. No me acomodo, nunca lo hago. Me quedo justo al borde, con los codos apoyados en las rodillas y las manos entrelazadas, como si estuviera preparado para salir corriendo en cualquier momento. No sería la primera vez que lo hiciera. Salir huyendo de esta consulta cuando ella me pone al límite. Cuando hace ese tipo de preguntas.

Siempre es un misterio saber qué teclas quiere apretar. A veces me juro a mí mismo no volver a esta consulta, pero luego pienso que es la única persona con la que hablo de ella, de Marion. Y creo que todavía no estoy preparado para abandonarla. No volver aquí sería como despedirme para siempre de ese pasado que se hizo cenizas hace tres años.

Helena me lanza su sonrisa habitual desde su sillón. No es amplia, ni cálida. Es comedida y profesional. Como todo en ella.

Abre su libreta, cruza las piernas con elegancia y empieza por donde siempre.

—¿Has dormido algo mejor esta semana?

Asiento con un leve encogimiento de hombros.

—No me despierto tantas veces, así que podríamos decir que sí.

Ella hace un garabato en su bloc, a veces me pregunto qué es lo que escribe.

—¿Y las pesadillas?

—Siguen. Algunas noches no. Pero cuando vienen… —me froto la nuca, como si eso pudiera borrarlas—. Aunque no es todas las noches. Puede que menos, no sé.

No me había parado a pensarlo, pero hace más de una semana que no tengo pesadillas.

—¿Sigues yendo al cementerio?

Me tenso apenas un segundo.

—Menos. Esta semana solo he ido una vez.

Helena no dice nada pero sigue anotando en su bloc. Deja que el silencio se asiente, como una manta fina y áspera entre los dos. Me he acostumbrado a eso. A sus pausas medidas. A su capacidad para esperar a que el vacío me obligue a llenar el espacio.

En la mesa baja, como siempre, hay un cuenco de cristal. Son bombones envueltos en papel rojo metalizado. Nunca los toco ni he cogido ninguno.

Hoy, sin pensarlo, sin darme cuenta, alargo la mano y tomo uno. Lo hago mientras Helena sigue escribiendo, mientras mi mirada se pierde en la alfombra que tengo a los pies. Lo desenvuelvo sin prisa y me lo meto en la boca. Chocolate con licor. Es intenso, dulce y contrasta con el sabor fuerte y potente del licor. ¿Brandy, whisky? Me sorprende y lo saboreo dejando que esa mezcla de sabores inunde mi boca.

—¿Qué? ¿Te emborrachas con estos bombones cuando estás harta de escuchar nuestras penas? —murmuro con una media sonrisa, con esa voz ronca que no uso nunca aquí.

Es una broma. Pequeña y estúpida. Pero es mía.

Helena alza la vista y me observa en silencio. Sus ojos se clavan en mí con una intensidad diferente. Pero como la profesional

que es, no expresa ninguna emoción. La noto contenerse. Pero no digo nada.

—Es la primera vez que tocas uno de esos en tres años —dice, sin apartar la mirada.

—¿Ah, sí? —respondo distraído mirando el cuenco, como si no tuviera importancia.

Me meto el envoltorio arrugado en el bolsillo y Helena deja el bolígrafo sobre la libreta.

—Y también es la primera vez que haces una broma que no es cínica ni sarcástica.

No contesto. Bajo la mirada y un nudo extraño empieza a formarse en el estómago. No por lo que ha dicho, sino por lo que creo que quiere decirme qué significa.

—¿Has conocido a alguien, Dylan?

Me quedo quieto.

Los segundos se alargan, y aunque ella no me presiona, está ahí. Esperando.

Podría mentir. Lo he hecho tantas veces que una más no importa, ¿verdad? Pero no lo hago y no tengo ni puta idea de por qué.

—Tal vez.

—¿Crees que tiene algo que ver con que vayas menos al cementerio?

Ahí está. Ya hemos llegado donde quería. Esa pregunta, que no me esperaba, es la que me he hecho yo mismo varias veces esta semana.

Siento el pulso acelerarse y el calor subir por todo el cuerpo hasta mi cuello.

Porque lo sé. Lo sé desde hace días. Desde que sus mensajes me hacen sonreír y su voz me arrastra. Desde que su piel calma la mía y su calor me enciende.

—No lo sé —respondo, seco, cortante.

Y ahora sí que es mentira. Helena siempre me pone al límite pero nunca me afecta. Hoy sí.

La culpa me aplasta de golpe, como si me hubieran hundido el pecho con una losa.

Me levanto como un resorte, con la urgencia de alguien que necesita aire, porque de pronto este despacho me asfixia.

—Dylan, no hemos terminado —dice Helena, suave.

—Hoy sí —murmuro—. Lo siento.

Y cuando salgo por la puerta, el envoltorio del bombón cruje en el bolsillo de mi chaqueta como una señal que no quiero oír.

Cuando salgo de la consulta, no voy directo a casa. Tampoco a la estación. Empiezo a caminar sin pensar en un lugar en concreto, como si las piernas supieran algo que yo no. La ciudad es una bruma sucia bajo el gris metálico del cielo, y el frío cala por dentro más que por fuera.

Me paro bajo el toldo de un bar cerrado. Apoyo un hombro contra la pared, respiro hondo y saco el móvil.

Abro el chat de Sarah y ahí están los últimos mensajes que nos hemos dejado. Los míos… en mi estilo. Rudo, duro, dominante y controlador. Juego con ella, la seduzco y la pongo al límite, porque luego ella lo traspasa conmigo.

Sé que le gusta y adoro ver cómo se deshace solo con mis palabras. Luego, con mi toque. Con mis manos, mis dedos y mi lengua. Me encanta verla temblar y desearme de esa manera.

Cuando le dije que me escribiera cuando quisiera repetir, no tardó ni una hora en mandarme su mensaje.

«¿Cuándo repetimos?»

Es complaciente, obediente e irradia inocencia; me pone tanto que me sorprendí a mí mismo devolviéndole una respuesta enseguida.

«La próxima vez vas a abrir la puerta y ponerte de rodillas. Sin preguntas. Solo tu boca».

«Quiero que te tiemblen las piernas. Que no digas ni una palabra. Que gimas hasta quedarte muda».

«Quiero que te arda el cuerpo durante días».

Luego tardó en responderme. Me la imaginé sujetandose a la mesa, con los dedos temblando y dudando qué escribir. Pero me contestó, por supuesto que lo hizo.

«Quiero que me hagas olvidar cómo se respira».

«Hazme tuya. Hazme llorar si quieres. Pero luego… tráeme pizza».

Y luego el añadido en forma de emojis.

Un demonio. Una porción de pizza. Tres gotas. Un gato. Y una llama.

¿Un demonio que trae pizza mojada para un gato en llamas? ¿Qué diablos pretendía que significara eso?

Me llevo el puño a la boca, reprimiendo la risa que aún me sacude por dentro. La misma que me sacó cuando me mandó esos mensajes. Quería seguirme el juego pero incluso así, no puede evitar ser demasiado tierna.

El frío de diciembre se hace notar anunciando lo que probablemente serán unas navidades blancas en Nueva York. Todavía tengo las palabras de Helena en la cabeza, golpeándome como un taladro el cerebro.

De pronto, cuando ya he guardado el móvil en mi bolsillo, este vibra y su nombre ilumina la pantalla.

«Entonces, ¿qué me dices?»

«¿Comeremos pizza entre asalto y asalto o preparo algo para reponer fuerzas?»

Se me nubla la mente de nuevo. Aprieto la mandíbula y cierro el puño con fuerza. Los remordimientos vuelven como un tornado; arrasando cualquier rastro de calma que pudiera tener. Tecleo furioso y con rabia.

«No te confundas, preciosa. Solo eres un buen polvo. Uno más. Así que no te des tantos vuelos. Esta noche iré… si puedo».

Le doy a enviar y escondo el teléfono en el bolsillo interior de mi chaqueta. Noto la vibración de su respuesta en el pecho pero no me atrevo a mirarlo.

Mis pasos me han llevado casi sin querer al cementerio. Una vez allí, me planto delante de la tumba de Marion.

Hace tres años.

El olor a café quemado aún flota en la cocina cuando Marion me besa. Tiene las manos frías y los pies descalzos, y lleva puesta una de mis camisetas viejas. La gris, la de los Stones, con el cuello dado de sí. Le encanta quitármela para dormir, y a mí me encanta verla con ella, aunque nunca se lo diga.

—¿Estás segura de que no quieres que te acerque? —le pregunto, medio en broma, mientras abro la puerta del apartamento.

Ella sonríe, con esa mezcla suya de ternura y picardía que aún no sé descifrar del todo. Me mira como si supiera un secreto. Algo que no puedo sospechar.

—Hoy no —responde —. Tengo cosas que hacer.

No insisto y no pregunto porque sé perfectamente que algo está tramando. Lleva toda la semana actuando raro. Se le escapan sonrisas por cosas que no digo, y finge estar dormida cuando le pregunto qué pasa.

Así que, aunque crea que no sospecho nada, sé que tiene que ver con mi cumpleaños. Siempre le han gustado las sorpresas.

En la estación, la mañana pasa sin más. Jeff cuenta una historia sobre una stripper y un gato y es ridícula pero todos nos reímos. Estoy sentado en un banco, limpiando una manguera. Las manos hacen el trabajo, pero la cabeza está en otro sitio. En la cocina. En el olor a canela. En los globos que vi escondidos en el armario del pasillo.

Los chicos han intentado disimular pero los veo hablar a escondidas y callarse cuando me acerco. Todavía saben ocultarlo peor que Marion y eso es difícil.

Entonces suena la alarma.

—Incendio estructural. President Street, altura del 400. Apartamento segundo derecha. Repetimos: fuego activo en President Street.

Me quedo quieto. Paralizado.

No oigo más que el eco de mi nombre en la cabeza. Como si alguien lo gritara desde muy lejos.

President Street.

Es mi edificio.

—¡Vamos, Harris! —grita Jeff mientras se pone el casco—. ¿Qué coño te pasa? ¡Muévete!

No contesto. Me pongo en marcha por reflejo. Subo al camión con las piernas entumecidas. Todo lo demás ocurre como cuando estás bajo el agua. Las sirenas, los gritos y el sonido de la radio, todo suena distorsionado, difuso y apagado.

A mí solo hay una idea que me atraviesa una y otra vez: Marion está allí.

El humo se ve desde la siguiente manzana.

Cuando llegamos, la calle está llena de vecinos, algunos descalzos, otros en pijama, señalando hacia arriba. En la fachada apenas hay llamas, pero del balcón de nuestro apartamento brota un humo negro, espeso, como alquitrán en ebullición.

—¡Esa es la cocina! —le grito a Mathews—. ¡Ella está dentro!

—Harris, ¡no entres solo! —me ordena mi capitán.

Pero ya no lo escucho. Y aunque lo hubiera hecho tampoco le habría obedecido. Nada ni nadie en el mundo habría podido impedirme entrar a buscarla.

Cruzo el umbral y me lanzo escaleras arriba. No hay llamas visibles en el pasillo, pero el calor me envuelve como una lengua abrasadora. El aire es completamente irrespirable y la máscara me pega el sudor a la cara.

Cuando abro la puerta del apartamento, el humo me golpea como una pared.

—¡Marion!

No hay respuesta.

La alarma del detector chirría, aguda, constante. Camino a ciegas hacia el salón, rozando muebles, tropezando con una silla volcada. La habitación parece tragarse el aire. El humo es espeso, irrespirable, todo se ve teñido de gris y negro. Tropiezo con algo de nuevo y estoy a punto de caer. No tengo visibilidad más allá de dos metros y grito su nombre otra vez. Nada. Solo el silbido agudo del oxígeno en la mascarilla y el crepitar apagado de lo que queda del fuego.

Sé que no debería estar aquí. Que no debería buscarla yo. Pero no me detengo. No puedo.

Encuentro su cuerpo en el pasillo. Está boca arriba, los ojos semicerrados, como si se hubiese quedado dormida. La ilumino con la linterna. Su cara está cubierta de ceniza y el pelo empapado de sudor. Su pulso es tenue. Muy tenue.

—¡Marion, no! ¡No, no…!

La cargo en brazos. Su cuerpo es blando, sin peso. Las sirenas siguen gritando abajo. Alguien me ayuda a bajarla . No sé quién. Solo veo el suelo moverse bajo mis botas, el pasillo alargarse como una pesadilla.

La dejo en la ambulancia y alguien quiere que me atiendan a mí también. Una quemadura en mi costado de la que no he sido consciente y de la que no he sentido dolor.

Es en el hospital donde nos lo dicen. Intoxicación severa por monóxido. Fallo respiratorio. Hipoxia cerebral.

Y Marion muere.

Los restos del incendio siguen humeando cuando vuelvo al edificio. Me han dejado entrar con el equipo de investigación, a pesar de que no deberían. Me conocen. Y han visto mis ojos. No podrían habérmelo impedido, aunque quisieran.

El apartamento está ennegrecido por dentro, pero las llamas no llegaron a consumirlo. Solo un par de focos calcinados, plásticos derretidos, cables expuestos. El humo lo cubre todo como una segunda piel, pegajosa, sucia, imborrable.

Me acerco a la cocina. Lo veo todo.

Una tarta, destrozada en el suelo. Las guirnaldas chamuscadas. Un globo enredado en una silla caída. La pancarta a medio escribir, escondida detrás del microondas: Feliz cumpleaños, amor.

La boca se me seca. El corazón golpea, lento, pesado. Como si no quisiera seguir.

Uno de los investigadores se me acerca. No dice mucho. Solo lo necesario.

—El fuego empezó en el piso de abajo. Una sobrecarga eléctrica. Instalaciones antiguas, mal aisladas. No fue inmediato, pero el humo subió muy rápido. —Hace una pausa—. Las puertas estaban cerradas. Ella no tuvo oportunidad.

Asiento, sin mirarlo.

No fue culpa suya ni mía. No hubo imprudencia. No fue por una vela, ni una cocina encendida, ni un horno sobrecargado. Fue una cadena estúpida de cosas inevitables.

Pero ella no debía haber estado allí. Debía haber salido, como hacía siempre los sábados por la tarde.

Iba a hacerlo. Pero se quedó por mí, por mi maldito cumpleaños.

Y eso basta para que, en mi cabeza, sea culpa mía.

Aunque el informe diga otra cosa.

Aunque todos digan otra cosa.

Capítulo 20

Sarah

«No te confundas, preciosa. Solo eres un buen polvo. Uno más. Así que no te des tantos vuelos. Esta noche iré… si puedo».

Leo el mensaje. Una vez. Dos. Y sonrío.

No por diversión. Ni siquiera por sorpresa porque, en realidad, nada de lo que dice Dylan puede sorprenderme. Al menos en lo que respecta a algo que no sea el sexo.

Así que sonrío, y es esa sonrisa que me sale cuando algo me enfurece tanto que, si no me río, exploto.

¿De verdad? ¿En serio?

¿Después de todo lo que se ha dedicado a insinuar, provocar, buscar, jugar?

¿Después de tantos mensajes llevándome al límite, de su forma de mirarme como si pudiera devorarme con los ojos? ¿Ahora resulta que soy «solo un polvo»?

Miro el móvil como si pudiera atravesar la pantalla y devolverle su arrogancia envuelta en dinamita, para que le explote en la puta cara.

Qué patético intento de marcar territorio. Qué infantil y qué cobarde.

¿En serio me ha dicho que va a venir… si puede? Vuelvo a leer el mensaje y no voy a mentirme, sí que estoy sorprendida.

Lo estoy porque no espero nada de él, ya me lo dijo desde el principio de manera muy clara, pero tampoco me esperaba este

desprecio. No busco un compromiso, ni siquiera una relación romántica, pero tengo mucha más dignidad de lo que piensa.

Suelto una risa seca y niego con la cabeza. No me duele, no. Me cabrea.

Porque yo no vine a Nueva York para aguantar a otro hombre diciéndome quién soy o cuánto valgo.

Porque he empezado de cero, sola. Con un trabajo que me exige más de lo que cualquiera imagina, con turnos que queman, con pacientes que gritan, sangran; incluso algunos mueren.

Y, aun así, cada día, me levanto con las ganas de vivir algo real, intenso y mío, pero no para aguantar que me digan que soy solo un polvo más.

Él no tiene ni idea de con quién está jugando. Escribo sin pensarlo dos veces. Despacio, firme, sin dramatismos. Solo lo justo.

«No te molestes. Ya no hace falta».

Le doy a enviar. Listo.

No espero una respuesta por su parte. Ni una disculpa ni algún tipo de explicación. No lo necesito.

Dejo el móvil en la mesa, me estiro el cuello y respiro hondo. Estoy que ardo pero no por el motivo que me gustaría.

Que me desee, vale. Yo lo hago también. Como nunca he deseado a nadie.

Que me provoque, perfecto.

Pero que me trate como si fuera desechable, como si no tuviera ni voz ni dignidad… ahí se acabó el juego.

Me levanto y camino hacia la cocina. Necesito un café. O una copa. O ambas.

Lo único que tengo claro es que esta noche no pienso quedarme aquí esperando a ver si al señor Harris le da la gana

aparecer, porque no soy un polvo más.

Soy Sarah Kessler.

Y él se lo va a tragar con fuego.

El resto de la mañana transcurre sin sobresaltos. Estoy tranquila, quizás demasiado.

No hay mensaje de vuelta, así que supongo que ha pillado la indirecta. Más bien he sido directa, no le he dejado lugar a dudas.

Pero soy un desastre. Sin nada que hacer en mi apartamento, ni turnos en el hospital, mi tiempo libre me pesa como una losa. Necesito salir y respirar otra cosa que no sea mi orgullo herido y la rabia contenida.

El barrio huele a calles mojadas y jazmín.

Paso por la floristería de Lorenzo, el viejo cubano de piel oscura y surcos profundos en la frente.

—Buenos días, Sarah —me dice cuando estoy a la altura de su puerta—. ¿No trabajas hoy?

—Tengo libre, don Lorenzo —le digo parándome a saludarlo—. ¿Eso son peonías?

—Peonías rosas —me explica—. Simbolizan amor, ternura, afecto, gratitud, admiración y romance. Pero solo para quién sabe apreciarlas.

Me guiña un ojo y no puedo evitar que la mente me vuele de nuevo a Dylan y su estúpido mensaje. Para romances estoy yo…

Camino un par de manzanas hasta la tienda de Faisal, uno de los pocos pakistaníes que conozco que no conducen un taxi. Su tienda tiene las estanterías mal organizadas y a veces encontrar algo en concreto es imposible, pero su mujer Fátima, siempre sabe dónde está todo sin ni siquiera mirar.

Me gusta este barrio. A pesar del poco tiempo que llevo viviendo aquí, hay un puñado de personas que ya me consideran una más. Tan solo tuve que sonreír y me acogieron de inmediato.

Elijo un vino tinto de esos que me recomendó Jeremy. No es de los baratos, pero hoy me merezco un capricho. También cojo chocolate, palomitas y helado de frutas del bosque.

Esta noche promete ser épica con este arsenal de provisiones.

Cuando vuelvo a mi edificio, empiezo a subir los escalones. El ascensor lleva estropeado tres días, tal y como él mismo Jeremy me avisó. Cuando llego al rellano del segundo, la puerta de su apartamento se abre y casi tropiezo con él.

—¡Ey! Perdón —dice, sujetándome el brazo antes de que me desequilibre.

Siempre tiene ese aspecto de recién salido de la ducha y con ganas de contar algo gracioso. Lleva una camiseta blanca, pantalón de chándal gris y el pelo revuelto como si hubiera estado tumbado en el sofá toda la mañana. Probablemente lo ha estado.

—¿Me espías? —le digo con una ceja alzada—. ¿Otra vez?

—¡No! —exclama abriendo los ojos—. Pero me han dicho que esta escalera es el nuevo lugar de moda. Y mira, justo te pillo cargada de provisiones. —Se asoma con descaro a mi bolsa—. Palomitas, chocolate, helado… y una botella de vino. Eso grita «plan de emergencia», o «mala semana».

—Grita «noche de cine en pijama» —le corrijo—. Una peli, algo dulce y nada de cretinos ni gente intentando amargarme la vida.

—Guau… ¿Eso es una comedia romántica o un thriller sangriento? —pregunta, apoyándose en la barandilla con una sonrisa torcida—. Espero que no sea una de terror psicológico… Soy tremendamente miedoso.

—Depende del vino.

Se ríe, y es esa risa fácil, ligera, que no exige nada. Que no duele.

—Te propongo un trato —dice de pronto—: yo cocino algo decente, tú pones las guarrerías y vemos la peli. Prometo no juzgar ni tus elecciones de película ni tu dieta poco saludable.

Lo miro durante un segundo. Pienso en decir que no. Pero es solo una cena. Solo una película. Solo alguien que me cae bien, y hoy necesito justo eso.

—De acuerdo —acepto—, pero mejor trae algo de aperitivo y pedimos una pizza, ¿qué me dices?

—¿No te fías de mis cualidades como chef? —me pregunta poniendo una mano sobre su corazón y fingiendo ofenderse—. Siempre me han dicho que soy muy bueno.

—No lo pongo en duda —le contesto guiñando un ojo—. Lo que no me apetece es tener que limpiar la cocina después. Hoy solo necesito no hacer nada.

—Entonces no se hable más. Pizza, vino, chocolate y helado. Menos mal que eres enfermera y me cuidarás cuando me suba el azúcar.

No sé si está coqueteando pero, en realidad, es un cambio agradable la forma en la que me habla a como lo hace Dylan.

—No creo que lleguemos a esos extremos. De vez en cuando podemos permitirnos estos caprichos.

—De acuerdo. ¿A las ocho?

—Te espero.

Sigo subiendo las escaleras hasta mi apartamento con una medio sonrisa.

Una noche tranquila. Una película. Una conversación sin dobles sentidos.

A veces, eso también es una forma de reconstruirse.

El apartamento huele a palomitas recién hechas, y tengo el vino en la encimera respirando como si fuera una cita de verdad. Aunque no lo es. Claro que no.

Jeremy está en el salón, colocando los cuencos con los aperitivos sobre la mesita de centro: patatas, frutos secos y algo que no sé muy bien qué es pero que él ha insistido en cocinar para que no todo fuera procesado.

Se ha quitado la chaqueta y se ha quedado en camiseta. Jeremy es agradable, cálido y confiable. Con él es muy fácil estar cerca.

La verdad es que me cae bien. Mucho. El hecho de tenerle aquí me hace sentir relajada, tranquila. Como en casa.

—Vale, venga, ¿cuál era tu peli favorita de pequeño? —le pregunto mientras sirvo un par de copas de vino.

—¿De pequeño o de adolescente rebelde que se creía profundo por ver cine en blanco y negro? —bromea.

Me río con ganas porque me gusta su sentido del humor. Es distinto.

—Tú suéltala. Prometo no juzgar.

—E.T., sin duda. Lloraba como un idiota. Luego crecí y me creí más listo, así que empecé a decir que era Blade Runner. Lo típico, aunque es un peliculón —se encoge de hombros—. ¿Y tú?

—La princesa prometida. —Sonrío—. Aunque luego me pasé a Hitchcock. Mi padre me ponía Sospecha cada Navidad. Yo creía que era romántica hasta que crecí y me di cuenta de que es una historia tóxica disfrazada de glamour. Pero mirándolo en retrospectiva, sigo pensando que La princesa prometida es la mejor película del mundo.

Jeremy me mira y encoge los hombros.

—La verdad es que no la he visto nunca.

No sé si me ofendo y estoy a punto de echarlo de mi casa. O simplemente estoy indignada.

—Mira, te voy a decir algo, pero tienes que prometerme que me vas a escuchar hasta el final. Porque lo que te voy a contar es importante—empiezo.

—Adelante —me anima él.

—Existe una película que lo tiene todo. No «todo» en plan exageración barata, sino realmente todo. Romance, aventura, acción, magia, humor, personajes que se quedan contigo para siempre… La princesa prometida no es solo una película, es una joya, un tesoro escondido que, cuando lo descubres, te cambia la forma en que ves las historias.

»El romance es precioso, pero sin ser cursi. Es ese amor que trasciende al tiempo, los obstáculos, la muerte misma. No hay escenas melosas para hacer que la trama avance, es simplemente la historia de dos personas que deberían estar juntas, y harían lo que fuera para lograrlo.

»Y la acción… Oh, la acción. Hay duelos de espadas que parecen coreografías de ballet, persecuciones que te tienen al filo del asiento y batallas de ingenio donde un simple "como desees" puede significar tantas cosas…

Tomo aire y cierro los ojos bebiendo un sorbo de mi copa de vino. Jeremy me escucha atentamente. Realmente le interesa lo que le estoy contando.

—Y sí, hay magia —continúo con vehemencia—. No magia de hechizos y varitas, sino la magia de un guion impecable, de diálogos que se te quedan en la cabeza, de personajes que, después de conocerlos, no quieres soltar. Hay piratas con nombres ridículos, gigantes con corazones inmensos, y villanos que, lejos de ser genéricos, son tan exageradamente odiosos que terminas disfrutando su presencia.

»Pero si hay algo que hace que La princesa prometida sea legendaria, es el humor. Hay películas que te hacen reír y otras que te hacen emocionarte, pero esta hace ambas cosas. Su sarcasmo, su inteligencia, la manera en que juega con los clichés sin caer en ellos… Es una mezcla tan perfecta de géneros que terminas sin saber si acabas de ver una comedia, una aventura épica o un romance inolvidable.

»Y aquí está el punto clave: no envejece. Puedes verla hoy, dentro de veinte años, con quien sea, y siempre será brillante. Porque es, en el fondo, una historia sobre historias, sobre cómo los buenos relatos nunca mueren.

»Así que sí —concluyo—: La princesa prometida es la mejor película del mundo, y si después de esto no la ves, no sé qué más puedo hacer para convencerte.

—Vaya, entonces creo que tenemos película para esta noche —me dice convencido—. Estoy deseando verla.

Nos reímos los dos y busco la película que tengo guardada en mis favoritas en la plataforma para verla después de cenar.

Mientras tanto, conversamos. Sin pretensiones ni expectativas. Solo una conversación de alguien que está empezando a conocerse.

Y me gusta.

Me gusta que pregunte por mi turno en el hospital, y que escuche de verdad cuando le cuento lo del paciente que se desmayó en pleno box porque no quería recibir una inyección. Que me pregunte si echo de menos Ohio. Que no me juzgue cuando le digo que no.

—¿Y tú? —le devuelvo la pregunta—. ¿Tienes familia cerca?

—Mi hermana vive en Boston. Mis padres están en Florida, haciendo el pack completo de jubilados: golf, piscina y sol. Me llaman cada domingo. Me hacen sentir culpable por estar soltero y no tener perro.

—Un clásico. Yo al menos tengo una planta —le digo, señalando el poto medio muerto de la cocina.

Él me sonríe. Hay algo muy limpio en él. En su forma de mirarme, sin pretensiones.

Y, sin embargo… cuando se acerca para ayudarme a sacar los platos y roza mi brazo, no pasa nada. No me tiembla el pulso ni se me enciende el pecho. No me cuesta respirar.

Es cómodo, sencillo y para nada peligroso.

—¿Has pedido ya la pizza? —pregunta mientras vuelve al salón.

—Sí —contesto todavía en la cocina—. La app me ha dicho que en veinte minutos. ¿Quieres comprobarlo?

—Tranquila. Estoy bien con lo que hay. —Se deja caer en el sofá—. Aunque si la pizza se retrasa… no respondo de mí.

Me suena a coqueteo, pero no quiero darle importancia. Cojo la botella de vino y sirvo de nuevo en una de las copas cuando suena el timbre. Justo a tiempo para romper la leve incomodidad que he sentido hace un momento.

—¿Puedes abrir tú? —le pido terminando de servir el vino—. Debe ser la pizza.

—Claro —responde.

Escucho sus pasos y el ruido de la puerta al abrirse. Me sorprende el silencio. No escucho ni al repartidor ni a Jeremy.

Salgo de la cocina con la botella de vino aún en la mano.

Y ahí están. Plantados uno frente al otro.

Jeremy, con la puerta aún abierta. Dylan, en el umbral. Las manos en los bolsillos, la chaqueta negra abierta, la mirada oscura y tensa. El casco colgando de un dedo.

Reconozco ese gesto en su mandíbula. El modo en que se le endurece el cuello, como si todo su cuerpo gritara sin decir una

palabra.

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunto desconcertada.

—Pensaba que era la pizza —dice Jeremy dejándonos solos.

—¿Interrumpo algo? —pregunta Dylan, sin apartar la vista de él mientras se sienta en el sofá.

El vino tiembla en la copa que aún sostengo.

No contesto. No lo esperaba y estoy tan sorprendida que me quedo sin capacidad de reacción.

Capítulo 21

Dylan

No es la cara que espero encontrar cuando se abre la puerta. No es Sarah.

Es un tipo. Un hombre desconocido. Con un pantalón de chándal y una camiseta blanca. Con el pelo desordenado y la cartera en la mano.

Él también me mira desconcertado y yo, por un momento, levanto mi vista por encima del marco de la puerta para comprobar si me he equivocado de piso. Pero no, es el apartamento de Sarah.

El tipo que tengo delante es más joven que yo. Quizás un par de años mayor que Sarah. Tiene esa sonrisa amable de chico bueno que llama a sus padres los fines de semana y hace barbacoas con los amigos después de un partido de fútbol.

Parpadea al verme.

—¿Sí? —pregunta, ladeando un poco la cabeza.

Yo no respondo. Me quedo plantado en el umbral, con los puños cerrados dentro de los bolsillos de la chaqueta.

No sé quién coño es y no debería importarme. Pero me importa.

Echo un vistazo rápido al salón que está en el fondo. Como si fuera un detective de esos de novela negra que analiza la escena del crimen de un solo vistazo: hay una botella de vino, un bol de palomitas y la pantalla de la tele que refleja una película en pausa.

¿Es una puta cita?

Entonces aparece ella.

Sarah.

Con una camiseta holgada de esas anchas que dejan un solo hombro al descubierto. Va descalza y sostiene una copa de vino en la mano. Es tan jodidamente sexy que siento tentaciones de echar a ese tipo del piso, abalanzarme sobre ella y follarla allí mismo.

Algo me aprieta el pecho. La escena es dolorosamente familiar para mí. Lo es para cualquiera que ha tenido alguna vez una cita íntima en casa. Vino, palomitas y una peli en la pantalla esperando. Solo me faltaría ver una puta manta en el sofá y que viniera el repartidor de pizzas. Es tan típico, tan cliché y tan cotidiano que el corazón se me abre. Pero no de la mejor manera. Se abre como esa herida a medio cicatrizar a la que se le sueltan los puntos.

Vuelvo a sangrar. Y eso que creía que no era posible.

—¿Qué haces tú aquí?

Sarah me baja a la realidad. El chico a su lado la mira desconcertado pero enseguida lee la situación. No hace falta ser muy listo.

—Pensaba que era la pizza —dice él. Y se aleja dejándonos solos el uno frente al otro.

Aprieto los dientes, porque ¿cómo no? Había una pizza. Así que sí: si camina como un pato, grazna como un pato y se comporta como un pato… es un pato.

—Dylan —me insiste. Obviamente está enfadada—. ¿Qué coño haces aquí? Te he dicho esta…

—¿Qué me has dicho? ¿Que no hacía falta que viniera? Pues he venido.

—Pues te vas a tener que marchar. Ahora.

Reconocer que me pone cachondo verla así no me hace más débil. Sarah es una chica atractiva y su inocencia y su falta de

experiencia le da un plus. Pero verla así, segura, enfadada y firme, se convierte en un reto.

—Sí —le digo con calma fingiendo que no me importa lo más mínimo—. Pero luego pienso volver. Espero que ese capullo ya no esté en escena.

Me doy media vuelta y me giro sin darle la oportunidad de contestar.

Por las escaleras me cruzo al repartidor de la pizza y le paro. Abro la caja y cojo un trozo. Lo muerdo y lo vuelvo a dejar donde estaba. Le doy un billete de veinte al chico.

—No te preocupes, la pizza es para el quinto, es mi piso —le digo ante su sorpresa.

Daría lo que fuera por ver sus caras cuando se encuentren la porción de pizza mordida.

Subo a la moto y hago rugir el motor antes de salir a toda velocidad de aquel barrio. Ante todo quiero borrar ese estúpido edificio de ladrillos rojos y la imagen de Sarah con ese chico.

La ciudad pasa a mi lado como una sombra desenfocada. Las luces rojas de los semáforos, el murmullo de los coches, el ruido de mi propia cabeza. Todo lo cruzo con el piloto automático puesto.

No sé cuánto tiempo llevo conduciendo. Solo sé que no quiero parar, porque si freno o bajo un poco la velocidad, pienso. Y, si pienso, es en ella.

El aire frío me corta los nudillos, la mandíbula y se cuela por debajo de mi chaqueta. No me importa y todavía acelero más. Me dejo llevar por calles que no he elegido y, cuando me doy cuenta, estoy frente a su edificio.

En el barrio de Astoria, en Queens. Estoy en casa de Erin.

Como si tuviera un puto imán clavado en el pecho o todavía compartiéramos los latidos. Como si algo en mí supiera que solo hay

una persona capaz de contener esto sin pedir explicaciones.

Apago el motor y miro hacia su ventana. Todavía son las nueve y hay luz en el piso de abajo. Seguramente esté con su marido viendo alguna mierda de serie de médicos que siempre me recomienda y que nunca veo y Tania ya esté dormida.

Llamo al timbre sin avisar. Ni una llamada, ni un mensaje de «¿Puedo ir a tu casa?». No sabría poner en palabras lo que me pasa ni aunque lo intentara. Escucho pasos. Y, cuando abre la puerta, frunce el ceño.

—¿Dylan? ¿Pasa algo? ¿Es mamá?

Lógicamente, no espera mi visita. Más teniendo en cuenta que excepto el día de Acción de Gracias, hacía más de un año que no la veía ni la buscaba.

—No tienes cerveza, ¿verdad? —pregunto en el umbral de su puerta.

Ella me observa un segundo de más. Uno solo. Pero suficiente para leerme como un libro abierto.

—Solo vino —responde, y me abre del todo haciéndome pasar.

Cuando entro, Harold me mira con una mezcla de sorpresa, extrañeza y luego preocupación. Mi hermana le dice algo al oído y él simplemente me estrecha la mano y nos da las buenas noches. Es un buen tipo, mi hermana tiene suerte.

Me quito la chaqueta y la dejo en el respaldo del sofá. El calor de su casa me golpea. El olor a canela y vainilla me produce tranquilidad. Todo lo que no tengo ahora mismo.

—¿Has cenado? —me pregunta.

—No.

—¿Quieres algo?

—El vino está bien.

—Vale.

Erin no pregunta más. Esa es la magia de mi hermana. Sabe que si he venido, es porque algo me aprieta el pecho. Porque estoy al borde y porque necesito estar donde no tengo que explicarme.

Se sienta a mi lado con una copa, me ofrece otra y me sirvo. Vino tinto del barato. Del que ella dice que ayuda con el corazón. Me río por dentro. Con el mío no hay ayuda posible.

Nos quedamos en silencio. Suena una canción suave de fondo, una de esas listas de Jazz & Chill que ella pone para fingir que no le gusta el silencio. Yo no lo rompo. A veces estar callado es lo más honesto que puedo ser.

—¿Estás bien? —pregunta, cuando se termina su copa.

No respondo enseguida. Miro al suelo, respiro por la nariz y me paso una mano por la nuca.

—No lo sé.

Ella asiente. Como si entendiera incluso eso.

—¿Tiene nombre ese «no lo sé»?

—Sí —le contesto después de respirar profundamente.

—¿Quieres hablar de ello?

—No.

Apuro el contenido de mi copa y Erin me abraza en silencio. Como lo hacía desde que éramos pequeños y me rompía desde dentro. Ella siempre fue la fuerte de los dos. Parece como si, al nacer, a ella le tocara en el reparto la estabilidad emocional y a mí… a mí todo lo que termina quemado.

—¿Te quedas a dormir?

—No, tengo que irme. Pero gracias por el vino y por… todo.

Erin niega con la cabeza, sonríe y me arregla el cuello de la chaqueta cuando me dispongo a irme.

—Si no he hecho nada, tonto.

—Haces siempre más de lo que crees —murmuro, cogiendo el pomo de la puerta.

—Me alegra que hayas venido.

No me giro a mirarla porque sé que me va a notar que tengo los ojos vidriosos.

—Dale un beso a Tania de mi parte.

Me pongo el casco y solo en ese momento me permito derramar una lágrima.

—¡Nos vemos en Nochebuena! —la oigo exclamar mientras arranco mi moto.

«¿Dónde estás?»

Lo escribo sin pensármelo demasiado. Dos palabras. Directas y secas. Como una cerilla rascando contra una superficie rugosa.

No espero respuesta inmediata, pero llega antes de lo que hubiera imaginado. Y yo sonrío todavía montado en mi moto, aparcado frente a la puerta de su edificio.

«En la cocina. Sola. Color negro».

Respiro profundamente y me bajo de la moto. Ni siquiera necesito llamar cuando me apoyo en la puerta de entrada al edificio. Ella tampoco pregunta. Me ha visto desde la ventana de su apartamento. Suena el timbre y se oye el clic que abre la cerradura. El ascensor no funciona, y como hace tan solo unas horas, subo las escaleras hasta su piso. Lo hago despacio aunque en verdad estoy ansioso por llegar a ella.

Cuando estoy en la puerta de su apartamento abre.

No tengo que decir nada. Ella se aparta para dejarme pasar y lanzo el casco de la moto al sofá. Ella cierra la puerta y cuando la miro, traga saliva.

Lleva la misma camiseta que antes, la que deja al descubierto su hombro, su clavícula y no lleva sujetador. Sus pezones se marcan.

Me acerco a ella. Un paso. Otro más.

—¿Te lo has follado? —le pregunto.

Ella no responde de inmediato y me gusta eso. Esa chispa en los ojos. El desafío. Pero también sus nervios. Sabe que no estoy aquí para jugar.

—No.

No bajo la mirada. Ni siquiera parpadeo y me acerco todavía más a ella. Ahora prácticamente estamos pegados el uno al otro. Tanto que puedo oler el vino de su boca.

—¿Has estado con alguien más desde que llegaste a Nueva York?

No habla, solo niega con la cabeza. Está nerviosa, lo huelo. Pero me mantiene la mirada.

—¿Con nadie? —insisto.

—Solo he estado con uno antes de ti —me dice en voz baja—, y se quedó en Ohio.

El que trago saliva ahora soy yo. Algo me recorre el cuerpo desde la nuca hasta justo el centro de mi cuerpo. Me excitaba pensar que solo ha estado conmigo desde que se fue de Ohio. Está confesión me pone mucho peor. Me deja sin capacidad de reacción.

Mis manos se deslizan bajo la camiseta. Toco su cintura y su piel está caliente. Tiembla y la pego a la pared. Mi cuerpo contra el suyo y mi boca cerca del oído.

Ella cierra los ojos cuando le muerdo el cuello. Con hambre.

—Te quiero de rodillas —le susurro.

No es una petición. Es una sentencia pero ella no se mueve.

La veo dudar y eso me enciende todavía más. Subo mi mano por su camiseta y le acaricio un pecho. Es firme y redondo. Cuando le pellizco suavemente el pezón jadea cerca de mi oído.

—Lo has hecho antes, ¿no?

Vuelve a dudar y me doy cuenta. No solo fui el primero en probarla, también voy a ser el primero en follarme su boca.

—No —susurra. Casi sin aire—. Nunca.

Mis dedos se enredan en su nuca y la agarro del pelo suavemente para exponer todavía más su cuello. Lo chupo justo en el punto donde late su pulso. Mañana tendrá una marca, seguro.

Tiro de su camiseta y me lamo los labios admirando su pecho. Luego soy yo el que me arrodillo y le bajo los pantalones dejándola desnuda, con solo sus bragas negras. De encaje.

Es demasiado sexy.

Le beso el vientre y empiezo a subir muy lento hasta su cuello, luego hasta su boca. Allí le mordisqueo el labio.

—Ahora tú. De rodillas. Fui el primero en probarte —susurro en su oreja—. Y ahora voy a ser el primero en follarte la boca.

Y lo hace. Se arrodilla de manera lenta y me mira desde abajo. Esperando mi próxima petición.

Coloco su pelo detrás de la oreja, acaricio su mejilla y ella cierra los ojos, como un acto reflejo.

—Mírame —le ordeno.

Ella obedece y me hace sentir poderoso.

—Y ahora… respira hondo.

Capítulo 22

Sarah

Estoy de rodillas.

Delante de él y no tengo ni idea de qué esperar.

Mis manos tiemblan cuando las apoyo en sus muslos y noto su piel tan caliente bajo el vaquero. La respiración de Dylan es controlada, pero noto cómo se tensa. Su mirada me devora desde arriba y no sé si lo que siento es miedo… o puro fuego recorriéndome por dentro.

Él me mira como si le perteneciera. Como si este momento fuera más que sexo o tuviera que demostrarme algo. Siento que quiere probarme, como si quisiera comprobar de lo que soy capaz.

—Mírame —me dice.

No es una petición, como casi nada que sale de su boca. Todo son órdenes e instrucciones, que no dejan margen a la réplica o la discusión.

Comienza a desabrocharse el cinturón. Lo hace lento y estudiando cada una de mis reacciones. A mí me late todo. Me sudan las manos y me muerdo el labio para no decir nada.

Cuando la libera de su pantalón y se baja el bóxer, su erección rebota contra su abdomen. De cerca, su pene, es todavía más duro, grande e imponente.

Yo trago saliva al verlo con mis ojos fijos en su polla completamente erecta y dura fuera de su pantalón. Él se la sujeta con una mano apuntando directamente a mi boca.

—Mírame —me dice de nuevo.

Le obedezco y levanto la vista.

Hay algo en su rostro que se mueve entre la calma y la tormenta, como si yo fuera su único refugio y al mismo tiempo su única amenaza.

—Y ahora, respira hondo.

Me inclino despacio y completamente insegura.

Primero con la boca cerrada, rozando apenas la punta con mis labios.

Siento el calor, la textura suave y el olor. Me mareo un poco y al mismo tiempo el pulso se me dispara.

Y Dylan se tensa al primer contacto.

Gime bajo cuando saco apenas la lengua y chupo suavemente la punta. Y noto como lucha por no perder el control.

Entonces abro la boca y la meto. Solo un poco, probándolo.

La sensación me estremece. La lengua explora y yo me dejo llevar por los sonidos que él hace, por los movimientos de su cuerpo que apenas se arquea y por la forma en que me observa desde arriba. Cómo me acaricia el pelo. Despacio, como si no quisiera romperme.

Le doy más. Un poco más y su voz se rompe. Un gemido escapa de su boca. Un «joder» apenas susurrado.

Su polla me sabe a sal y a su piel. Exactamente a él.

Empiezo a moverme con más seguridad, animada por los sonidos que saco de sus labios, por la firmeza de su agarre en mi nuca con sus dedos enterrados en mi pelo.

Escucho su respiración volverse más agitada, sus caderas tensarse. Le gusta y eso me da un poder que antes no tenía.

Sigo saboreando cada centímetro de su polla, lamiendo y chupando. Siguiendo el movimiento que él me marca, dejándome a mi ritmo, guiándome, despacio pero intenso.

Entonces, de repente me detiene.

—¡Para! —me ordena con su voz más ronca—. No quiero correrme en tu boca —susurra—. No esta vez.

Me agarra por los brazos y me levanta. Me besa de golpe, con dureza, y con su lengua metida en mi boca. Entonces me arrastra hacia la cama como si no pudiera esperar más.

Me coge por la cintura y en un movimiento seco me da la vuelta. Apenas tengo tiempo de entender lo que está haciendo antes de que me empuje hacia el borde de la cama.

Me coloca como él quiere, como si estuviera coreografiando una escena, con mi cara de lado, pegada a las sábanas. Me pone así, boca abajo pero en perpendicular al colchón, mientras él se quita la ropa de pie detrás de mí. Su cuerpo se alinea detrás del mío, duro, caliente, invadiendo cada espacio. Siento una de sus manos en mi cadera, firme y posesiva, mientras la otra me aparta el pelo del rostro con una delicadeza que no encaja con todo lo demás.

Estoy atrapada entre el colchón y su cuerpo. Entre la necesidad y el miedo a ceder del todo. Su respiración me roza la nuca. Me oprime y me consume por dentro.

Y aun así no quiero moverme.

Apoya su peso sobre mí. Su boca en mi cuello subiendo por mi mandíbula, dejando un rastro húmedo con su lengua, susurrando palabras en mi oído. Luego… su mano entre mis piernas.

Y yo ya estoy completamente empapada.

Se frota contra mí y noto su polla dura, rozándome sin entrar. La tela de mi ropa interior es una tortura y no parece tener prisa por quitármela. Y yo me desespero porque lo haga.

—Dylan… —susurro, jadeante.

—¿Tomas algo? —me pregunta. Su voz está cargada, grave y oscura—. ¿La píldora?

—No —respondo con la voz entrecortada—, pero llevo puesto un DIU.

No dice nada pero su respiración se vuelve más pesada.

—Perfecto —susurra lamiendo mi oreja.

Traza figuras en mi espalda recogiendo mi humedad con uno de sus dedos, como si estuviera deletreando algo. Me baja las bragas lentamente y las arroja a un lado. Entonces vuelve a colocarse entre mis piernas. Detrás de mí, frotándose de manera perezosa y lánguida, con su cuerpo pegado al mío y yo… expuesta para él.

La punta de su polla roza toda mi humedad pero no entra, sin darme lo que necesito. Parece estar pensándoselo y me tiene desesperada.

—Quiero sentirte del todo —dice lamiendo de nuevo mi cuello —, y que tú me sientas a mí.

Mi pecho sube y baja con dificultad. Tengo la cara pegada al colchón y su cuerpo aprisionando el mío. No puedo moverme, solo puedo sentir y él me sigue probando. Llevándome al límite. Sé lo que quiere decir y lo que está haciendo. Quiere marcarme, hacerme suya.

—¿Qué quieres decir? —Mi voz apenas sale de mi cuerpo. Estoy tan excitada que casi no puedo ni pensar.

—Estoy limpio. Nunca lo hago sin protección —me explica— por si eso te preocupa, pero…

En estos momentos, lo único que me preocupa es que deje de hacerme lo que me está haciendo, y al mismo tiempo que no termine lo que ha empezado.

—Fóllame.

Mi voz sale ahora desesperada, lo sé, pero es como me siento. Y él… lo está también, porque en el momento en que le doy

permiso, entra con una embestida fuerte y profunda.

—Joder… —susurra contra mi cuello—. Estás tan mojada.

Es él quien gime, a mí no me salen las palabras porque estoy mordiendo las sábanas. Me sujeto al colchón mientras me penetra desde atrás una y otra vez. Siento cada centímetro de él. Cada empuje lento. Me llena por completo, y todavía más. No hay nada que me separe de él ahora. Nada.

Se mueve despacio, al principio. Como si quisiera saborearlo. Como si la idea de hacerlo sin nada lo trastornara tanto como a mí.

—Eres tan jodidamente sexy —dice contra mi oído—. No sabes cómo me pone follarte así.

Su voz le sale más grave y rasgada. Una mezcla de placer y control. De rabia contenida y ternura, pero sucia y sexy al mismo tiempo.

Aprieta mis caderas, me guía. Me lleva a su ritmo y yo me dejo llevar.

Me arqueo hacia él, pidiendo más sin decirlo y aunque me tiene de espaldas, no me siento en desventaja. Solo expuesta y vulnerable pero, aun así, extrañamente poderosa.

Porque sé lo que le estoy haciendo. Lo escucho en su respiración entrecortada y en cómo aprieta los dientes para no gemir demasiado alto.

—¿La sientes? —me pregunta— Dime, Sarah, ¿te gusta sentirla así? ¿Desnuda dentro de ti?

Me embiste más fuerte, más profundo y me hace suya con cada golpe. La habitación se llena de sexo y de sonidos húmedos. Su cuerpo chocando contra el mío.

Es crudo. Demasiado real. Como si su cuerpo estuviera gritando lo que su boca no dice. No es solo deseo, tampoco es solo sexo. Es algo más denso, más primitivo. Me está tomando como si

estuviera sellando algo. Como si al hacerlo así —sin filtros, sin barreras— me dijera que soy suya. No de una forma bonita o romántica. Suya como una marca bajo la piel, como una herida que no termina de cerrar, como un nombre tatuado.

Está tomando posesión de manera oficial de algo que ya le pertenece. Y por más que mi cuerpo arda, por más que mi cabeza grite que esto no está bien… lo dejo. Porque en el fondo, también quiero que me sienta así. Tan adentro que no sepa cómo volver a salir.

Acelera el ritmo y se escuchan nuestros gemidos mezclados con los que hace su cuerpo al chocar contra el mío, cada vez más rápido y fuerte. Es lujuria y deseo puro. Y cuando su mano se desliza entre mis piernas y me acaricia, todo mi control se desvanece.

—Dylan… —gimo, casi con vergüenza. Pero ya no hay marcha atrás.

El ritmo cambia. Me folla como si el mundo se fuera a acabar, como si necesitara dejar su marca grabada a fuego en mi piel y en mis huesos. En cada pedazo de mí.

Su mano presiona mi nuca contra el colchón, suave pero firme. Y yo ahogo mis gemidos contra las sábanas.

Pero a él le gusta escucharme. Tira de mi pelo hacia atrás y mi espalda se arquea del todo. No me hace daño pero me recuerda quién tiene el control. Y eso termina de romperme por dentro.

Me corro de manera rápida y violenta. Entre gemidos fuertes e incontrolables con su mano enredada en mi cabeza.

Entonces siento cómo él se corre también. Se derrama dentro de mí, jadeando mi nombre.

Nos quedamos así, respirando, como si hubiéramos corrido kilómetros, compartiendo los latidos. Su cuerpo cae sobre mi espalda, nuestro sudor se mezcla junto al aire que se vuelve espeso

en la habitación. Huele a sexo y al silencio que se instala entre nosotros.

Todavía siento su piel sobre la mía y su cuerpo caliente. A mí me late el pulso en el cuello, entre las piernas y en los labios.

Durante lo que me parece eterno, seguimos sin decir nada. Solo respirando. Y entonces lo siento moverse. Sale y se aparta de mí sin una sola palabra y lo primero que noto es el vacío. No solo físico, también emocional. Como si, de pronto, el calor se hubiera evaporado de su piel dejándolo frío.

Yo me quedo de lado, con la mejilla contra el colchón, escuchando como recoge su ropa en silencio.

Sigo sin moverme y no es porque no quiera. Pero no le voy a dar la satisfacción de preguntarle si ya se va. Si esto ha sido todo. Si sigo siendo tan solo un polvo más. Nada especial, como me escribió.

No voy a preguntarle porque conozco la respuesta de antemano y sé que me mentirá descaradamente. No soy solo un polvo, aunque no quiera reconocerlo.

Me giro a mirarlo solo cuando escucho el crujido de su cinturón. Él está de pie, de espaldas, con los vaqueros puestos y el torso desnudo, buscando la camiseta que arrojó al suelo sin que me diera cuenta.

No habla, no se excusa y tampoco intenta ser amable. Simplemente encuentra su camiseta y se la pone sin dedicarme una sola mirada. Mucho menos una caricia o un beso.

—Me voy —dice. Su voz es seca y distante. Nada que ver a hace unos instantes.

No pienso preguntarle si volverá a llamarme. Ni siquiera si me mandará un puto mensaje. Sé que probablemente no vuelva a verlo. Al menos entre mis sábanas, en esta cama o en cualquier sitio dónde a él le apetezca follarme.

Lo sé porque ha traspasado un límite que él mismo se marcó. No espero nada de él y solo me queda decirle adiós.

Capítulo 23

Dylan

No vuelvo a casa. Ni esa noche, ni la siguiente. No es una decisión consciente, solo… no puedo. Me muevo por la ciudad como si esperara que la culpa se diluyera entre las luces de Navidad, entre el humo que respiro cuando alguien quema la cena en algún apartamento de Brooklyn, entre el sudor de los turnos dobles.

No vuelvo a casa, porque mi apartamento, ese que compartí con Marion, parece que ahora me acusa de traicionarla. De olvidarla.

Pero no la olvido, aunque me pierda entre los muslos de Sarah y ella me haga… no pensar.

Han pasado tres años y la culpa sigue apretándome el pecho. Las pesadillas no vuelven a mí tan a menudo como antes, y en teoría debería ser bueno, pero hasta eso aviva en mí el arrepentimiento.

Tal y como me hizo notar Helena, a veces hasta sonrío. Pero no me está permitido. No me lo permito yo a mí mismo. Así que no vuelvo en dos días a ese apartamento de mierda. El que fue su tumba y la mía. Al que no he llevado a nadie en tres años y que ya no siento mío.

Deambulo por la ciudad hasta que mi cuerpo dice basta. Casi treinta y seis horas despierto que no ayudan a expulsar los fantasmas. Todo lo contrario, se aferran más a mi alma.

Cuando llego a casa de mi madre, esta se echa las manos a la cabeza. Las ojeras se marcan debajo de mis ojos. Me fastidia preocuparla de esta manera, pero a veces necesito descansar en unos brazos que sé que no me van a juzgar. Que me van a dar todo

lo que quiero sin pedir nada a cambio. Porque las madres son así y la mía es la mejor.

Me ofrece algo de cenar pero no me entra nada en el estómago y eso la preocupa más todavía.

—¿Quieres hablar, cariño? —me pregunta acariciando mi pelo —. Sabes que puedes contarme cualquier cosa.

—No, mamá —le contesto con cariño— ¿Te importa si me quedo a dormir esta noche?

—No tienes que pedirme permiso. Es tu casa, Dylan.

—Lo sé, pero… —me trago el nudo en la garganta para evitar llorar delante de ella—. Pues me quedo, ¿vale?

—Claro, cariño, pero antes come algo y luego te duchas —me dice sin preguntar nada—. Apestas.

A la mañana siguiente, en la estación todos lo notan. No que apesto, sino que estoy mal. Raro, serio… al menos mucho más que de costumbre. Intentan no decir nada, pero la tensión flota en el ambiente como el olor a queroseno después de un incendio.

Como siempre, el nada agradable aroma a café recalentado y sudor seco se extiende por toda la estación. Hay algo casi reconfortante en ese hedor. Algo que me recuerda que sigo aquí, que sigo siendo útil para algo más que arruinar lo poco bueno que toca mi vida.

O'Malley está revisando la manguera de presión como si fuera una serpiente que piensa morderlo. A sus casi cincuenta años, el cabrón sigue teniendo los brazos como troncos de árbol y la paciencia de un cura. Torres hojea una revista vieja, el tipo de basura que nadie se atreve a tirar y que todos miramos por encima cuando el aburrimiento es extremo. Jeff me lanza una mirada de reojo desde el sofá, donde limpia su casco con más dedicación de la necesaria.

El silencio me pone nervioso y solo lo rompe el goteo persistente de una cafetera a medio vaciar.

—Estás insoportable —dice Torres sin apartar la vista de las páginas—. Si no vas a hablar, por lo menos deja de masticarte la mandíbula.

Me callo y sigo a lo mío, que es prácticamente… nada.

Me siento como un lobo enjaulado en la estación, sin tener nada que hacer. Limpiando por enésima vez el interior del camión, tan solo para mantener las manos ocupadas, porque la mente no puedo. Necesito algo de acción pero justo ahora, Nueva York está en calma. Se nota que estamos a punto de entrar de lleno en la Navidad.

En un momento dado, Torres hace una broma estúpida sobre que alguien anda con el palo metido en el culo. Se refiere a mí, claro. Nadie se ríe porque todos me conocen. Mucho mejor que Torres, que es nuevo, y saben que con poco voy.

Entonces… exploto.

—¿Por qué no te callas un puto segundo, Torres? —le suelto, girándome hacia él como si hubiera esperado la excusa para estallar.

Torres levanta las manos, sorprendido pero no intimidado.

—Relájate, Harris. Solo era una broma.

Jeff se mete en medio antes de que me abalance sobre él. Sabe que soy capaz de hacerlo.

—Ya está, tío. Para. ¿Qué te pasa?

Lo ignoro y camino hacia los vestuarios, pero él me sigue. Siempre lo hace.

—¿Es por ella?

Me detengo en seco.

—¿Quién? No sé de qué me hablas, Jeff.

—¿Por quién va a ser? —me dice como si fuera lo más evidente —. Por Sarah, la enfermera. La que no nombras pero llevas tatuada en la cara desde hace semanas. Por la que vas a urgencias por una mierda de corte, cuando antes teníamos que llevarte al hospital a la fuerza cuando te desangrabas —me dice de un tirón—. Esa enfermera.

No respondo.

Jeff se apoya contra la taquilla, cruzado de brazos. No me ataca. Solo espera.

—¿Qué has hecho ahora, Dylan? —insiste.

—No he hecho nada. Y no quiero hablar de ello —sentencio.

En otro momento, Jeff me habría dejado en paz. Me conoce demasiado tiempo y sabe cuándo aflojar y parar. Confía en mí plenamente. Tanto que pone su vida en mis manos más veces de las que recuerdo, pero ahora es distinto.

—Te voy a decir una cosa, amigo —Se planta delante de mí y me apunta con el dedo. Justo en medio del pecho—. Sé que hablaste con Natalie cuando viniste a cenar a casa.

Hace una pausa, como esperando que le confirme lo que ya sabe, pero yo solo tomo aire y asiento. Intuyo lo que me va a decir.

—Antes de nada, déjame decirte que te quiero. Eres mi amigo y confío en ti cuando entramos en el infierno. Eres con el único que me siento seguro allí. Pero… —Lo veo tragar saliva y sus ojos se humedecen—. Voy a ser padre, Dylan. Natalie está embarazada.

De pronto me invade una sensación extraña. No es envidia, pero la pena me atraviesa de un costado a otro. Eso es lo que seguramente tendríamos Marion y yo si ella no…

El nudo en la garganta me quiebra. Me rompe por completo, una vez más. Tendría que decirle algo a Jeff. Darle la enhorabuena, abrazarlo. Asegurarle que todo va a ir bien y que contará conmigo para lo que sea necesario. Es lo que diría un buen amigo.

—Sé que Natalie te preguntó y te dijo que queríamos dar ese paso, ser padres —sigue contándome—, lo que ni ella misma sabía en ese momento es que ya estaba embarazada.

—Es genial, Jeff —digo inexpresivo—, me alegro un montón por los dos.

Y es verdad, aunque en estos momentos sea incapaz de expresarlo como merece.

—Gracias —me contesta. En su mirada veo temor mezclado con algo parecido a la esperanza—, pero tienes que entender una cosa. Esto le da un giro total a mi vida. Llevo todas estas noches sin poder quitármelo de la cabeza. Te necesito, amigo. Necesito saber que puedo contar contigo y necesito que te centres de una puta vez.

—Lo haré —le digo sin demasiada convicción.

Jeff me mira pero yo soy incapaz de levantar la cabeza. Me quedo observando un punto fijo en el suelo.

Estamos unos segundos callados, asimilando nuestras últimas palabras.

—Esa enfermera, Sarah… —dice dándole un giro a la conversación—, parece buena chica.

—Lo es.

—¿Entonces qué coño te pasa? —me pregunta indignado— ¿Sabes? Creo que si a Natalie le pasara algo, yo también me volvería loco. Así que te entiendo, Dylan. Pero ya han pasado tres años. No puedes estar siempre así. No te digo que la olvides, pero…

—No sigas, ¿vale? —le interrumpo—. Tú no lo entiendes.

—Puede que no, pero mi mujer necesita que estés ahí fuera para mí. Yo necesito que te perdones lo que necesites perdonarte y comiences a tener ganas de volver a vivir.

Cojo aire e intento recomponerme. Sé que tiene razón y reconozco que no estoy poniendo interés.

—Lo haré, Jeff —le digo con sinceridad esta vez—. Te lo prometo.

—De acuerdo. Porque mi hijo o hija necesitará a su tío.

—Tú yo no somos hermanos. No seré…

—Cállate, imbécil —dice dándome una colleja—. No me estropees el momento.

Brooklyn está decorado como una puta postal.

Falta todavía una semana para Navidad y todo parece una competencia absurda por ver quién pone más luces, quién cuelga más mierda brillante en las ventanas y quién convierte su casa en una versión low cost del Polo Norte. Hay renos de alambre con luces que centellean, muñecos de nieve inflables con caras felices y guirnaldas enredadas en los porches como si intentaran sujetar los recuerdos que se escapan cada diciembre.

Hay música saliendo de algún sitio —un villancico viejo, uno de esos que todos conocen pero nadie escucha de verdad— y la gente parece contenta. Se ríen, arrastran bolsas de regalo, cuelgan coronas en las puertas. Me pregunto qué se debe sentir siendo uno de ellos. Querer colgar algo, ponerle color a las paredes, hacer planes de futuro.

Las luces. Las sonrisas. La idea de que hay algo en este mes que merece ser celebrado. Para mí, diciembre es el mes de las pérdidas. De las cosas que no vuelven. De las personas que ya no están. Me saca lo peor y me convierte en un ser más miserable que el resto del año, si eso es posible.

No tengo un árbol y todavía no he ido a comprar los regalos de este año. Me estoy quedando sin tiempo y al menos Tania se merece esa muñeca que me dijo que iba a pedirle a Papá Noel. Pero no tengo ganas de brindar ni de mirar atrás con gratitud. Tengo rabia. Y

miedo. Y una soledad que no se cura con chocolate caliente ni con cenas familiares y calcetines en la chimenea.

Aparco la moto en la esquina del edificio de Sarah, justo bajo la farola que parpadea como si estuviera mandando señales en morse al espacio.

Levanto la mirada hacia su ventana y está oscura.

Un alivio extraño y amargo me recorre el cuerpo. Tal vez no esté. Tal vez se encuentre en el hospital, trabajando. Hace ya una semana que no hablamos, que no le escribo, ni ella a mí. También hace una semana que no le pregunto a Dwayne por cómo tiene los turnos.

Pero entonces, justo cuando me convenzo de largarme, aparece un resplandor breve, como si alguien hubiese encendido una luz y luego la hubiese apagado. Me quedo quieto, clavado en el sitio, intentando ver algo a través de las cortinas. Y ahí están.

Dos siluetas pasan por delante de su ventana. No reconozco a nadie, no puedo hacerlo desde mi posición. Aunque las cortinas no sean gruesas, solo veo dos figuras desenfocadas, sombras que se mueven sin ningún tipo de orden, pero algo en mi pecho se encoge de golpe.

He estado a punto de volver a caer en la tentación de escribirle. Podría haberle mandado un: «¿Dónde estás?”, pero esta vez, su respuesta no me habría gustado, lo sé. Pero además, ahora sé que no está sola y no me va a invitar a subir.

Trago saliva. Vuelvo a mirar hacia arriba y se me encoge el corazón de nuevo. Esta vez siento un pellizco, como si fuera un muñeco y alguien me clavara agujas a distancia.

Las luces en esa ventana, su ventana, vuelven a encenderse y apagarse. Pero esta vez son de colores. Y caigo en la cuenta.

Está adornando un árbol o colocando guirnaldas por el apartamento.

Guardo el teléfono y me lo meto en el bolsillo como si quemara.

Aprieto los dientes. Mis nudillos blancos, cerrados alrededor del casco mientras observo esas dos siluetas moverse por el salón. ¿Será el tipo con el que estaba viendo una película?

Me apoyo contra la moto y respiro hondo para calmar la ansiedad que empiezo a sentir. Me froto los ojos con la palma, como si pudiera borrar lo que estoy viendo e imagino. Pero aquí sigo, frente a su puerta, como un acosador acechando a su víctima.

No me debería doler. Pero me duele.

Jeff tiene razón. No soy yo mismo. No desde que ella entró como un incendio silencioso. No desde que dejó de ser solo sexo y se volvió todo lo demás que me niego a nombrar y a aceptar. Me está reventando por dentro. Porque la quiero cerca, pero no sé cómo acercarme y hacer que se quede, sin arrastrarla.

Porque yo no encajo en este cuadro navideño de luces cálidas y sonrisas con bufanda y exceso de dulces. No soy el chico que espera en el aeropuerto con un cartel y un regalo para la chica que vuelve de su ciudad tras las Pascuas.

Soy el incendio.

El que arrasa.

El que llega sin avisar y deja todo hecho cenizas.

Y lo peor es que empiezo a preguntarme si ya no sé o no soy capaz de ser otra cosa.

Capítulo 24

Sarah

Todo mi apartamento huele a canela. No es algo planeado, solo una casualidad. Jeremy trajo una vela aromática en forma de regalo y ahora mi pequeño salón parece un catálogo de diciembre. Nunca he decorado para Navidad. En Ohio lo hacía mi madre, y desde que llegué a Nueva York, ni se me había pasado por la cabeza hacerlo. La Navidad no me trae calor, me trae nostalgia. Además, tampoco tengo planes de pasar muchos días aquí y me supone demasiado esfuerzo y tiempo decorar mi apartamento para apenas disfrutarlo y luego tener que guardarlo todo de nuevo.

Pero Jeremy… Él ama la Navidad. Y tiene un exceso de decoración como si lo hubiera heredado de una madre con complejo de duende navideño. Me lo dijo sonriendo, mientras abría una caja llena de luces y pequeños adornos. "Tengo demasiados. Me ofrezco como voluntario para salvar tu apartamento de su miseria antinavideña, Grinch".

Ahora está en el pequeño taburete que tengo en la cocina, colgando unas luces blancas alrededor del marco de la ventana. Me pasa una guirnalda y me indica dónde colocarla con un gesto. No sé cómo ha logrado convencerme de esto.

—Estás mejorando —dice, girándose un poco para mirarme—. Aunque no te lo creas, veo mucho talento decorativo escondido debajo de esa fachada de enfermera dura.

—Por favor —respondo, sonriendo apenas—. Estoy a esto de tirarlo todo a la basura. No lo hago porque es tuyo.

Él se ríe y se acerca, arreglando un ángulo torcido de las luces que he puesto con muy poca gracia.

—¿Ves? Por eso te hacía falta ayuda profesional. Menos mal que nos hemos encontrado.

—Empiezo a pensar que me espías por la mirilla y sales cuando me ves subir. Te haces el encontradizo.

—Mmm, sin comentarios.

La conversación con Jeremy es fácil, fluida y sin dobles sentidos ni intenciones. Nos reímos y me hace sentir cómoda, pero no puedo evitar mirar mi móvil cada dos minutos y mis pensamientos no están enfocados del todo en lo que hacemos.

Nos quedamos un segundo en silencio, los dos mirando por la ventana. La calle de abajo está iluminada y una farola parpadea nerviosa, como si estuviera decidiendo si marcharse o quedarse. Algunos vecinos también se han unido a la fiebre de las luces. Hay un ambiente cálido, casi cinematográfico. Podría ser una escena de cualquier comedia romántica navideña. Pero no lo es. Porque no puedo dejar de pensar en otra cosa.

En otra persona.

Jeremy me observa, y lo nota. Hay una calma en él que me recuerda a las casas seguras. Y una curiosidad que no ha verbalizado todavía, pero que flota entre nosotros desde hace días. Hasta que decide romperla.

—¿Estás bien, Sarah?

Asiento, aunque no es verdad y soy consciente de que hasta un ciego podría verlo en mis ojos.

—Estoy… bien, sí —respondo.

—¿Y esa mirada perdida tiene que ver con el tipo de la otra noche?

Mi estómago se contrae.

—¿Dylan?

—No sé su nombre. Yo me refiero al tipo que apareció en mitad de la cena y no dijo ni una palabra antes de irse. El que parecía querer arrancarme la cabeza con solo mirarme.

Trato de no reír, pero mi cuerpo traiciona mi tensión con una sonrisa nerviosa.

—No es lo que crees.

—¿No? —me pregunta ladeando la cabeza—. ¿Entonces qué es?

Lo miro. Jeremy no es tonto. Y yo no soy buena mintiendo.

—Es… complicado.

—¿Y vale la pena?

Esa pregunta queda suspendida entre nosotros porque yo no tengo respuesta.

Los fluorescentes del hospital zumban con su monotonía habitual mientras recorro el pasillo con una carpeta en la mano y el alma arrastrando los pies. La Navidad se cuela incluso aquí dentro: una guirnalda descolorida cuelga torcida en la puerta del quirófano y alguien ha dejado una caja de dulces en la sala de descanso. Pero no hay magia entre estas paredes, solo turnos dobles, ojos cansados y pacientes que no tienen con quién pasar las fiestas.

Lydia me espera en el control de enfermería. Apoya el codo sobre la mesa y garabatea distraídamente sobre un papel de notas. Cuando me ve, alza la mirada y entorna los ojos como si pudiera leer en mí todo lo que trato de ocultar.

—Estás más callada de lo normal —dice sin rodeos, cruzándose de brazos—. Y eso en ti ya es decir mucho.

Le lanzo una media sonrisa, sin fuerza.

—Estoy cansada —miento con poco esfuerzo porque, al fin y al cabo, también es verdad.

Pero Lydia no se lo traga. Ni lo intenta.

—¿Dylan?

No respondo. No hace falta. El silencio y la mueca en mi boca me delatan.

Lydia suspira, deja el bolígrafo a un lado y me mira con esa mezcla de ternura y pragmatismo que solo ella sabe manejar.

—¿Te ha hecho daño?

—¿Qué? ¡No! … bueno, sí No sé. —Me dejo caer en la silla de al lado y me tapo la cara con las manos—. Es complicado.

—Siempre lo es con los que valen la pena. Y con los que no la valen, también. Mucho más. Complicado es el apellido de la mayoría de los hombres que conozco.

Nos quedamos en silencio un momento, viendo pasar a un residente que tropieza con un carrito de material y maldice en voz baja. Luego Lydia se vuelve hacia mí y, con un brillo distinto en los ojos, cambia de tema.

—¿Sabes qué? He estado pensando seriamente en irme de Nueva York.

Parpadeo y me giro hacia ella sorprendida.

—¿Cómo? ¿De verdad?

Asiente, más seria de lo habitual. Parece estar llena de dudas y aun así decidida a dar ese paso.

—Un amigo de la universidad, Luke… ¿Te he hablado alguna vez de él? —Yo niego con la cabeza y ella continúa—. Vive en Los Ángeles. Trabaja en una clínica privada de cirugía estética que parece sacada de un maldito reality de ricos coleccionistas de

traumas. Me ha hablado de otra clínica en la que buscan enfermeras y que pagan una barbaridad.

—¿Y lo estás considerando? Los Ángeles está en la otra punta del país… Eso es muy lejos.

—Bueno… por ahora solo me estoy informando. —Me sonríe de lado—. Tú sabes cómo soy. No tengo a nadie aquí. Mi familia está en Texas y los hombres de esta ciudad son como taxis a las tres de la mañana: todos ocupados o averiados o peor, con un psicópata dentro.

Me río, por primera vez en todo el día.

—¿Y estás pensando en cambiar la adrenalina de las urgencias por bisturís, liposucciones y narices nuevas?

—Ese es otro de los motivos por los que lo estoy meditando. Será otro mundo, pero… creo que necesito aprender a respirar en un lugar diferente. Ya no siento que este sea mi sitio. ¿Me entiendes?

La forma en que lo dice me toca algo dentro. Porque la entiendo mejor de lo que piensa. Conozco a la perfección esa sensación. La de querer escapar. Cambiar de aires. Encontrarte lejos de todo lo que te recuerda a lo que ya no quieres ser.

—¿Cuándo tomarás una decisión?

—Después de las fiestas, supongo. Pero si se confirma lo del puesto, probablemente me vaya en enero. Como muy tarde febrero.

Me deja en shock. Lydia ha sido, desde que llegué, mi única amiga aquí.

—Te voy a echar de menos si al final te marchas.

—Y yo a ti, idiota —responde, tirándome un boli que rebota en mi hombro—. Pero hey… te dije que quería empezar a tomar decisiones por mí misma. Esta es una de esas.

La observo un momento, admirando su valor. Quizá lo que a mí me falta.

—¿Y ese tal Luke? ¿Es algo más que un amigo?

—No —dice riéndose y atragantándose con el café. Tose un par de veces y continúa —Luke es gay. Pero es familia, de la buena. Y, si al final me voy, me quedaré con él hasta encontrar algún sitio donde vivir. Ya me ha ofrecido su sofá y una lista de los mejores bares de la ciudad. Es interminable.

—Suena a un buen amigo.

—Lo es. —Se pone en pie, como si con esa conversación se hubiera quitado un peso de encima—. Y, además, me ha dicho que si trabajo allí… voy a tener que aprender desde cero. «Vas a aprender», me dijo. Así, con tono de amenaza. Casi me convence del todo.

Sonrío, notando cómo se enciende algo nuevo en ella. La promesa de un futuro diferente.

—Pues si lo haces… más te vale que me invites a Los Ángeles. Aunque sea para hacerme algún retoque.

—Yo te consigo un 2x1 en aumento de pecho —responde Lydia, guiñándome un ojo—. O mejor, te consigo un cirujano sexy. Uno que te desbarate de verdad. No como ese pirómano emocional que tienes entre ceja y ceja.

Me echo a reír. Me hacía falta. Aunque el nudo en el pecho no afloja del todo.

—Mis tetas son estupendas, pero pensaré en algo que puedas hacerme.

Lydia se aleja, con su coleta alta y esa forma suya de caminar como si el mundo tuviera que adaptarse a ella. Y, quizá, por primera vez, de verdad lo haga.

La sala de descanso de mi planta se ha vaciado y me sirvo mi tercer café recalentado. Son más de las once de la noche y la máquina de snacks ya ha sido saqueada por tercera vez. Me dejo

caer en el sofá con la taza entre las manos y la sensación de estar hecha polvo por dentro. Por fuera también, probablemente.

—¿Y esa cara? —La voz llega desde la puerta. La reconozco incluso antes de alzar la vista.

Russell. El residente joven y guapo, el típico que sabe que lo es. Lleva la bata medio abierta, como si fuese un uniforme de pasarela y una sonrisa torcida que parece entrenada frente al espejo.

—¿Qué cara? —pregunto sin ganas.

—Esa mezcla entre «acabo de perder a mi gato» y «quiero que explote el hospital para no tener que hacer otra guardia».

—Más lo segundo —respondo, aunque no sonría.

Él se acerca, se sirve un café y se apoya en la mesa como si estuviéramos en una escena de Anatomía de Grey.

—¿Sabes que podrías hablar conmigo si quisieras, verdad? —dice, bajando la voz, como si eso le diera más intensidad.

—¿Y qué te hace pensar que de todas las personas de este hospital, querría hablar contigo? —pregunto, alzando una ceja.

Apenas conozco a Russell, excepto el par de veces que hemos hablado en los pasillos, y aquella noche en el Brewery. Me sorprende que me diga eso.

—*Touché*. —Ríe—. Solo intentaba ser amable. O encantador. O ambas cosas tal vez.

Me encojo de hombros.

—Pues gracias. Es un detalle por tu parte.

—¿Y si te invito a cenar algún día que no estés de guardia? Prometo llevarte a un sitio con buena comida, buena música y no hablar de nada relacionado con el hospital y las urgencias.

Lo miro desconcertada. Russell es el tipo de hombre que muchas mujeres elegirían sin pensarlo. Tiene el encanto fácil de los que no han tenido que luchar demasiado por nada. Además, parece realmente interesado en mí. Y, sin embargo, no me provoca ni lo más mínimo.

—Eres muy amable, de verdad. Pero no estoy disponible.

Él ladea la cabeza, fingiendo sorpresa.

—¿Tienes novio?

—No. Pero tampoco estoy buscando uno.

—Vaya. —Hace una pausa y luego lanza el dardo—. ¿Tiene algo que ver con el bombero amargado que marcó territorio el otro día en el Brewery?

Levanto la mirada. Sus ojos están afilados y yo finjo no saber de quién habla.

—¿Dylan?

—Sí, ese. El que mira como si estuviera evaluando cuánta gasolina necesitaría para hacer arder a la gente que no le gusta —me indica—. El que te reclamó como suya sin darme ni una oportunidad.

—Yo no pertenezco a nadie, Russell. Estamos en el siglo XXI. —Intento parecer más segura de esas palabras de lo que estoy realmente.

Russell se cruza de brazos.

—No pareces del tipo de chica que se engancha a las causas perdidas. Aunque, ahora que lo pienso, la intensidad parece atraerte.

—No es asunto tuyo. —La voz me sale más fría de lo que pretendía, pero el comentario me ha tocado las narices.

Él alza las manos, teatral.

—Oye, solo era una apreciación —dice a modo de disculpa vacía—. Pero si alguna vez te cansas de los tipos rotos que solo saben complicarte la vida, ya sabes dónde encontrarme.

—Gracias por la oferta. Lo tendré en cuenta.

Se marcha un minuto después, dejándome a solas con el zumbido de las máquinas y las ganas de haberle arrojado gel hidroalcohólico a los ojos.

Dylan. Siempre Dylan. Incluso cuando no está, su sombra es lo bastante grande como para espantar a cualquier otra posibilidad.

Unos pasos suaves me sacan del pensamiento y Lydia aparece con una chocolatina en la mano y un gesto inquisitivo.

—¿Qué quería el pavo real? —pregunta, sentándose a mi lado.

—Invitarme a cenar.

—¿Y?

—Lo he rechazado.

—¿Porque no te gusta o porque todavía tienes esperanzas de que el bombero te invite a una barbacoa?

La miro entrecerrando los ojos.

—No tiene gracia.

Ella abre la chocolatina, da un mordisco y habla con la boca medio llena:

—Te lo dije. Los hombres de esta ciudad están averiados.

—O rotos —añado.

—O son unos auténticos capullos.

—A veces, todo a la vez —confirmo dándole la razón.

Reímos. Es un sonido breve, seco, que sabe más a resignación que a alegría.

—¿Y si tiene razón? —pregunto en voz baja—. ¿Y si me estoy aferrando a alguien que nunca va a poder darme lo que necesito?

Lydia se gira y me mira con una seriedad extraña.

—Creía que no necesitabas nada.

—Todo el mundo necesitamos algo —le contesto cambiando radicalmente mi expresión—. Nos vamos de un lugar porque buscamos eso que no hemos encontrado allí de donde venimos.

Nos quedamos en silencio. Cada una con sus propias circunstancias, tenemos más en común de lo que pensábamos. Yo solo sé que, a veces, el corazón se engancha a quien le da más fuego, aunque solo sirva para quemarnos.

—Tienes razón, yo me voy a Los Ángeles para eso, precisamente —responde, encogiéndose de hombros—. No sé si por necesidad o buscando algo que no encuentro aquí.

—¿Crees que lo encontrarás en Los Ángeles? —le pregunto, aunque en realidad es más una pregunta para ambas, pero no me quiero poner demasiado profunda. Y tampoco quiero plantearme si en realidad estoy buscando algo como Dylan.

—No pierdo nada intentándolo. Además… —añade con una sonrisa pícara— ¡Es California! Playas, famosos, Hollywood…

—Tienes razón, con sol, todo se lleva mejor.

Capítulo 25

Dylan

Subo las escaleras con los nudillos entumecidos por el frío y el pecho tan tenso que me cuesta respirar. Mi calle también está decorada como un maldito cuento navideño: luces blancas en las rejas, coronas en las puertas, olor a pino. Y, sin embargo, cada casa iluminada me recuerda todo lo que nunca voy a tener.

Abro la puerta de mi apartamento y me recibe el silencio, el que siempre está.

Dejo las llaves en el cuenco de cerámica que hizo Marion en un curso de alfarería al que se apuntó y al que nunca más volvió a pesar de pasarse meses diciéndome que era su vocación. Lleva años ahí, con una pequeña grieta que nunca supe si fue culpa mía cuando se me cayó el primer día o ya venía así del horno donde lo cocieron. Me deshago de la chaqueta y la tiro al sofá sin mirar. Todo sigue donde siempre: la manta gris doblada con precisión militar, la estantería con mis libros deprimentes sobre incendios y primeros auxilios, las fotos viejas que no me atrevo a quitar.

Una de ellas está enmarcada sobre la cómoda del pasillo. Marion y yo, mojados, sonriendo después de una tormenta de verano en Coney Island. Su pelo enredado, mis ojos achinados por la risa. La apoyé ahí hace años pero nunca la colgué. Siempre pensé que un día la guardaría… pero nunca lo hice.

Camino hacia la cocina. Abro la nevera y al mirar dentro recuerdo que hace más de dos días que no hago la compra. Solo hay cerveza, salsa picante, unos yogures que seguramente habrán caducado hace días y un *tupper* olvidado en el fondo que probablemente podría demandarme por negligencia sanitaria.

Cierro con desgana. En realidad no tengo hambre ni tampoco sed. Lo que tengo es ese maldito hueco en el pecho que no se llena con nada.

Apoyo las manos en la encimera. Inclino la cabeza y me obligo a respirar profundamente usando las técnicas que me enseñó Helena. Aunque en realidad nunca he conseguido calmarme de esa manera. Ni de ninguna otra.

La imagen de Sarah y ese «alguien» junto a la ventana no me abandona. Las luces navideñas recortaban su silueta, como si el mundo se empeñara en hacerla más irreal, más lejana. Y el tipo que estaba con ella…

Tampoco sé si era un hombre o una mujer, quizás era Lydia, pero mi sensación es que se trataba del mismo tipo que me abrió la puerta aquella noche. El que estaba viendo una película con ella, compartiendo una pizza. Como en una cita. Algo que yo ya ni recuerdo cómo se hace.

Parecía el tipo de chico que la puede hacer reír, que pone adornos en las ventanas y le prepara la cena. El que se queda a dormir después de hacer el amor. Ese tipo.

Aprieto la mandíbula. Me duele más de lo que debería.

Me arrastro hasta el sofá y enciendo la lámpara de pie. La luz cálida baña el rincón donde aún están algunas cosas suyas. De Marion. Su bufanda doblada dentro de una caja de cartón. Un libro de Sylvia Plath con subrayados. La funda de sus gafas que siempre perdía y yo encontraba. Todas estas cosas que me prometí guardarlas hasta que pudiera entregárselas a su madre. Pero nunca supe cómo llamarla ni tuve el valor de acercarme a su casa. Hasta que dejó de tener sentido y ella dejó de pedírmelas.

Mañana es mi cumpleaños. Y el día que la perdí. Es irónico cómo la vida me recuerda todos los años que seguir aquí tiene un precio. Uno demasiado alto.

Cierro los ojos. Me dejo caer hacia atrás con la cabeza recostada y las piernas abiertas. Siento que algo dentro de mí está al borde de romperse. Pero no lo hace. Al menos todavía no.

Y sin embargo, por primera vez en mucho tiempo, no es ella lo que más pesa en el fondo de mi alma.

Es Sarah.

Su risa. Sus labios hinchados después de morderlos. Su voz, pidiéndome más. Su maldito calor y el olor de su pelo. Su cuerpo debajo del mío.

Saco el móvil y tengo un mensaje de mi madre pidiéndome que vaya mañana a casa. A la suya, claro.

Otro es de Erin: «No pienses en apagar el móvil mañana, imbécil. Tania quiere cantarte el cumpleaños feliz. Así que te jodes».

Jeff me ha mandado un sticker de un bombero sexy con tarta. Es idiota, pero al menos me hace sonreír.

Apago el teléfono y lo dejo en la mesa.

Ya es casi medianoche.

Mañana cumpliré treinta y tres.

Me despierta el sol filtrándose entre las persianas a medio cerrar. La garganta me arde como si hubiera estado tragando clavos toda la noche. Me incorporo en la cama y me paso la mano por la cara. Tengo la barba más áspera que de costumbre. Hace días que no me afeito y el cuerpo me duele, aunque no haya hecho nada más que existir.

Es veinte de diciembre. Treinta y tres. Me lo repito en la cabeza como si al decirlo pudiera convencerme de que es un día más. Pero no lo es y no lo será nunca.

Enciendo el móvil y encuentro dos llamadas perdidas de Erin y un audio de Tania cantando el cumpleaños feliz con más entusiasmo que afinación. Me hace sonreír, pero solo un poco. Luego me llega un mensaje de Jeff:

«Feliz cumple, cabrón. Esta noche te emborracho. No discutas».

Estoy a punto de contestar cuando la pantalla se ilumina con un número que no tengo guardado, pero reconozco al instante.

Respiro hondo antes de deslizar el dedo.

—¿Dylan?

La voz de Meredith, la madre de Marion, suena exactamente como la recuerdo. Firme, cálida y serena. Con ese deje que mezcla ternura y un tipo de fuerza que no se puede aprender. Hace exactamente 365 días que no la escuchaba.

—Hola, Meredith.

—No quería molestarte —dice—. Solo quería llamarte… para desearte un… ya sabes.

—Gracias —le digo sin más—. No molestas.

El silencio es breve. Ni incómodo ni pesado. Solo… cargado de una emoción contenida y asfixiante. De las que te ponen un nudo en la garganta.

—He pensado mucho en ti —continúa—. Supuse que no te apetecería tener a nadie cerca, pero… quería que supieras que estoy aquí.

Trago saliva y me aprieto el puente de la nariz con los dedos.

—Gracias. De verdad.

—¿Cómo estás este año?

No sé qué responder a eso. Nadie lo pregunta así. Normalmente es «¿Todo va bien?”» o «¿Cómo vas?». Palabras que

no esperan respuesta. Pero ella sí la espera. Quiere saber si lo estoy superando.

—Sobreviviendo, Meredith. Algunos días mejor. Otros… no tanto.

—Eso ya es bastante —dice con un tono esperanzador—. A veces no se puede pedir más, ¿sabes?

Silencio otra vez.

—Yo también lo intento —añade después de unos segundos—. Aunque hay días que me siguen pesando más que otros. Pero ya no… duelen igual. La vida sigue.

Asiento, aunque no me ve.

—No sé si sirve de algo, pero pensé que necesitabas que alguien te lo recordara —me dice—. No estás tan solo como crees.

Me trago las palabras que me vienen a la lengua. Las que me queman.

—Gracias por llamar.

—Claro que sí —responde con suavidad—. No sé si algún día querrás devolverme aquellas cosas que guardaste. O si prefieres quedártelas. Lo dejo en tus manos. Yo… hice las paces con casi todo.

Ese casi se queda flotando en el aire. Ambos sabemos con qué tiene que ver.

—Las tengo cuidadas —le digo—. Como si todavía fueran suyas. Pero sí, podemos quedar un día y te las llevo, si quieres.

—Cuando tú estés listo —responde—. Sé que estarán cuidadas, por eso no me preocupo.

Y entonces, antes de despedirse, suelta algo que me atraviesa sin violencia, pero con precisión quirúrgica.

—Ella te quería, Dylan. De verdad. Y sé que tú a ella, pero me duele no saber nunca nada de ti. Aquí —la voz se le quiebra levemente antes de continuar—… aquí también te queremos. Todos.

Me quedo callado. No tengo fuerzas para decirle que yo también a ellos. A su esposo Miles y a su otra hija, Charlotte. Llevo tres años sin verlos.

—Cuídate —concluye ante mi silencio—, y feliz cumpleaños.

—Gracias —susurro—. Cuídate tú también. Y recuerdos a todos.

Cuelgo y dejo el móvil en la mesilla.

Me quedo ahí unos minutos más, sentado al borde de la cama, mirando un punto cualquiera de la pared. Me duele el pecho pero de una manera distinta.

Después, con una decisión que no consigo entender de dónde sale, me levanto, voy al armario y saco la caja.

Empiezo a meter cosas: la bufanda que le tejió su abuela, la foto de su viaje a Argentina, el libro de poesía, las llaves de casa de sus padres…

Cada cosa que meto en esa caja me quita un peso de encima y, al mismo tiempo, me clava otra astilla directa al corazón.

Hoy no la dejo ir. Solo dejo de aferrarme a lo que nunca fue mío del todo.

No debería estar caminando por Queens a estas horas de la noche, pero tampoco debería seguir pensando en ella como si me perteneciera.

Jeff me quitó las llaves de la moto con esa mirada que solo tienen los amigos que te conocen mejor que tú mismo. Me ha invitado a tres copas en el Brewery, se ha reído de mis muecas, me

ha recordado que la vida sigue y después me ha empujado hacia el metro como si eso pudiera redirigirme.

Pero no tomé el metro. He deambulado hasta que termino en Brooklyn, justo a la altura de su calle.

No sé por qué mis pies me traen hasta aquí. Bueno, sí lo sé, aunque me niego a ponerlo en palabras.

Estoy doblando la esquina cuando lo veo. El tipo de la noche de peli y pizza en el apartamento de Sarah, el que adorna su vida con luces y guirnaldas. El buen chico. Y va directo a su edificio también. ¿Qué cojones?

Va con una bolsa en la mano y cara de que su día ha sido tan normal que no sabría qué hacer en un incendio si lo viera de lejos, menos aún si lo tuviera bajo sus pies.

Nos cruzamos en la acera y desvía la mirada. Él me ha reconocido también pero me ha ignorado. A mí me hierve la sangre en las venas. Ha quedado con Sarah, o ella lo ha invitado de nuevo a su casa.

—¡Hey, tú! —exclamo. No estoy borracho del todo, pero lo suficiente para que se note en el tono de mi voz.

Se queda mirándome con esa mezcla de sorpresa y desconfianza que tienen los tipos que huyen de los conflictos y las peleas.

—Hola… —murmura—. Tú eres el que mordió la porción de pizza… y la dejó en la caja.

Yo sonrío, ladeando la cabeza.

—Exacto. El mismo —respondo haciendo una reverencia—. ¿Te gustan las cosas usadas?

—Perdona… ¿qué has dicho?

Veo como se le tensa la mandíbula y aprieta los puños. Parece demasiado fácil…y lo disfruto.

—Ya sabes… comer donde otro ha comido antes que tú, leer un libro con las páginas dobladas, dormir en sábanas manchadas de… bueno, ya me entiendes.

Él no responde. Solo me mira.

—No te preocupes —añado, dando un paso más cerca—. Cuando acabe con ella te la voy a dejar bien abierta y entrenada. No vas a tener que hacer ningún esfuerzo.

—¿Qué coño dices?

—Digo que deberías darme las gracias —sigo, y noto la adrenalina en el pecho—. La estoy entrenando, ¿sabes? Le estoy enseñando a chuparla como una puta profesional. No tienes ni idea de lo bien que aprende. Es aplicada, obediente y sumisa. Solo hay que saber manejarla.

—Cállate la puta boca —espeta él, rojo de furia.

Yo me río y de mi boca sale un sonido seco, vacío.

—No te pongas así. Las sobras también alimentan. Y yo ya la he probado, entera. Hasta la garganta. Te vas a enamorar de mis restos.

No veo venir el primer puñetazo. Me lo lanza directo a la ceja izquierda y me hace tambalearme hacia atrás.

Me río de nuevo. Con la sangre empezando a gotearme por el rostro. Sorprendentemente no me caigo del todo. Pega duro, aunque necesito algo más que eso para que me derriben.

—¿Eso es todo? —sigo provocándole— ¿No sabes pegar más fuerte?

El tipo vuelve a lanzar otro golpe. Esta vez en el pómulo. No lo esquivo, ni intento bloquearlo. Me lo como entero.

Siento el sabor metálico en la boca. La comisura de mi labio partida. El calor en la mejilla.

—Vamos, campeón —gruño—. Hazlo por ella. Hazlo porque no te atreves a decirle lo que sientes. O porque sabes que, a pesar de todos tus esfuerzos, ella prefiere a alguien como yo. Un cabrón que la hace arder.

Otro puñetazo. Y otro. Me dejo caer de rodillas, respirando por la boca, escupiendo saliva mezclada con sangre y rabia al suelo.

—No vales para esto —digo entre dientes—. Y ella tampoco vale para alguien como tú. Le gustan los incendios, no las velas aromáticas y las luces de Navidad.

Y entonces, el sonido de una puerta. Alguien grita. No entiendo si es Sarah o una vecina o un policía. Las luces se encienden en algún sitio. El chico retrocede, jadeando con las manos en los bolsillos, como si esconderlas pudiera borrar lo que ha hecho.

Yo me quedo ahí, sangrando y sonriendo.

Triunfando en mi derrota.

Capítulo 26

Sarah

Los veo desde la ventana.

Primero los gritos, luego un golpe seco y a continuación un sonido sordo contra el pavimento. Y ahora ahí están, parados en medio de la calle como dos idiotas salidos de una pelea de bar a las diez de la noche. La gente se aparta al verlos y no me extraña. Dylan es fuerte y sus brazos son enormes. Daría miedo a cualquiera. Jeremy, en cambio, es delgado y, hasta ahora, lo consideraba incapaz de matar a una mosca.

Pero ahí está. Golpeando una y otra vez a Dylan, que no parece querer contraatacar. Ni siquiera defenderse.

Me calzo las botas sin pensar y bajo los escalones de dos en dos, con el corazón encogido.

Jeremy está parado de pie con los puños cerrados, la respiración agitada y los hombros tensos. Dylan en el suelo, sangrando por la boca… y riéndose.

—¿Jeremy? —pregunto al llegar. Él me mira con la cara descompuesta, jadeando.

No dice nada. Baja la cabeza, como un niño al que han pillado con las manos en el tarro de las galletas. Arrepintiéndose como el chico bueno que es y sin saber qué contestar.

Dylan, en cambio, sigue ahí, sentado en la acera, escupiendo algo de sangre al suelo. Tiene la ceja partida, el labio hinchado y una sonrisa que me dan ganas de partirle yo misma la otra mitad de la cara.

No digo nada. Solo lo tomo del brazo y lo obligo a levantarse. Él no se resiste. Su cuerpo es pesado, cálido y huele como una destilería.

—Ve a ponerte hielo en la mano —le suelto a Jeremy, sin apenas mirarlo. Él asiente, avergonzado y se marcha sin protestar.

Subo con Dylan en silencio, sujetándolo con firmeza. El maldito ascensor sigue estropeado y ya van dos semanas. Llegamos arriba casi sin respiración.

Lo llevo al baño y le hago sentarse en la taza del water. La sangre le cae en hilos finos por la barbilla. Su camiseta negra está sucia y arrugada. Tiene la piel ardiendo bajo mis dedos.

Empapo una gasa y comienzo a limpiarlo con cuidado. Él me observa, pero no dice nada. No hace falta.

—¿Sabes que eres imbécil, no? —le pregunto mientras aprieto un poco más de lo necesario la gasa sobre su rostro— ¿Qué coño haces pegándote con Jeremy? ¿Es que acaso tenéis quince años?

Una risa suave le tiembla en el pecho.

—Jeremy, ¿eh?… Ni siquiera sabía cómo se llamaba —dice, como si fuera un dato menor.

—No importa cómo se llame. Lo que importa aquí es que podríais haberos metido en un lío. Los vecinos han estado a punto de llamar a la policía.

Sigo empapando gasas en su ceja, que empieza a dejar de sangrar. No necesitará puntos. Su labio, en cambio, está partido y tengo que presionar para intentar parar la hemorragia.

—Le gustas —dice en voz baja.

Cuando le escucho presiono un poco más fuerte sobre su labio. Él cierra los ojos y se traga la queja, pero sé que le he hecho daño y yo me apunto ese pequeño tanto.

—Eso tampoco importa.

Me mira con esos ojos suyos, oscuros, como si leyera algo más debajo de lo que digo. Yo no puedo aguantarle la mirada y giro la cabeza.

—Deberías estar con alguien como él —dice, con voz ronca.

Entonces detengo la mano y lo miro. Ahora, además de cabreada, estoy indignada.

—¿Ah, sí?

Él asiente, despacio y de manera condescendiente.

—Se nota que le importas. Se nota que sería bueno contigo y que te cuidaría.

Le paso la gasa por el borde de la herida con más fuerza de la necesaria. Él apenas se queja esta vez. Casi como si le gustara, pero no sonríe.

—Me fui de Ohio para que nadie más decidiera eso por mí —digo, fría—. Ni mis padres. Ni Julian. Ni tú. Además, no necesito a nadie que me cuide. ¿Está claro?

La gasa cae al lavabo. Me inclino para coger otra, y en ese gesto, él me roza el muslo con los dedos. Es tan solo un roce, pero conozco perfectamente la intención que esconde. Actúa como si no estuviera herido. Como si no acabara de recibir una paliza.

—Lo único que me jode de tener la cara así —murmura subiendo ambas manos por mis piernas— es no poder comerte como mereces ahora mismo.

Cierro los ojos y cojo aire. Un latido se me escapa entre las piernas.

—Eres un cerdo.

—Pero te gusto.

Su mano sube un poco más, buscando piel. Metiéndose por debajo de mi camiseta y acariciando mi espalda. Me pone la piel de

gallina.

—Ni se te ocurra —le advierto.

—Solo un beso. De esos lentos. De los que te dejan sin aire y que sé que te encantan.

—Estás sangrando.

—Más razón para curarme con tu boca.

Niego con la cabeza. Pero mis piernas no se apartan.

—No voy a acostarme contigo, Dylan. Así que ni lo intentes.

—No necesito que nos acostemos. No puedo besarte, pero puedo tocarte como sé que te gusta. No necesito mis labios para hacerte arder. Ya lo he conseguido solo con mis dedos.

Me detengo y lo miro. Es arrogante pero muy guapo y es consciente del poder que tiene sobre mí. Pero también es estúpidamente vulnerable aunque no quiera parecerlo. En este baño, con la luz amarilla y las paredes empañadas, parece otra persona. O la misma de siempre, pero sin defensas.

—Además —dice de repente, con la voz más baja—, hoy es mi cumpleaños.

Lo miro, sorprendida. No lo sabía. Por supuesto, como no sé nada de su vida. Él se ha empeñado en que sea así.

—Pues felicidades —le contesto más enfadada todavía—. ¿Qué quieres, un polvo como regalo?

—Bueno, el regalo sería para ti —me suelta el cabrón con esa sonrisa de medio lado.

Él es el bombero, pero soy yo la que estoy a punto de entrar en combustión. Me hace arder, sí, de muchas y variadas maneras.

—Tú eres gilipollas —le digo a la cara—. Quédate quieto y aprieta esto en tu labio. A ver si así te callas de una vez. Espérame aquí

Él asiente y le indico que se siente en el sofá. Ya no sonríe, ni dice nada. Solo me sigue con la mirada, como si no entendiera muy bien por qué me voy, pero tampoco tuviera fuerzas para preguntar.

Tomo aire antes de salir. Me duele la cabeza, como si llevara horas conteniendo algo que quiere explotar. Los comentarios de Dylan no me ayudan, claro.

Bajo los escalones con pasos lentos y golpeo suavemente la puerta del segundo piso, el de Jeremy.

Tarda unos segundos en abrir. Cuando lo hace, veo que se ha quitado la sudadera que tenía manchada de sangre. Ahora lleva una camiseta gris, sin mangas, y la mano derecha vendada con una toalla envuelta en hielo. Tiene la mandíbula tensa y los ojos clavados en el suelo.

—¿Puedo pasar? —le pregunto.

Él se aparta en silencio y nos quedamos en medio del salón, de pie, sin sentarnos.

—¿Cómo tienes la mano? —me intereso.

—Pues me palpita y duele. Bastante. —No hay reproche en su voz. Solo fatiga —. Ese tipo tiene la cara muy dura.

—Déjame verla, anda —le pido extendiendo mi mano hacia la suya.

Él duda, pero se quita la toalla. La inflamación ha bajado un poco, pero tiene los nudillos hinchados y amoratados, abiertos por la piel.

—No necesitas puntos —le digo mientras reviso la movilidad de los dedos—. Pero no dejes de ponerte el hielo. Hazlo unos minutos cada hora.

Jeremy solo asiente sin mirarme.

—¿Por qué has bajado? —me pregunta en voz baja.

Levanto la vista. Él me está observando, con esa forma suya de buscar respuestas sin exigirlas.

—Para asegurarme de que estabas bien —respondo—. Esa mano…

—¿Y él? —me interrumpe—. No debí pegarle pero… ¿en serio te gusta ese tío?

No digo nada. Bajo la cabeza y lo escucho resoplar. Deja caer la mano y se da la vuelta, dándome la espalda.

—No soy imbécil, Sarah —continúa—. Aquel día, cuando vino a tu casa… supe enseguida que tenías algo con él.

Se apoya contra la encimera para no mirarme. Pensativo y poniendo distancia.

—Es complicado, Jeremy, él…

—No —interrumpe, sin brusquedad, pero firme—. Déjame hablar esta vez, ¿vale?

Asiento y respiro hondo. Creo que sus palabras van a pesarme más de lo que esperaba antes de bajar.

—He intentado hacerlo bien contigo, ¿sabes? —empieza—. Desde el primer día. He sido amable, paciente, te he escuchado. Te ofrecí ayuda sin pedir nada. He intentado construir algo. Aunque solo fuera una amistad. Aunque no fueras clara con lo que querías.

Sus palabras no duelen. Lo que duele es saber que son ciertas.

—Y aun así —continúa—. Cada vez que me acerqué un paso, tú te alejaste dos. Al principio pensé que era miedo. O que necesitabas tiempo. Pero ahora… ahora empiezo a pensar que no es eso.

Me mira a los ojos.

—Es por él, ¿verdad? —me pregunta.

No le contesto porque creo que conoce la respuesta.

—Ese tío no te trata bien, Sarah —dice, sin rabia, con una tristeza simple—. Lo vi en su cara, en cómo habla de ti. Si hubieras escuchado lo que ha dicho… Te desprecia, te usa. No le importas lo más mínimo. Y tú… sigues ahí.

Quiero defenderme. Quiero explicarle que no es así. Pero no tengo palabras. Porque una parte de mí aún no lo entiende del todo.

—¿Sabes qué es lo jodido? —pregunta él, más para sí mismo que para mí—. Que si me hubieras dicho desde el principio que no, que no había ninguna posibilidad, al menos podría haberlo aceptado.

—Jeremy…

—Solo dímelo. ¿Alguna vez tuve una oportunidad?

No quiero hacerle daño. Pero no puedo mentirle. No después de todo esto.

—No —susurro.

Él cierra los ojos, como si ya lo supiera pero necesitara escucharlo para dejarlo ir.

—Nunca la tuviste —añado. Me cuesta decirlo, pero debo hacerlo bien—. No porque no fueras suficiente. Eres… lo eres. Solo que…

Me abrazo a mí misma, incómoda.

—Lo siento —le digo al fin.

Es lo único que se me ocurre porque no tengo excusa que vaya a servirle.

—No tienes que hacerlo. —Fuerza una sonrisa, con dolor—. Supongo que, a veces, uno solo es la persona que ayuda a otros a ver lo que ya sienten.

Salgo del apartamento con el pecho apretado. Me quedo un segundo apoyada en la puerta, cerrada tras de mí. Escuchando el eco de mis propias decisiones.

Y entonces empiezo a subir. De nuevo hacia él.

Cuando vuelvo al apartamento, la puerta está justo como la dejé: entrecerrada, como si algo pudiera haberse escapado sin hacer ruido. Me asomo despacio.

Dylan está en el sofá, dormido. O algo que se parece a dormir. El torso se le levanta y cae con lentitud, como si cada respiración le costara una decisión.

Tiene una manta a medio caer sobre las piernas. La sangre de la ceja se ha secado, formando una costra oscura contra su piel pálida.

A pesar de los golpes, parece… tranquilo. Casi en paz. Y esa imagen me desconcierta más que cualquier insulto o provocación que haya salido de su boca.

Me acerco sin hacer ruido. Recojo la manta y se la acomodo con cuidado sobre los hombros. Tiene frío. Me doy cuenta por cómo se encoge ligeramente al contacto.

Al inclinarme, veo su rostro más de cerca. Hay algo roto ahí. No solo por la pelea. Hay una tristeza que no se borra con hielo ni puntos de sutura. Una soledad que no se nota hasta que te fijas demasiado.

Me quedo un momento así, de pie junto a él, sin saber qué hacer con este nudo que tengo en el pecho. No es lástima. No es deseo. Es otra cosa. Algo que no quiero nombrar todavía pero que ya imagino.

Pienso en lo que me ha dicho Jeremy. En cómo lo he mirado todo este tiempo, como si estuviera esperando que me convenciera de algo. Quizá le he dado unas esperanzas que ni yo misma me he creído. Nunca ha tenido una oportunidad. No desde que lo conocí.

Dylan se mueve un poco. Un murmullo se escapa de sus labios partidos pero no entiendo lo que dice. Murmura palabras inconexas, sin sentido. Al menos para mí.

Sus cejas se fruncen, como si en sueños aún estuviera luchando. Y, por un segundo, siento que quiero meterme ahí, en su sueño, y decirle que pare. Que ya no hace falta pelear porque yo estoy aquí. Para curar sus heridas.

Sus labios se abren apenas. El suspiro que suelta no es de dolor. Es de cansancio. Como si se hubiera rendido, solo por esta noche.

Y entonces me siento a su lado, en el suelo, con la espalda apoyada contra el sofá. Escucho su respiración y dejo que la mía se acomode a la suya. Me abrazo las rodillas.

Pienso en Julian y en mi hogar en Ohio. Ahora lo siento lejano y pienso en cómo me sentía allí: atrapada, vigilada y dirigida. Y en cómo me siento ahora. Ahora me siento un poco perdida, sí. Pero también libre aunque a veces me duela demasiado.

Luego pienso en Dylan. En cómo me mira, incluso cuando no dice nada. En cómo me toca como si fuera capaz de ver todas las cosas que yo intento esconder.

Y no sé cuánto tiempo pasa. Tal vez minutos o tal vez horas, pero me vencen el cansancio, el silencio y esta extraña paz que nos ha quedado después de esta noche tan agitada.

Me dejo caer a un lado con la cabeza rozando el cojín junto a su pierna y cierro los ojos.

Cuando despierto, todavía está oscuro. Pero no tanto como antes.

El sofá está vacío y Dylan se ha ido. La manta con la que lo cubrí ahora me cubre a mí.

Me levanto con los músculos doloridos de la postura. Cuando miro el reloj me doy cuenta de que he dormido casi dos horas en esta postura.

Dylan no ha dejado ninguna nota. Ningún mensaje. Nada.

Pero se ha llevado algo. Algo que no sé si podrá devolverme.

Capítulo 27

Dylan

El dolor me despierta antes que la luz.

La mandíbula me late, como si tuviera el corazón en la boca y la costilla derecha me arde cada vez que respiro hondo. Algo me cruje en el cuello cuando intento incorporarme, así que decido quedarme quieto.

Cuando enfoco la vista necesito unos segundos para recordar dónde estoy.

El techo blanco, el olor a canela y perfume dulce, la sensación de un sofá demasiado pequeño para alguien como yo, el parpadeo cansino de las guirnaldas que se refleja en las paredes.

Este no es mi apartamento, es el de Sarah.

Mi cuerpo está cubierto por una manta y sé que no fui yo quien me la puse anoche. Me la puso ella.

Me incorporo con esfuerzo, acariciando mi pómulo hinchado y dolorido y sujetando mi costado que me corta el aliento. No de la manera que desearía.

Cuando consigo mantenerme erguido, la veo. Está sentada en el suelo, con la espalda apoyada en los pies del sofá y la cabeza ligeramente inclinada sobre uno de los cojines que abraza de manera adorable. Parece como si se hubiera quedado dormida sin quererlo, vencida por el cansancio después de una guardia interminable. Lo que pasa es que esta vez la guardia era yo.

Mi mirada recorre el resto de la escena en silencio, registrando detalles pequeños. El botiquín medio abierto sobre la mesa. Un vaso

de agua a medias. Una bolsa de hielo deshecha y una gasa ensangrentada. La misma que usó para limpiar mis heridas.

Y luego el gesto más simple y devastador de todos: la forma en que ella se ha quedado junto a mí. No en su cama, ni en su cuarto. Allí mismo, como si no pudiera alejarse del todo. Como si cuidarme, incluso después de todo lo que hice, todavía fuera su manera de querer entenderme.

Me pongo de pie con mucha dificultad, intentando no despertarla. Cada músculo de mi cuerpo protesta y cada paso me lleva más lejos de ella y más cerca de algo que no quiero nombrar.

Me dedico a observarla durante un rato, a observar cómo su pecho sube y baja de manera lenta y calmada. Cómo tiene las manos cruzadas sobre el regazo abrazando el cojín, como si incluso dormida tratara de protegerme.

Podría despertarla y decirle algo. Un gracias, un lo siento o simplemente un tengo que irme. Podría levantarla y llevarla a la cama. Quizás darle un beso tierno en la frente. Pero es demasiado íntimo y yo… no sé si tengo derecho a eso. Ni por ella, ni por mí mismo.

Mucho menos después de las cosas que dije, de la estúpida pelea que provoqué con ese chico. Jeremy es su nombre.

Así que no lo hago. La miro unos minutos más y la tapo con la manta que ella me puso anoche. Luego abro la puerta con suavidad, salgo al pasillo y me voy.

Al día siguiente la cabeza me duele horrores. Me miro al espejo y el reflejo me echa para atrás. El ojo está hinchado, en la ceja empieza a formarse una costra fea y espesa y el labio me escuece hasta para beber agua.

El tema de las costillas no lo llevo mucho mejor. No tengo nada roto, pero el tal Jeremy pegaba duro a pesar de lo delgado que está.

Cuando vaya a casa en Nochebuena, voy a tener que lidiar con muchas preguntas incómodas y miradas inquisitivas. Lo peor será enfrentarme a la enana de mi sobrina. Esa no tendrá ningún reparo en preguntarme directamente.

No está mal como regalo de cumpleaños y recordatorio de ese día de mierda. Que me partan la cara es lo mínimo que me merezco por haber nacido, supongo.

Le doy vueltas al teléfono en mis manos. Tendría que escribirle, al menos para darle las gracias, creo que es lo justo.

Por la tarde, me decido a hacerlo. Solo he tardado veinticuatro horas en mandarle el mensaje.

—Bien, capullo —le digo a la nada y a mí mismo cuando le doy a enviar.

«Gracias por curarme anoche. Y lo siento».

Es corto y concreto. La respuesta de Sarah llega a los pocos minutos y me deja sin aliento.

«Aplícate hielo en la cara al menos tres veces al día. Si te duele, puedes tomar ibuprofeno cada ocho horas con algo de comida. Mantén limpias las heridas, nada de alcohol ni esfuerzos. Y si notas mareos, vómitos o cualquier cosa rara, ve al hospital. No seas cabezón».

«Y descansa. No eres de acero, aunque lo creas».

No parece estar enfadada, así que vuelvo a mandarle otro mensaje.

«Si tienes tiempo, podríamos hablar».

Su respuesta esta vez, tarda mucho más en llegar.

Los tres puntos parpadean y me quedo móvil en mano esperando. Sarah está escribiendo. Me quedo quieto, conteniendo el aire.

Los puntos desaparecen.

Vuelven.

Desaparecen otra vez.

Siento cómo se me aprieta el corazón. Esa duda… ya la conozco. No es indiferencia. Es algo peor: es querer decir algo y no atreverse.

Al cabo de unos minutos, su mensaje llega por fin.

«Estoy en Ohio».

Es una respuesta fría, seca y escueta. Justo lo que siempre le he dicho que me conteste. Que no me cuente su vida, porque no me interesa.

Pero ahora, resulta que quiero saber qué hace. Con quién está aunque no esté conmigo. Si las cenas familiares en su casa son tan caóticas como las mías, si está contenta o aburrida… quiero saber algo más que el color de su ropa interior.

«Disfruta de las Navidades con tu familia».

Ya está, lo he escrito. Se lo he dicho y no me arrepiento. Al menos durante los primeros minutos. Luego, cuando los latidos en mi cara me dejan pensar en algo más que en el dolor, y no me llega una respuesta suya, empiezo a pensar en lo estúpido que soy.

Pasan los días y Sarah sigue en silencio.

Cuando llega el día 24, ya no espero su mensaje mirando impulsivamente el móvil como un puto adolescente.

Conduzco hasta casa de mi madre a las cuatro de la tarde. Erin me ha insistido en que fuera temprano, que no se me ocurra ir a mesa puesta y marcharme antes de las doce.

Cuando entro en casa, el olor a cordero con salsa y a patatas al horno me da la bienvenida al mismo tiempo que mi sobrina Tania.

La enana lleva un jersey de renos estúpido que le sienta de maravilla, no como a su padre, que está completamente ridículo con una versión talla XL del mismo jersey.

—¿Qué te ha pasado en la cara, tío Dylan? —me pregunta cuando me quito las gafas de sol.

Todos se giran a mirarme y levanto las cejas.

—El trabajo —le explico— me choqué con la puerta del camión, renito. Hay que mirar siempre al frente.

La cojo en brazos y le doy una vuelta en el aire ante los ojos asustados de su padre, que se pone blanco como los renos de su jersey. Mi sobrina se ríe a carcajadas y eso es música para mis oídos.

Erin me da un abrazo y susurra en mi cuello para que no nos escuche mamá.

—¿Qué marido celoso te ha reventado la cara?

—Ya no hago eso, hermanita —le respondo guiñando mi ojo sano—. Ya no.

La cara de Erin es un poema. Me mira entre sorprendida y curiosa. Es cierto que mi aspecto es horrible, pero parece ser que mi actitud es mucho mejor que la de nuestro último Acción de Gracias. Mucho mejor que la de estos tres últimos años. Parece ser que ya no parezco un espectro a pesar de mi cara de muerto.

—De acuerdo, Dylan. Estás hecho una mierda, pero al menos sonríes. Ya no recordaba cómo eran tus dientes.

Me río con ganas, y mi madre sale de la cocina con un delantal puesto y una cuchara de madera en cada mano. Me mira como si acabara de ver un fantasma. Creo que la he visto incluso derramar una lágrima.

Por primera vez en mucho tiempo me siento a gusto. No estoy feliz, pero al menos, no soporto sobre mis hombros el peso de la culpa y el remordimiento.

Mi madre no hace preguntas al ver mi pómulo morado y el labio partido. Veo por el rabillo del ojo cómo interroga a Erin con la mirada, pero ella le da un ok silencioso y todos pasan por alto mi cara hecha un cromo dando por buena la excusa del golpe con el camión.

Nadie comenta nada. La televisión está en silencio mientras se reproduce uno de esos especiales navideños lleno de actuaciones grabadas que simulan estar en directo.

Durante la cena, Tania intenta cantar villancicos desafinados mientras su padre le hace los coros con voz grave y fingida. Mi madre pone la fuente de cordero al centro de la mesa, y por primera vez en mucho tiempo, no me pesa sentarme allí.

No hay un vacío como antes.

Mi madre me pregunta si me quedaré a dormir y acepto con convicción y una sonrisa. No por obligación.

Cuando nos despedimos hasta el día siguiente y mi madre se queda dormida en el sofá, le mando un mensaje a Sarah. Solo dos palabras.

«Feliz Navidad».

La voz de Tania retumba por los pasillos como un cohete lanzado al espacio y su pequeño cuerpo salta directamente encima de mí.

—¡Ya es Navidad! ¡Despertad! ¡Papá Noel ha venido!

No me hace falta café para abrir los ojos. Su energía me arrastra fuera de la cama como una corriente.

—Tu sobrina nos ha despertado a las siete de la mañana —me dice mi hermana desde la puerta de mi habitación—. La hemos

aguantado todo lo que hemos podido pero quería saber qué le ha dejado Papá Noel en casa de la abuela.

Bajo las escaleras descalzo. Las luces del árbol parpadean y el salón parece una postal. Harold bosteza desde el sofá con una taza en la mano y el pelo despeinado. Erin se agacha para dejar algo junto al árbol mientras mi madre trae una bandeja con galletas de jengibre. Tania me lanza un calcetín de fieltro que me golpea en el pecho.

—¡Tío Dylan, te han dejado cosas a ti también!

—No puedo creerlo —digo con fingida sorpresa.

Se sienta en el suelo con las piernas cruzadas y empieza a rasgar papel como si fuera una misión de vida o muerte. Ríe y grita cuando descubre la muñeca que había pedido con tanta vehemencia. Nos la enseña a todos y después se dedica a jugar con todos los regalos.

Llega mi turno. Eso al menos me dicen y Erin me acerca un paquete rectangular, envuelto en papel kraft con una cuerda roja. Tiene mi nombre escrito con letra minúscula, casi infantil.

Cuando lo abro es un álbum de fotos. No uno cualquiera. Es de esos que parecen sacados de otra época, con tapas de cuero envejecido y un cierre de correa. Las esquinas están protegidas con metal, y el interior… está casi vacío.

Casi.

Hay cuatro o cinco fotos pegadas en las primeras páginas. Todas recientes. El tercer cumpleaños de Tania, una tarde en el parque con sus padres, Erin y mi madre abrazadas con bufandas ridículas, otra de Tania con mamá en la cocina con la cara llena de harina. Fotos pequeñas, cuadradas, de esas modernas que imitan las Polaroid de antes.

Yo no estoy en ninguna, claro. Porque me he perdido todos estos momentos.

Algo se me agarra al pecho y siento un nudo en la garganta que me impide hasta tragar saliva.

—No sabía si te iba a gustar —dice Erin, mirándome con los brazos cruzados—. Pero pensé que tal vez te vendría bien recordar que aún estás aquí y podríamos empezar a llenarlo.

Saca otro paquete de debajo del árbol y es una cámara de fotos. Yo no tengo nada para ella y hago una mueca.

—No te he comprado nada —le digo en voz baja.

—No importa —Erin hace una pausa y toma aire—. ¿Qué te parece si empiezas a llenar el álbum?

Tania se acerca por detrás y apoya la cabeza en mi brazo.

—Puedes sacarme una foto con mi muñeca, tío.

—Claro que sí, princesa. Poneos delante del árbol

Ella ríe y yo saco la primera foto.

Después de abrir todos los regalos, y cuando todo está en calma, me acerco a Harold, que está medio dormido en el sofá con una taza de café.

—Oye, tío, ¿podrías dejarme el coche un día? ¿Mañana o pasado?

Me mira sorprendido. Siempre voy en moto a todos lados.

—Claro. ¿Puedo preguntarte para qué?

—Tengo que entregar un paquete.

Capítulo 28

Sarah

El ascensor sigue estropeado. Aunque ya me lo advirtió Jeremy desde que me mudé aquí, no deja de ser un fastidio tener que subir cinco pisos andando. Las luces del rellano parpadean como si también ellas hubieran decidido tomarse unas vacaciones. Aprieto las llaves del apartamento en el bolsillo de mi abrigo y me subo un poco más la bufanda. A pesar del vuelo, del taxi desde el JFK y de la nieve mojada que se cuela entre las baldosas de la entrada, lo que más pesa es el regreso en sí. Nueva York me recibe igual que la última vez: con frío y una especie de silencio indiferente.

Subo los peldaños, dispuesta a ignorar los recuerdos que este edificio parece guardar entre sus paredes. Pero cuando doblo la esquina del segundo piso, ahí está Jeremy. Bajando. O subiendo. No lo sé. Se detiene en seco al verme, como si no esperara tropezarse conmigo. Ni yo con él.

—Sarah —dice, con una ligera sonrisa que no le llega a los ojos —. Has vuelto.

—Sí. Acabo de llegar —respondo. La voz me sale más baja de lo que imaginaba—. ¿Y tu mano? ¿Cómo la tienes?

—Ah, bien. —Se la mira con tristeza, como si el recuerdo le doliera más que las heridas en sí.

Hay un silencio incómodo que ninguno se apresura a llenar. No es hostil, pero sí… un poco roto. Como una melodía que conocías de memoria y ahora suena fuera de tono, desafinada.

—Feliz Navidad, por cierto —añade.

Lo dice como si estuviera tachando una formalidad más de una lista y yo le respondo intentando sonar cercana, aunque él suena

lejano.

—Igualmente, Jeremy.

Asiente. Baja la vista a la barandilla. Hace ademán de continuar, pero se detiene un segundo más.

—Espero que haya ido todo bien en Ohio.

No sé si realmente quiere saberlo o si simplemente lo dice por costumbre. Y yo tampoco le doy el beneficio de la duda.

—Sí. Gracias —digo.

Nos cruzamos sin tocarnos. Sin decir nada más. Cuando la puerta de mi apartamento se cierra detrás de mí, me quedo unos segundos apoyada en ella. Como si aún pudiera escuchar sus pasos alejándose.

El silencio me rodea. Lo primero que hago es dejar la maleta junto al sofá sin abrirla. Me quito el abrigo y me lanzo al móvil. La manta con la que le tapé la última vez que estuvo aquí todavía está hecha un ovillo en uno de los brazos del sofá.

Releo nuestros últimos mensajes aunque no haga falta, me los sé de memoria.

El primero fue el 21. El día después de todo.

«Gracias por curarme anoche».

El segundo es el que ya no contesté. De hace dos días.

«Disfruta de las Navidades con tu familia».

Siento algo apretarse en el centro del pecho. No lo reconozco del todo, pero me obliga a sentarme en el sofá y releer los mensajes una y otra vez. Porque él me ha preguntado por mi vida. Por lo que estaba haciendo.

Le escribo sin pensármelo esta vez. Un mensaje corto y conciso.

«Ya estoy de vuelta, por si quieres hablar».

Toco mi cuello justo antes de abrirle. Un gesto estúpido, instintivo. Como si pudiera ordenar desde fuera todo lo que tengo revuelto dentro.

Dylan está ahí. El gorro de lana le cubre parte de la frente y la bufanda va desordenada, colgando a un lado. Trae las manos en los bolsillos y la mirada baja, pero cuando levanta los ojos hacia mí, siento cómo me tiemblan las rodillas.

—Hola —dice, tranquilo.

Le abro más la puerta y se adentra en mi apartamento como si lo hiciera por primera vez. Mira en todas direcciones, como si algo hubiese cambiado en su ausencia. O tal vez sea él el que ya no encaja. Al menos de la misma manera.

Se quita la bufanda, y deja el abrigo en una silla. Yo permanezco de pie, observando. Él también lo hace. Nos estudiamos desde lejos. Pero esta vez no hay sexo como punto de fuga. Al menos no de momento.

—Tienes buena cara —le digo, rompiendo el silencio.

Él gira el rostro hacia mí, ese perfil que aún conserva los rastros de la pelea. Todavía se nota el moretón hasta el pómulo, pero el color ya no es violento. Ahora parece casi parte de él.

—Gracias a ti —responde.

No añade más. Pero sus ojos se clavan en los míos con una mezcla de gratitud y algo más… algo que no sé si quiero definir.

—¿Cómo fue en Ohio? —pregunta.

Me tenso, porque una cosa es mandarme esos mensajes, pero ahora… me está preguntando directamente.

—¿Qué?

—Tu familia. Las navidades. Ya sabes… ¿Estuvo bien?

Me quedo muda. No porque no sepa qué responder, sino porque no esperaba que preguntara. Él, el hombre que me ha repetido hasta la saciedad que no quiere saber nada de mi vida.

—Fue… normal. Mucha comida, discusiones, conversaciones forzadas… lo típico.

Él asiente y sonríe. Y entonces lo veo. Creo que intenta estar de una manera tan diferente que no sé cómo encajarla. No sé si me gusta, si me da miedo o ambas cosas al mismo tiempo.

Voy a decir algo, cualquier cosa, cuando llaman a la puerta.

Me levanto de inmediato, aliviada de al menos tener unos minutos para pensar.

Cuando abro, se congela el aire. Julian está parado en el pasillo. Con un ramo de flores en mano, como si estuviera recién sacado de una película mala de un sábado por la tarde. No tiene sentido y me quedo sin habla.

—Hola —dice con una media sonrisa torcida, esa que siempre ha usado para desarmarme.

—Julian… —reacciono al fin. Mi voz es apenas un hilo.

Y entonces, todo en mi cuerpo entra en modo alerta. Detrás de mí, sé que Dylan se ha acercado. Siento su presencia como una corriente eléctrica a mis espaldas.

—No sabía que tenías visita —dice Julian, mirando por encima de mi hombro y bajando las flores.

—Es… —Y me quedo en blanco. ¿Qué digo? ¿Que es un amigo?

—Dylan —dice él mismo, adelantándose. Le tiende la mano a Julian sin perder la compostura—. Dylan Harris.

Me pongo rígida.

Julian duda, pero finalmente estrecha su mano lanzándome una mirada triste. La situación es tensa y no sé dónde meterme.

—Julian. Encantado.

Entonces Dylan se inclina hacia mí, despacio, y me besa en la mejilla. Un roce simple, pero intencionado. Cargado de algo que no puedo traducir.

—Os dejo solos. Parece que tenéis cosas de qué hablar.

Luego, al oído, en un susurro, me dice:

—Voy a dar una vuelta. Escríbeme cuando termines.

Dos horas después, Julian se ha marchado.

Esta vez creo que del todo y para siempre. Él pertenece a un pasado del que no reniego pero que siento que ya no me pertenece. Julian es Ohio y estaba con esa chica inocente y resignada que no se atrevía a coger las riendas de su propia vida y hacer lo que siempre soñó.

Julian era el novio perfecto para una Sarah Kessler que ya no existe. Que dejó de hacerlo al venir a Nueva York.

Y creo que al final lo ha entendido, y lo más importante: lo ha aceptado.

Quizás tenía que verlo con sus propios ojos, pero al menos, ahora podrá comenzar una nueva vida sin mí.

Cojo el móvil y le escribo. Tal como me ha pedido. Han pasado dos horas y no sé si vendrá pero tecleo el mensaje y le doy a enviar casi sin pensarlo.

«Estoy sola. Color negro».

Dylan no tarda ni diez minutos en tocar a mi puerta.

No dice nada al principio. Lleva el mismo abrigo que antes y el pelo húmedo por la niebla de fuera. Las manos en los bolsillos.

—¿Todo bien? —me pregunta.

La intensidad de su mirada me desarma. Me hace temblar y no puedo esperar.

Me acerco a él y mojo mis labios. Mi boca lo desea tanto que se abre esperándolo.

Siempre es él quien me ha dicho qué hacer, cómo ponerme o cómo tocarme.

Algo ha cambiando entre nosotros, lo sé, pero esto no. En este aspecto todo sigue igual. Me coge de la nuca y me atrae hacia él. Es posesivo, dominante y no da lugar a la improvisación.

Sabe exactamente qué hacer y lo hace.

Sus labios están fríos. El termómetro fuera debe rondar los tres o cuatro grados. La nieve acumulada en las aceras y la niebla espesa le han mojado el cabello.

Suelto un gemido cuando hace chocar nuestras bocas. Cuando su lengua se encuentra con la mía. Sus dedos, enredados en mi pelo marcan el movimiento de mi cabeza. Me acaricia, rasca con sus uñas mi cuero cabelludo y finalmente tira suavemente de mi pelo para dejar mi cuello a su merced. Lo chupa y lo lame como si necesitara beber hasta la última gota de mi sangre.

Su cuerpo me aprisiona contra la pared. A mí me falta el aire.

Baja sus manos y recorre mi cuerpo. Lentamente.

Toca mis pechos, los aprieta por encima de la ropa, y sigue bajando hasta mi culo, que amasa con devoción.

Noto su erección a través de sus pantalones y me mojo más de lo que ya estaba.

Me levanta sin esfuerzo de los muslos para acomodarme en su cintura. Mis piernas rodeándolo mientras él no deja de besar mi cuello y gemir cada vez más fuerte.

Quizás soy yo la que gimo.

Me lleva al dormitorio y me deja con delicadeza en la cama. Me mira desde arriba y empieza a desvestirse. Lo hace lentamente mientras se relame los labios. Arroja su camiseta al suelo y a mí se me hace la boca agua viendo cómo se tensan los músculos de su torso.

Voy a imitarlo pero él me detiene y solo niega con la cabeza. Quiere que lo mire atentamente mientras se desnuda. Y lo hace despacio.

Empieza a quitarse el cinturón y a desabrochar uno a uno los botones de su pantalón. Cuando se queda en calzoncillos, empieza a desvestirme él mismo. Lo hace casi tan lento como se ha desnudado él. Primero me quita la camiseta y se queda mirando unos segundos mi sujetador. Es negro, como le dije en el mensaje. Se acomoda entre mis piernas y me baja el pantalón acariciándome los muslos.

Cuando mete su mano entre mis piernas, tan cerca de donde lo necesito pero sin llegar a tocarme, me estremezco.

—Dylan… —suspiro.

—Tranquila —susurra—. Respira hondo.

Pone su boca entre mis piernas. Por encima de mis bragas, burlándose, desesperándome y mi caderas se levantan buscándolo.

Me sujeta con una mano en mi vientre mientras con la otra me las quita violentamente. Luego me manda. Porque es lo que hace. Tomar lo que es suyo sin tener que pedir permiso.

—No te muevas.

Es muy fácil decirlo para él, pero tremendamente complicado cumplirlo. Sobre todo cuando su lengua recorre toda mi entrada y

me agarra de los muslos hundiéndose en mí. Me chupa cada centímetro como si no existiera ni el hoy ni el mañana y sigue haciendo esa magia con su lengua hasta que me corro contra su boca.

Casi no me deja ni recuperar la respiración cuando sube hasta mi boca y me hace probarme a mí misma en su lengua.

Entonces levanta mis manos sobre mi cabeza y se mete dentro de mí. Estoy tan sensible que noto cada centímetro llenándome. Me embiste con fuerza tocando todos los puntos que no sabía que tuviera dentro. Todavía no me he recuperado del primer orgasmo cuando siento venir en oleadas el segundo.

—Dylan, joder… —acierto a decir— voy a… otra vez…

—Todavía no.

Es una orden. No me lo pide.

Mis gemidos suben de tono, entonces él me sujeta las muñecas con una sola mano y baja la otra para tocar mi clítoris mientras sigue penetrándome con fuerza.

—Ahora.

Una palabra apenas y me deja ir… y él se corre conmigo.

Deja su peso caer sobre mi cuerpo, con el sudor bañando nuestros cuerpos y la respiración completamente agitada. Descansa en mi cuello y siento sus labios dejando un reguero de besos en cada trozo de piel que toca.

Nunca me había besado después del sexo.

Estamos unos minutos en silencio, dejando que nuestros latidos se calmen, que nuestra respiración recupere su ritmo normal.

No sé qué esperar y mucho menos qué decir y el silencio me pesa.

—¿Nos duchamos?

La pregunta me pilla por sorpresa. En realidad, casi no me da tiempo a asimilar lo que acaba de decirme. Me coge en brazos y me lleva desnuda a la ducha.

El agua cae sobre nuestros cuerpos, y él me besa como si quisiera empezar otra ronda.

No sé de dónde saco la iniciativa, ni si a él le va a gustar la idea, pero no lo pienso. Me pongo en cuclillas y empiezo a chupársela. El agua está tibia. Él apoya las dos manos en los azulejos y se deja. Por una vez, no toma la iniciativa y me siento poderosa.

Su erección crece en mi boca en segundos y lo noto estremecerse. Lo veo contenerse y yo me empleo a fondo.

Decir que he aprendido deprisa sería quedarme corta. Es mi segunda vez haciéndolo y por el aumento del volumen de sus gemidos, diría que he alcanzado el nivel experta. Sus movimientos cada vez son más erráticos, relajo mi mandíbula para dejarlo entrar y salir de mi boca a su gusto, hasta que se retira y eyacula sobre mi cuerpo. El agua de la ducha lo limpia todo y él me levanta suavemente de los hombros.

—Joder… —murmura sobre mis labios—. ¿Seguro que no lo habías hecho antes?

—Solo una vez —contesto—. Contigo.

Me besa de nuevo. Otra vez es un beso que no conduce al sexo. Es después. A mí se me aprieta el corazón de nuevo.

—Has aprendido muy deprisa —dice apoyando la cabeza en mi hombro, exhausto.

—He tenido el mejor maestro.

Vuelve a besarme bajo el agua de la ducha. Son besos lentos y cansados. Los ojos se le cierran de manera perezosa.

Los besos continúan mientras nos secamos. Las toallas quedan olvidadas en el suelo del baño y caminamos desnudos a la cama de nuevo.

Es tierno y suave, en comparación con su cuerpo marcado por cicatrices, quemaduras y ese tatuaje con forma de humo que le recorre el costado. No pregunto, porque lo imagino. Quizás algún día él mismo quiera contármelo. Mientras tanto, me abraza. Su pierna enredada entre las mías, sus brazos sujetándome, su nariz pegada a mi cuello.

—¿Puedo quedarme a dormir? —me pregunta en voz baja.

—¿Me lo estás pidiendo de verdad?

—¿Prefieres que te lo ordene? Puedo hacerlo. Puedo hacer lo que tú quieras.

Capítulo 29

Dylan

Helena apenas levanta la mirada del cuaderno cuando entro. No hay abrazo, ni sonrisa forzada. Solo un leve gesto con la cabeza y el silencio de quien sabe esperar.

—La última vez saliste antes de que termináramos —me dice, con voz neutra, sin atisbo de reproche.

Yo solo hago un gesto con la cabeza y me siento. No juego con las manos ni evito el contacto visual. Solo me quedo quieto, como si todo mi cuerpo estuviera en pausa.

—Lo siento. Tuve que procesar muchas cosas —le digo.

Helena cruza las piernas y se apoya en el respaldo.

—¿Y lo has hecho? ¿Procesar todo aquello que te hizo irte de esa manera?

—Lo estoy intentando y creo que… estoy haciendo avances, doctora.

Hay una pausa. El reloj en la pared marca que han pasado veinte segundos. Luego, respiro hondo y continúo.

—Llevé la caja, con las cosas de Marion.

—¿A su madre?

Asiento en silencio. Estoy nervioso y se nota en mis gestos. Sé que Helena puede verlo. Mi lenguaje corporal me delata, pero ella no me mete prisa para continuar. Me deja mi tiempo para que hable a mi ritmo.

—El día después de Navidad —le explico—. Me desperté, salí de casa y fui a la de los padres de Marion. El día anterior le había pedido el coche a Erin. Bueno, a su marido, Harold. No le dije para qué. Solo que lo necesitaba. Fui a casa de Meredith y se la entregué. Con todo; las cartas, las fotos, hasta la bufanda que dejó en mi apartamento el día anterior.

—¿Qué dijo?

—No dijo nada. Solo nos abrazamos y ella lloró. Yo me quedé allí consolándola. No necesitábamos palabras —hago una pausa mientras veo cómo Helena apunta algo en su cuaderno—. Creo que por fin he cerrado ese capítulo.

Luego ella levanta la vista.

—¿Cómo te sentiste?

Hago una mueca que no es sonrisa, pero tampoco es dolor, y me encojo de hombros levemente.

—Como si hubiera enterrado algo que llevaba años llevando a cuestas. No me refiero enterrar a Marion ni tampoco a su recuerdo —le aclaro—. Sino a la culpa. ¿Tiene sentido?

—No lo sé Dylan. ¿Lo tiene para ti?

—Tampoco lo sé, pero es la sensación que se me quedó.

—¿Qué cambió?

Miro hacia la ventana. No hay sol, solo el ambiente gris de Nueva York en diciembre, espeso y frío.

—La mañana de Navidad mi hermana Erin me dio un regalo. Parece ser que se lo había pedido Tania a Papá Noel para mí —le empiezo a contar con una sonrisa tímida—. Era un álbum. Uno de esos de polaroids. Estaba vacío. Solo había unas pocas fotos suyas, de cumpleaños, Halloween… Fotos con mi madre, de momentos familiares… Fechas y lugares en los que no estuve presente, pero

debía estarlo. Y dentro había una nota: Para llenar con nuevos recuerdos.

Helena no dice nada. Solo espera y anota en su cuaderno.

—Me removió algo —continúo—. No sé. Pensé que Marion nunca habría querido verme así. Y yo tampoco quiero estar así. Y entonces, Erin sacó una cámara y me preguntó si quería empezar a llenarlo. Y… no sé. Supongo que fue el momento.

—¿Llenarlo?

—El álbum. Pero creo que también se refería a… mi vida. Al menos así lo entendí yo.

Helena guarda Silencio. Luego anota algo más y cambia ligeramente el tono.

—Dylan, ¿quieres hablarme de ese alguien que has conocido?

Mi cuerpo reacciona, pero ya no me tenso como antes, como en nuestra última sesión. Pensar en ella ha dejado de atormentarme y ahora me reconforta.

—Hay una chica, sí. Se llama Sarah.

—En nuestra última sesión te pregunté si había alguien nuevo en tu vida y si tenía que ver con que fueras menos al cementerio, ¿recuerdas?

—Sí.

—¿Es esta chica?

—Sí, Helena. —Me río—. Ya lo sabes. ¿Por qué preguntas lo evidente?

—Porque quiero que me lo cuentes tú.

Helena no presiona, pero siempre aprieta los botones correctos.

—¿Qué significa para ti? —me insiste.

Me encojo de hombros, pero no desvío la mirada.

—No lo sé aún. Pero… cuando estoy con ella, no siento que me esté ahogando. Es como si el peso sobre mis hombros bajara un poco. No desaparece del todo, pero… respiro mejor.

Helena asiente y no dice nada.

—No es solo sexo —añado—. Con otras lo era. Con ella… hay algo más. Me hace reír. El otro día me quedé a dormir en su cama. Suena ridículo, pero hacía tres años que no dormía en ningún sitio que no fuera mi apartamento o la casa de mi madre.

—No suena ridículo. Suena a que estás empezando a vivir de nuevo. ¿Y cómo fue?

—Me desperté confundido pero no me costó dormir y, por la mañana, no me sentí extraño. Hicimos el desayuno y bueno, también… —le digo con una sonrisa—. Ya sabes…

—¿Hiciste el amor con ella?

De pronto algo se me mueve dentro. Trago saliva y me callo recordando la otra mañana. Nos despertamos y cocinamos con lo poco que había en su nevera. Improvisamos un desayuno a base de fruta, pan tostado y algo de queso. Nos reímos y bromeamos y terminamos haciéndolo en la cocina.

No fue como las otras veces. Pero todavía no sé si puedo llamarlo así, «hacer el amor». Helena ve mi duda.

—No importa —me dice, interrumpiendo mis pensamientos—. ¿Qué te hace sentir Sarah?

Cierro los ojos un segundo y tomo aire profundamente.

—Como si estuviera empezando a recordar quién era antes de… todo esto. Me deja respirar. Me toca sin romperme. Pero, aun así, no estoy seguro de poder darle lo que merece.

—¿Por qué?

Dudo y me muerdo el labio. Después, bajo la voz.

—Porque todavía no me he perdonado del todo. Aunque… estoy empezando a intentarlo.

Helena me observa con atención. Luego, cambia de tema suavemente.

—¿Y tu hermana Erin? ¿Tania? ¿Tu madre?

—Están bien. Erin me trata como a un hermano otra vez. Se preocupa, se mete conmigo, me llama imbécil cuando lo estoy siendo y también cuando no. Vuelve a ser ella conmigo, y Tania me mira como si yo fuera un superhéroe con la capa rota. No sé si me lo merezco, pero me hace sentir… presente.

—Estás reconstruyendo vínculos. ¿Lo ves?

—Sí.

—¿Y Marion?

Me pongo rígido. Miro el suelo, luego al reloj y por último a ella de nuevo.

—¿Qué pasa con ella? Sigue muerta, Helena. Eso no ha cambiado —respondo sin rodeos, sin mirarla.

Ella asiente despacio, como si esperara justo esa respuesta.

—Lo sé. Pero tú sí has cambiado. ¿Qué sientes respecto a ella… ahora que estás empezando a sentir algo por otra chica?

Aprieto los dientes. El aire en la consulta se vuelve denso. Me echo hacia atrás en el sillón y miro el techo. Luego bajo la mirada.

—La sigo echando de menos. Cada puto día. Pero… ya no me despierto con esa sensación de que todo está perdido. Y eso es nuevo. —Hago una pausa larga y Helena me espera, paciente—. No se ha ido del todo, pero por primera vez no duele pensar en ella y en alguien más al mismo tiempo.

Helena me observa sin interrumpir.

—No es que haya dejado de amarla —añado, más bajo—. Es solo que… creo que me estoy permitiendo respirar sin ella.

—Eso es un gran avance, Dylan.

—Hay algo que nunca te he contado.

Helena deja el bolígrafo sobre la mesita a su lado y me mira con esos ojos de terapeuta que no juzgan pero no huyen.

—Te escucho.

Respiro hondo porque es algo que tengo tan hundido en el pecho que necesito una dosis extra de oxígeno para soltarlo.

—Marion… estaba embarazada.

Helena no hace ningún gesto exagerado. Parece impasible a mi confesión, pero sé que en el fondo quiere reñirme, decirme que esa información es importante y no debí guardármela.

—¿Lo sabías antes de… ?

—¿Antes del incendio? ¿Antes de qué Marion muriera? —termino por ella la pregunta. Sé lo que viene—. No. Lo supe después, en la autopsia.

—Comprendo. ¿Quieres hablarme ahora de ello?

—Sí. Pero solo esta vez, ¿de acuerdo? Ella me preparaba una fiesta sorpresa. Y lo iba a ser por muchos motivos. Ese era su regalo. Ella sabía que yo quería ser padre. Ese día no solo la perdí a ella, Helena. Perdí a mi hijo y… —los ojos se me humedecen y una lágrima cae por mi mejilla—. Pero estoy bien.

—¿Sabes que es la primera vez que lloras en mi consulta?

Me quito las lágrimas con la mano y la miro.

—Lo sé. Lloré mucho con Meredith, pero nadie más lo sabe. Ni siquiera mi hermana o mi madre. Solo ella y yo. En la caja que le llevé… estaba la ecografía y el regalo que tenía para mí —le explico todavía con un nudo en la garganta—. Eran unos patucos.

—Algún día serás un gran padre, Dylan.

Salgo de la consulta con la cabeza embotada y el corazón hecho un nudo. La luz de la tarde me golpea los ojos como si fuera la primera vez en días que veo el cielo sin filtros. Me meto las manos en los bolsillos y empiezo a caminar sin prisa, dejando que el ruido de la ciudad me arrope un poco.

No hemos hablado mucho después de lo que le he contado. No ha hecho falta y ella tampoco me ha insistido. Helena solo me ha mirado en silencio un buen rato, como si supiera que las palabras iban a romper algo que por fin se estaba reconstruyendo. Y después me ha dicho lo más extraño de todo: que no hacía falta que volviera el mes que viene. Que podía hacerlo si lo necesitaba, pero que ya no era imprescindible. Que algo se había movido dentro de mí, y que eso era suficiente, por ahora.

No he sabido qué decir. Solo he asentido. Porque sí, tiene razón y algo se ha movido. No sé qué soy ahora, pero de lo que sí estoy seguro es de que ya no soy el mismo que se sentaba en ese sillón hace tres años con la garganta cerrada de rabia y los puños apretados como si estuviera esperando un golpe que nunca terminaba de llegar.

Doblo la esquina de la calle y me detengo frente al edificio. Mi nuevo apartamento. No es grande, ni lujoso. Pero es solo mío y no está lleno de fantasmas.

Mientras busco las llaves, me doy cuenta de que lo he dicho en voz alta, por fin. Lo del bebé. Lo que Marion nunca pudo contarme. Lo que me guardé durante todo este tiempo y que solo compartí con Meredith. Compartimos el dolor. Ella por su nieto, yo por mi hijo al que nunca llegué a conocer.

Tres años he llevado ese peso enterrado como una piedra en el pecho, que me hundía hasta lo más profundo. Que me impedía seguir con una vida que pensé que no merecía. Hoy, por primera vez, lo he sacado fuera.

Y aunque sigue doliendo, algo en mí respira.

Me he mudado a Bay Ridge porque, en el fondo, no quería irme del todo. Brooklyn sigue siendo mi hogar, el barrio donde están mis amigos, mi estación, la rutina que conozco de memoria. Pero también está mi madre, al otro lado del agua, en Nueva Jersey, y cada vez que hablábamos, cada vez que la visitaba, sentía que la distancia pesaba más de lo que debería.

Aquí, en Bay Ridge, encuentro ese equilibrio que necesito. Estoy lo suficientemente cerca para que, si me llama, si necesita algo, pueda subirme a la moto y cruzar la autopista sin que se convierta en un viaje eterno. Al mismo tiempo, sigo en mi barrio. No he dejado atrás las calles que reconozco, los turnos en la estación, el sonido de la ciudad cuando se despierta antes del amanecer, y también… está cerca de Sarah.

Desde este apartamento puedo ver la bahía. En las noches tranquilas, cuando regreso después de un turno largo, me quedo un momento mirando el agua, dejando que la brisa me despeje la cabeza. Hay algo reconfortante en saber que todo sigue en su sitio. Que no he tenido que renunciar a nada, pero al mismo tiempo, dejando todo lo que dolía atrás.

Capítulo 30

Sarah

Hace tres semanas que Dylan se mudó a este apartamento, dos desde que tengo un cepillo de dientes en su baño y un par de camisetas suyas oficialmente secuestradas en mi mochila. Tan solo una desde que, sin pedirlo, empezó a prepararme café a las siete y cuarto para darme la dosis de cafeína que necesito cuando empiezo el turno a las ocho.

Bay Ridge está más lejos del hospital que mi propio apartamento, pero la boca del metro me deja en menos de veinte minutos en la puerta y si me lleva en su moto… en mucho menos.

No hablamos de nosotros con etiquetas. No hay promesas escritas ni discursos de pareja. Pero las cosas están… bien. Lo bastante bien como para que haya aprendido cómo le gusta el pan tostado —poco hecho, casi blanco— y él haya dejado de ponerse la alarma los domingos porque sabe que me gusta dormir hasta tarde. Y sobre todo con él.

Hoy es uno de esos días grises, de nubes bajas y ruido lejano de tráfico. Llueve con desgana, como si hasta el tiempo estuviera cansado. El apartamento huele a café recién hecho y a pan caliente. Siempre digo que deberían hacer ambientadores con ese aroma. También otro con el de Dylan, pero sé que eso sería raro. Además, su olor lo quiero solo para mí.

Estoy sentada en el suelo, con la espalda apoyada contra el sofá, revisando mensajes del hospital. Dylan sale de la ducha con una toalla al cuello, una camiseta apretada que marca sus músculos y el pelo aún goteando ligeramente.

—¿Revisando tus guardias? —me pregunta, dejando su taza en la mesa.

—No. Estaba hablando con Lydia —contesto mirando el móvil distraída—. Está terminando de arreglar sus últimos turnos.

—¿Cuándo se marcha a Los Ángeles?

—En un par de semanas —digo con tristeza—. Empieza el curso en marzo y… bueno. Le queda poco aquí.

Se sienta a mi lado, mientras seca su pelo con la toalla. Su piel desprende calor a pesar de que acaba de salir de la ducha. Me pasa una taza y la mantenemos en las manos en silencio.

—La echarás de menos, ¿verdad? —me pregunta.

Es bonito cómo ha cambiado nuestra dinámica. Ha pasado de no querer saber nada de mi vida a preguntármelo todo aunque conozca las respuestas.

—Mucho. Fue mi primera amiga aquí.

—A mí creo que me odiaba. —Le da un sorbo a su café y se encoge de hombros—. Claro que yo era un capullo. No la culpo.

—¿Eras? —le pregunto levantando una ceja—. Bueno, el progreso es relativo. Digamos que ahora eres un capullo con experiencia.

Nos reímos los dos. Es fácil con él, ahora. Más de lo que nunca pensé.

—¿Sabes? Me acostumbré demasiado a estar solo. No dejaba entrar a nadie. Incluso casi eché de mi vida a mi familia. Ellos eran los únicos que me aguantaron.

—Y ahora… ¿qué haces?

—Te he dejado entrar y empiezo a arrepentirme —me dice fingiendo estar enfadado—. Me has robado mis dos mejores camisetas.

A veces, cuando dice cosas así, se me olvida respirar.

—Son las que más me gustan —le digo haciendo mi mejor puchero.

Se ríe y me besa en la comisura de la boca.

—Te dejo que te las lleves porque te sientan mejor a ti. Y me encanta verte con ellas.

No hace falta decir nada más.

Nos quedamos un rato en silencio, viendo caer la lluvia por el ventanal. No hay música, solo el sonido de la ciudad amortiguado por los cristales. Dylan se estira un poco, toma una manta del respaldo del sofá y me la pasa. Luego me mira un momento, con ese gesto medio serio que a veces le sale cuando no sabe si decir algo o no. Pero al fin se decide y lo suelta.

—¿Sabes que hoy hace justo tres años del día en que casi me arrestan por conducir borracho?

—No tenía ni idea —protesto indignada—. ¿Qué hacías un día cualquiera de febrero borracho?

—Era el cumpleaños de Marion —dice mirándome con cautela —. Habría cumplido veintisiete. Hoy tendría treinta.

—Oh… —digo en un susurro—. Ya veo.

Me quedo sin saber muy bien qué responder. Aunque las cosas hayan cambiado mucho entre nosotros, hay ciertos temas que todavía pesan demasiado.

—No te lo digo por nada —me aclara—. Solo quería que lo supieras. Hoy no estoy mal, pero quizás algún día, en una fecha concreta… no me pille de la misma forma.

—Claro —le contesto tomando su mano—. Lo entiendo.

—¿Te molesta?

—¡No! —exclamo enseguida y con sinceridad—. No pienses eso nunca. Ella forma parte de… ti. Y entiendo que a veces…

—No quiero que esto te afecte —me interrumpe—. O a nosotros. Por eso creo que debía contártelo.

Dice «nosotros» y vuelvo a derretirme.

—Lo único que me afecta—le señalo con el dedo directamente a su pecho— es el café tan malo que haces.

—¿Café malo? —exclama indignado—. No es verdad. Mi café es excelente. Además, ahora tenemos sexo decente y…

—Eso del sexo "decente" es discutible.

—¿Discutible en mal sentido o en excelente sentido?

—Digamos… que tengo cierta nostalgia de cuando eras un poco más… mandón.

El silencio que sigue no dura más de dos segundos. A Dylan se le dibuja una sonrisa de medio lado, el tipo de sonrisa traviesa que se activa cuando su mente ya está anticipando algo que yo no sé. Se incorpora lentamente y se acerca, aún con la camiseta pegada al pecho húmedo y la toalla colgando del cuello como si acabara de salir del gimnasio en vez de la ducha.

—¿Ah, sí? —murmura, bajando la voz. Ya está pegado completamente a mí—. ¿Echas de menos que te ate a la cama?

—He dicho "cierta" nostalgia —respondo, aunque ya me tiemblan las piernas—. Y que yo recuerde, nunca me ataste a la…

Me toma por la cintura sin esfuerzo, como si llevara todo el día esperando una excusa. Me levanta del suelo y me arrastra hasta la cristalera que da al balcón. La lluvia sigue cayendo levemente pero con insistencia. Y en la calle los paraguas de la gente dejan una estampa colorida desde el cuarto piso del apartamento.

—¿Te gusta que te mande? —susurra junto a mi oído mientras me pega contra el cristal frío.

—No siempre —digo en voz baja. Mi voz sale con tan poca convicción que ni yo misma me lo creo.

Dylan me atrapa las muñecas con una mano y las eleva por encima de mi cabeza. Sus manos son tan grandes y fuertes que lo hace sin esfuerzo. Yo no opongo ni la más mínima resistencia. Con la otra, sube el borde de mi camiseta y recorre la piel como si fuera suya hasta llegar a uno de mis pechos. El contraste del cristal helado en mi espalda y el calor de su manos en mi cuerpo hace que me arquee sin querer.

—Dímelo —ordena con su aliento caliente en mi cuello.

—¿Qué quieres que te diga? —Mi respiración se agita y me muerdo el labio cuando me pellizca el pezón.

—Que te gusta que te mande. Que te tenga a mi merced y que te haga mojarte así.

Su mano baja y se mete entre mis bragas. No necesito que me lo confirme, noto lo empapada que estoy cuando reparte mi humedad con sus dedos. Me tiene preparada y dispuesta para lo que desee.

—Sí… me gusta… que me mandes —reconozco. Del fondo de mi garganta sale una especie de sonido mezcla de jadeo, gemido y queja tímida.

—¿Te gusta que te vea la gente mientras te follo contra la ventana? ¿Que sepan que eres mía?

Mi cuerpo responde antes que mi voz porque no puedo negarlo. Lo deseo y lo hago también así; sucio, directo, sin disfraces ni medias tintas. Así lo conocí y así me enamoré de él. Sus dedos juegan conmigo, me torturan. Él me muerde el labio mientras sigue sin hacer lo que más necesito y, de esa forma, me tiene desesperada. Me toca como si quisiera borrar los días en los que no pudo hacerlo y me besa como si no le quedara más aire que el que respira directamente de mi boca.

—Quítate el pantalón —ordena, separándose apenas un centímetro y aflojando el agarre de mis manos.

—Hazlo tú —le contesto. Quiero provocarle y no sé muy bien ni por qué. Pero lo hago.

—No —dice, con una calma que me derrite—. Lo vas a hacer tú y lo vas a hacer despacio… para mí.

Me libera las manos que ya tiemblan cuando me bajo el pantalón. No porque dude, sino porque ya estoy perdida. Porque me devora solo con mirarme.

Cuando al fin me tiene donde quiere, se aparta solo lo justo para bajarse él también el pantalón del chándal, sin quitarse la camiseta. Esa mezcla de control y desorden me enciende.

—Dilo ahora tú —le pido en un susurro—, por favor. Dímelo

Él sonríe. Ahora mucho más ampliamente pero sin dejar atrás su expresión dominante.

—Sarah, respira hondo. Vas a arder.

Me sube una pierna hasta su cadera y entra en mí con una presión firme, sin titubeos. Mis manos vuelven a la ventana, buscando un punto de apoyo. Siento el frío del cristal en mi espalda y el calor de su cuerpo en mi pecho. Su respiración agitada en mi oído.

—Eres mía, ¿lo entiendes? —dice mientras empuja más fuerte dentro de mí.

—Sí…

—No quiero que nadie más te toque nunca.

Me penetra una vez, otra y otra más. Lentamente al principio. Puntuando cada frase, cada palabra.

—Ni yo quiero que lo hagan.

Cada embestida me estremece. Es brusco y tiene algo de primitivo. Es deseo en su forma más cruda. No sé qué tiene su forma de dominarme, pero no hay miedo, no hay duda. Solo esa certeza de que, cuando lo hace, cuando toma las riendas… yo me derrito.

Es Dylan, entero y presente. Sin fantasmas.

Me corro apretando los dientes para no gritar, y él me sigue segundos después, enterrando el rostro en mi cuello, murmurando mi nombre.

Nos quedamos así un momento, pegados a la ventana, escuchando la lluvia que sigue cayendo como si el mundo no pudiera vernos. Como si no hubiera más ruido que nuestros latidos.

—Ya no soy el mismo que antes —dice en voz baja, aún sin soltarme, sin salir de mí.

—Lo sé —respondo, rozándole la mejilla con los labios—. Y aunque esto me guste de vez en cuando, te prefiero mil veces más como eres ahora.

Todavía estoy jadeando cuando la explosión sacude Nueva York.

No hay otra forma de decirlo: todo a nuestro alrededor, tiembla.

Un estruendo seco y feroz nos atraviesa el pecho. La ventana vibra tras mi espalda y el suelo se estremece bajo mis pies desnudos. Es un rugido hueco y cercano, preludio del desastre. El tipo de sonido que no se olvida y que solo se escucha justo antes de que algo cambie para siempre.

—¿Qué coño ha sido eso? —exclamo, con la voz rasgada por el susto.

Dylan ya no sonríe. Se ha apartado de mí en un solo movimiento, se sube el pantalón y recoge su móvil del suelo. Su rostro se endurece. Yo hago lo mismo, y casi al mismo tiempo suena

el pitido seco y urgente de la app de emergencias. Nos ha llegado la alerta a ambos a la vez.

Explosión de gas en Queens. Nivel rojo. Personal de emergencia fuera de turno requerido. Múltiples víctimas. Riesgo de estructuras colapsadas.

—Te llevo al hospital —dice él, vistiéndose a toda velocidad.

Minutos después estamos en su moto, él todavía tiene el pelo mojado y la lluvia que no ha cesado en toda la mañana moja también el mío. Atrás, en su apartamento, hemos dejado olvidadas las toallas sobre el suelo del pasillo. Ninguno de los dos decimos nada durante el camino.

Frente a la entrada de Urgencias me bajo sin soltarlo del todo.

—Voy a estar bien —me tranquiliza justo antes de salir disparado hacia su estación. El motor de su moto ruge y lo veo alejarse a toda velocidad.

Lo ha dicho sin mirarme, como si el fuego ya lo estuviera llamando. Su mirada está lejos. Más allá de mí.

Dentro del hospital el caos es total. No hay orden y el desconcierto es abrumador. Como aquella ocasión en Hudson Yards solo que, allí, éramos un hospital de apoyo. En esta ocasión somos la zona cero.

—¡Catorce heridos más en camino! —grita alguien desde el pasillo que da a la calle.

Las puertas automáticas no paran de abrirse. Entran ambulancias unas tras otras. Un médico resbala con un charco de sangre en el pasillo. Gente cubierta de hollín. Gritos. Gemidos. El humo lo invade todo aunque no está aquí, pero parece que el infierno ha entrado en el hospital.

—Traemos bombero herido. Derrumbe parcial. Posible fractura de fémur. Saturación de oxígeno en 81% —anuncia un paramédico, entrando con una camilla.

Me acerco con el pánico dibujado en el rostro. Quiero ver. Necesito asegurarme de que no es él.

No es Dylan.

—¡Se nos están acabando los respiradores portátiles! —grita alguien detrás de mí.

—¿Cuántos hay atrapados? —pregunta otra voz.

—No lo saben. Dicen que hay un segundo riesgo de explosión. Es una puta trampa mortal.

Mi pecho se cierra.

Dylan está ahí. En ese infierno que todos están describiendo.

Porque es así. Siempre ha sido así. Corre hacia el fuego cuando todos huyen.

Sé que ha cambiado, que ya no es el hombre que buscaba el fuego como castigo, que ha dejado atrás muchas de sus sombras. Pero también que Dylan Harris sigue siendo el tipo que no se marcha de un incendio hasta que el último cuerpo está fuera, hasta que el último grito se ha apagado. Incluso si eso significa no salir él.

Y esa certeza, ahora mismo, es una llama helada ardiéndome en el pecho.

Capítulo 31

Nunca ha visto algo así. Y ha estado en centenares de incendios en toda su carrera.

Ha entrado en edificios en llamas, rescatado gente del descarrilamiento de un tren, atrapados en el metro en hora punta. Estuvo en el Amazonas como voluntario en el verano del 2017. Incluso una vez en el aeropuerto intentando extinguir el fuego en un avión antes de que se detuviera por completo.

Sí, Jeff Landry, en sus treinta y cuatro años de edad, ha estado en mil y un infiernos y se ha enfrentado al diablo en todas sus formas y manifestaciones.

Pero ahora es distinto.

Ahora Jeff va a ser padre y ha visto el miedo en los ojos de Natalie cuando escuchaba, en su casa, las órdenes por radio.

Explosión de gas en Queens. Nivel rojo. Personal de emergencia fuera de turno requerido. Múltiples víctimas. Riesgo de estructuras colapsadas.

—Jeff —le dice con los ojos vidriosos y acariciando su vientre todavía plano—, ten cuidado, por favor.

—Tranquila, cariño —le da un beso rápido en la mejilla y posa su mano encima de la de ella. Luego sale a toda velocidad de su casa sin volverse a mirarla.

Si lo hiciera, no se marcharía y no podría volver a ponerse ese uniforme. Y Jeff, ante todo, ama su profesión. Vive para ayudar a la gente.

En la estación comienza a apreciarse el caos. Compañeros de todos los turnos se apresuran a vestirse. Con manos ágiles arrancan

los trajes ignífugos de los percheros y los deslizan sobre la ropa. Son movimientos que han ensayado mil veces. Las botas golpean el suelo al ajustarse, encajan sus cascos en la cabeza con un gesto rápido y aseguran sus guantes. Los primeros efectivos ya corren hacia los camiones y se dirigen al incendio a toda velocidad.

Las puertas del garaje se abren con un gruñido metálico, dejando entrar el eco de las sirenas de los demás equipos de emergencias; hay coches de policía, ambulancias e incluso varios helicópteros sobrevolando la zona cero y arrojando agua desde el cielo.

Cada segundo cuenta. Las mochilas de aire se ajustan contra la espalda, los cinturones de herramientas tintinean cuando se apresuran a subir. No hay tiempo para dudas, solo el instinto, el entrenamiento y la certeza de que al otro lado de la ciudad alguien los necesita.

El motor ruge, las ruedas giran contra el pavimento húmedo y el mundo fuera de la estación se convierte en un amalgama de luces intermitentes y urgencia. La explosión los espera. Y ellos avanzan hacia ella.

El humo es tan denso que apenas se ve la calle. Jeff salta del camión con el corazón apretado. El suelo está cubierto de escombros y cristales y hay gente gritando y corriendo en todas direcciones. Algunos con la cara ensangrentada, otros cubiertos de polvo blanco, como estatuas partidas por la mitad.

Un zumbido persistente en sus oídos le impide escuchar con claridad lo que el jefe de unidad grita. Solo entiende una cosa: hay gente atrapada. Hay llamas y necesitan entrar.

—¡Vamos, joder! —le grita a Torres mientras se enfundan las máscaras y agarran las mangueras—. ¡Zona sur, tercer piso!

El fuego ruge como si tuviera vida propia.

La explosión ha arrancado media fachada y los pisos superiores amenazan con venirse abajo. Jeff corre sorteando todo tipo de

objetos abandonados en la huida de ese infierno: un carrito de bebé volcado, una bicicleta doblada sobre sí misma y decenas de objetos que la explosión ha lanzado a metros de distancia. La radio escupe órdenes, pero hay demasiado ruido.

—¡Dylan! —grita, buscando con la mirada entre los diferentes equipos que van llegando—. ¿Dónde está Harris? ¿Lo habéis visto?

Nadie responde. Hay bomberos que Jeff no ha visto en su vida. Han acudido de distintos puntos de Nueva York, Brooklyn, Manhattan, New Jersey… incluso de Staten Islands.

Traga saliva. Tiene la sensación de que el tiempo se ha roto en mil fragmentos. Todo se mueve deprisa y lento a la vez. La estructura del edificio es inestable, pero hay personas pidiendo ayuda desde dentro. Una mujer asoma por una ventana agrietada en un cuarto piso, sujetando a un niño en brazos.

Torres y él intercambian una mirada. Saben lo que viene. Saben lo que implica.

—Cubre la retaguardia —ordena Jeff, ajustándose el tanque de oxígeno mientras avanza hacia la entrada destrozada—. Voy a entrar.

Los gritos, el calor, el crujido del metal vencido, el olor a gas, a humo, a piel quemada. Todo se mezcla junto a los ruidos de sirenas y gente gritando, pidiendo ayuda.

Entonces ve a Dylan, entre el humo, ayudando a evacuar a una anciana medio inconsciente. Está cubierto de hollín, lleva el casco torcido y se mueve deprisa.

Jeff le coge del brazo cuando lo alcanza.

—¿Estás loco? ¡Ese edificio se va a venir abajo!

Dylan se gira hacia Jeff con los ojos encendidos y grita en medio del caos

—¡Lo sé pero… aún hay gente dentro!

Y se da la vuelta.

Jeff se queda quieto un segundo. Un segundo en el que piensa las consecuencias… pero aun así sale corriendo tras él.

La lluvia arrecia, pero no basta.

El humo sigue ascendiendo como un monstruo deforme en plena ebullición, las llamaradas rugen desde dentro del edificio como si la estructura entera estuviera gritando y escupiendo fuego por la garganta. Como un dragón enfadado y ávido de venganza. El techo se ha desplomado en parte del ala este y las explosiones, aunque de manera más espaciada, siguen sucediéndose desde el interior. Cables eléctricos, depósitos de productos químicos, tal vez tanques de presión ocultos en el sótano… Sea lo que sea, el infierno sigue vivo.

El capitán Mathews mantiene la radio pegada a la boca, su voz rasgada por la tensión y el agua.

—¡Todos los efectivos de la 53, reporten ubicación! ¡Unidad de rescate, necesito estado de víctimas! ¡Equipo de ataque, mantengan presión en las líneas!

Una tras otra, las órdenes se suceden a través de la radio y una tras otra, llegan las respuestas.

—52-Rescate, tenemos dos víctimas en el pasillo, una inconsciente. Necesitamos apoyo para evacuación.

—52-1, en el interior, fuego en el segundo piso, avanzamos con la línea. Necesitamos más presión en el agua.

Todos los efectivos desplazados informan al capitán.

O casi todos.

Mathews se gira hacia O’Malley, empapado hasta los huesos y con un vendaje improvisado en el brazo izquierdo.

—¿Has visto salir a Harris o a Landry?

O’Malley niega con la cabeza. Tiene los ojos abiertos de par en par, la adrenalina le recorre el rostro. Está herido y, aun así, quiere volver a entrar.

—Estaban en la cuarta planta… pero no los vi bajar, capitán. Iban a por un grupo atrapado, creo que eran dos adultos y un niño. Luego… hubo una explosión.

Mathews aprieta los dientes mirando a su alrededor. Es un mar de luces, gritos, camillas y cuerpos cubiertos de hollín y sangre. El sonido de las ambulancias dominando el caos. Los paramédicos trabajando a contrarreloj. Hay demasiados heridos y todavía hay civiles atrapados en el edificio. También algunos de sus hombres.

Torres corre hacia ellos con un corte en el hombro que le ha desgarrado por completo la chaqueta de su uniforme. El joven ha perdido el casco y respira con dificultad, pero todavía tiene fuerzas para pedir instrucciones.

—¡O’Malley! —ordena Mathews—. Lleva a Torres a que le vean. ¡Ya!

—¡Capitán, puedo volver! —replica el joven, con la desesperación de quien no quiere abandonar ni a sus vecinos ni a sus propios compañeros.

Mathews lo agarra por el chaleco.

—¡No me hagas repetirlo! No puedo perder a más hombres hoy. ¡Es una puta orden!

Mira la fachada del edificio y observa cómo la grieta que se ha abierto en el segundo piso se ensancha a cada minuto que pasa. El metal retumba y otra explosión, más leve, hace vibrar el suelo de nuevo.

Vuelve a pulsar la radio.

—Harris, Landry ¿me recibís? —insiste saltándose el protocolo y llamándolos por sus nombres en la radio—. ¿Alguien me escucha?

Nada.

Y entonces, entre las siluetas que se mueven entre los camiones y los escombros, aparece la figura de Jeff tambaleándose.

—¡Capitán!

Mathews corre hacia él, seguido por O'Malley. Jeff se apoya contra uno de los camiones. Lleva la chaqueta rota y una manga quemada. Tiene sangre seca en la frente y el rostro ennegrecido. Nada que una ducha y una bebida caliente no cure.

—¿Dónde está Harris? —pregunta Mathews al instante.

Jeff niega con la cabeza, todavía con el miedo en los ojos del que ha visto al mismísimo demonio frente a frente.

—No lo sé… estaba detrás de mí. Entramos juntos a por una mujer… la sacamos. Cuando me giré y volví a mirar… Dylan ya no estaba. No sé si lo alcanzó la explosión o si cayó por el pasillo. No sé capitán —repite con desesperación—. ¡No lo sé!

Mathews lanza una mirada al edificio. Una de las paredes interiores cede con un gemido largo y metálico. Hay escombros por todas partes. Las llamas rugen desde dentro, como una herida abierta.

Y siguen sin saber nada de Dylan Harris.

El aire huele a goma quemada, a cabello chamuscado, a piel deshecha y metal al rojo vivo. Es el olor de las emergencias reales. No hay entrenamiento que prepare para esto. Solo manos firmes, ojos abiertos, nervios de acero y la capacidad de decidir en segundos lo que puede marcar la diferencia entre la vida y la muerte.

El paramédico no conoce al bombero que acaban de subir. Solo sabe que lo arrastraron dos hombres de una unidad de Manhattan, los dos visiblemente impresionados por lo que están viviendo,

cubiertos de hollín, con las miradas vacías de quien ha visto cosas que saben que les costará olvidar.

—Lo hemos sacado de lo que queda del pasillo central —dice uno, jadeando—. Estaba inconsciente. El humo de una de las explosiones le pilló de lleno. Se lo ha tragado entero.

La camilla entra de golpe, con un chirrido. El paramédico se lanza al trabajo con la rapidez y la urgencia que lleva desde las ocho de la mañana. La memoria muscular se ha abierto paso y actúa por inercia. El bombero tiene pulso, débil pero constante. No hay lesiones evidentes a simple vista, salvo algunas quemaduras superficiales en el cuello y los brazos. Pero sus labios están azulados y la oxigenación está por los suelos.

—Saturación del 83% —informa su compañera de manera automática mientras coloca la mascarilla de oxígeno de alto flujo.

—No responde a estímulos verbales. Pupilas reactivas, pero lentas —le responde ella—. Tiene quemaduras leves en la vía aérea, posibles lesiones pulmonares. Inhalación severa de humo y gases tóxicos.

El paramédico le retira la chaqueta y pasa la mano por el pecho cubierto de hollín. Escucha con el fonendoscopio.

—Roncos en ambos campos. Respira, pero con dificultad —informa mientras le explora—. Si no mejora la saturación con oxígeno a presión positiva, lo intubamos en ruta. ¡Vamos al Elmurhst! —le chilla golpeando la ventanilla de la ambulancia.

—¿Seguro?—pregunta el conductor girándose—. Está colapsado.

—Lo tenemos a siete minutos, es el más cercano y este chico no aguantará más.

El conductor asiente, arranca con la sirena. Las ruedas de la ambulancia chirrían mientras el interior del vehículo se sacude. Cruzan las calles mojadas a toda velocidad. Dentro, el sonido de la

respiración asistida se mezcla con los pitidos y las luces parpadeantes iluminan de rojo la cabina. La pareja de sanitarios controla las constantes vitales del bombero con los ojos fijos en el monitor.

El paramédico le limpia el rostro con cuidado y ve el nombre bordado en la chaqueta de su uniforme:

Harris.

Levanta la radio interna.

—Urgencias de Elmhurst, tenemos un varón adulto de entre treinta y treinta cinco años, bombero, estación 52, inconsciente por inhalación severa de humo. Viene con oxígeno a presión positiva, signos de hipoxia y probable edema pulmonar. Estamos llegando en tres minutos. Estado crítico.

—Recibido, en espera —escuchan.

Al llegar, las puertas traseras se abren y un equipo de enfermeros y médicos lo reciben en una oleada de voces y manos. El paramédico les ayuda mientras les da los resultados de los apenas diez minutos que lo ha atendido.

—¿Cuánto tiempo ha estado inconsciente? —pregunta el médico mientras lee a toda prisa los resultados del monitor.

—Ni idea. Al menos los diez minutos que hemos tardado en venir —le responde a toda prisa.

Y se vuelve a subir a la ambulancia.

Hay muchas más víctimas que recoger.

Capítulo 32

Hospital Elmuhrst. 11:05

—Varón, de unos treinta. Inhalación de humo, probable edema pulmonar, pérdida de conciencia en el lugar —dice uno de los médicos mientras sujetan el soporte y lo deslizan hacia el suelo—. Lo han sacado de la zona roja. Bombero.

El hospital entero está en ebullición: heridos por todas partes deambulan por los pasillos. El personal corre de una sala a otra atendiendo como puede a los más graves, tranquilizando a los que no requieren asistencia urgente.

Las ruedas chirrían contra el pavimento mientras lo empujan hacia las puertas automáticas. Dwayne, el celador del turno de noche, ha reconocido a Dylan en el acto.

—Joder, es Harris —murmura en voz baja.

—¡Sala 2 libre! ¡Pasadlo ya!

Una enfermera de triaje se acerca corriendo con una tablet en mano, pero el equipo no se detiene. Aparta con la cadera una camilla estacionada en el pasillo.

Dylan respira con dificultad, cada inspiración es una batalla ganada al fuego. Tiene el rostro ennegrecido, con quemaduras superficiales en la frente y las mejillas. Los labios agrietados, los párpados cerrados. La mascarilla de oxígeno no basta.

—No responde a estímulos verbales —informa el médico que sigue a un lado, manteniendo el control del cabezal—. Sat O2 por debajo de 80, no remonta con oxígeno a quince litros.

Una doctora al fondo frunce el ceño. Pide paso, examina los datos del monitor portátil.

—¿Sabemos si tiene antecedentes?

—Negativo. Pulmón limpio, según la estación.

—Preparadle para intubación. Puede que tenga una lesión por humo térmico.

Mientras lo trasladan a la sala, una enfermera pregunta algo señalando el uniforme ennegrecido del paciente.

—Dijiste que es bombero. ¿Nombre?

—Es Dylan Harris.

No necesitan más datos. En el hospital Elmhurst todos conocen a Dylan. Es uno de los suyos, del equipo de emergencias. Pero además es asiduo a las urgencias.

El doctor Russell Cadwell, residente de segundo año, se para en seco al escuchar el nombre. Lo conoce, por supuesto. Y es el novio de Sarah.

—Llevadlo a trauma —ordena al resto— . Que preparen ventilación asistida. Rápido.

Y la camilla sigue avanzando entre puertas batientes, monitores que parpadean, gente quejándose del dolor, personal del hospital corriendo por todos lados. El caos es total y afuera sigue lloviendo.

Lo conducen hacia la zona de trauma mientras ya están abriendo el kit de intubación sobre la mesa lateral. Un enfermero conecta los electrodos al tórax ennegrecido de Dylan, él sigue inconsciente y su vida parece apagarse poco a poco.

—Sat 76, sigue sin remontar —dice alguien desde el monitor. El pitido agudo perfora el murmullo del caos.

—Vamos, Harris, joder —le dice Russell al cuerpo inerte de Dylan—. Tubo de 7.5, laringoscopio listo.

Tiene el ceño fruncido, concentrado, sin tiempo para titubeos. Su tono es más firme de lo habitual. Perder a uno de los suyos es algo a lo que nadie quiere enfrentarse en el hospital.

—¿Lidocaína y etomidato listos?

—Sí. Fentanilo también.

—Ok. Vamos a intubar.

La habitación se encoge en torno al procedimiento. Russell introduce el laringoscopio con mano firme mientras una enfermera sujeta la cabeza de Dylan. El tubo endotraqueal baja hasta la tráquea. Se inflan los balones, se conecta al ventilador portátil. Un segundo después, el oxígeno fluye con más presión.

—Estamos dentro. CO2 confirmado. Onda capnográfica presente.

—Buen trabajo —dice alguien al fondo, mientras revisan simultáneamente los niveles de gases y la auscultación pulmonar.

Russell no contesta. Se queda mirándolo un segundo más de lo necesario.

—¿Qué pasa? —pregunta la enfermera a su izquierda.

Él traga saliva, sacude apenas la cabeza.

—Nada. Tendríamos que avisar a Sarah Kessler.

Y se aparta, sin decir más, pero se gira en cuanto ve que Lydia entra desde la zona de boxes, con la bata manchada de sangre, los guantes puestos y la expresión de la cara desencajada.

—¿Quién es? ¿Tenéis nombre? —pregunta al entrar y ver el pantalón del uniforme de bombero. Todavía no ha dado tiempo a retirárselo.

Russell se adelanta antes de que le contesten.

—Es Dylan Harris —le informa—. Está grave. Quizás quieras avisar a Sarah.

Lydia se queda inmóvil un instante, sin parpadear.

—¿Saturación?

—Ha subido a 84 con ventilación, pero aún está muy inestable. Quemaduras térmicas en vías respiratorias. Probable intoxicación por cianuro. Ya están preparando la hidroxicobalamina.

—¿Y neurológico?

—No ha despertado. Tiene las pupilas reactivas aunque lentas. No hay focalidad, pero no lo sabremos hasta que despierte.

Lydia asiente. Da un paso hacia la camilla, pero no cruza la línea. Mira el rostro cubierto por la máscara, los labios resecos, las pequeñas quemaduras en su rostro.

Russell no se mueve. La observa de reojo.

—Tengo que irme, Lydia, pero la cosa pinta bastante mal para Harris. Avisa a Sarah. No sé si le queda mucho tiempo.

Lydia asiente mirando las lecturas de los monitores. Sopesando la conveniencia o no de informar a su amiga. Debe decírselo y no tiene ni idea de cómo hacerlo.

Russell le da un leve apretón en el brazo. Dice mucho y a la vez muy poco. Le está indicando que ya no pueden hacer más por él. Solo esperar y quizás… rezar.

Lydia se acerca a la cabecera de la camilla, sin tocarlo, pero cerca. Observa el pitido lento pero constante del ritmo cardíaco. Respira hondo y se aleja.

Los boxes están ocupados. Una madre consuela a su hijo pequeño que tiene una fractura en el brazo y quemaduras de diferentes grados en las manos y cara. Ella misma está herida pero insiste pidiendo ayuda y atención para el niño. Una pareja se sostienen mutuamente mientras taponan la herida de su cabeza. La gasa está empapada de sangre. Uno a uno, Lydia se acerca a cada uno de los boxes improvisados en el pasillo hasta que encuentra a

Sarah. Tiene el pelo recogido de manera descuidada, la mascarilla a un lado y la bata manchada de sangre y cenizas. En cuanto ve a Lydia sabe que algo no va bien y que tiene nombre propio: Dylan.

El reloj parece haberse detenido.

En la sala de observación crítica, las luces no parpadean, pero el tiempo sí. Dylan está tendido en una camilla, aún inconsciente, con una mascarilla de oxígeno que cubre la mitad de su rostro. El monitor marca constantes débiles, pero estables. Una enfermera ajusta el suero con manos firmes.

Sarah está de pie junto a la puerta, sin acercarse. Tiene las manos en el pecho y los ojos vidriosos. Tiembla como si fuera ella la que ha salido del fuego. Lydia se le acerca despacio, sin hacer ruido, como si temiera romper algo.

—Sarah —le dice, en voz baja—. Ven, siéntate un momento.

Pero Sarah no se mueve. Ni siquiera se acerca a él. Parece necesitar unos minutos para procesar lo que está viendo.

No pregunta si va a morir. No pregunta si va a vivir. Solo lo mira desde lejos, como si esa distancia pudiera protegerla del dolor. O de la esperanza.

Lydia le pone una mano en el hombro. Está igual de pálida, pero contiene mejor el temblor.

—Lo atendió Russell. Fue él quien me dijo que te avisara cuanto antes.

Sarah asiente a todo lo que su amiga le explica. Escucha atentamente las lecturas que Lydia le da de sus constantes vitales. La saturación ha subido pero sigue siendo inestable. Escucha como un murmullo sobre el diagnóstico. Palabras como quemaduras térmicas, hipoxia, fentanilo, posible edema pulmonar… son palabras que usa continuamente pero que ahora toman una relevancia diferente. Ahora todas se refieren a Dylan.

No es un procedimiento mecánico o rutinario. Es su amor el que está en riesgo, es Dylan quien está sufriendo eso.

Sarah entiende ahora cómo los familiares de los pacientes se desconectan cuando los médicos les dan los diagnósticos o explican los tratamientos. Ella está acostumbrada pero no puede digerirlo. No cuando se trata de él.

Y entonces se rompe. Ha intentado ser fuerte, pero se derrumba.

—Así murió Marion —dice, apenas audible, y Lydia baja la cabeza.

No necesita más contexto porque Lydia conoce la historia. Mucho antes de que Sarah llegara a la vida de Dylan.

Los minutos pasan. Una máquina pita. Una enfermera entra, revisa la hoja, cambia la bolsa de suero y se va dándole un toque de ánimo en el brazo.

Lo peor es que no tienen más tiempo y las urgencias las reclaman.

Solo cuando el sonido de las sirenas se apaga, las carreras por los pasillos desaparecen y el hospital parece quedarse dormido, Sarah vuelve junto a él y se sienta. Con la cabeza apoyada en su regazo.

Sin certezas. Sin garantías. Solo eso: una habitación blanca, una máquina que sigue pitando y un hombre inconsciente luchando por cada respiración.

Epílogo

El cartel encima de la barra tiene las letras torcidas y han escrito mal mi nombre.

Suerte en tu nueva etapa, Lidya

El Brewery está lleno, como en los mejores viernes por la noche después de una mierda de turno. Largo y pesado.

Hoy era mi último servicio en el hospital Elmuhrst y no sé si echaré de menos la ciudad, pero lo que tengo claro es que no extrañaré las guardias dobles ni las noches sin pegar ojo.

Me he despedido definitivamente de las reyertas a media noche, las peleas a navajazos y los tiroteos. Las quemaduras de segundo y tercer grado y las fracturas abiertas después de noches interminables en la ciudad que nunca duerme.

Me quedan solo dos días en Nueva York. Los Ángeles me espera con los brazos abiertos.

Pero esta noche es para celebrar. No que me vaya, sino que empiezo una nueva vida.

Prácticamente todos mis compañeros de urgencias han venido esta noche. Aunque no veo a Sarah, que es la que más me importa en estos momentos.

Me han estado dando regalos durante todo el día. Tonterías como bisturís decorados con florecitas y gorros con dibujitos estúpidos. Todo indirectas a mi cambio de trabajo tan radical.

Para la mayoría de ellos, cambiar el turno de urgencias de un hospital en Queens, Nueva York, por una clínica privada de cirugía plástica, es como pasar de componer sinfonías a cuñas publicitarias.

Lo que no saben o al menos no tienen todavía constancia, es que voy a ganar casi el triple y voy a disponer de un horario «normal». Sin turnos de doce horas seguidas y sin exponerme a que un yonki me clave una aguja infectada y me contagie cualquier enfermedad.

Los bomberos de la 52 han venido al completo. Los policías, conductores de ambulancias, paramédicos y todos los celadores de urgencias, también. Hasta la administrativa que siempre tiene cara de estreñida ha venido a despedirme.

Son casi las nueve de la noche cuando aparece Sarah.

Mi sonrisa ahora sí que es completa.

Sarah me saluda desde la puerta haciendo aspavientos con las manos. Está sujetando la puerta y detrás de ella, con dificultad, veo aparecer a Dylan y su silla de ruedas.

Todos los compañeros de la estación 52 se abalanzan sobre él. Algunos tienen ya una cerveza abierta y se la ponen en la mano. Sarah se aparta dejándolo al cuidado de sus compañeros, dándole un tierno beso en los labios.

A pesar de haber vivido la relación de ellos desde el principio, todavía me sorprende verlos así. Sobre todo a Dylan. Pero entiendo que Sarah lo merece y si había alguien capaz de derretir el corazón de Harris, sin lugar a dudas era ella.

—Por fin —dice llegando hasta mí—. Ese idiota se ha empeñado en vestirse solo y en no pedir ayuda para nada. Siento mucho el retraso.

Me abraza y me entrega una bolsa con algo dentro.

—¿Otro regalo? —le pregunto sorprendida—. Ya me habéis hecho un montón. Voy a necesitar facturar una maleta tan solo para eso.

—Este es de Dylan y mío. Los del trabajo no cuentan —susurra en mi oído—. Ábrelo cuando estés en Los Ángeles.

—¿Y ese misterio?

—No es ningún misterio, pero es mejor que lo abras en tu nuevo hogar.

Sonrío y lo dejo junto a los demás paquetes que he ido abriendo durante toda la noche.

—¿Cómo está? —le pregunto señalando hacia Dylan—. Lo veo bastante recuperado.

Sarah coge aire profundamente y sonríe.

—Lo está. Muy, muy recuperado —es una sonrisa pícara y sé exactamente lo que significa.

—¿En serio? —le pregunto indignada—. ¿Cómo eres tan mentirosa? Me has dicho que habéis llegado tarde porque se ha empeñado en vestirse solo y… ¿estabais follando?

—Técnicamente no te he mentido —me contesta ladeando la cabeza—. No ha aceptado mi ayuda y todavía le cuesta vestirse. Pero sí… hemos estado haciendo cositas antes de venir…

Sarah se ríe y veo cómo mira a su chico en la distancia. Dylan está bebiendo y riendo con sus compañeros. En los tres años que lo conozco no le había visto reír jamás. Hasta que conoció a mi amiga. Y ni aun así lo hacía a menudo.

Sus miradas se cruzan y Dylan le guiña un ojo desde la distancia.

—De verdad, ¿no podríais haber esperado hasta después de esta noche? —finjo estar molesta, pero en el fondo me alegro demasiado—. Os habéis perdido la tarta y a Malcolm haciendo *twerking* encima de la barra.

—Noooo —exclama Sarah mirando hacia donde está ese policía hablando con una de nuestras compañeras—. Espero que haya grabaciones.

Reímos pero noto a Sarah distraída, como si todavía estuviera procesando lo ocurrido hace tan solo una semana. No le quita los ojos de encima a Dylan, como si estuviera estudiando cada una de sus reacciones. Comprobando sus constantes vitales a distancia.

—Oye, Sarah, creo que deberías relajarte.

—¿Mmm? Estoy relajada —me dice bebiendo de su cerveza—. Muy relajada, te lo aseguro.

Le doy un suave codazo de complicidad, pero luego vuelvo a ponerme seria y a retomar lo que quiero decirle.

—No has dejado de mirarle, como si fuera un niño pequeño que empieza a caminar. Está bien —le aseguro—, puedes respirar tranquila.

—Bueno. Ahora está bien y poco a poco va recuperando la movilidad. De hecho… sí, hay músculos de su cuerpo que ya la han recuperado del todo.

—No me lo sigas restregando, que empiezas a darme envidia —le recrimino dándole un leve toque con el hombro—. No quiero saber qué has estado haciendo antes de venir aquí.

—Es todo por fines puramente médicos. Tengo que ayudarle en su rehabilitación… Ya sabes, terapia física para ir mejorando su movilidad.

—Claro. ¿Eso incluye chupársela en la silla de ruedas?

Sarah se atraganta con la cerveza y tose levemente. Dylan, como si tuviera un imán, se gira hacia nosotras. Yo le doy suaves toques en su espalda para ayudarla a recuperar la respiración. Cuando lo hace, pone una cara que no sé interpretar.

—No te voy a dar detalles, amiga, pero te puedo asegurar que la miopatía no ha afectado a ese músculo en concreto.

—No pienso chivarme a su médico, que precisamente está ahí detrás —le informo con un gesto de mi cabeza—, ligando con esa

camarera. Pero ya sabes lo que dijo: mucho reposo y rehabilitación.

—Pues es lo que hacemos. Él se tumba y yo…

—Sois imposibles.

Mientras Sarah se aleja para unirse a Dylan y los demás, me quedo atrás con la cerveza en la mano y el corazón en la garganta. Me parece mentira lo que ha pasado en el último año. Y cómo acabó todo.

Pensé que ese idiota se nos iba. En la camilla, con los labios cortados, la cara gris cubierta de hollín y el cuerpo rígido por la intoxicación, parecía un cadáver. Nunca se lo diré a Sarah, pero cuando lo vi entrar aquella noche, me temblaron hasta las piernas.

Y ahora está aquí. Riéndose. Con una puta cerveza en la mano. En una silla de ruedas, sí, pero más vivo que nunca y recuperándose por días.

—Eh, Lydia —me llama Dylan acercándose.

Sarah va detrás de él. No lo toca, dándole la libertad que él le pide, pero está atenta a cada uno de sus pasos.

—¿Vienes a darme un beso de despedida? —le pregunto con ironía.

Dylan me sonríe y su cara cambia tanto al hacerlo que no parece la misma persona.

—Tú y yo empezamos mal —me explica como si no fuera lo más evidente del mundo.

—Porque eras un imbécil.

—En realidad era un capullo —añade Sarah a su lado.

Dylan nos mira a ambas desde la silla.

—No sé si sois las dos conscientes de que estuve al borde de la muerte y ahora me encuentro en una silla de ruedas. Podríais ser un poco más amables conmigo.

Sarah le da un beso en la cabeza y yo un leve toque en el hombro.

—Cuídala —le digo poniendo mi cara más seria—. O te juro que me vuelvo a Nueva York y estarás en esa silla por mucho más tiempo.

Dylan se ríe y Sarah también. Y a mí se me afloja algo en el pecho.

La noche se vuelve intensa en el Brewery. Todos estamos ya un poco perjudicados y la dueña del bar empieza a invitarnos amablemente a que nos marchemos.

Echaré de menos también este antro que huele a cerveza y hamburguesas quemadas.

Me voy dejando atrás mil experiencias, buenos amigos y más de un desengaño. Pero Los Ángeles me espera.

Un trabajo diferente, un reto estimulante. Nuevos compañeros y un clima mucho más agradable.

Voy a cambiar los inviernos grises y helados de Nueva York por el sol y las playas de California.

Conoceré gente nueva, y ¿quién sabe? Quizás los hombres de Los Ángeles son menos capullos que los de aquí. O tal vez sean igual pero al menos allí tienen playas.

Me voy a empezar una nueva vida.

Voy a aprender.



PREVENTA A 0,99€

Agradecimientos

De Kayla Mun

Escribir una novela es un viaje solitario. Publicarla, en cambio, es un acto de fe. Y tener lectoras como tú... eso ya es un milagro.

Gracias.
Gracias por estar aquí. Por dejarme entrar en tu piel con cada palabra, por sentir como si todo lo que ocurre en estas páginas también te perteneciera un poco. Gracias por abrir este libro —aunque no supieras lo que te ibas a encontrar— y decidir quedarte hasta el final.

Vas a arder fue la primera chispa.

Vas a aprender es la llama que sigue encendida.

Y aún quedan más incendios por vivir.

Gracias por leerme, por recomendarme, por hablar de estas historias como si fueran tuyas.

Lo son. Porque sin ti, nada de esto tendría sentido.

Con fuego,

Kayla Mun